
EL VECINO GRUÑÓN
NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
KENDALL RYAN

El vecino gruñón

KENDALL RYAN

The Grump Next Door
Copyright © 2026 Kendall Ryan

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma sin el permiso por escrito de la autora, a excepción de un crítico, que puede citar pasajes breves únicamente con fines de reseña.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia.

Sobre el libro

Una casa de invitados. Una semana. Un desastre a fuego lento a punto de estallar.

Dean Whitaker no podría tener menos interés en bodas, guirnaldas de luces ni en la mujer alegre que está convirtiendo su casa de invitados en una escena del crimen con velas aromáticas. Es abogado de divorcios. Se siente más cómodo con acuerdos prematrimoniales que con votos eternos y procura no acabar el día cubierto de purpurina.

Poppy Monroe es organizadora de bodas y tiene una lista de tareas para todo… excepto para saber cómo sobrevivir a convivir puerta con puerta con un abogado atractivo, melancólico y demasiado rígido; también conocido como el hermano del novio.

Son opuestos en todo, salvo por una química innegable de la que ninguno quiere hablar.

Su misión: sobrevivir a una semana de caos nupcial.

El estilo de ella: rayos de sol y bolígrafos con purpurina.
El estilo de él: whisky y autocontrol.

Los polos opuestos se atraen.
Y luego arden.

Capítulo uno
Sin perder la sonrisa
Poppy

—Estás despedida.

Voy a ciento veinte por la autovía, peleándome con un coche de alquiler que huele a cecina y a malas decisiones, cuando mi vida entera implosiona a través del altavoz del Bluetooth.

—Espera, ¿qué? —Doy un pequeño volantazo. El coche de detrás me pita. —Miranda, la boda de los Goldman ha sido perfecta...

—¿Perfecta? —Mi ahora exjefa se ríe, pero es una risa que hace que se me caiga el alma a los pies. Has dejado que el pomerania de la madre de la novia se comiera la mitad de la tarta.

—Eso ha sido...

—Sentaste a la amante del novio en la mesa de la familia.

—No sabía que era...

—Y le dijiste al padre de la novia que, y cito textualmente: «se metiera sus sugerencias por su fondo fiduciario».

Vale. Eso sí que lo hice.

—Miranda, por favor. Tengo la boda de los Lin el próximo fin de semana. No puedo...

—No es nada personal, Poppy. Estoy segura de que caerás de pie. —La línea se corta.

Me quedo mirando la carretera, con los nudillos blancos de tanto apretar el volante. Siento el pecho demasiado apretado. Como si alguien estuviera sentado encima. Como si no pudiera...

No.

No.

Pulso con rabia el botón de rellamada. Nada. Llamo otra vez. Directo al buzón de voz.

—No.

La palabra sale cruda. Rota.

He estado en Coleman Events tres años. Tres *años* de jornadas de dieciséis horas, de rabietas de novias insoportables y de comer de un táper en el cubículo de un baño porque nunca hay tiempo para sentarse de verdad. Tres años construyendo mi reputación, mi lista de clientes, todo mi futuro.

Y ahora todo ha desaparecido.

Mi teléfono vibra. Durante un estúpido segundo, pienso que a lo mejor Miranda me está devolviendo la llamada. Que quizá...

IVY LIN: *¡Qué ganas de verte! ¡Esto va a ser PERFECTO!*

Me río. O quizá sea un sollozo. Es difícil saberlo cuando tu vida entera salta por los aires a ciento veinte kilómetros por hora.

Porque el caso es que Miranda no lo sabe: ya le dije a Ivy que yo sería su organizadora. Ya firmé el contrato. Con mi nombre. No con el de Coleman Events. Ella me quería a mí, *personalmente*, y le prometí que, por supuesto, sería yo. Supuse que Miranda entendería el tecnicismo.

Ahora las cosas han cambiado. Lo que significa que estoy a punto de presentarme en esa finca para organizar una boda para la que ya no tengo autorización, para una cliente que cree que sigo teniendo trabajo, sin un equipo y sin tener ni puñetera idea de qué demonios estoy haciendo.

Debería haber sabido que el día se iba a torcer. Mi vuelo se ha retrasado dos horas, me he manchado toda la americana de matcha y el chat de grupo de las damas de honor ya había implosionado *dos veces* antes de que yo embarcara. Pero me obligo a *sonreír* porque esta semana es importante. No, no es que sea importante. Lo es todo.

Respira hondo, Poppy.

Salvo por el hecho de que el coche de alquiler huele a cecina y a sueños rotos.

Respiro de todos modos.

Esto no es lo que había reservado. Ni de lejos. Lo que reservé fue un SUV eléctrico, impecable y silencioso, que se deslizaría por el valle del Hudson como una mujer adulta, capaz y elegante. Lo que me han dado es un Subaru familiar sospechosamente pegajoso, con

la pantalla del Bluetooth agrietada y el asiento trasero lleno de migas sin identificar.

Sin perder la sonrisa.

Bajo las ventanillas, porque el ambientador huele a carne. Me digo a mí misma que no pasa nada.

Todo va bien. Que me hayan despedido podría incluso acabar siendo algo bueno.

¿Verdad? *¡¿Verdad?!*

El teléfono vuelve a sonar. Es CeCe. Mi mejor amiga, mi sistema de apoyo moral y la única persona que conozco que es mejor que yo lidiando con cortejos nupciales.

—¿Lo sabías? —le exijo.

—Poppy...

—¿*Lo. Sabías*?

Una pausa. —Me ha llamado hace diez minutos. Y me ha ofrecido tu puesto.

Se me cae el estómago a los pies. —¿Y?

—Le he dicho que se fuera a paseo, obviamente. —El alivio me inunda—. —¿Se lo has dicho a Ivy? —pregunta de inmediato.

—¿Decirle qué? ¿Que estoy en el paro? ¿Que estoy a punto de presentarme en su boda sin equipo, sin recursos y sin apoyo? —Mi risa suena desquiciada—. —Sí, ahora mismo le escribo un mensaje. «¡Hola, guapa! Novedades divertidas: ¡tu boda podría ser un desastre!».

—Poppy...

—No puedo perder esta boda, CeCe. No puedo. —Se me quiebra la voz—. Se suponía que esta era *la elegida*. La que lo lanzaría todo.

—¿Entonces cuál es el plan?

Miro mis zapatos. Unos Louboutin de ochocientos dólares que tardé tres meses en pagar. Esas suelas rojas que gritan *este es mi sitio* cuando todo lo demás en mí susurra *farsante*.

—Fingir hasta que sea verdad —digo—. —¿Qué otra opción hay?

—¿Con qué equipo? Poppy, esto es una locura...

—Ya se me ocurrirá algo. —Las palabras salen más duras de lo que pretendía.

CeCe se queda callada un segundo, lo cual es un poco inquietante, porque de todas las cosas que es CeCe, silenciosa nunca ha sido una de ellas.

—¿Estás bien?

—Eso depende —le digo—. Si cuentas el despido, un coche de alquiler de mierda, el incidente con el matcha, la implosión de un chat de grupo... —Se lo cuento todo. Para cuando llego al lío con la mantelería y a un extraño correo electrónico sobre mariposas vivas, CeCe se está riendo a carcajadas.

—Esta va a ser *la* historia de tu boda —dice—. —La que les contarás a tus futuros clientes para demostrar que puedes con todo.

Ella siempre mirando el lado positivo.

—Preferiría que esa historia no empezara conmigo de patitas en la calle.

CeCe hace un ruido de ánimo. —Tú puedes. Eres un puñetero ninja con una carpeta de anillas. Una vez organizaste una boda en la playa en mitad de un huracán y conseguiste que los rizos de la niña de las flores quedaran intactos.

—Cierto. —Esbozo una sonrisa de suficiencia.

—Eres una profesional. Una maga. Un faro de calma bajo presión. Y también... un poco aterradora cuando te buscan las vueltas.

Mi sonrisa se ensancha, esta vez de verdad. —Eso lo dices porque una vez hice llorar a un diseñador de tartas.

—Eres mi heroína —dice—. —Ahora vete a deslumbrar a todo el valle del Hudson. Llámame esta noche y cuéntamelo todo sobre ese misterioso y gruñón dueño de la propiedad.

Ah. Casi me había olvidado de eso.

Me voy a alojar en la casa de invitados del hermano del novio. Dean Whitaker. Un abogado de divorcios de Manhattan que es el dueño de la finca y que, según mis clientes, tolera las bodas como quien tolera una endodoncia. Aún no hemos hablado, pero he visto sus correos. Cortos. Directos. Cero emojis. Probablemente planche sus calcetines y use frases como *según mi último mensaje.*

En mi cabeza, es estirado, rígido, probablemente use mocasines y tenga cara de decepción perpetua. El tipo de hombre que piensa

que la kombucha es una droga de diseño y prefiere el café solo, los zapatos abrillantados y el contacto humano limitado.

No pasa nada. He lidiado antes con gestores de fincas difíciles. Gente que piensa que las organizadoras de bodas son frívolas, invasivas o demasiado intensas.

Dean Whitaker no tiene ni idea de con quién se está metiendo.

El GPS avisa de que mi salida está a dos millas. Dos millas hasta que tenga que entrar en escena y fingir que todo va bien. Fingir que sigo siendo Poppy Monroe, la organizadora de bodas extraordinaria, y no Poppy Monroe, el desastre desempleado que está a punto de cometer un fraude.

Vuelvo a mirarme los zapatos. La imagen lo es todo en este negocio. Finge hasta que lo consigas. Sonríe hasta que se te agriete la cara.

Hablando de eso.

Me miro en el espejo retrovisor y ensayo. Sonrisa radiante. Profesional. Capaz. Para nada como alguien cuyo mundo entero se acaba de hundir.

—¡Hola! ¡Soy Poppy Monroe, vuestra organizadora de bodas! ¡Todo es perfecto! ¡Por supuesto que tengo trabajo! ¡Y un plan! ¡Y mi vida está bajo control!

Mierda.

Mi teléfono vuelve a vibrar. Lo ignoro.

Y otra vez. Y otra.

Al final bajo la vista hacia él.

Seis llamadas perdidas. Doce mensajes de varios proveedores. Uno de mi casero sobre el alquiler del mes que viene.

Guay. Genial. Fantástico.

Tomo la salida demasiado rápido. Los neumáticos chirrían un poco. Da igual. Que lo anoten en la lista de quejas de la empresa de alquiler.

El paisaje pasa de autopista a postal: colinas onduladas, muros de piedra, árboles que parecen colocados por un escenógrafo. Es precioso. Tranquilo. Exactamente lo contrario de cómo me siento.

Echo los hombros hacia atrás y contemplo el paisaje donde pasaré los próximos diez días. Árboles imponentes y carreteras

serpenteantes bordeadas de flores silvestres. Las colinas ondulan en tonos dorados y verdes bajo la luz de la tarde, y por un momento, finjo que me dirijo a un retiro de bienestar. Uno donde nadie me manda mensajes sobre la falta de mantelería o sobre si la novia de un testigo es alérgica a los siete grupos principales de alimentos.

La paz dura exactamente ocho segundos antes de que el móvil vuelva a vibrar.

NÚMERO DESCONOCIDO: *Oye, para tu información, puede que tengamos que reasignar a las damas de honor. Caroline y Zoe están peleadas. Otra vez. Ni idea de por qué.*

NÚMERO DESCONOCIDO: *¿Quizá por un vestido? ¿O algo de un ex?*

No respondo.

Porque si respondo, me pondré a gritar.

El GPS anuncia: «Ha llegado a su destino».

Entro por el largo camino de grava y me quedo sin aliento.

Porque, a pesar de todo, *es impresionante*.

La finca se asienta sobre una colina suave, enmarcada por robles altos e hortensias silvestres. La casa principal es antigua pero elegante, con molduras blancas impecables y contraventanas clásicas, con hiedra trepando por un lateral como en una película de Nancy Meyers. Hay una casa de invitados independiente justo después de un tramo de césped inmaculado, con el toque justo de encanto rústico.

Por un segundo, me quedo ahí sentada. Con el motor en marcha. Mirando.

Podría irme. Darme la vuelta. Conducir de vuelta a la ciudad e inventarme otra vida. Una que no implique fingir que todo está bien cuando todo se desmorona.

Pero entonces pienso en los mensajes de Ivy. En su emoción. En el contrato con mi nombre.

Esta boda se va a celebrar. Tiene que hacerse.

Porque si saco esto adelante... si de algún modo consigo organizar la boda del año sin equipo, sin recursos, sin nada más que pura determinación y lo que sea que lleve en mi kit de emergencia... entonces quizá no necesite a Miranda. Quizá pueda hacerlo yo sola.

Quizá.

Apago el motor, me retoco la cara una vez más y abro la puerta del coche.

Es hora de fingir como si mi vida dependiera de ello.

Porque, básicamente, así es.

Salgo del coche, me aliso el vestido e inmediatamente planto un Louboutin directamente sobre algo húmedo y blando.

Sin perder la sonrisa.

Mantengo la sonrisa a toda costa.

Aunque me cueste la maldita vida.

Miro hacia abajo.

—Oh, no.

No es... barro. Es algo más húmedo. Más ofensivo. Y profundamente inoportuno. Algo que, en algún momento, probablemente estuvo vivo o al menos parcialmente digerido.

Me dan arcadas. Solo un poco.

Pero estoy preparada. Si algo soy, es precavida. Saco una toallita biodegradable de mi bolso y me agacho en el camino de piedra, haciendo equilibrio sobre un pie como un flamenco desquiciado mientras intento salvar mi dignidad... y mis zapatos.

Y es exactamente en ese momento cuando oigo una voz.

—¿Puedo ayudarla?

Grave. Masculina. Molesta. Para nada el tipo de voz que dice *bienvenida*.

Levanto la vista y casi pierdo el equilibrio.

De pie en el umbral de la casa principal hay un hombre. Alto, de hombros anchos y absurdamente guapo de esa forma que te hace olvidar brevemente cómo se construyen las frases.

Tiene el pelo oscuro peinado con esmero pero amenazando ya con despeinarse. Una sombra de barba de varios días se aferra a su mandíbula marcada como si hubiera echado raíces allí. Una mandíbula que te hace replantearte tu postura sobre el matrimonio. Sus ojos —¿grises?, ¿verdes?, algo tormentosos— son lo bastante impactantes como para hacerme olvidar por un instante que mi pie sigue cubierto de... algo.

Lleva unos pantalones chinos y una camisa blanca impecable con las mangas remangadas hasta los antebrazos, ese tipo de look de oficina informal que él, de algún modo, consigue que resulte intimidante.

Este tiene que ser Dean.

El gruñón. El hermano del novio. La energía antibodas de la que me advirtió Ivy.

Y el universo, con su infinito sentido del humor, lo ha hecho *atractivo*.

Es, objetivamente, alarmantemente atractivo. Y por desgracia, yo estoy agachada delante de su casa, con un pie en el aire, mi zapato de diseño cubierto de mierda, mi vida entera en ruinas, intentando no echarme a llorar.

Genial. Esto va de maravilla.

Así que sonrío. Radiante. Profesional. Imperturbable. —¡Hola! Soy Poppy Monroe. ¿La organizadora del evento Lin-Whitaker del próximo fin de semana?

Él no me devuelve la sonrisa. Se limita a mirarme. —Suponía que llegaría antes.

—Lo habría hecho —digo, todavía agachada, todavía frotando—, pero mi vuelo se retrasó y la situación del coche de alquiler ha sido... una prueba de carácter.

Sus ojos se desplazan hacia mi pie y luego vuelven a mi cara.

Sonrío, disculpándome. —Lo siento, parece que he encontrado un pequeño... regalo de bienvenida en el césped.

Él no sonríe. Ni siquiera un amago de cortesía. —Se alojará en la casa de carruajes. Está abierta.

—Perfecto. —Me levanto cuan larga soy y finjo que mi zapato izquierdo no hace un ruido de succión al andar—. —Estoy deseando instalarme.

Él hace un gesto vago. —Intente no meter nada dentro de la casa.

Y, así de golpe, el atractivo muere de forma rápida y fulminante.

Pongo una sonrisa forzada, porque si no lo hago, podría cometer un asesinato.

Ivy Lin es una de las mayores influencers del planeta y su boda saldrá en todas las redes sociales. Será la boda más bonita que nadie haya visto jamás y lanzará mi negocio a la estratosfera. Podré contratar asistentes y organizadoras de bodas que trabajen para mí. Ellas serán las que pisen mierda de perro en las propiedades de familiares gruñones.

Inspira hondo.

Saco mi maleta de ruedas del maletero y estoy a mitad del camino de piedra hacia la puerta principal cuando me detengo y miro a mi alrededor, asimilándolo todo, no solo como invitada, sino como organizadora.

La finca es señorial pero no ostentosa, con ventanas simétricas, contraventanas de color verde pálido y un porche envolvente que podría decorarse con guirnaldas de luces y flores de finales de verano. Tiene una elegancia tranquila, como si supiera que es hermosa y no necesitara esforzarse demasiado. Incluso hay un viejo banco de madera bajo la ventana delantera que está pidiendo a gritos unas bebidas de bienvenida o un panel con el protocolo de mesas.

Va a ser la boda perfecta.

Tiene que serlo.

Tengo una semana y media para aparentar que lo tengo todo bajo control. Una semana y media para descubrir cómo organizar la mejor boda que se haya visto nunca.

No debería haber problema.

Todo va bien.

Capítulo dos
Una semana de infierno
Dean

Parece una perturbación andante.

Apenas han pasado tres segundos desde que la conocí y ya lo sé: va a ser un problema.

No solo porque haya llegado tarde y haya pisado algo inmediatamente, o porque ahora lo esté arrastrando hacia mi porche con una cantidad inquietante de optimismo.

Es la sonrisa.

Es demasiado brillante. Demasiado ensayada. Una sonrisa que dice: *He venido a tomar el control, así que quítate de en medio.*

Cierro la puerta principal tras de mí y suelto un suspiro lento y pausado. De esos que solo uso durante las declaraciones judiciales o en las fiestas familiares.

El silencio del interior es un alivio.

Cruzo el salón —suelos de madera fríos, estanterías empotradas, el suave crujir de una casa más vieja que yo— y dejo el portátil y los expedientes sobre la mesa del comedor. Todo está ordenado. Controlado. Sé dónde reside cada bolígrafo de esta casa.

Me gusta que sea así.

Me aflojo el botón superior de la camisa porque siento que me estoy estrangulando poco a poco.

El móvil vibra.

No respondo.

Camino hacia la ventana y la observo. Está de pie junto al coche de alquiler, con el teléfono en la oreja, gesticulando con una mano y haciendo malabarismos con un bolso de cuero y una funda portatrajes en la otra.

Es... enérgica. Distrae mucho.

Dejo de mirar antes de que me pille observándola.

Cojo el portátil y abro el correo, solo para arrepentirme al instante.

Asunto: *URGENTE - Respuesta a la moción del caso de socio*

El móvil suena de nuevo antes de que pueda terminar de leer.

Suspiro, me pellizco el puente de la nariz y respondo.

—Whitaker.

—¿Dónde narices se ha metido? —la voz de Gideon irrumpe a través de la línea, aguda e impaciente—. He llamado dos veces.

—Me he ausentado un momento —digo—. Estoy en casa.

—¿Está fuera de la oficina?

—Estoy teletrabajando.

—Pues deje de teletrabajar. Feldstein acaba de adelantar el plazo. Quiere una moción revisada *esta noche.*

Cómo no.

Porque esta semana —la única semana que celebro una boda en mi propiedad— es la semana exacta en la que se decide mi futuro. Si consigo este caso y consigo a este cliente, estoy dentro. Mi nombre en la pared. Grant, Feldstein & Whitaker.

Si no... bueno. Esa no es realmente una opción.

Me paso una mano por el pelo y me quedo mirando los archivos sobre la mesa. Teso la mandíbula.

—Se la enviaré para las nueve.

—Que sean las ocho —espeta Gideon.

Vuelvo a mirar por la ventana.

Ahora se está riendo. Sigue al teléfono, sigue deshaciendo el equipaje, como si nada de esto la afectara. Como si mi semana no se estuviera desmoronando por momentos.

Su sonrisa es cegadora.

Me tiembla el párpado.

—¿Y por qué no está en la oficina, de todos modos? —pregunta Gideon.

—Ya se lo he dicho: voy a celebrar la boda aquí esta semana. Por Mason. Mi hermano.

Una pausa.

—Ah, sí. El circo de los *influencers*.

No digo nada.

Porque ya me estoy arrepintiendo.

Aceptar que mi hermano pequeño celebrara su boda en mi propiedad no fue... mi mejor decisión. Pero Mason me lo pidió. Y él nunca pide nada. Tras años siendo la bala perdida despreocupado, por fin va a sentar la cabeza y, además, se casa con alguien que le hace querer ser mejor persona. Respeto eso.

Mason siempre fue el hijo predilecto.

No en el sentido de los logros; ese era yo. Yo era el estudiante de sobresalientes, el capitán del equipo de debate, el que se graduó en la facultad de Derecho a los veinticuatro años y nunca miró atrás. ¿Y Mason? Él era hacia quien la gente gravitaba. El que sonreía con facilidad, reía a carcajadas y hacía que todo pareciera sencillo.

Crecimos en una casa donde se valoraba el silencio y las emociones estaban... contenidas. Aprendí pronto a encogerme para convertirme en algo aceptable. Mason nunca lo hizo. Él era el caos con una guitarra y una sonrisa pícara y, de algún modo, siempre se salía con la suya.

Así que cuando me pidió un favor —por primera vez en años—, dije que sí.

Dejar que él e Ivy celebraran su boda aquí, según me dijeron, sería sencillo. Me dijeron que ella estaría aquí una semana, diez días como mucho. Yo mantendría las distancias. Dejaría que la organizadora hiciera su trabajo.

No sabía que la organizadora sería una mujer con una sonrisa deslumbrante y unas piernas kilométricas.

—A las ocho. Y no lo fastidie —ladra Gideon—. Este cliente es su billete de entrada.

Cuelgo sin despedirme.

Porque tiene razón.

Este cliente —el fundador de un imperio mediático que atraviesa un divorcio de lo más destructivo— tiene un perfil alto, es muy exigente y vigila cada movimiento que hago. Si gano esto, seré el socio que da nombre más joven en la historia del bufete. Si pierdo... no lo haré.

Pero yo no pierdo. He pasado años asegurándome de ello.

Y *no* tengo tiempo para invitados de boda, ni mantelería, ni para la mandona organizadora de bodas que actualmente invade mi

espacio.

Tengo una fecha de entrega, la boda de mi hermano pequeño acechando y a una extraña en la casa de invitados.

Esta semana va a ser un infierno.

***

Los arañazos empiezan poco después de las seis.

Dos resoplidos cortos, uno largo.

Luego una pausa —lo bastante larga como para hacerme pensar que se ha rendido— antes de que empiecen de nuevo los olfateos, a ras de suelo, como si estuviera intentando inhalar su camino por debajo de la puerta.

Exhalo por la nariz y abro.

Muffin entra contoneándose con toda la importancia de alguien que paga alquiler.

Y no lo hace.

Lleva puesto el chaleco para truenos otra vez, lo que probablemente significa que alguien en el vecindario ha usado hoy un soplador de hojas. Sus uñas chasquean contra la madera mientras trota hacia mí. Es pequeña, pero tiene sobrepeso. Como un cojín beige que de vez en cuando se tira pedos.

—No te han invitado —le digo.

Estornuda una vez y se deja caer dramáticamente sobre la alfombra, soltando un gemido largo y teatral, jadeando como si hubiera corrido un maratón. No lo ha hecho.

Cierro la puerta tras ella.

—Pensaba que te quedabas con Nadine esta semana.

Muffin pertenece a Nadine, la mujer que vive dos casas más allá y trata las infracciones de la comunidad de vecinos como crímenes de guerra. De alguna manera, a pesar de nuestro desdén mutuo por

la raza humana, Nadine y yo hemos alcanzado una tregua silenciosa respecto a su perra.

Es decir: ahora compartimos la custodia de Muffin.

En contra de mi voluntad.

Pasa más tiempo en mi porche que en su propia casa, y he dejado de fingir que me importa. Principalmente porque tiene ansiedad por separación, ansiedad por la propia ansiedad y una relación complicada con la meteorología. Además, Nadine jura que sus galletas calmantes de CBD «funcionan mejor en el campo de energía de Dean».

Yo no tengo un campo de energía.

Tengo cafeína, la tensión alta y la creciente sospecha de que le caigo mejor a Muffin que su propia dueña. No es que le haya señalado nada de esto a Nadine.

Muffin gruñe.

Saco las galletas del armario de la cocina donde las guardo junto a la proteína en polvo. Parto una por la mitad y se la ofrezco como una ofrenda de paz.

—¿Sabes que lo va a arruinar todo, verdad? —le digo, dejándome caer en el sillón frente a ella—. Ropa llamativa. Grandes ideas. Probablemente le ponga etiquetas a las cosas solo por diversión.

Muffin solo parpadea. Es crónicamente... imperturbable. Posiblemente sea una de las cosas que más me gustan de ella.

—Le doy dos días antes de que intente poner guirnaldas de luces en la casa de carruajes. O —Dios no lo quiera— un cartel de bienvenida de pizarra.

Suelta un ronquido que suena sospechosamente a confirmación.

Lanzo la otra mitad de la galleta en su cuenco de comida y vuelvo a los expedientes sobre la mesa.

—¿Quién sonríe tanto después de pisar sabe Dios qué?

Muffin no responde, pero le tiembla un párpado.

—No estás ayudando —murmuro.

Muffin vuelve a resoplar, rueda sobre un costado y empieza a respirar con un ligero silbido.

Es profundamente poco profesional. Y extrañamente reconfortante.

Capítulo tres
La negociación del jardín norte
Poppy

La casa de invitados es... encantadora.

Así es como he decidido llamarla, porque «un poco encantada pero de forma pintoresca» no queda muy bien en las notas para el cliente.

Está escondida detrás de la casa principal, parcialmente oculta por las hortensias, con un revestimiento de madera blanca desgastada, contraventanas verdes y un porche delantero que cruje cuando cambio el peso de una pierna a otra. Por dentro, los suelos están rayados, las ventanas se atascan y hay un ligero olor a madera vieja y limpiador de limón que me recuerda al desván de mi abuela.

Pero los cimientos son buenos.

Hay un fregadero de cocina rústico y ancho, estanterías empotradas llenas de libros desparejados y una colcha de *patchwork* descolorida doblada con esmero a los pies de la cama. Podría ser un lugar mágico con un poco de trabajo: pintura fresca, algunas flores y una vela aromática o dos.

Dejo las maletas junto a la puerta y hago un rápido inventario mental.

Lista de tareas para la semana:

- Organizar el recorrido de diseño con Ivy y Mason.
- Reconfirmar todas las horas de llegada de los proveedores.
- Programar la prueba final del vestido.
- Aprobación final del menú.

Evitar estrangular al hermano del novio.

El móvil vibra. Echo un vistazo a un mensaje de Ivy.

IVY: *¡Acabo de publicar la cuenta atrás final! ¡Me CASO!*

Abro su página de redes sociales y entro en su *story*. Está en su cocina, sonriendo de oreja a oreja a la cámara y rodeada de globos gigantes.

Lo que pasa con Ivy es que no es la típica *influencer*. Empezó documentando las recetas de su abuela antes de que la demencia se las arrebatara: fideos estirados a mano, wontons con exactamente trece pliegues, el secreto del Mapo tofu perfecto. Historias reales sobre comida, familia y las cosas que se pierden entre generaciones.

Ahora tiene más de trece millones de seguidores que no se pierden *Cocinando con Năi Nai*, a pesar de que su abuela no cocina desde hace dos años. Utiliza su plataforma para dar visibilidad a restaurantes de inmigrantes, organiza recaudaciones de fondos para la investigación del Alzheimer y, de alguna manera, hace que la preparación de comidas parezca meditación. No es solo una *influencer*; es alguien que convirtió el duelo en comunidad. Y es una persona encantadora, por dentro y por fuera.

Por eso esta boda es importante. No se trata solo de las fotos perfectas o de los momentos virales. Se trata de honrar la historia de amor por la que sus seguidores han estado animando desde que Mason apareció por primera vez al fondo de sus vídeos de cocina, robando empanadillas y haciéndola reír.

No puedo fastidiar esto.

Por eso he venido aquí antes; esto me importa. Tiene que ser perfecto, no solo por Ivy y Mason, sino por mí y por mi carrera.

Estoy a mitad de revisar el móvil cuando oigo un suave gruñido desde el umbral de la puerta.

Me doy la vuelta.

Y allí, de pie justo al otro lado de la puerta mosquitera, está posiblemente el perro más redondo que he visto en mi vida.

Tiene las patas cortas, el pelo desgreñado, unas orejas que sobresalen como triángulos peludos y una especie de chaleco abrochado con velcro alrededor del torso, como un corsé canino. Su cara es mitad gremlin, mitad ángel, y toda su vibra grita «animal de apoyo emocional sin ningún tipo de entrenamiento y con opiniones muy firmes».

—Hola, pequeña —susurro, agachándome despacio—. ¿Vives aquí?

Resopla de nuevo, se acerca contoneándose y apoya la barbilla con dramatismo en el escalón.

Abro un poco la puerta.

—Se supone que no deberías estar aquí, ¿verdad?

Parpadea.

—Bueno, bienvenida al club.

Alargo la mano y le doy una rascadita tentativa detrás de las orejas. Se derrite al instante, convirtiéndose en un charco de pelusa y suspiros jadeantes; da un golpe con la cola y se detiene, como si eso hubiera sido demasiado esfuerzo.

—Eres perfecta —le digo—. Es imposible que sea tan gruñón como finge si te tiene a *ti*.

Me estornuda directamente en el zapato.

Cojo mi agenda, me siento en el borde de la cama y paso a la pestaña de hoy. El sol entra cálido y sesgado por la ventana y, por primera vez desde el aeropuerto, siento que puedo respirar.

El lugar es precioso, los clientes son dulces, la situación canina es adorable y he sobrevivido a cosas peores que el dueño de una propiedad un tanto huraño. Puedo con esto.

Sonrío a la agenda organizada por colores.

Y en ese momento, el móvil vibra.

IVY: *¿Estás en la finca? Tenemos un PROBLEMÓN. Mason me acaba de decir que SU HERMANO se niega a dejarnos usar el jardín norte.*

Parpadeo.

El jardín norte.

El que planeamos juntas por Zoom. El que tiene la mejor luz para las fotos. El lugar donde se supone que va el arco de la ceremonia.

El que yo di por sentado que estaba apalabrado.

Miro por la ventana.

Dean Whitaker ha vuelto a su porche, con una copa en una mano, leyendo algo con las mangas todavía remangadas, como un modelo de catálogo de hombres emocionalmente inaccesibles.

Miro hacia abajo al perro, que sigue roncando a mis pies.

—Tú y yo vamos a tener que intercambiar unas palabras con tu humano.

Me pongo en marcha.

Nada de respiraciones profundas. Nada de afirmaciones relajantes. Nada de un monólogo interno de «quizá tenga una buena razón».

Simplemente arremeto. Posiblemente porque he tenido un día de perros, posiblemente porque estoy lista para ponerme en plan histérica si alguien intenta quitarle a Ivy el lugar de la boda de sus sueños.

Cruzo el césped, bajo por el camino de grava, de vuelta al porche delantero del hombre que en este momento amenaza con descarrilar una boda entera por un trozo de hierba.

Ahora está sentado en una de las sillas del porche, con un vaso de algo oscuro en la mano y una expresión en la cara que dice que ha estado esperando a que yo estallara desde el momento en que llegué.

Pues bien. Aquí estoy.

—Hola —digo, con un tono demasiado alegre—. ¿Tiene un minuto?

Deja el vaso con una calma exasperante. —Supongo que esto no es una visita de cortesía.

—No, a menos que considere que el sabotaje de una ceremonia es algo de cortesía.

Arquea una ceja. —¿Sabotaje?

—No se haga el tonto —le espeto, subiendo los escalones—. El jardín norte es el lugar de la ceremonia. Está en todos los documentos de planificación. Ivy lo aprobó. Mason lo aprobó. Yo lo aprobé.

—Yo no lo aprobé.

Parpadeo.

—No puso objeciones cuando lo mencioné en las notas del recorrido.

—No recuerdo que esas notas incluyeran la frase «por favor, pisoteen mi césped con sillas plegables».

—Vaya, lo siento —digo con dulzura—. ¿Es que quería celebrar una boda sin que ocurran cosas de boda?

No se inmuta. —Hay otras partes de la propiedad.

—Ninguna como esa. La luz, las vistas...

—...los aspersores, la inclinación, las dos enormes raíces que harán que algún abuelo tropiece.

Me quedo mirándolo.

Él me devuelve la mirada, tranquilo e indescifrable, como si estuviéramos en un juicio y estuviera esperando a que yo presente un argumento mejor.

Respiro hondo para recomponerme.

—Esto es muy importante para Ivy —digo, suavizando el tono—. Es el lugar de sus sueños. Y funciona. Funciona para las fotos, para la acústica, para todo el flujo de la ceremonia, desde el aparcamiento hasta el...

—No.

No es un tono brusco. Ni alto. Simplemente... definitivo.

—¿Por qué? —exijo.

—Porque lo digo yo.

—¡Ah, claro! Pues *eso* es de lo más razonable.

Se levanta despacio y, por primera vez, me doy cuenta de lo alto que es. De hombros anchos y expresión seria, sus ojos oscuros me atraviesan.

Me mantengo firme inspirando lentamente.

Pero Dean no ha terminado. —Ya he ampliado mi seguro de responsabilidad civil para la propiedad. Si alguien se pega un mamporro en esa cuesta, no voy a pagar la factura de urgencias. La responsabilidad civil es algo más complicada que un «pero las vistas son bonitas».

Me tiemblan las manos.

Se cruza de brazos. —No me voy a arriesgar a un esguince de tobillo y a una batalla legal de tres años porque alguien quiera el resplandor de la hora dorada. Si Ivy quiere paisajes, que haga una foto. Mis primas del seguro dicen que no.

—Vaya. —Doy un paso atrás, consciente de repente de lo cerca que estamos—. Gran discurso. Espero que no le inviten a dar uno en el banquete.

—No quería que esta boda se celebrara aquí —dice con voz baja y pausada—. Pero Mason me lo pidió, así que acepté. Lo que no

acepté fue que apareciera una desconocida actuando como si fuera la dueña del lugar.

Se me dispara el pulso.

—No intento ser dueña de nada. Intento hacer mi trabajo.

—Pues hágalo en otra parte.

Parpadeo; la presión de todo el evento me oprime de repente el pecho.

Y estallo.

—Si tanto le preocupa su seguro de responsabilidad civil, quizá debería vigilar mejor a su perro.

Frunce el ceño. —¿A mi perro?

—Se ha metido en la casa de invitados y ahora mismo está echando la siesta debajo de la cama.

Parpadea una vez. —Ese no es mi perro.

Lo miro fijamente. —Parecía encontrarse muy a gusto.

—Viene de visita —me corrige—. Con frecuencia. Y sin invitación.

—Oh.

Se encoge de hombros. —Prefiere mi alfombra a su verdadera casa. He dejado de discutir.

Abro la boca. La cierro.

Porque eso no tiene ni pies ni cabeza.

¿Me está diciendo que un perro de cinco kilos se ha colado? ¿Que ha reclamado su territorio? ¿Y que no hay nada que él pueda hacer al respecto?

Se produce un breve silencio en el que tengo que asimilar el hecho de que acabo de gritarle a un hombre por un perro que no es suyo, después de haberle gritado ya por el césped.

Empezamos con buen pie.

—Se lo diré a Ivy —murmuro.

—Seguro que sí.

No me despido.

Giro sobre mis talones, regreso a la casa de invitados y solo cuando he cerrado la puerta de un portazo y me he desplomado dramáticamente sobre la cama, llamo a CeCe.

Responde al primer tono. —Oh, no. ¿Qué ha pasado ahora?

Miro al techo. —Es guapísimo y horroroso.

—Sé más específica.

—El hermano del novio, Dean. Desprende una energía de... *CEO melancólico en medio de una tormenta*.

—Pff —CeCe suelta un bufido—. No es nada con lo que no puedas lidiar.

Espero que tenga razón.

Capítulo cuatro
Todo está bajo control (mentira)
Dean

Estoy a punto de cerrar el ordenador cuando algo a través de la ventana me llama la atención.

Sigue ahí fuera, sentada en la escalera de la casa de invitados, a oscuras. No está con el móvil. Solo está... sentada. Con la cabeza entre las manos.

Debería irme a la cama. Debería meterme en mis asuntos. Definitivamente, no debería importarme que una mujer que ha entrado en mi vida como un elefante en una cacharrería esté teniendo un momento de debilidad.

Pero Muffin ya se dirige contoneándose hacia la puerta, gimoteando.

—Tú no vas a salir —le digo.

Ella araña la puerta, insistente.

—Vale. Pero no vamos a hablar con ella.

Abro la puerta. Muffin sale disparada como un misil peludo, directa hacia Poppy.

Traidora.

La sigo porque, al parecer, tomo decisiones excelentes a las once de la noche.

La luz de la luna la alcanza mientras me acerco, y tengo que recordarme por qué esto es una mala idea. Tiene esa clase de belleza a la que pocos hombres pueden resistirse: grandes ojos azules bordeados de pestañas oscuras y una boca que se curva en una sonrisa con facilidad y frecuencia; aunque no esta noche. El cabello rubio y sedoso le cae por debajo de los hombros, captando la luz incluso en la oscuridad. Unas curvas hechas para las manos de un hombre.

Una combinación peligrosa, sin duda. Menos mal que siempre se me ha dado bien reprimir cualquier cosa que se parezca a una emoción rebelde.

No levanta la vista cuando Muffin llega a su lado. Alarga la mano mecánicamente para acariciarla, y es entonces cuando lo veo.

Le tiembla la mano.

—¿Está bien? —Las palabras se me escapan antes de que pueda frenarlas.

Ella da un brinco y se limpia la cara rápidamente. —Cielo santo. Me ha asustado.

—Perdone. Muffin ha insistido.

—Ya. El perro ha hecho que haya venido a ver cómo estoy. —Pero no hay rastro de mordacidad en sus palabras. Suena... cansada. Derrotada, incluso. No se parece en nada a la mujer que subió por mi camino esta tarde con unos zapatos de ochocientos dólares y una confianza inquebrantable.

Debería irme. Esto no es problema mío. Ella no es mi problema.

En lugar de eso, me fijo en los papeles esparcidos a su lado: contratos de proveedores, planos de las mesas, todo lleno de anotaciones en tres colores de tinta distintos.

—Eso es mucho trabajo de detalle para alguien que tiene un equipo completo —digo.

Se queda paralizada.

Solo un segundo. Pero me doy cuenta: esa inmovilidad reveladora de alguien a quien han pillado en una mentira.

—Mi equipo se está... encargando de otras cosas —dice con cautela.

Es mentira. Conozco las mentiras; me gano la vida catalogándolas. La ligera vacilación, la forma en que aprieta los dedos contra los papeles, el tono casual forzado... todo grita engaño.

—Entiendo. —Vuelvo a mirar los papeles y lo veo: un extracto bancario que asoma por debajo de un contrato. Varias comisiones por descubierto. Sellos de último aviso. Un desastre financiero que haría que cualquiera corriera a una finca remota para organizar una boda de la alta sociedad por su cuenta, contra viento y marea.

Maldita sea.

Sigue mi mirada y mete rápidamente los papeles en una carpeta, pero es demasiado tarde. Ya he visto la verdad que tanto se

esfuerza por ocultar.

—Debería... —Se levanta demasiado rápido y tropieza un poco.

La agarro por el codo para estabilizarla. El contacto hace que un calor me suba por el antebrazo y, de repente, soy consciente de lo suave que es su piel, de que huele a algo floral y caro, y de lo fácil que sería atraerla hacia mí en lugar de soltarla.

Una vez que se mantiene firme, la suelto y me meto las manos en los bolsillos, donde no puedan traicionarme.

Entonces me mira; esos ojos grandes están abiertos y vulnerables bajo la luna, y sé que estoy en problemas. Porque detrás de toda esa belleza hay algo peor: alguien real. Alguien que está luchando. Alguien que se está esforzando tanto por mantener el tipo que está sentada sola en la oscuridad, temblando.

Esta semana se acaba de complicar de una forma que no había previsto.

La sala de reuniones tiene paredes de cristal y está en silencio, salvo por el golpeteo rítmico de mi bolígrafo contra el borde de mi bloc legal.

Al otro lado de la mesa, dos socios novatos se remueven incómodos en sus asientos. Uno de ellos se aclara la garganta; el otro parpadea demasiado. No me molesto en aprender sus nombres hasta que me den una razón para hacerlo.

—Voy a decir esto una vez —empiezo, dejando el bolígrafo. —Este cliente es nuestra ballena blanca. Está enfadado, es poderoso y lo bastante rico como para usar ese enfado como arma en cualquier jurisdicción que elija. Si no controlamos el relato nosotros, inmediatamente, lo hará él. Y seremos nosotros los que nos quedemos con una saca llena de facturas impagadas y acuerdos de confidencialidad.

El que parpadea asiente, garabateando furiosamente. El otro sugiere que volvamos a reunirnos después del almuerzo.

Ya son las 14:10.

No he comido. Otra vez.

La tensión detrás de mis ojos ha florecido en un dolor de cabeza en toda regla, que late tras mi sien izquierda como un segundo

corazón. Debería importarme. No me importa. He aguantado doce horas con menos.

Terminamos la reunión. Le paso las notas a mi asistente legal, ignoro el café ya frío que alguien ha dejado en mi escritorio y reviso una montaña de correos de clientes y alertas de calendario; entonces veo un mensaje de mi hermano.

MASON: *Tío, tenemos que hablar. Llámame.*

Lo miro durante exactamente tres segundos antes de exhalar lentamente por la nariz y levantarme de la silla.

El pasillo exterior es brillante y estéril: suelos grises, cristales esmerilados, voces tenues. Mi dominio.

Entro en un pequeño despacho lateral, cierro la puerta y llamo.

Responde de inmediato.

—Mase, ¿cuál es el problema?

—¿Le has dicho a Poppy que no podía usar el jardín norte?

Me pellizco el puente de la nariz. ¿Poppy? Ah, sí, la organizadora de bodas del infierno. —La pendiente es peligrosa, Mason. Las raíces están a la vista. No voy a arriesgarme a una demanda porque a tu prometida le guste la luz de allí.

—No es que solo le *guste*, tío. Lleva meses soñando con ese lugar para la ceremonia. No es por la luz, es por ella.

—He dicho que no.

Se produce una pausa al otro lado. —Siempre haces lo mismo.

—¿Hacer el qué?

—Actuar como si nos hicieras un favor a todos solo por presentarte. Como si decir que sí a esta boda significara que puedes decir que no a cualquier otro detalle sin que nadie te cuestione.

Me siento en el borde del escritorio, el dolor de cabeza me late más fuerte ahora. —Te he dejado usar la finca, Mason. He despejado mi agenda. Ni siquiera te he cobrado.

—Yo no te pedí eso.

—No, solo has pedido todo lo demás.

El silencio se prolonga tanto que casi pienso que va a colgar.

Luego, en un tono más suave, dice: —Sabes que esto no va por el jardín, ¿verdad?

Cierro los ojos.

—Sí —digo en voz baja—. Lo sé.

Y lo sé. Se trata de que siempre pongo el trabajo primero. De que no aparezco a menos que se me necesite. De que estoy en medio de un caso que me convertirá en socio que da nombre al bufete mientras él planea una boda, y parece que vivimos en planetas diferentes.

Pero yo no puedo ser el tipo sentimental. Ese nunca ha sido mi papel.

—Veré qué puedo hacer —digo.

Mason exhala. —Gracias.

—He dicho que *veré*.

—Sigue siendo una victoria.

Cuelga antes de que pueda replicar.

Me quedo ahí sentado un buen rato, mirando mi reflejo en el cristal oscuro de la ventana.

Luego me levanto y vuelvo al trabajo.

Porque eso es lo que hago.

A las cinco, me estalla la cabeza, mi bandeja de entrada parece una zona de guerra y mi secretaria me informa de que va a pedir cena porque se me ha olvidado que la comida es algo que los humanos necesitan para funcionar.

Otra vez.

Debería haber sabido que el día iba a ir mal cuando la impresora de la sala de copias empezó a echar humo, o cuando los dos socios novatos casi se cargan un informe por un error de formato, o cuando Feldstein me echó una bronca por el manos libres delante de un cliente.

Así que cuando por fin llego a casa y veo la enorme caja de cartón en el porche delantero, casi bloqueándome el paso a la puerta, mi primera reacción no es de curiosidad, sino de sospecha.

En la etiqueta se lee: RUSTIC BLISS EVENTS.

Cómo no.

Me acerco y ahí está, en letras de molde negras: «Arco de ceremonia —requiere montaje».

Fantástico.

Abro la puerta, la empujo con el pie y me las apaño para meter la caja, golpeándola un poco más fuerte de lo necesario contra la pared de la entrada.

Muffin levanta la cabeza de la alfombra y bosteza, nada impresionada.

—Podrías haberme avisado —murmuro.

Ella vuelve a tumbarse.

Me quito los zapatos de una patada, dejo el maletín junto al sofá y me dirijo a la cocina, donde una bolsa de papel marrón espera sobre la encimera. Comida tailandesa, a juzgar por el olor.

Gracias, Carly.

Mi secretaria ha hecho que trajeran la cena.

Cojo un tenedor y me meto media bandeja en la boca antes incluso de servirme algo de beber. Está apenas tibia. No me importa.

Pasan unos minutos y exhalo, bajando finalmente las revoluciones lo suficiente como para notar mi propio agotamiento.

Un día de perros.

Feldstein ha adelantado el plazo para la moción revisada. Un testigo clave ha cancelado a última hora. Y el cliente —el que podría decidir mi futuro en el bufete— ha enviado un correo de cinco palabras que simplemente decía: «Más vale que su estrategia funcione».

Sin presiones.

Me lavo las manos, me sirvo un par de dedos de whisky y camino hacia la ventana.

Fuera, la luz empieza a cambiar. La finca está en silencio.

Demasiado silencio.

Excepto por el gigante recordatorio de cartón de que este lugar no me pertenece esta semana.

Miro a Muffin.

Ella parpadea.

Me dirijo a la puerta trasera con el whisky en la mano.

Es hora de dar un paseo.

No para cambiar de opinión, sino para verificar lo que ya sé: el jardín norte es una pesadilla logística.

El sol empieza a esconderse cuando vuelvo a salir.

Me digo que estoy revisando la pendiente del drenaje y la distribución de los aspersores. Me digo que estoy siendo minucioso, responsable y cauteloso. Me digo que esto no tiene nada que ver con la llamada de Mason.

Maldita sea, Mason.

Muffin me sigue los pasos como un trozo de carne con detector térmico.

Rodeamos los setos cerca del borde del jardín norte y me detengo.

No quiero admitirlo, pero... sí. Es precioso.

La forma en que los árboles enmarcan la vista. La luz filtrándose entre las hojas. Ese suave susurro del viento justo antes del atardecer. *Parece* un lugar para una boda.

Si uno creyera en cosas tales como las bodas.

Un despilfarro de dinero absoluto; dice el hombre que se pasa los días redactando acuerdos prematrimoniales o planeando divorcios encarnizados.

Aun así, tenso la mandíbula. La pendiente no es terrible, pero no es ideal. Las raíces de los árboles podrían hacer tropezar a alguien si no se tiene cuidado. Y no me hace gracia la idea de que los invitados pisoteen esta parte del terreno.

¿Pero sería realmente tan difícil nivelar las sillas? ¿Mover el arco unos metros?

Exhalo lentamente y me paso una mano por el pelo.

—¿Estoy loco? —murmuro.

Muffin resopla una vez y se sienta a mis pies.

La miro.

—Entiendes que esto no va por el jardín, ¿verdad? —susurro—. —Se trata de los límites. De la estructura. De no dejar que la gente pase por encima de mí solo porque sonríen con dulzura y llevan carpetas.

Ella inclina la cabeza.

—Llega tarde, ensucia la casa con barro, cambia de sitio las sillas del porche y ahora también quiere el jardín.

Me agacho junto a la perra y le rasco detrás de las orejas.

—Es el caos con pintalabios. Lo sabes, ¿verdad?

Muffin parpadea y apoya todo su peso contra mi costado.

—Y ha traído cuatro maletas —añado—. —¿Quién hace *cuatro* maletas?

Muffin no dice nada.

—Ha dicho que te quedaste dormida debajo de su cama, pequeña traidora.

—La verdad es que no puedes culparla por eso.

La voz detrás de mí hace que me quede petrificado.

Me levanto despacio, me doy la vuelta y me encuentro a Poppy a medio camino del sendero, con los brazos cruzados y una expresión indescifrable. Lleva un vestido azul suave, nada llamativo. Es sencillo e informal, pero se mueve con ella, balanceándose lo suficiente como para distraerme. Lo combina con unas zapatillas de deporte de diseño con estampado floral. Hoy lleva el pelo suelto y me doy cuenta de lo largo que lo tiene; le llega casi a los codos y brilla como el oro cuando le da la luz.

—Hace cuatro maletas —continúa— porque está organizando sola un evento para trescientas personas, con suministros de reserva para cualquier posible catástrofe. Incluido, al parecer, un hombre gruñón.

Arqueo una ceja.

Ella da un paso al frente y luego se arrodilla para rascarle la barbilla a Muffin.

—Hola otra vez —dice suavemente.

Muffin deja escapar un gruñido de satisfacción, como si hubiera estado esperando todo el día este momento preciso.

Me meto las manos en los bolsillos. —¿Me está espiando ahora?

—Le estaba mascullando a un perro cosas sobre mi equipaje. Era un poco difícil no oírte.

Desvío la mirada, con un tic en la mandíbula.

—Yo no estaba...

Ella se pone de pie. —Mire, sé que solo intenta proteger la propiedad y que esta semana es probablemente lo último que quiere. Pero no estoy aquí para destrozar su casa. Estoy aquí para darles a Mason e Ivy la boda con la que han soñado.

Su voz se suaviza un poco. —Creo que se lo merecen.

La estudio durante un momento.

Luego asiento una vez, de forma breve y cortante. —Ya veré qué se me ocurre.

Ella parpadea. —Espere, ¿en serio?

—No se emocione. No es un sí.

—Pero no es un no.

Le lanzo una mirada firme. —Es un «quizás» condicional.

Justo cuando Poppy abre la boca para decir algo más —seguramente algo engreído—, lo oímos.

—¿Muffin? ¿Muuuuuffinnn?

Cierro los ojos.

Poppy inclina la cabeza. —¿Una amiga suya?

Por encima del seto llega el inconfundible sonido de unas sandalias de velcro chasqueando contra el suelo. Unos instantes después, Nadine aparece en el camino, con la visera ladeada y lo que solo puedo suponer que son zapatos ortopédicos de paseo.

Se detiene al vernos.

—Ah. —Mira alternativamente a Poppy y a mí, con un tono ya cargado de segundas intenciones. —Vaya. Pero qué acogedor.

—Nadine —digo con los dientes apretados.

—Muffin se ha vuelto a escapar —dice, acercándose. —Ya sabe cómo se pone. Ansiedad por separación, sensibilidad intestinal... de todo un poco.

Muffin, tan traidora como de costumbre, suelta un gruñido de felicidad desde donde está, ahora firmemente plantada sobre los pies de Poppy.

Nadine entorna los ojos. —Le cae bien.

—Es perfecta —dice Poppy con una cálida sonrisa, agachándose para rascarle las orejas a Muffin—. —Hemos congeniado.

—Oh, ya veo —responde Nadine, como si eso no fuera un cumplido. Se vuelve hacia mí—. Esta es nueva.

Aprieto los dientes. —Esta es Poppy Monroe. Es la organizadora de la boda.

Poppy le tiende la mano, rebosando amabilidad y profesionalidad. —¡Hola! Encantada de conocerla.

Nadine ignora por completo el apretón de manos.

—No parece una organizadora de bodas —comenta.

Levanto una ceja. —¿Y cómo se supone que es una organizadora de bodas, Nadine?

—Menos... californiana —responde, ajustándose la visera como si acabara de dar un diagnóstico crítico—. Ya sabe. Con menos pierna y más pinta de bibliotecaria.

Poppy sonríe educadamente, pero aprieta un poco más el agarre sobre Muffin.

—En fin —continúa Nadine, sacando ya el móvil—. Si Muffin va a estar aquí todo el rato —y lo *va* a estar, seamos sinceros—, debería cepillarla bien. Se le hacen nudos, sobre todo cuando está sensible.

—Lo anotaré en la agenda —murmuro.

—Ah, y espero no haber interrumpido nada. —Nadine se despide con la mano, volviéndose ya hacia el seto—. Aunque a juzgar por la tensión que se respira, yo diría que a *alguien* le acaban de decir que no.

Poppy parpadea. —¿Perdone?

Nadine ya está a medio camino. —¡Buenas noches, chicos!

Desaparece, con sus zapatos ortopédicos retumbando por el sendero como un tambor de malos presagios.

Me quedo mirándola con la mandíbula tensa.

A mi lado, Poppy reprime una carcajada. A duras penas.

—Es todo un personaje —dice.

—Lo dice la más indicada —murmuro.

Muffin suelta un suspiro.

¿Y Poppy?

Vuelve a sonreír.

Y odio lo mucho que no lo odio.

Capítulo cinco
La bruja de las flores la recibirá ahora
Poppy

El pueblo parece recién salido de una película de Hallmark; si las películas de Hallmark tuvieran mejor café y más mujeres con ropa deportiva que claramente hacen pilates antes de las siete de la mañana.

La calle principal es de adoquines, lo cual es objetivamente una falta de respeto para cualquiera que lleve sandalias sin soporte en el arco. Sin embargo, lo perdono porque cada escaparate es una delicia. Hay persianas pintadas, jardineras y pizarras escritas a mano que proclaman cosas como *La vida es corta, compra el cruasán*, cosa que hago con gusto.

Me pongo con mi lista de tareas: confirmar el número final de asistentes con el servicio de cátering, pasarme por la floristería —que resulta ser de mi tía Gloria— para revisar los prendidos de última hora que añadió Ivy, y sobornar a la pastelería para que preparen dos magdalenas sin gluten adicionales que no estaban en el pedido original. (Yo lo llamo planificación estratégica; CeCe lo llama hechicería de bodas).

Después, entro en una pequeña tienda de regalos que huele a eucalipto, donde encuentro las mantas de lino secado al sol más bonitas que he visto en mi vida. No las necesito, pero compro dos.

Para cuando me siento en un banco frente al almacén general, con un capuchino en una mano y palitos de miel local en la otra, siento que por fin he soltado el aire.

Llamo a CeCe.

Responde con un suspiro dramático. —¿Has sobrevivido?

—A duras penas. Pero estoy en racha.

—¿Te ha vuelto a mirar mal hoy?

—Le ha soltado un monólogo a un perro sobre mi equipaje.

—Ese hombre suena peligrosamente perturbado.

—Eso no es ni siquiera lo más raro. Su vecina, ¿Nadine?, ha aparecido buscando al perro, con lo que juraría que eran unas cuñas ortopédicas y albergando una vendetta personal contra la alegría.

—Me muero por conocerla.

—Te va a encantar este pueblo —digo, estirando las piernas frente a mí—. Es todo sol, tiendecitas peculiares y gente que se conoce el pedido de café de los demás.

Sinceramente, podría vivir aquí... si toda mi vida no estuviera en California.

CeCe suspira con aire soñador. —Sabía que debería haber ido antes.

—Estarás aquí en unos días, justo a tiempo para el pico del caos.

—Y después, rumbo a Italia para ti —dice.

Sonrío contra la tapa de mi café. Aunque no pueda permitírmelo ahora mismo, el billete de avión está reservado, y también mi alquiler. —Portofino —le recuerdo.

—Intenta sonar menos engreída cuando lo digas.

Va a ser mi viaje de descompresión posboda: sol, pasta y absolutamente nadie que necesite que le haga un plano de mesas. Es mi primer descanso de verdad en más de tres años.
Solo yo, un diario, unos cuantos vestidos veraniegos y la costa italiana. Sin clientes. Sin fechas de entrega.
Apenas puedo esperar.

—Uf, te odio.

—No, no me odias.

—Hoy no. Pero si me mandas otra foto de un capuchino junto a tu agenda con códigos de colores, eso podría cambiar.

Miro la foto que acabo de hacer: una callecita tranquila, hortensias rosas, una manta de lino doblada a la perfección y asomando por mi bolso como si estuviera haciendo una audición para una sesión de fotos de estilo de vida.

—No lo sé —digo suavemente—. Este lugar es tan... sencillo. Desearía tener más tiempo.

CeCe se queda en silencio un momento. —Ya. Pero necesitas un reinicio. Italia te vendrá bien. Y si da la casualidad de que el valle del

Hudson te regala algo de alegría visual en forma de abogado melancólico mientras estás allí... eso no es ningún delito.

—*No* es ninguna alegría visual.

—Ya, ya.

¡~!

El pueblo de al lado es más pequeño pero igual de encantador.

Aparco frente a una casita blanca con un buzón color lavanda. Hace más de un año que no veo a mi tía Gloria, pero siempre retomamos las cosas justo donde las dejamos.

Gloria nunca planeó convertirse en florista.

Fue editora de moda en Manhattan durante veinticinco años: glamurosa, mordaz y siempre tres temporadas por delante de todos los demás. Entonces, un día, salió de una reunión en Condé Nast, cogió un tren al norte del estado, compró una casita blanca con las persianas desconchadas y empezó a llenar jarrones con lo que fuera que pudiera arrancar de la tierra.

Ella dice que fue agotamiento. Yo creo que fue libertad.

Ahora es la bruja de las flores extraoficial del valle del Hudson: parte artista, parte agente del caos, parte terapeuta con tijeras de podar. Sus arreglos son salvajes, emotivos y profundamente poco prácticos. —Como yo —dijo una vez con un guiño. Los crea cuando le apetece, para clientes que le resultan interesantes.

Y, aparentemente, para mí.

Bueno, para Ivy. Pero solo porque yo se lo pedí.

—Lo haré —había dicho cuando la llamé—. Pero tengo dos condiciones. Nada de arpillera y que nadie me diga dónde poner las peonías.

Hecho.

Así que ahora estoy aquí, entrando en el camino de grava de su "estudio" floral totalmente extraoficial.

Un carillón de viento hecho con cucharillas de plata baila con la brisa.

Salgo del coche e inspiro.

El olor me golpea al instante: rosas, tierra, algo herbal y caro; Gloria.

La puerta de rejilla está entreabierta y Billie Holiday suena en algún lugar del interior.

Sigo el sonido a través de la selva de flores y enredaderas, apartando un helecho colgante que intenta bloquearme el paso.

Gloria está en el centro de la habitación, inspeccionando un arreglo de espuelas de caballero.

Lleva unos pantalones vaporosos de color verde amarillento, una camiseta de tirantes negra adornada con abejas de lentejuelas que desfilan por el pecho y lo que juraría que es un turbante de terciopelo. Su pintalabios es coral y sus uñas son lavanda. Todo en ella dice: *Me retiré del mundo de la moda, pero sigo juzgando el dobladillo de tu falda.*

—¡Cariño! —exclama al verme—. Has llegado pronto. ¡Y estás radiante! ¿Ya te has enamorado del pueblo? Te dije que te encantaría.

—Me encanta. —Me río abrazándola—. Casi todo. Excepto el abogado gruñón y emocionalmente inaccesible en cuya casa de invitados me hospedo.

—La mayoría de los abogados sufren estreñimiento emocional —dice ella, agitando una mano como si esto no fuera nada nuevo.

Huele a sándalo y tallos recién cortados; siempre vagamente caro, siempre vagamente místico. Se aparta y me escanea con la mirada entornando los ojos.

—Has adelgazado.

—No es verdad.

—Bueno, *pareces* alguien que ha estado sobreviviendo a base de adrenalina y tés chai, así que, sea como sea, vamos a comer. He hecho quinoa. No discutas.

—Sí, jefa.

Me guía a través del caos hasta una cocina diminuta donde las plantas cuelgan del techo y una bola de discoteca pende en una esquina como si fuera lo más normal del mundo.

Dejo mi bolso y suspiro; la clase de suspiro que solo puedes soltar en presencia de alguien que te conoce de toda la vida y nunca te ha pedido que te moderes.

—¿Estás bien, cielito? —pregunta ella, sirviendo quinoa en cuencos de cerámica artesanal—. Tienes esa cara de "estoy bien pero no me lo preguntes dos veces".

—Estoy bien —digo—. Es solo que... es mucho. La boda. Los clientes. El lugar.

—Y el abogado.

Hago una pausa. —Es... imposible.

—¿Pero es guapo?

Suelto un quejido. —Irritantemente guapo.

—Delicioso y difícil. Como un cruasán con complejo de Dios.

Me sirve un vaso de agua con gas infusionada con hibisco. Doy un sorbo. Es ácida, floral y un poco burbujeante; insufriblemente perfecta, como todo lo que toca Gloria.

—Es el hermano del prometido de Ivy. Dean Whitaker.

Gloria parpadea. —Espera. ¿Whitaker, Whitaker? —Se golpea la sien, pensando—. ¿El abogado de divorcios de Manhattan?

—¿Lo conoces?

—Sé quién es —dice, ya intrigada—. Un bufete muy importante. Casos de alto perfil. Siempre parece levemente molesto en las fotos de prensa.

No debería sorprenderme. La tía Gloria conoce a todo el mundo. Nunca tuvo hijos y mantiene una agenda de contactos impresionante. Además, se las ha arreglado para estar al tanto de todo lo relacionado con Manhattan, a pesar de haberse mudado hace años.

—Ese parece ser él.

Gloria se ríe. —¿Y?

—Y va a celebrar la boda en su propiedad.

—Vale...

—Y odia que estemos allí.

Ella tararea y empieza a colocar con cuidado un ramo de guisantes de olor. —Ah. Uno de *esos* tipos.

—Totalmente cuadriculado. Frío. Condescendiente. Usa frases como "riesgo de responsabilidad civil" y "revisar las condiciones de uso".

—Parece encantador.

—Le soltó un monólogo a un perro sobre lo caótica que soy.

—¿Se equivocaba?

La miro con los ojos entrecerrados. —¿De qué lado estás?

—Del lado del perro —dice ella—. Siempre.

Niego con la cabeza y termino mi bebida. —Es imposible. Cada vez que avanzo, pone otro límite. Y lo peor es que... creo que lo hace para protegerse. Pero de verdad.

Las manos de Gloria se detienen sobre el arreglo.

—Ah —dice en voz baja—. Así que no es solo un cabrón frío. Es un cabrón frío y herido.

Gruño. —No lo hagas sonar romántico. No es romántico.

—Por supuesto que no —responde ella, en un tono demasiado conforme—. Solo una organizadora de bodas que vive en una casa de invitados frente al jardín de un gruñón guapo con complejo de poder y ojos atormentados. Circulen, aquí no hay nada que ver.

Le lanzo una ramita de romero.

La atrapa en el aire y la mete en el arreglo. —Bueno, si la cosa escala, espero ser la primera en enterarme.

—No pasará.

—Podría pasar.

—No pasará.

Me guiña un ojo. —Guardaré algunas peonías extra. Por si hay una emergencia.

Pongo los ojos en blanco y me como la quinoa.

Después del almuerzo, Gloria señala hacia una mesa larga cubierta de papel de carnicero que tiene detrás. —¿Has traído el tablero de inspiración, verdad?

Rebusco en mi bolso y saco una carpeta impecable, deslizándola por la mesa como si fuera un artefacto sagrado. —Impreso *y* plastificado. De nada.

Nos pasamos a los taburetes de la mesa más grande y ella hojea las páginas, asintiendo lentamente, con sus múltiples pulseras tintineando a cada paso. —Vale. Esto me gusta. Muy suave. Muy romántico. Como una heroína de Jane Austen tras su tercera mimosa.

—A Ivy le encanta lo fantástico. Lo describió como «*cottagecore* mezclado con editorial de chica moderna», lo que creo que se traduce aproximadamente en flores silvestres, pero que parezcan caras.

Gloria resopla. —Traducción: quiere que parezca que no ha costado ningún esfuerzo, pero sin que sea *realmente* así.

—Exacto.

—¿Acaso no lo queremos todas? —dice ella con nostalgia—. Básicamente, esa es la historia de mi vida.

Pasamos al invernadero codo con codo, sacando ramos de gerberas, ranúnculos y matricarias de los cubos. Gloria trabaja de forma intuitiva, con los dedos volando. Yo trabajo con una regla, una carpeta con pinza y un plan muy específico.

Y de algún modo, siempre se equilibra.

—¿Cuál es el plan para la instalación de la ceremonia? —pregunta ella, anotando algo para sí misma.

—Ivy quiere un arco floral completo; con mucha textura pero que siga siendo etéreo. Salvia, rosa empolvado, melocotón pálido. Estaba pensando en añadir clemátide silvestre local si podemos conseguirla...

—Ya está pedida.

Hago una pausa, sonriendo. —Eres la mejor.

—Lo sé.

Seguimos trabajando en silencio durante un minuto, cómodas y felices. El sol se desplaza a través de los árboles fuera de la ventana, esparciendo luz sobre las flores.

Gloria remata un ramo con una cinta y lo levanta. —Sabes —dice, estudiándolo—, a pesar de todo el estrés y las tonterías de última hora, esta boda va a ser preciosa.

Asiento, sintiéndome de repente y sin esperarlo un poco emocionada. —Sí. Lo será.

¡~!

Para cuando vuelvo a entrar en el camino de entrada, el sol ha bajado lo suficiente como para teñir el cielo de rosa y dorado. Es esa hora fugaz en la que todo parece romántico, suave y con un ligero filtro.

Quizá sea por eso por lo que tardo cinco segundos enteros en darme cuenta de que hay una cabra en el porche.

Una de verdad.

Ahí plantada, sin más. Como si viviera aquí. Vale, el perro era una cosa... ¿Pero Dean tiene una cabra? Me cuesta imaginármelo.

Bajo del coche y observo a la cabra.

Está desaliñada, es de color gris marengo con marcas más oscuras alrededor de los ojos, lo que le da un aspecto vagamente de villana. Como una cabra a la que una vez eligieron para el papel de mala en unos dibujos animados infantiles y nunca llegó a superar el personaje.

Está masticando algo.

Entorno los ojos.

No. No es «algo».

¡Es mi camino de mesa de lino!

—¡Perdona! —grito, acercándome a toda prisa como si estuviera a punto de realizar un arresto ciudadano.

La cabra —imperturbable, nada impresionada y posiblemente entretenida— no deja de masticar.

—Oh, no, no, no —murmuro, caminando más rápido—. Hola. Oye. Eso... no es tuyo.

Sacude una oreja y sigue masticando.

Me quedo helada al pie del porche, haciendo el tipo de cálculo mental frenético que solo el pánico puede provocar.

Cabra. Porche. Masticando. Nadie más alrededor.

Y entonces caigo en la cuenta.

—Oh, no.

¿Es esta *mi* cabra?

Saco mi teléfono y busco en mi correo hasta que lo encuentro: el mensaje que envié a una pequeña granja local un poco más abajo, en la carretera: Shelby's Heritage Hooves. Adjunté un tablero de inspiración cuidadosamente seleccionado. Asunto: «Una idea de recepción rústica-chic».

Ahora lo leo como si fuera una nota de confesión.

Creo que podría ser mágico tener un par de cabras pequeñas deambulando por el césped del cóctel; una energía natural muy

cuidada. Las oportunidades para las fotos serían increíbles. Además, la novia es chef y muy de productos de proximidad. ¡Dígame si es algo que consideraría!

Nunca respondió. Nunca confirmó.

Y aun así.

Miro a la cabra, que ahora intenta meter la cara en una de las jardineras del porche.

—¿Simplemente... te ha dejado aquí?

Estornuda dramáticamente y vuelve a comerse una flor.

—Esto no está pasando. —Me paso una mano por la cara—. Eres mi cabra. He invocado una cabra.

Tira la jardinera con la pezuña.

Se suponía que iban a ser un par, y debían ser cabras *pequeñas* y *monas*.

Me agacho, con cuidado de no asustarla. —Vale. Puedo arreglarlo. Quizá eres temporal. Quizá solo estás de visita. Una cabra de alquiler.

Da un cabezazo contra el lateral de mi bolso de tela.

—¿No? ¿No eres de alquiler? Simplemente te has apuntado al caos por tu cuenta, ¿no?

Emite un sonido bajo y satisfecho y se sienta en medio del porche como una invitada que espera la cena.

La miro fijamente.

—No me puedo creer que haya pedido una cabra por accidente.

Capítulo seis
George
Dean

Todo lo que quiero son diez minutos de tranquilidad.

Diez minutos para aflojarme la corbata, quitarme los zapatos y tal vez —si el universo se siente generoso— beber algo que no sea café tibio de una taza de viaje que lleva en mi coche desde el lunes.

En lugar de eso, entro en el camino de entrada y pego un frenazo de inmediato.

Hay una cabra en el camino.

Una cabra.

Plantada como una especie de patrulla engreída de cuatro patas. Cabeza alta. Barba temblorosa. Unos espeluznantes ojos amarillos clavados en mí como si esto fuera *su* propiedad ahora.

Y justo detrás de ella, el caos.

Poppy está en medio del césped —descalza, embarrada, con un brazo manchado de lo que espero que sea tierra— sosteniendo una escoba. Tiene el pelo medio recogido, medio encrespado, su vestido veraniego pegado a un lado del muslo como si hubiera perdido una pelea contra un aspersor, y está *gritando*.

A la cabra.

Que actualmente está subida a una silla plegable.

Aparco. Despacio. Como si estuviera desactivando una bomba.

Salgo y doy tres pasos antes de que mi cerebro procese lo que ven mis ojos.

Todo el jardín trasero está destrozado.

Un arreglo floral está volcado. Hay cintas en los arbustos. Un cubo ha sido golpeado y ahora flota en el estanque. Y justo en medio del patio—

Caca de cabra.

Porque, por supuesto.

—¿Qué —digo tajante— está pasando?

Poppy se gira hacia mí, con las mejillas encendidas, el pelo pegado a la frente y un brillo salvaje en la mirada.

—Puedo explicarlo.

—Más te vale.

—Hubo un malentendido con una granja de cabras —dice sin aliento—. Se suponía que iba a ser... encantador.

La cabra salta de la silla e inmediatamente empieza a morder el dobladillo de su vestido.

—Encantador —repito.

—Sí. —Ella tira del dobladillo de su vestido para soltarlo de la cabra.

Señalo los destrozos. —¿Esto es encantador?

—¡No sabía que vendría! Simplemente... apareció. Y ahora no se quiere ir.

—¿Has probado a pedírselo amablemente?

Me lanza una mirada asesina. —No respeta los límites.

—Tú tampoco.

Ella levanta las manos. —Vale, ¿sabes qué? Es justo. Pero no es como si pudiera simplemente *descabrar* la situación.

La cabra elige este momento para saltar sobre un sofá de mimbre y tirar toda una bandeja de bolsas de regalo de bienvenida. Una cae en el barro. Otra cae en lo que definitivamente no es barro.

Poppy gime y se lleva la mano a la frente.

Yo me quedo mirando al cielo.

—Por supuesto —murmuro—. Por supuesto que así es como termina el día. Por supuesto que llego a casa y me encuentro a un animal de granja profanando mi jardín.

Esquivo un montón sospechoso y vuelvo a mirarla.

Está sin aliento, cubierta de tierra, con un tirante del vestido cayéndole por el hombro.

Y se está riendo.

Baja al principio, luego más fuerte; una risa incontrolable, un punto histérica, que burbujea en ella como si finalmente hubiera perdido la cabeza.

—Lo siento —dice jadeando—. No tiene gracia. No tiene *ninguna* gracia.

La cabra bala.

Ella se ríe más fuerte.

Me cruzo de brazos. —Esta boda va a acabar conmigo.

Ella resopla. —¿Contigo? Soy yo a la que acaban de dar un cabezazo contra un cubo de flores.

Parpadeo. —¿Qué te han hecho qué?

Ella señala su vestido empapado. —Me caí de espaldas. Lo tiré todo. Me eché agua con la manguera. Ha sido un día de perros.

Sigue riéndose. Y ahora, a mi pesar, yo también lo noto: ese tic en la comisura de la boca, una risa que intento reprimir, aunque ya sé que no lo conseguiré.

Porque, de alguna manera, ¿todo este lío ridículo? ¿Esta cabra salvaje, el barro y esta mujer que ha aparecido y ha convertido mi casa en el escenario de un programa de sketches?

Es el momento en que este lugar se ha sentido más vivo en años, me dice una pequeña y molesta parte de mi cerebro.

Aunque lo odie. Aunque no tenga tiempo para ello.

Poppy exhala, con las manos en las caderas y la vista puesta en los destrozos. El pelo se le pega al cuello en rizos húmedos. Está agotada. Cubierta de hierba.

—¿Has comido? —le pregunto.

Gira la cabeza despacio. —¿Qué?

Señalo vagamente hacia la casa. —Tengo sándwiches. De un sitio del pueblo donde no los estropean.

Parpadea como si acabara de ofrecerle un collar de diamantes.

—¿Me estás ofreciendo comida?

Suspiro. —No intento envenenarte. Es solo un sándwich.

—¿Y no lo vas a rematar con una lista de restricciones del lugar o de multas relacionadas con cabras?

—Eso no puedo prometértelo.

Ella sonríe, de forma breve y sincera.

—Dame cinco minutos —dice, dirigiéndose ya hacia la casita de invitados.

Cinco minutos después, llamo una vez a la puerta de la casita de invitados, sosteniendo una bolsa de papel marrón y dos botellas de

agua con gas bajo el brazo. La cabra no se ve por ninguna parte, lo cual es o una buena señal o el comienzo de una película de terror.

La puerta cruje al abrirse.

Se ha cambiado. Una sudadera de algodón, pantalones cortos, el pelo recogido, la cara todavía sonrojada. Se la ve... más suave. Menos salvaje. Pero por poco.

—¿De verdad me has traído la cena? —pregunta.

—Es un sándwich.

Ella abre más la puerta. —Entra antes de que George te coma.

—¿George? —pregunto, cruzando el umbral.

—Es como llamo a la cabra ahora.

Asiento como si tuviera todo el sentido del mundo.

Dentro, el ambiente es acogedor y huele ligeramente a vainilla, a ella y al limpiador de limón que usé antes de que llegara. Sus cosas están pulcramente apiladas: su agenda, un kit de costura de emergencia, un cuaderno lleno de notas adhesivas. Hay una taza con estampado floral en el alféizar de la ventana y una lista de reproducción suena suavemente desde su teléfono. Un par de velas arden en la mesa de centro. Nunca he visto este lugar con tanto aspecto de estar habitado.

No estoy seguro de cómo me hace sentir eso.

Le entrego la bolsa.

—Pavo asado con queso gouda ahumado —digo—. Tenía uno de repuesto.

—Dean —dice ella con voz falsamente seria—. ¿Estás... siendo *amable* conmigo?

—Legalmente estoy obligado a ofrecer ayuda en una crisis.

Ella resopla, desenvuelve el sándwich y da un bocado. Gime. —Dios mío.

Asiento, reconociendo que, en efecto, los sándwiches de Fatty's son la bomba.

Nos sentamos en extremos opuestos del sofá. Sin tocarnos. Sin hablar durante un largo minuto.

Simplemente... comiendo.

Es el primer momento de paz desde que llegó. La primera vez que he sentido que tal vez esta boda no acabe realmente conmigo.

Y entonces—

CRASH.

Algo golpea la ventana.

Ambos nos enderezamos de golpe.

—¿Ha sido eso...? —susurra ella.

—Ha sonado como una bandeja.

Me acerco a la ventana y descorro la cortina. George está en la mesa de mi patio. Pero esta vez... no está solo.

George está sobre la mesa, y Muffin también está allí, en la base, mirándolo como una general de guerra peluda con chaleco antitormentas. Una pata levantada. Silenciosa. Inmóvil.

George mastica un palo.

Muffin gruñe; un rugido bajo, lento y amenazador que sugiere que finalmente ha tenido suficiente.

—¿Esto está pasando de verdad?

Poppy aparece a mi lado y jadea. —¿Están... están *teniendo un duelo*?

—Eso parece.

George agita una oreja, da un salto en un círculo lento y establece contacto visual directo con la perra. Muffin se queda clavada, con la mirada fija, vibrando de juicio y cuatro kilos y medio de contención alimentada por CBD.

—Creo que está a punto de explotar —susurro.

—Está intentando proteger su territorio.

—Eso lo respeto.

Observamos con horror silencioso cómo George baja tranquilamente de la mesa de un salto.

Muffin se *lanza*.

Todo estalla. Hay ladridos. Balidos. Una maceta volando.

Poppy gime y se tapa los ojos. —Esto es una pesadilla.

Me dirijo a la puerta. —No —digo—. Esto es un martes cualquiera.

¿Solo martes?

Inspiro. Por la nariz. Exhalo por la boca.

La cabra no es la única intrusa. Hay algo más correteando por mi vida cuidadosamente podada: algo brillante, implacable y con

zapatillas de estampado floral. Solo que no estoy seguro de si Poppy Monroe está aquí para arruinar mi césped o lo que queda de mi cordura.

~

La casa está finalmente en silencio.

Lo cual ya es decir, teniendo en cuenta que hace dos horas había caca de cabra en mi patio y mi césped estaba medio destrozado por una cabra demente.

Ya me he duchado. Y Muffin está acurrucada a mi lado en la cama. No recuerdo cuándo pasó de ser una perra de porche a una compañera de mimos a la hora de dormir. Pero aquí estamos.

La caja de Amazon con su cepillo ha llegado hoy: cerdas suaves, desenredante, el lote completo. La abro y despego el embalaje como si fuera algo sagrado. Porque, por lo visto, ahora soy ese tipo de persona.

—Vale —murmuro, acomodándome—. ¿Estás lista?

Muffin suspira. Una exhalación grande y dramática, pero no se mueve. Lo tomo como consentimiento.

Empiezo a cepillarla. Pasadas lentas y cuidadosas. Evitando el punto sensible detrás de su pata trasera donde siempre se estremece.

—No podemos dejar que se te enrede el pelo —le susurro—. Tienes unos estándares que mantener.

La mejor perra a este lado del río Hudson.

Ella gruñe, se acurruca más y deja que continúe.

Durante un rato, nos sentamos en silencio. Solo el suave roce de las cerdas del cepillo atravesando el pelaje enredado y algún que otro ronquido.

Y entonces —porque no hay nadie más aquí— lo digo en voz alta.

—Es un desastre.

Muffin abre un ojo.

—Poppy —claro—. Es el caos. Ruidosa. Desordenada. Excesivamente entusiasta. Probablemente responsable de al menos dos docenas de infracciones urbanísticas.

Muffin parpadea una vez. Sin comprometerse.

—Y habla con las manos. Constantemente. Como si estuviera dirigiendo una orquesta invisible.

Silencio.

Entorno los ojos. —No me importa lo guapa que sea.

Muffin vuelve a parpadear. Un poco más despacio esta vez.

—No me mires así. Sé que te has dado cuenta.

Dejo de cepillar.

—Es exasperante —digo, más a la habitación que a la perra—. Siempre tarareando. Siempre sonriendo. Adueñándose de mi jardín con cubos de flores y una visión. Encendiendo velas en la casa de invitados.

Muffin bosteza.

Vuelvo al cepillado.

—Y ahora tiene una cabra.

Otra larga pausa.

—Una *cabra*, Muffin.

Ella no responde.

Me reclino contra el cabecero y exhalo. —George es un auténtico capullo de pies a cabeza.

En eso está de acuerdo. Un gruñido bajo retumba en su pecho.

—¿Ves? Por fin algo en lo que coincidimos.

Ella vuelve a suspirar y se acerca más.

Y aunque no lo admita —ni ante ella ni ante mí mismo— sigo cepillando mucho después de haber terminado.

Capítulo siete

Una casa de invitados. Una cabra. Un abogado emocionalmente estreñido. Que empiecen los juegos.
Poppy

Es una tarde perfecta.

Soleada. Cálida. Los pájaros trinan. Me encuentro a pocos pasos del jardín norte con mi portapapeles en una mano y una cinta métrica en la otra, intentando visualizar dónde irá el arco de la ceremonia, una vez hayamos confirmado que no se despeñará por la colina llevándose por delante a la tía de alguien.

Muffin sestea cerca en un trozo de sol; ya no lleva su chaleco antiansiedad y tiene la lengua fuera como si hubiera pasado por mil penurias.

Y así ha sido. Las dos las hemos pasado.

Estoy en mitad de mis anotaciones sobre la separación de las sillas cuando oigo el inconfundible rastro de unas sandalias ortopédicas contra la losa.

—Imaginaba que la encontraría por aquí —anuncia Nadine, como si viviera en una novela de misterio de la BBC y yo fuera su principal sospechosa.

Me giro hacia ella. Sostiene un recipiente de Tupperware como si fuera un soborno y lleva una visera con estampado de limones que, de algún modo, hace que parezca *más* criticona de lo habitual. La camisa es de lino. La energía es hostil.

—Hola —digo, alegre y profesional, porque he organizado suficientes bodas para saber que los vecinos de los pueblos pequeños suelen ostentar más poder que las autoridades locales—. Qué día tan espléndido.

—Debatible —responde ella, extendiendo ya el recipiente—. Pastelitos de limón. Bajos en azúcar. Sin gluten. Prácticamente

comida sana.

Los acepto porque me han educado bien y también porque no estoy segura de qué ocurre si le dices que no a Nadine.

—Gracias.

Muffin levanta la cabeza, observa a Nadine acercarse y luego se levanta lentamente para caminar hacia mí.

Entonces —con el dramatismo de un mutis de telenovela—, se sienta directamente a mis pies y apoya todo su peso contra mi pierna.

Nadine entrecierra los ojos. —Interesante.

—¿Lo es?

—Normalmente no toma partido hasta el cuarto día como pronto.

—No sabía que hubiera bandos.

—Siempre hay bandos —dice Nadine con convicción—. Y ella no es sutil.

Muffin suelta un suave suspiro y se acomoda.

Nadine se inclina y acaricia a Muffin con cariño. —Oh, qué bien, Dean te ha cepillado.

Lo dudo mucho; no me imagino a Dean siendo tan tierno, delicado y cariñoso con un perro, pero en fin.

Sí que parece algo más aseada de lo habitual, aunque podría ser simplemente porque estoy acostumbrada a verla con ese chalequito.

—Así que —dice Nadine, echando un ojo a mi portapapeles—, boda grande. Gran visión. Un gran desastre a punto de ocurrir.

Vaya, gracias.

—Esperemos que no sea el último —digo con una sonrisa que es un noventa por ciento dientes.

Ella tararea, claramente poco convencida. —¿Y Dean ha accedido a todo esto?

—Lo ha hecho.

—¿Voluntariamente?

Hago una pausa. —Es la boda de su hermano.

—Oh, ya lo sé. Solo que nunca pensé que pasaría por el aro. El Dean que yo conozco no permite ni las luces de jardín que funcionan con energía solar.

Eso... encaja. No es hombre de adornos.

Se cruza de brazos y mira hacia la casa principal. —Antes vivía en la ciudad, ¿sabes? Un apartamentito elegante. Todo hormigón y aire frío, con muebles de catálogo minimalista.

—Puedo imaginármelo.

—¿Este sitio? —continúa ella, señalando la finca como si fuera una acusación—. Se lo compró a un cliente. Un divorcio desagradable. Solo necesitaban largarse. Consiguió un precio de escándalo.

—Yo... no lo sabía.

—Ay, cielo. La mayoría no lo sabe. Se vino aquí para «reiniciar». Dijo que era temporal, que planeaba reformarla y sacar un buen beneficio. Eso fue hace tres años.

Miro hacia abajo, a Muffin, que sigue pegada a mi pierna como si quisiera dejar clara su postura. Paso la mano por su suave cabecita.

—Así que ahora vive aquí —digo.

Nadine entorna los ojos. —Existe aquí. Es diferente. Sigue desplazándose a la ciudad unas cuantas veces por semana. Noventa minutos de ida y otros tantos de vuelta.

Antes de que pueda responder, consulta su reloj y vuelve a encajar la tapa de los pastelitos de limón.

—Bueno. La dejo con lo suyo. Muffin tiene terapia a las tres. Acupuntura. Y tengo que confirmar la cita.

Me dedica un último repaso visual, como si todavía estuviera intentando decidir si soy una amenaza, un lastre o una trágica bloguera de estilo de vida.

Y entonces se marcha.

Muffin se queda.

Me ocupo con el trabajo que tengo por delante. Dean se ha ido hoy a trabajar a la ciudad, así que la propiedad está tranquila. Hay mucho que hacer. Este fin de semana organizo una de las bodas más importantes de mi carrera; una que podría encumbrarme o hundirme.

Ivy Lin es una *influencer* con más de trece millones de seguidores, y ella y Mason llegan en un par de días, así que necesito

que todo luzca perfecto. Una cuadrilla de jardineros está reparando los destrozos causados ayer por George, y todavía me queda mucho por hacer: proveedores a los que llamar y magia que hacer.

Comienza en silencio, como todos los grandes desastres.

En un momento dado, estoy organizando una caja de cristalería en el patio trasero. Muffin está acurrucada cerca en un raro momento de zen, el sol se filtra entre los árboles y yo me siento —me atrevería a decir— un poco al mando de la situación.

Y entonces lo oigo.

El suave golpe seco de unos cascos sobre madera.

Seguido de un tableteo metálico.

Seguido del sonido inconfundible de algo embistiendo una mesa inocente e indefensa.

Me giro lentamente.

George está de pie triunfante sobre la barandilla del porche, con un casco plantado sobre una caja de velas y el otro sobre mi portapapeles. Parece un rey inspeccionando sus dominios. Suelta un balido agudo, con los ojos salvajes y la barba temblando.

Y entonces *salta*.

Directo desde el porche. Aterriza con fuerza. Arremete.

Directo hacia Muffin.

Muffin —pacífica, anciana, llena de traumas y de chucherías de pollo— grita.

No ladra. *Grita*.

Y sale corriendo.

Pasa disparada a mi lado como una bala de cañón, con las orejas al vuelo. George va justo detrás de ella, con los cascos repiqueteando y la cabeza agachada como si esta fuera la ronda final de un torneo de justa medieval.

—¡Oh no, no, no! —grito, dejando caer una caja de servilleteros —. ¡GEORGE!

Salen disparados por el césped.

Alrededor del arco floral en construcción.

A través de un grupo de sillas plegables.

Por delante del puesto de bebidas.

Y entonces —milagro de milagros— un coche entra en el camino de entrada.

Un SUV negro.

El coche de Dean.

Sale de él, recién llegado de la ciudad, todavía de traje. Corbata recta. Camisa impecable. Ojos cansados.

Y entonces lo ve.

Una cabra. Persiguiendo a su perro. ¿Al perro de su vecina?

Por toda su propiedad. A través del escenario de una boda.

Su expresión no cambia al principio; solo un ligero tic en la comisura de la boca, como si su alma estuviera intentando escapar a través de sus dientes.

Deja su maletín en el suelo. Se quita la chaqueta. Se arremanga. Y camina hacia el caos como si se estuviera acercando a una negociación con rehenes.

—¡George! —grito, corriendo para alcanzarlos—. ¡Para! Te juro por Dios que si te comes otro cable del cargador...

Dean los intercepta en el jardín lateral.

Se mueve rápido, hay que reconocérselo. Se lo concederé. Pero George es... bueno, *George*.

Dean se lanza a por él una vez. Falla.

Se lanza otra vez.

Lo agarra por el collar.

Y justo cuando lo tiene sujeto, George gira, pega un tirón y arrastra a Dean un metro por la hierba como si fuera un trineo con forma humana.

Dean clava los talones.

—Poppy —dice entre dientes—, controla a tu cabra.

—¿Que controle a «mi» cabra? ¡No es mía!

—¡Tú la atrajiste!

—¡Eso no es legalmente vinculante!

Muffin vuelve sobre sus pasos, claramente confundida, luego decide que ya ha tenido suficiente y se deja caer a la sombra.

Dean sujeta a George por el collar, respirando con dificultad.

Su camisa blanca está manchada de barro en un hombro, su corbata cuelga floja, le falta un zapato y tiene un trozo de hierba

pegado al calcetín. Respira por la nariz como alguien que cuenta hasta diez, y definitivamente ha llegado al ocho.

Me limpio las lágrimas de las comisuras de los ojos, todavía riendo por lo bajo. —¿Tú... estás bien?

Su mirada podría fundir titanio. —¿Te parece que esté bien?

—¿Sinceramente? —contengo otra carcajada—. Pareces un anuncio de Calvin Klein rodado en el mismísimo infierno rural.

George estornuda. Otra vez.

Dean exhala como si le doliera físicamente. —Tengo tres horas de trabajo por delante. Dos reuniones. Una petición urgente de un cliente. Y esto —señala a George, las manchas de hierba, *todo*— no estaba en la agenda.

—Bueno, la cabra tampoco —digo, encrespándome un poco—. Yo no pedí esto.

—Tampoco hiciste nada para *no* pedirlo.

Me pongo tensa. —¿Perdona?

—Enviaste un correo a una granja y les mandaste un tablero de Pinterest titulado «Sueños rústicos».

—En primer lugar, era *Inspiración para recepción rústica-chic*, y en segundo lugar, ¡nunca me respondieron! Esto no es culpa mía.

George da un tirón al collar y suelta un sonoro suspiro de cabra.

Dean parece que va a entrar en combustión espontánea.

—Llego a casa y me encuentro a mi perro traumatizado, mi jardín destrozado y a *mí mismo* siendo utilizado como trineo humano por un animal de granja muy cabreado.

—Vale, esa parte *ha sido* un poco divertida...

—Ha sido *humillante*.

—¡Si te sirve de consuelo, parecías muy profesional haciéndolo!

Su mandíbula se tensa. —No me sirve. No tengo tiempo para esto —dice—. Tengo una carrera. Un escrito que presentar antes de medianoche. Un socio principal pisándome los talones.

—¿Pues quizá no elijas ahora para pelearte con el ganado? —le espeto, y me arrepiento de inmediato.

Él entorna los ojos. —Yo no firmé para esto.

Me cruzo de brazos con el corazón latiéndome con fuerza. —¿Crees que yo sí?

Nos quedamos allí, fulminándonos con la mirada, con el césped entre nosotros embarrado y arruinado, y el cabrón de George totalmente inmóvil como si estuviera esperando sentencia.

Dean niega con la cabeza lentamente. —Esta boda es un circo.

Sus palabras escuecen porque tiene razón. Siempre me he sentido orgullosa de mi trabajo, pero esto no es lo mejor que sé hacer. Y detesto eso.

—Me desharé de George —digo, con voz queda.

—Haz el favor —espeta él, soltando por fin el collar y limpiándose la mano en la parte delantera de su pantalón de vestir con asco.

Y con eso, se encamina a pisotones hacia la casa.

Capítulo ocho
Esta semana va a acabar conmigo
Dean

Debería estar trabajando.

Tengo un informe que entregar a medianoche, toda una sección de un caso que debo reescribir y un correo de Gideon marcado como URGENTE en mayúsculas que aún no he abierto porque valoro mi tensión arterial.

En lugar de eso, estoy sentado a la mesa del comedor con una camiseta limpia y pantalones de chándal, recién duchado, mirando fijamente la pantalla de mi portátil mientras el cursor parpadea como si se burlara de mí.

Por mucho que intente concentrarme, mi cerebro no deja de dar vueltas a...

Cabras.

Barro.

Y Poppy Monroe.

Poppy Monroe, que se reía tanto que se doblaba por la mitad mientras a mí me arrastraban por mi propio jardín como a un personaje de dibujos animados.

Me paso una mano por el pelo desesperadamente.

Es exasperante.

Todo en ella es luz solar y caos, grandes ideas y esa *dichosa* carpeta que agita de un lado a otro como si fuera alguien importantísimo. Y ahora tiene a Muffin de su parte. Otra vez. Teniendo en cuenta que el bicho no aparece por ninguna parte.

Abro un documento, miro la pantalla, escribo dos palabras y borro ambas.

Un suave golpe al otro lado de la ventana me llama la atención. Levanto la vista.

Muffin.

Trotando por el césped como si fuera la dueña del lugar.

Un momento después, se oye un ligero rasguño en la puerta.

No me muevo.

Otro rasguño.

Suspiro, retiro la silla y abro la puerta.

Entra disparada a mi lado sin ni siquiera fingir que espera una invitación, camina contoneándose hasta su lugar asignado en la alfombra y se deja caer con un gruñido.

—Como si estuvieras en tu casa —murmuro, cerrando la puerta tras ella.

Se estira. Sonríe, probablemente. No lo sé. Tiene una mirada de suficiencia. Vuelvo a sentarme y miro con furia mi portátil como si pudiera someterlo con la mirada.

—Sigue sin salir nada —digo al cabo de un momento—. Porque, al parecer, una organizadora de bodas y una cabra han secuestrado todo mi lóbulo frontal.

Muffin bosteza.

Me cruzo de brazos. —No me importa cuánto le esté pagando Mason; cobre lo que cobre, es demasiado.

La perra levanta la cabeza y parpadea despacio.

—Es desorganizada. Poco profesional.

Muffin se lame la pata.

—Y se está apoderando de todo. Mi jardín. Mi porche. Mi perro.

Muffin da un golpe con la cola y se acurruca más, como si ya hubiera oído suficiente.

Me echo hacia atrás, miro al techo y suspiro. —Claro, es mona. En plan hiperorganizada y te-arruino-la-vida-con-una-sonrisa.

—Pero no es mi tipo —digo al silencio.

El silencio no está de acuerdo. Me recuesto de nuevo, miro fijamente al techo y me froto la cara con una mano.

Se supone que esta semana va de concentrarse. Trabajo. Estrategia. Sociedad. Asegurar al cliente de Feldstein. Cerrar el trato. Convertirme en el socio que da nombre más joven de la historia del bufete.

Eso es todo. Ese es el plan completo. Sin distracciones. Sin desvíos. Solo presentar la mejor moción de mi vida y llevarme el premio gordo.

¿Y en su lugar?

Estoy persiguiendo cabras y discutiendo con una mujer que se ha apoderado de mi propiedad.

Muffin suspira desde la alfombra.

Abro una nueva pestaña y entro en Reddit. Ni siquiera sé por qué lo hago.

Vale, sé exactamente por qué lo hago. Solo quiero ver si alguien más en el mundo ha pasado por algo así.

Entro en el subreddit de Am I the Asshole.

Mis dedos se ciernen sobre el teclado.

Entonces empiezo a escribir.

Y dejo que todo fluya: sin editar, sin filtros.

Publicado en r/AmItheAsshole

nombre de usuario: RestingBriefFace

Título: ¿Soy yo el capullo por querer echar de mi casa de invitados a una organizadora de bodas que está convirtiendo mi propiedad en un circo de tres pistas (aunque técnicamente acepté albergar el evento)?

Cuerpo:

Yo (36M) *acepté —en contra de mi buen criterio—* dejar que mi hermano menor (30M) y su prometida (28F) celebraran su boda en mi propiedad. Su prometida contrató a una organizadora de bodas (29F) que se ha apoderado de mi casa de invitados, de mi jardín y, posiblemente, de mis ganas de vivir...

Es una propiedad grande que tengo en el norte del estado de Nueva York. Tiene una cochera/casa de invitados en la parte de atrás que ahora, por desgracia, está ocupada por esta mujer: la organizadora de bodas.

Y ella es... mucho. Enérgica, siempre sonriendo. Básicamente, una personalidad tipo A total. Potenciada al máximo.

Se mudó hace unos días para «supervisar las operaciones sobre el terreno». Desde entonces:

Mi perra (que pertenece a mi vecina anciana pero pasa el 80 % de su vida en mi casa) ahora parece preferirla a ella.

Apareció una cabra y nunca se fue. Se llama George. Nadie sabe de dónde ha salido. Al parecer, aporta «buen rollo».

Ha estado encendiendo velas aromáticas en la casa de invitados; ahora huele como la escena de un crimen de vainilla.

Canta mientras trabaja. A veces a la cabra.

Trabajo en un puesto jurídico de mucha presión. Tengo reuniones. Plazos de entrega. Antes tenía paz. Ahora hay caca de cabra en mi entrada y una mujer que hace planos de asientos con códigos de colores está prácticamente en todas partes adonde miro.

No está haciendo nada *malo* en sí. Es que está... en todas partes. En mi césped. En mi porche. En mi cerebro. Y la semana no ha hecho más que empezar.

Teletrabajo mientras intento cerrar un caso legal de alto nivel que podría determinar el resto de mi carrera. Necesito concentración. Silencio. Cero distracciones. Y no estoy teniendo nada de eso.

Así que: ¿sería yo el capullo si le pidiera que se mudara?

Me quedo mirando el texto un segundo.

Titubeo.

Lo leo tres veces y considero borrarlo. Entonces recuerdo que George me arrastró por mi propio jardín.

Pulso *enviar* antes de que pueda cambiar de opinión.

Es anónimo. Nadie lo sabrá jamás. Solo un desahogo rápido en internet. Un grito digital al vacío, por así decirlo.

Muffin me mira parpadeando.

—¿Qué? No me juzgues. —Le lanzo una zanahoria baby de mi plato.

Ella la ignora.

Típico.

Cierro el portátil y me estiro. Muffin levanta la cabeza como diciendo *por fin*.

—Venga —murmuro, levantándome de la silla—. Vamos a destrozar un arbusto.

Salimos al aire más fresco de la noche. El jardín está tranquilo. La mesa del cátering ha sido montada de nuevo. George no aparece por ninguna parte. Menos mal.

Y entonces la veo.

Poppy.

Todavía anda por ahí fuera.

Ahora está descalza, caminando despacio por el césped con una carpeta y un rollo de cordel en una mano, y una taza en la otra. Está entrecerrando los ojos hacia el arco como si lo imaginara totalmente construido y en plena floración. Lleva un bolígrafo detrás de la oreja y manchas de algo —probablemente barro o un trauma relacionado con las cabras— en sus vaqueros.

No me ve.

Está concentrada. En silencio. Exactamente lo contrario de cómo parece durante el día.

Muffin trota hacia ella sin dudarlo y se deja caer a sus pies.

Poppy baja la vista, sonríe suavemente y alarga la mano para rascarle detrás de las orejas a Muffin.

—Hola, cielo —le arrulla Poppy.

Me quedo allí, observando, un segundo de más.

Y así de repente: la culpa. Aparece antes de que pueda cerrarle la puerta. Porque sí, es un auténtico incordio, pero... también se está esforzando. Trabajando hasta tarde. Arreglando las cosas que salen mal. Cargando con más peso del que nadie ve. Todo por mi hermano e Ivy.

Suelto aire por la nariz y vuelvo a entrar, ignorando la incomodidad que siento en el pecho.

Cojo un vaso de agua, vuelvo a la mesa del comedor y abro mi portátil.

Mi publicación en Reddit ha explotado.

Ya hay más de 400 comentarios.

Navego un segundo.

[ThrowawayWife27]: Tío. Suena encantadora y las cabras son monas. Tú suenas a que necesitas una siesta.

Frunzo el ceño.

Es... una opinión un tanto agresiva.

[BreadOnPurpose]: Dejaste que se *mudara*, *organizara* una boda y encendiera velas aromáticas. No eres el capullo. Estás casado.

[lemonlawyer]: No eres el capullo. Tienes derecho a no vivir en una comedia romántica. Dicho esto... ¿está soltera?

[CozyChaosQueen]: ¡¿Le canta a la cabra?! LA ADORO. Invitadme a esta boda.

[legalbeagle96]: El autor del post ha omitido si ha empezado a sentir algo por ella. Siento que la cabra lo sabe.

[salty_but_sweet]: Eres el capullo si la echas antes de que haya al menos UNA discusión de tensión sexual no resuelta por culpa de los tenedores para el pastel.

[lilmuffy96]: Espera. ¿Es este el tipo de la perra con el chaleco para la ansiedad? He estado siguiendo esa saga en r/dogfree. Qué pequeño es el mundo.

[BagelDad]: Como alguien a quien literalmente le ha cagado encima una cabra en una boda en unos viñedos, te entiendo. Pero también, ¿sabes qué? Te vas a enamorar perdidamente de ella.

[NotMyMothersDaughter]: Autor, sé sincero: ¿le has comprado flores a una mujer alguna vez? Suenas un poco tenso. Deja que la cabra te ablande.

[gayunclesrevenge]: Señor, no está preguntando si es usted un capullo. Está preguntando si está bien estar enamorado de una mujer que huele a vainilla y se gana la vida organizando cosas. Sí. Está bien.

Gruño.

Por esto no confiamos en internet.

Paso por unos cuantos más, ojeando respuestas llenas de juegos de palabras con cabras, suposiciones descabelladas y al menos una persona sugiriendo que estoy reprimiendo sentimientos románticos profundos que temo afrontar.

Vale, *en primer lugar*: no.

En segundo lugar... ni de coña.

Muffin se acomoda bajo la mesa, totalmente impasible.

Típico.

[twoglassrosé]: Giro inesperado: la cabra es quien oficia la boda y tú eres el novio. He visto esta película antes.

[saltyfrombirth]: Ha puesto «canta mientras trabaja» como si fuera un delito. Señor, esto no es la historia del origen de un villano. Estos son *preliminares.*

—Aquí el villano no soy yo —le digo a nadie.

[cottagecore_cynic]: Esta es la novela de boda con cabra incluida de enemigos a amantes que no sabía que necesitaba.

[passiveaggressiveduck]: Podrías haber dicho simplemente «estoy enamorado de una diosa del caos», pero no. Teníamos que *llegar hasta aquí* a través de la caca de cabra y la rabia por las velas.

[Judgybutjustified]: Tío. Has dicho que no está haciendo nada malo. Tú la invitaste. Ella está trabajando. Solo te molesta que no sea aburrida. Tú eres el capullo.

[lawyerdad22]: Esto es *totalmente* una situación de «introvertido gruñón conoce a extrovertida alegre», y me gustaría una actualización semanal, gracias.

[goatsarepeopletoo]: George no hizo nada malo. Equipo Cabra.

Cierro la pestaña.

Necesito volver al trabajo. internet está lleno de opiniones sin fundamento de gente que no tiene ni idea de matices, precedentes legales o decencia humana.

Ridículo. No debería haberme molestado.

Capítulo nueve
Champán y caos
Poppy

Por la mañana, el césped está impecable, la cabra no aparece por ningún lado y ya he reorganizado el plano de mesas dos veces.

Todo parece estar en orden.

Y esa es precisamente la razón por la que no me fío.

Subo por el camino hacia la casa principal, armada con dos programas de proveedores impresos y un rollo de repuesto de cinta washi. El plan consiste en hablar con Dean, confirmar el horario de entrega del equipo de iluminación y *no* dejar que me saque de mis casillas.

Chupado. Totalmente factible.

Llamo suavemente a la puerta principal, esperando oírlo ladrar algo como: — ¿Y ahora qué?

En su lugar, oigo… nada.

Su todoterreno está aquí, aparcado exactamente donde lo dejó anoche.

Llamo de nuevo y entro.

—Hola, tengo una cosa rápida—

Me detengo. Parpadeo.

Muffin está tumbada boca arriba en mitad de la elegante y excesivamente sobria alfombra del despacho de Dean, con las patas al aire y las pezuñas agitándose como si soñara con dominar el mundo. Y Dean está agachado a su lado, en mitad de una sesión de mimos, dándole un tierno masaje en la barriga a cámara lenta.

Ella, claramente, se está dando la vida padre.

—… eh. Volveré más tarde —digo.

Dean levanta la vista.

—Se ha vuelto a colar en mi casa.

Ladeo la cabeza. —Pesa unos cinco kilos. Estoy bastante segura de que no puede *colarse* forzando nada.

—No ha dejado de resollar hasta que he abierto la puerta. Era dejarla entrar o arriesgarme a una demanda por daños morales.

Se pone de pie, quitándose los pelos de perro de sus pantalones perfectamente planchados. Muffin resuella con más fuerza, como si se sintiera personalmente ofendida por la interrupción de las caricias.

—¿Me huele a… salmón? —pregunto.

Él suspira como si fuera una carga que debe soportar. —Premios de salmón ahumado con CBD. Nadine dice que le relajan los chakras.

Parpadeo. —¿Estás intentando calmarle los chakras a Muffin?

—Ella los ha cogido. Me ha… engañado.

—Ya, claro.

Se ajusta el cuello de la camisa y luego se alisa el pelo, aunque no le hace ninguna falta. Hay algo raro en él esta mañana; está más rígido de lo habitual. Como si se estuviera esforzando *demasiado* por parecer natural, lo cual —dato curioso— lo vuelve más *extraño*.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Estoy bien.

Ha sido rápido. Demasiado rápido. Definitivamente no está bien.

Lo examino de arriba abajo con calma. Tiene las mangas pulcramente remangadas. La mandíbula tensa. Sus ojos reflejan esa mirada de: «Estoy bien, pero también sufriendo una crisis existencial silenciosa».

Dean Whitaker se comporta de forma extraña.

Y no sé por qué.

Pero sé que voy a averiguarlo.

Sigue con el ceño fruncido cuando me siento frente a él y saco mi portapapeles.

—Muy bien, ya que estoy aquí y que Muffin ya ha tenido su realineación de chakras del día, ¿podemos repasar un par de cosas rápidas?

Él vacila.

Levanto una ceja. —¿A menos que tengas programada una sesión de terapia con la cabra después?

Eso me vale una mirada: el clásico Dean. Inexpresiva y fulminante, pero la comisura de su boca se contrae como si estuviera luchando por no poner los ojos en blanco.

—Vale —refunfuña—, ¿ahora qué?

—Acceso a la corriente —digo, pasando una página—. El grupo llega el viernes para el ensayo y necesito asegurarme de que tenemos una fuente de alimentación exterior que puedan usar. Preferiblemente algo que no alimente también tus cámaras de seguridad y la iluminación exterior.

Exhala y se recuesta en su silla. —De acuerdo. Hay un panel de interruptores exterior en el lado oeste de la casa. Lo desbloquearé.

—Perfecto. El equipo de sonido necesita una zona de montaje para los altavoces y los cables. Había pensado a la derecha del arco, pero quería consultarlo contigo primero.

—Me parece bien, pero que no pisen los parterres. El percance de George con la masacre de los tulipanes ya me está costando un ojo de la cara.

Garabateo una nota. —Hecho. Lo siguiente: los cables.

Arquea las cejas. —¿Los cables?

—Sí, es decir: ¿con qué va a tropezar la gente? ¿Por dónde vamos a pasar el cableado? ¿Cómo mantenemos intacto tu seguro de responsabilidad civil?

Le tiembla un poco el ojo y considero que me he anotado un tanto.

—Necesitaremos acceso al garaje para unas cuantas cubiertas de cables —añado con dulzura—. A menos que prefieras que tus invitados surfeen entre cables con tensión en tacones.

—¿La electrocución forma parte de la temática?

—Ahora sí.

Exhala con brusquedad. Eso *casi* ha sonado como una risa.

Estoy a punto de pasar al siguiente tema cuando recuerdo el más importante.

—¡Ah! ¿Y dónde quieres los lavabos portátiles de lujo?

Se queda inmóvil. —¿Los *qué*?

—Los lavabos portátiles de lujo —repito alegremente—. Con climatización. Con conexión Bluetooth. Los eligió Ivy. Llegan el

viernes.

Dean parece genuinamente desconcertado.

—¿Para qué narices tienen Bluetooth?

—No he preguntado. Estaba demasiado ocupada preguntándome si también tendrían activación por voz e iluminación ambiental.

Me lanza una mirada fulminante.

—No puedes tener a trescientas personas entrando y saliendo de tu casa para ir al baño. Es mejor así.

Se pasa una mano por la cara. —No me puedo creer que haya dejado que me convencieran para esto.

—Dejaste que *ella* te convenciera —digo con suavidad.

Su expresión se ablanda por una fracción de segundo. —Sí. Lo hice.

Nos quedamos sentados en silencio un momento, dándonos cuenta ambos de que esta semana está siendo aún más disparatada de lo que habíamos previsto.

Acerco mi portapapeles hacia él. —Entonces, ¿dónde los quieres?

No responde de inmediato. Se queda mirándome —mirándome de verdad— y lo siento como una descarga de electricidad estática.

—Estás disfrutando con esto —dice él.

—¿Ah, sí?

Su mirada baja hasta mi boca, solo por un segundo.

Sonrío. —Quiero decir… podría ponerlos justo delante de la casa si quieres.

—Inténtalo —dice con voz grave— y verás qué pasa.

Muffin gime bajo el escritorio, harta de estar cerca de lo que sea que esté pasando entre nosotros.

Esta tensión… es innegable.

Sonrío, me levanto y doy unos golpecitos con el bolígrafo contra el portapapeles. —Piénsalo. Volveré más tarde. Ah, por cierto, se supone que vienen a por George después de comer.

—Por fin —murmura—. Es la mejor noticia que he recibido en toda la semana.

Son las 13:47.

Se supone que venían a por George después de comer.

Ahora mismo es… *después de comer.*

Y él sigue aquí.

Y no solo sigue aquí, sino que está encaramado como un soberano barbudo encima de una mesa plegable, mordiendo agresivamente un carrete de cinta desechado e ignorando todos y cada uno de mis sobornos, cada vez más desesperados.

—Esto se está volviendo ridículo —murmuro, agitando un pequeño cubo de grano que dejaron los de la granja—. Vamos, George. Pórtate bien.

George resopla.

Bajo el cubo y miro por el césped hacia la casa. Dean camina de un lado a otro, con la corbata a medio anudar, las mangas remangadas y los ojos fijos en su teléfono, como si pudiera hacer aparecer al equipo de recogida de la cabra con la fuerza del pensamiento. Murmura entre dientes. Alcanzo a oír la palabra *demanda.*

Muffin, que conste, está escondida en alguna parte del interior. No quiere saber *nada* de esto. Chica lista.

—Les he vuelto a llamar —grita Dean, levantando la vista—. Siguen sin responder.

—Igual se han quedado atrapados en un atasco —ofrezco con poca convicción.

—O igual esto es una broma pesada y ahora soy dueño de ganado.

—Podría ser peor —digo yo—. Podrías tener dos.

Dean me lanza una mirada que podría cortar la leche.

Y en ese momento sucede.

Un coche entra en la entrada. Al principio pienso: por fin. Los de la granja. George está salvado. Estamos salvados. Pero no es una camioneta. Es un todoterreno elegante con los cristales tintados.

La puerta se abre.

Ivy baja con el vestido veraniego amarillo más mono del mundo, unas gafas de sol grandes y un moño despeinado perfecto que, sin duda, un profesional tardó cuarenta y cinco minutos en crear.

Mason baja a continuación, con la funda de la guitarra en una mano y un café en la otra, sonriendo como si acabara de llegar a un campamento de verano.

—¡Sorpresa! —grita Ivy, saludando con la mano.

Tanto Dean como yo nos quedamos petrificados.

—Oh, no —susurro.

Dean murmura algo que no repetiría en un ambiente educado y empieza a caminar hacia ellos de inmediato.

Demasiado tarde. George salta de la mesa, aterriza en la hierba con un golpe sordo y sale disparado trazando un semicírculo, directo hacia Ivy.

Mason da un grito. Ivy chilla. Dean echa a correr.

Y yo me quedo ahí, sosteniendo un cubo de grano, preguntándome si esta boda incluye algún paquete de exorcismo que se me olvidó marcar.

Dos minutos después, por fin logramos reducir a George —a duras penas— y lo atamos al poste del porche con un trozo de cuerda de jardín que espero fervientemente que aguante. Porque, si no, que el cielo nos pille confesados.

Ivy se abanica con un programa de muestra, visiblemente alterada pero manteniendo el tipo como buena *influencer* sofisticada.

Mason, bendito sea, se está riendo. Cómo no.

—¿Eso era… una cabra? —pregunta Ivy, quitándose las gafas de sol.

Dean se ajusta el cuello de la camisa. —Vienen a por él. Supuestamente.

Doy un paso al frente, con el portapapeles en la mano, dispuesta a salvar lo que pueda. —¡Habéis llegado pronto! Pensábamos que vendríais mañana.

—Quería ver el lugar y no podía esperar —admite Ivy—. Mason dijo que lo tenías todo bajo control.

Dean me mira. —Define «control».

Le ignoro. —Dejad que os enseñe el lugar.

Mason sonríe.

Dean cierra los ojos un instante, como si estuviera negociando con el universo.

Me acerco un poco. —Oye —susurro—, ¿recuerdas lo aliviado que estabas cuando he dicho que venían a por George?

Dean no responde, solo me lanza una mirada gélida.

George suelta un balido triunfal a nuestras espaldas, como si supiera *exactamente* lo que ha hecho.

Una vez que George está asegurado, se produce una pausa. Un silencio.

Dean se pasa una mano por el pelo y murmura: —Bueno. Ya que estáis aquí…

Miro a Ivy y a Mason, y luego vuelvo a mirarlo a él.

Suspira. —¿Qué tal un brindis? Creo que tengo una botella de champán en la nevera de vinos.

A Ivy se le iluminan los ojos. Mason dice inmediatamente: —Sí. Gracias.

Estoy a punto de excusarme educadamente —porque seguramente sea algo familiar y yo todavía huelo ligeramente a cabra— cuando Dean se vuelve hacia mí.

—¿Poppy?

Levanto la cabeza. —¿Yo?

Él asienta. —Eres parte de este caos. Bien podrías brindar por él.

Por razones que no alcanzo a comprender, esa frase hace que algo se mueva en mi pecho. Los sigo al interior.

La casa de Dean no es como esperaba.

Es cálida, tranquila y parece vivida sin estar desordenada. Las estanterías empotradas están llenas de libros y discos. Unos sofás de cuero suave invitan al relax. Las paredes están adornadas con fotografías en blanco y negro enmarcadas que parecen caras. Todo huele ligeramente a cedro, jabón y a algo cítrico que me *niego* a encontrar atractivo.

Hasta ahora, solo había visto la entrada. La casa de invitados parecía un acogedor Airbnb, pero esto se siente como *él.*

Hay un piano en un rincón. Por supuesto que lo hay. Un piano vertical oscuro con partituras apiladas al lado y una lámpara de latón encima, lo que sugiere que se usa con regularidad.

Dean desaparece en la cocina y regresa con cuatro copas de cristal.

Ivy descorcha la botella con una sonrisa y sirve; el burbujeo llena el silencio.

Nos reunimos en el salón: Mason en el sofá, Ivy acurrucada a su lado, Dean de pie junto a la ventana con una mano en el bolsillo y la copa en la otra. Yo me siento en el borde de un sillón de cuero, fingiendo no notar cómo los cojines se hunden lo justo para desequilibrarme.

—Por los novios —dice Dean, alzando su copa.

Todos repetimos el brindis.

Doy un sorbo. Está frío, burbujeante y delicioso.

Ahora que el subidón de adrenalina por su llegada sorpresa ha pasado, por fin tengo un momento para *observar* a Ivy y Mason como es debido.

Son exasperantemente perfectos.

Ivy, mientras bebe de su copa, se retira un mechón de pelo tras la oreja; su piel prácticamente resplandece. Hace que ser «la novia» parezca algo sencillo, como si siempre hubiera formado parte de su ADN.

¿Y Mason? Es alto, casi tanto como Dean, pero con un aspecto desaliñado, con rizos aclarados por el sol asomando bajo una gorra de béisbol puesta del revés. Lleva una camiseta y unos vaqueros rotos por las rodillas de esos que están rotos *a propósito*. Ivy es pulcra y dulce, mientras que Mason desprende una encantadora energía juvenil. Son adorables juntos.

Doy otro sorbo y noto los ojos de Dean puestos en mí.

Así que me concentro en el champán.

Las burbujas me suben *al momento.*

Y, vaya. ¿He comido algo hoy? ¿Acaso los esfuerzos de cardio relacionados con cabras queman más calorías de las que imaginaba? Porque, tras *tres sorbos*, ya lo estoy notando: me siento ligera, acalorada y quizá un poco flotante.

Dean me pilla mirando el piano.

—¿Tocas? —pregunta en tono casual.

Niego con la cabeza. —No. Pero *finjo* que sé hacerlo cada diciembre, cuando intento aprender villancicos y me rindo antes de Nochevieja.

Se le contrae la comisura de la boca. —Trágico.

—Ya te digo. Llevo intentando dominar «Jingle Bell Rock» desde 2014.

Ivy nos observa desde el borde de su copa con mirada aguda y perspicaz, pero no dice nada.

Todavía.

Dean vuelve a mirarme; no es una mirada rápida ni de fastidio, simplemente… me mira. Como si estuviera intentando descifrar algo y le molestara no conseguirlo.

Doy otro sorbo.

La habitación parece más cálida ahora.

Mason está contando una historia, algo sobre cómo le pidió matrimonio a Ivy y se le cayó el anillo accidentalmente en un plato de pasta. Ivy se queja y se ríe. El momento es distendido. Sin artificios.

Miro a Dean.

Él no se ríe. No del todo. Pero hay algo ahí, un cambio, el amago de una sonrisa en la comisura de sus labios.

—Deberías probar a sonreír más —le tomo el pelo—. Es bueno para la tensión arterial.

—¿Es una opinión médica?

—Es una opinión de «tienes la mandíbula permanentemente apretada».

Exhala —un sonido suave y breve—, pero intuyo que hay algo profundo bajo su superficie de piedra. Es como un iceberg.

Doy otro sorbo de champán sin quitarle los ojos de encima. —¿Te gustan siquiera las bodas?

Resopla. —Me gustan los contratos. Y las capitulaciones matrimoniales. Y los informes jurídicos.

—O sea, que no.

No me mira al responder, pero percibo un cambio en su voz. —Me gusta la idea de que alguien crea tanto en algo.

Parpadeo.

Entonces, de hecho, *sonríe* —una sonrisa pequeña, perezosa y totalmente inesperada— y me doy cuenta de golpe de lo estúpidamente guapo que está cuando se olvida de estar molesto conmigo.

Sí. El champán se me ha subido a la cabeza definitivamente.

—Voy a… sí —murmuro, levantándome un poco demasiado rápido—. A volver al trabajo.

Salgo al sol de la tarde, esperando que el aire me despeje la cabeza y quizá enfríe el rubor que me sube por el cuello. No funciona.

La sonrisa de Dean —*real*, fugaz y totalmente fuera de lugar— sigue dando vueltas en mi cabeza.

Dichosa sonrisa.

Dichosa cara.

No debería haberme tomado esa copa de champán.

No llego ni a la mitad del césped cuando oigo que la puerta se abre a mis espaldas.

—Poppy —llama Ivy.

Me detengo, enderezo los hombros y me vuelvo con una sonrisa amable. —Dime.

Se acerca caminando, todavía con la copa de champán en la mano; sus sandalias de diseño no parecen hundirse en la hierba como las mías hace una hora.

Cuando llega a mi altura, me coge del brazo como si fuéramos viejas amigas, en lugar de personas que solo han tenido tres reuniones por Zoom y una cadena de correos de 87 mensajes.

—Vale —dice en voz baja y conspiradora, mirando hacia la casa —. ¿Qué está pasando?

—¿Con qué? —pregunto, aunque ya lo sé.

—Con mi futuro cuñado…

—¿Con Dean?

Ella sonríe con picardía. —Está actuando raro.

—Él siempre es raro.

—Más raro de lo habitual —responde ella—. No en plan mal, sino más bien en plan *¿siempre ha tenido esa mandíbula y esa tensión?*

Me quedo callada. —¿Acabas de decir «mandíbula» y «tensión»?

—Solo digo… —Levanta las manos, con falsa inocencia—. Si no fuera ya de la familia…

—*Ivy.*

Me guiña un ojo. —¿Qué? Solo digo que ese hombre *no* te es indiferente.

—No, es que está… —Me callo, mirando a la nada—. Estresado.

—Ya, ya. —Bebe un sorbo de su champán—. Y es guapo, por lo visto.

—Yo no he dicho eso.

—No ha hecho falta.

Gruño, me suelto de su brazo y me dirijo a la carpa. —Tengo cosas que hacer.

—No te preocupes —me grita Ivy—. Tu secreto está a salvo conmigo. Por ahora.

No miro atrás, pero noto su sonrisa persiguiéndome por todo el jardín.

Capítulo diez
Concentración
Dean

Las puertas del ascensor se cierran con un suave siseo y de inmediato me arrepiento de no haber subido por las escaleras.

Cuarenta y tres plantas. Cuarenta y tres plantas pensando en la vainilla y en la forma en que ella se ríe cuando George embiste contra algo caro.

Miro el móvil. Tres llamadas perdidas de Gideon. Un mensaje que dice: «¿DÓNDE ESTÁS?».

Perfecto.

El ascensor suena. Planta cuarenta y tres. Me ajusto la corbata, echo los hombros hacia atrás y me recuerdo a mí mismo por qué estoy aquí: la asociación, el legado, el caso más importante de mi carrera.

No por una organizadora de bodas que huele a velas caras y a caos.

Consigo aguantar el trayecto en ascensor sin pensar ni una sola vez en cómo huele y en las ganas que tengo de hundir la cara en su cuello.

Bueno. Casi.

Entro en el familiar pasillo de cristal y tonos grises de Grant & Feldstein, saludo a la recepcionista con la cabeza y me dirijo directamente a mi despacho.

—¡Whitaker!

La voz de Gideon corta el aire del pasillo antes incluso de que llegue a mi puerta. Está de pie frente a la sala de juntas, con los brazos cruzados y aspecto de padre decepcionado cuyo hijo acaba de traer un aprobado raspado a casa.

Me detengo. —Buenos días, Gideon.

—¿Lo son? Porque, según mi reloj, la mañana se ha acabado hace tres horas.

Echo un vistazo al teléfono. Las 9:47 h.

Joder.

—Tráfico —digo.

—¿Desde dónde? ¿Desde Connecticut?

Casi. —Ya estoy aquí.

Se acerca un poco más, entornando los ojos como si intentara diagnosticarme algo. —Tienes mala cara.

—Tengo cara de cansado.

—No, tiene cara de estar molesto. Más de lo habitual. Y eso ya es decir mucho, porque su estado basal ya suele ser bastante hostil.

Abro la puerta de mi despacho. —Estoy bien.

—No está bien. Está más tenso que la cuerda de un violín. ¿Qué pasa?

Dejo caer el maletín sobre la mesa y enciendo el portátil. —No pasa nada. Tengo una petición que presentar y un cliente que cerrar. Lo de siempre.

Gideon no se mueve. Sigue plantado en el umbral como un obstáculo humano.

—¿Cuándo fue la última vez que se tomó unas vacaciones?

Absurdo. —Yo no me tomo vacaciones.

—¿Cuándo fue la última vez que echó un polvo?

Levanto la vista. —¿Perdona?

—Ya me ha oído. Va por ahí como alguien que necesita o bien darle un puñetazo a algo o bien...

—Gideon.

—...quedarse en pelotas con alguien que...

—Gideon.

Levanta las manos en son de paz. —Solo digo eso. Quizá debería delegar parte de esta carga de trabajo. Tomarse un fin de semana largo. Que le den un masaje. Encontrar a una mujer agradable que...

Una imagen relampaguea en mi mente. Poppy. Sus pies descalzos sobre el césped. El pelo cayéndole sobre la cara mientras se ríe. La forma en que se mordía el labio inferior cuando estaba pensando.

Me aclaro la garganta. —Estoy bien.

—Acaba de tener un tic.

—No he tenido ningún tic.

—El ojo izquierdo le ha temblado. Ha sido una señal.

Por estas cosas odio a la gente.

Me siento, abro el portátil y empiezo a escribir. —El informe Morrison tiene que estar presentado para las cinco. Las notas de la declaración deben estar organizadas. Y tengo una conferencia telefónica con los abogados de la parte contraria a las dos.

Gideon se apoya en el marco de la puerta. —Dean.

—¿Qué?

—¿Seguro que no pasa nada en casa?

En casa.

Donde probablemente ella esté reorganizando algo. Canturreando para sí misma. Haciendo listas con esa caligrafía tan cuidada. Donde Muffin probablemente la esté siguiendo a todas partes como una acosadora peluda, y George... Dios, espero que para estas horas George ya se haya marchado.

—No pasa nada.

—Porque si lo hubiera —digamos, una mujer—, entendería por qué se comporta como si alguien le hubiera robado su bolígrafo favorito.

Dejo de escribir. —No hay ninguna mujer.

—Ya, claro.

—No la hay.

—¿Así que es así de tenso por naturaleza?

Me echo hacia atrás en la silla y le dirijo esa mirada que suele hacer que los socios novatos pidan perdón por respirar.

Con Gideon no surte efecto.

Maldita sea.

—Vale —dice él, claramente poco convencido—. Bueno, cuando haya terminado de fingir que no está pensando en quienquiera que sea ella, Feldstein quiere verle. En la sala de juntas. Ahora mismo.

Se marcha antes de que pueda replicar.

Me quedo mirando la pantalla. El cursor parpadea frente a mí, burlón.

No hay ninguna mujer.

Hay una organizadora de bodas que está alterando mi vida temporalmente. Hay un problema que tengo que resolver. Una

distracción que debo eliminar.

Eso es todo.

Guardo el documento, cojo mi bloc de notas y me dirijo a la sala de juntas.

Feldstein ya está sentado cuando entro. Traje caro, pelo canoso y ese tipo de autoridad silenciosa que hace que todos los demás en la sala se sientan como si tuvieran doce años.

—Dean. Siéntese.

Me siento.

—El caso Morrison. ¿En qué punto estamos?

Yergo la espalda. —La petición está redactada. La declaración está programada para el viernes. La parte contraria se está desesperando, así que están retrasando la exhibición de pruebas.

—¿Y confía en que cerraremos esto?

—Sí.

Se echa hacia atrás, estudiándome. —Bien. Porque si no lo hacemos, tendremos que hablar sobre tu futuro aquí. Y no será el tipo de conversación que termine con tu nombre en la placa de la pared.

Asiento. —Entendido.

—Eso espero. Porque lo he estado observando, Dean. Es bueno. Muy bueno. Pero ser bueno ya no es suficiente. Necesito a alguien brillante. Necesito a alguien que sepa manejar la presión, cerrar el trato y que nunca permita que las mierdas personales interfieran en el negocio.

Mierdas personales.

Como las cabras. Y las velas de vainilla. Y la forma en que ella me miraba mientras daba un sorbo a esa copa de champán.

—No hay ninguna mierda personal —digo.

—Me alegra oírlo. Porque este cliente: su contrato vale ocho cifras. Y si conseguimos captarlo, le aseguro la asociación. Una asociación de verdad. No solo un ascenso.

Es todo por lo que he estado trabajando durante más de una década.

Se levanta, se alisa la corbata y se encamina a la puerta.

—No lo fastidie, Dean.

La puerta se cierra tras él con un clic suave.

Me quedo ahí sentado un minuto, mirando la mesa de juntas. Ocho cifras. La asociación. Todo por lo que he trabajado. Todo lo que he deseado.

Saco el móvil y miro la hora. Pasan pocos minutos de las diez.

Me pregunto qué estará haciendo ella ahora mismo. Si habrá arreglado lo que rompiera George. Si seguirá descalza por el jardín, haciendo que todo parezca no requerir esfuerzo.

Me pregunto si habrá pensado en mí siquiera.

Entonces recuerdo dónde estoy. Quién soy. Lo que está en juego.

Guardo el móvil y vuelvo al trabajo.

Para las cuatro de la tarde, he redactado dieciséis páginas de jerga legal, he atendido doce llamadas telefónicas y he consumido suficiente café como para dar energía a una ciudad pequeña.

También he pensado en Poppy exactamente... digamos que cero veces. Por supuesto.

Si no contamos el momento en que me sorprendí preguntándome si habría almorzado.

O la vez que imaginé su reacción al comentario del masaje de Gideon.

Vale, de acuerdo. He pensado en ella más de cero veces.

Pero no lo suficiente como para que importe. No lo suficiente como para interferir con el trabajo.

Estoy revisando precedentes judiciales cuando el móvil vibra.

Mensaje de texto.

Número desconocido.

El estómago me da un vuelco extraño.

Lo abro.

POPPY: *Actualización sobre George: POR FIN han venido a por él. Tu césped está a salvo. Además, Muffin te echa de menos. Lleva una hora sentada junto a la puerta principal.*

A continuación, envía una foto. Muffin, pegada contra la puerta de cristal, con aspecto trágicamente abandonado. Me quedo mirando la foto más tiempo del debido.

Luego respondo: *Bien. Por lo de George, no por Muffin.*

Aparecen tres puntos. Desaparecen. Aparecen de nuevo.

POPPY: *Se ha tomado esto del corazón roto muy en serio. Es muy dramática.*

DEAN: *Es dramática con todo.*

POPPY: *Me pregunto de quién lo habrá sacado.*

Casi sonrío. Casi.

DEAN: *¿Cómo has conseguido este número?*

POPPY: *Me lo ha dado Mason. Espero que no te importe.*

No es que no me importe. Es todo lo contrario. Porque ahora puede escribirme cuando quiera, y yo probablemente le responderé, y ese es exactamente el tipo de mierda personal de la que hablaba Feldstein.

DEAN: *No pasa nada.*

POPPY: *Cuánto entusiasmo. Me desmayo de la emoción.*

Dejo el móvil. Boca abajo. Como si eso fuera a ayudar.

Vibra de nuevo.

Lo ignoro.

Vibra otra vez.

Le doy la vuelta.

POPPY: *Además, una pregunta rápida sobre el horario de entregas de mañana...*

Trabajo. Es sobre el trabajo. Puedo responder a preguntas de trabajo.

DEAN: *¿Qué pasa con eso?*

POPPY: *La florista necesita acceder a la cocina para usar el agua. ¿Te parece bien?*

DEAN: *Sí.*

POPPY: *Y el responsable del catering quiere hacer una inspección a las 8 de la mañana.*

DEAN: *Vale.*

POPPY: *No eres muy madrugador, ¿verdad?*

DEAN: *Soy una persona a la que le gusta que le avisen con antelación.*

POPPY: *Tomo nota. Te enviaré un itinerario detallado.*

DEAN: *Por favor, no lo hagas.*

POPPY: *Demasiado tarde. Ya lo estoy preparando.*

Por supuesto que lo está haciendo.

DEAN: *¿Con códigos de colores?*

POPPY: *Obviamente. ¿Por quién me has tomado, por una aficionada?*

Esta vez sí que sonrío. Solo un poco. Y ese es el problema.

Meto el móvil en el cajón del escritorio y cierro con llave.

Tengo dos horas para terminar esta petición. Dos horas para demostrar que tengo madera para ser socio. Dos horas para concentrarme en lo que realmente importa.

No en velas de vainilla.

No en itinerarios con códigos de colores.

Y definitivamente no en la forma en que ella pronuncia mi nombre, como si fuera un desafío y una promesa al mismo tiempo.

Abro un documento nuevo y empiezo a escribir.

El móvil vibra dentro del cajón.

Lo ignoro.

Vuelve a vibrar.

Sigo escribiendo.

La tercera vibración me vence.

Abro el cajón y miro el mensaje.

POPPY: *Tu hermano dice que tocas el piano. ¿Verdadero o falso?*

Me quedo mirando el mensaje.

¿Por qué quiere saberlo?

¿Por qué importa?

¿Por qué estoy escribiendo ya una respuesta?

DEAN: *Verdadero.*

POPPY: *¿Qué tipo de música?*

DEAN: *Clásica sobre todo. Algo de jazz.*

POPPY: *Eso es... la verdad es que muy sexy.*

Me falta el aliento.

¿Acaba de decir...?

Me suena el móvil. El nombre de Gideon aparece en la pantalla.

Respondo al segundo tono, con la voz más ronca de lo habitual.

—¿Qué?

—Feldstein quiere verle. Otra vez. Ahora.

Me aclaro la garganta. —Voy para allá.

Cuelgo, guardo el móvil de un golpe en el cajón y me dirijo a la sala de juntas.

Pero no puedo dejar de pensar en esa palabra.

Sexy.

Ella cree que soy sexy.

Y ese es exactamente el tipo de mierda personal que va a echarlo todo a perder.

Capítulo once
Refuerzos
Poppy

La risa de CeCe resuena por la floristería de Gloria como campanas de viento en medio de un huracán: brillante, caótica y completamente imparable. Ha llegado en avión esta mañana y me alegro muchísimo de que esté aquí.

—A ver si lo he entendido bien —dice, encaramada a un taburete entre cubos de peonías y lo que estoy casi segura de que es musgo artesanal—. ¿Manifestaste un cabrito por accidente, el abogado gruñón te dio su número de teléfono y tú le escribiste un mensaje diciéndole que tocar el piano es sexy?

Me cubro la cara con las manos. —Cuando lo dices así...

—Suena a que estás a medio paso de echarle el guante.

—CeCe.

Gloria suelta un bufido desde el otro lado de la sala, donde está organizando lo que parece un caos controlado en un jarrón. —¿A quién quieres echarle el guante?

—Al abogado con estreñimiento emocional —responde CeCe solícita.

—A Dean —corrijo yo.

—Lo mismo da —dicen las dos al unísono.

Cojo un tallo de lavanda y lo hago girar entre los dedos. El aroma es relajante. Necesito relajarme. Porque, desde que envié ese mensaje ayer, mi cerebro ha estado en un bucle constante de «¿y si piensa que le estoy tirando los trastos?», «¿y si no se da cuenta de que le estoy tirando los trastos?» y «¿y si le estaba tirando los trastos sin darme cuenta?».

Aviso de *spoiler*: le estaba tirando los trastos totalmente.

—No me ha contestado —digo.

CeCe arquea una ceja. —¿Desde cuándo?

—Desde... ayer por la tarde.

—Cielo. Han pasado menos de veinticuatro horas.

—Eso son como tres años en tiempo de mensajes.

Gloria abandona su arreglo y se une a nosotras, acomodándose en un otomano de terciopelo que claramente no fue diseñado para una floristería, pero que de algún modo encaja perfectamente aquí.

—Enséñame la conversación —me ordena.

Vacilo. —No es tan interesante.

—Ni hablar. Pásamelo.

Le entrego el teléfono a regañadientes. Ambas mujeres se amontonan alrededor de la pantalla como si estuvieran descifrando jeroglíficos antiguos.

—Madre mía —murmura CeCe—. Mira estos tiempos de respuesta.

—Inmediatos —observa Gloria—. Todos y cada uno.

—Y se ha resignado a tu itinerario con códigos de colores.

—Eso son básicamente juegos preliminares para los maníacos del control.

Recupero el teléfono en un arrebato. —Le estáis sacando demasiada punta a esto.

—¿Ah, sí? —CeCe ladea la cabeza—. Porque, desde donde yo estoy, esto parece un hombre que se está esforzando mucho por no estar interesado y está fracasando estrepitosamente.

Gloria asiente con aire sabio. —Los mejores siempre son los que más se resisten.

—No se está resistiendo a nada. Solo es... Dean. Serio y profesional y probablemente arrepentido de haber dejado que Mason use su propiedad.

—Ajá. —CeCe no parece convencida—. ¿Y por eso te trajo un sándwich en mano después del incidente del cabrito?

—Eso fue simple cortesía, y ahora me arrepiento de habérselo contado.

—Poppy, querida —dice Gloria, con voz suave pero firme—, la simple cortesía no incluye pavo gourmet y queso gouda ahumado de la charcutería más prestigiosa de la zona.

Me detengo. —¿Cómo sabes qué tipo de sándwich era?

—Lo describiste. Con todo lujo de detalles. Dos veces.

Mierda. Lo hice, ¿verdad?

—Además —añade CeCe—, has mencionado su mandíbula al menos cuatro veces desde que he llegado esta mañana.

—No es verd...

—Cariño, sí que lo es.

—Estaba siendo descriptiva.

—Estabas muerta de ganas.

Le lanzo un trozo de paniculata. Ella lo esquiva con reflejos de bailarina.

—Está bien, vale —admito—. Quizá soy un poco... consciente de su presencia.

—Consciente —repite Gloria, como si acabara de decir que soy un poco consciente de la gravedad.

—Físicamente consciente.

—Ahí lo tienes —dice CeCe triunfante.

Suelto un gruñido y me dejo caer hacia atrás contra una pila de tela de arpillera que huele a tierra y a posibilidades. —Es un momento pésimo. Estoy intentando organizar la boda más importante de mi carrera. Se supone que tengo que estar concentrada. Ser profesional.

—¿Quién dice que no puedas ser profesional y sentirte atraída por alguien?

—Yo. Porque me vuelvo rara cuando me gusta alguien. ¿Os acordáis de Jake?

CeCe hace una mueca. —No hablamos de Jake.

—Le reorganicé todo el piso en la segunda cita. —Hago una pausa, recordando.

—Para ser justos, su piso probablemente necesitaba un repaso.

—Organicé su estante de especias por colores, CeCe.

—... Vale, eso fue un poco fuerte.

Gloria se ríe, con un tono bajo y cómplice. —Cariño, a algunos hombres les gustan las mujeres que toman el mando.

—Y otros salen corriendo y gritando.

—Los que huyen no merecen la pena de todos modos.

Me incorporo, sacudiéndome las fibras de arpillera del vestido. —Además, da igual. Después de este fin de semana, me voy a Italia.

Una semana de pasta, vino y absolutamente cero responsabilidad sobre la felicidad de los demás.

—Italia —reflexiona CeCe.

Solo porque ya está pagado. Antes de que pueda hundirme en pensamientos fatalistas, mi teléfono vibra. Las tres nos quedamos petrificadas.

—Míralo —susurra CeCe.

—¿Y si es solo trabajo?

—¿Y si no lo es?

Cojo el teléfono con manos temblorosas.

DEAN: *Muffin ha vuelto a entrar en mi casa. Tiene mi despacho secuestrado.*

La foto adjunta muestra a Muffin despatarrada sobre el escritorio de Dean, panza arriba, con un aspecto de felicidad absoluta.

—¡Ay, por Dios! —grita CeCe—. Te ha enviado una foto de un perro.

—Eso es... —Gloria estudia la pantalla—. Ese es su despacho, ¿verdad? Está en el trabajo y se ha detenido para hacerle una foto al perro y enviártela.

Siento un cosquilleo inoportuno en el estómago.

—Es solo por Muffin.

—Cielo —dice CeCe con suavidad—, los hombres no mandan fotos de perros sin que se las pidan a menos que estén flirteando.

Me quedo mirando la imagen. Muffin parece ridículamente satisfecha, como si el lugar fuera suyo. Y al fondo, alcanzo a ver el borde del portátil de Dean, unos papeles desordenados y una taza de café que parece cara.

Es íntimo. Extrañamente doméstico.

Escribo: *Sabe reconocer un buen despacho cuando lo ve.*

Tres puntos aparecen de inmediato.

DEAN: *Está babeando mis expedientes.*

POPPY: *Es su forma de mejorarlos.*

DEAN: *Puede que mi cliente no esté de acuerdo.*

POPPY: *Claramente, tu cliente no tiene sensibilidad para la colaboración artística.*

DEAN: *¿Así es como lo llamamos?*

Me muerdo el labio, de repente hiperconsciente de que CeCe y Gloria están mirando por encima de mi hombro.

POPPY: *Yo lo llamo «Muffin siendo Muffin».*

DEAN: *Buen punto. ¿Cómo va la preparación de la boda?*

POPPY: *Caos controlado. Tu tipo favorito.*

DEAN: *Yo no tengo un tipo favorito de caos.*

POPPY: *Claro que no.*

Los puntos aparecen y desaparecen. Vuelven a aparecer.

Finalmente, él responde.

DEAN: *Nos vemos esta noche.*

Me quedo mirando la pantalla.

—¿Qué significa eso? —pregunto en voz alta.

—Significa —dice CeCe— que él también está pensando en ti.

—O significa que vive allí y que, inevitablemente, me verá cuando llegue a casa.

—O —interrumpe Gloria—, significa que tiene ganas de verte.

Bloqueo el teléfono y lo pongo boca abajo sobre el mostrador. —Estáis delirando.

—Somos optimistas —me corrige CeCe—. Hay una diferencia.

—Muy pequeña.

—Hablando de eso —dice CeCe, levantándose de golpe y sacudiéndose los vaqueros—, he traído provisiones.

Se acerca a su enorme bolso de mano y empieza a sacar objetos como una ayudante de mago: champán, mascarillas faciales de lujo, una bolsa de ositos de goma y...

—¿Eso es purpurina? —pregunto.

—Purpurina de emergencia —confirma ella—. Por si tu abogado necesita un poco de alegría forzada en su vida.

—Por favor, ni se te ocurra lanzarle una bomba de purpurina a Dean. Algo me dice que no le haría *ninguna* gracia.

—No prometo nada.

Gloria da una palmada. —Oh, esto va a ser divertido.

Miro a ambas (CeCe con su sonrisa traviesa, Gloria con su mirada de complicidad) y me doy cuenta de que estoy a punto de vivir la mejor semana de mi vida o la más vergonzosa.

Posiblemente ambas cosas.

—Prometedme —digo— que no haréis nada que haga que me echen de la propiedad.

—Lo prometemos —dicen las dos a la vez.

Demasiado rápido.

Muchísimo más rápido de la cuenta.

Mi teléfono vuelve a vibrar. Esta vez no es Dean.

IVY: *¡Emergencia! Los padres de Mason han decidido venir un día antes. Estarán aquí mañana por la mañana y quieren conocer a todos los implicados en la boda. Incluyéndote a ti. Y son... especiales.*

Les enseño el mensaje a CeCe y a Gloria.

—Bueno —dice CeCe alegremente—, parece que el día de mañana se acaba de poner interesante.

—Habría que definir «especiales» —mascullo, mientras ya empiezo a reorganizar mentalmente todo mi horario.

Mi teléfono vibra otra vez.

IVY: *Ah, y se traen a sus dos perros. ¡Espero que no haya problema!*

Cierro los ojos.

—¿Más perros? —pregunta Gloria, leyendo por encima de mi hombro.

—Más perros.

CeCe sonríe. —Yo me quedo a ver esto, sin duda.

Y de repente, tengo la horrible sensación de que esta boda está a punto de volverse mucho más complicada de lo que ya lo era con un cabrito ligeramente poseído y un abogado gruñón que puede, o no, estar flirteando conmigo a través de fotos de perros.

Pero, ¿sinceramente?

Me muero de ganas de ver qué pasa después.

Capítulo doce
Caos matutino
Dean

Me despierto con el sonido de un taladro industrial.

A las seis. Malditas. De. La. Mañana.

—Pero qué...

Salgo disparado de la cama y casi tropiezo con Muffin, que de alguna manera ha migrado de su camita para perros a estar directamente bajo mis pies. Me gruñe como si fuera culpa mía.

El taladro se vuelve más fuerte.

Me pongo a tirones los vaqueros de ayer y bajo las escaleras hecho una furia, dispuesto a cometer cualquier nivel de homicidio que sea legalmente defendible cuando alguien ataca tu mañana con herramientas eléctricas.

Abro la puerta principal de par en par y...

¿Qué demonios?

Mi jardín parece una zona de guerra.

Hay camiones por todas partes. ¿Tres? ¿Cuatro? Pierdo la cuenta cuando veo a dos hombres intentando levantar lo que parece ser una carpa de circo donde antes estaba mi césped.

—No —le digo a nadie—. Ni hablar.

—¡Ah, qué bien, ya estás despierto!

Me giro para encontrarme con Poppy —porque, por supuesto, es Poppy— cruzando el jardín a paso ligero con una carpeta en una mano y lo que podría ser el café más grande del mundo en la otra. Lleva unos pantalones cortos vaqueros que deberían ser ilegales y una camiseta de tirantes que dice "BRIDE'S BESTIE" con purpurina.

—¿Qué —señalo el caos— demonios es esto?

Ni siquiera aminora el paso. —Instalación de las carpas. Se suponía que empezarían a las ocho, pero he conseguido que vinieran antes. De nada.—

—¿Te has vuelto loca? ¿De nada? ¿Por qué?

—Por aprovechar el día. —Consulta su carpeta—. Tenemos la carpa montada a las siete, el equipo de iluminación a las nueve y... ah, los baños portátiles llegan a mediodía.—

Emito un sonido ahogado.

Finalmente me mira. Me mira de verdad. Y su paso vacila ligeramente.

Cierto. Sin camiseta. Se me había olvidado lo de ir sin camiseta.

Sus ojos hacen un rápido recorrido —pecho, abdominales, esa «V» que me han dicho que distrae— antes de volver a centrarse en mi cara. Un ligero rubor empieza a treparle por el cuello.

Bien.

—Baños portátiles de lujo —dice, con la voz solo un poco más aguda—. ¿Recuerdas? Con climatización. Muy elegantes.

—Nada que tenga que ver con baños portátiles es elegante.

—Estos tienen lámparas de araña.

—Eso no lo mejora.

Un tipo con un casco de seguridad se acerca. —¿Dónde quiere la segunda carpa?—

—¿Segunda carpa? —prácticamente gruño.

Poppy ni se inmuta. —En la esquina noroeste, junto a los robles. —Se vuelve de nuevo hacia mí—. Carpa para el banquete y carpa para la ceremonia. Por si llueve, por precaución.—

—Lo normal sería pedir permiso antes de convertir mi propiedad en el dichoso Coachella.

Ella inclina la cabeza. —¿Querías que te despertara a las cuatro de la mañana para preguntarte? Porque puedo hacerlo mañana si lo prefieres.—

Abro la boca y luego la cierro.

Porque, ¿qué se supone que debo decir? ¿Que le dije específicamente a Mason que podía usar la propiedad? ¿Que acepté todo este circo? ¿Que, técnicamente, ella está haciendo exactamente lo que se supone que debe hacer?

—¿Café? —me ofrece, tendiéndome su vaso.

—No comparto gérmenes con agentes del caos.

—Tú te lo pierdes. —Da un sorbo deliberado, y yo definitivamente no me quedo mirando cómo sus labios envuelven la

tapa—. Tiene canela.—

Se acerca otro operario. Este lleva lo que parece ser una pequeña lámpara de araña.

—¿Para el váter de lujo? —aventuro.

—¿Ves? Vas aprendiendo.

Me paso una mano por el pelo, probablemente haciendo que me quede aún más alborotado. —Esto es una locura.—

—Esto es una boda.

—Es lo mismo.

Ella me observa por un momento. —Realmente odias esto, ¿verdad?—

—¿Qué me ha delatado? ¿La mandíbula apretada o el tic en el ojo?

—Ambos, en realidad. —Se suaviza un poco—. Mira, te prometo que seremos lo más discretos posible. Apenas notarás que estamos aquí.

Un poste de la carpa se desploma contra el suelo con un sonido parecido a un trueno.

Ambos lo miramos.

—¿A partir de cuándo? —pregunto.

Ella se muerde el labio para no reírse, y yo no me fijo en absoluto en cómo se le queda la boca al hacerlo.

—Te invito a desayunar —ofrece—. Como disculpa por el madrugón.

—No desayuno.

Me mira como si se sintiera profundamente ofendida. —Todo el mundo desayuna.—

—Bebo café y juzgo a la gente. Ese es mi desayuno.

—Bueno, yo hago un café excelente y soy sumamente juzgable, así que... —Gesticula hacia sí misma como si estuviera presentando una prueba.

Otro estruendo; esta vez es una sección entera de la carpa.

—Me cago en... —Uno de los operarios empieza a soltar improperios de forma muy creativa.

Poppy hace una mueca. —Probablemente debería...—

—El roble tiene una rama débil —digo—. En el lado norte. Si la montan debajo, se vendrá abajo con el primer viento fuerte.

Parpadea sorprendida. —Ah. Vale. Gracias por ayudar.—

—No estoy ayudando. Estoy evitando una demanda.

—Claro. Muy práctico. —Pero ahora sonríe; de esa forma real, no la profesional—. ¡Gary! ¡Debajo del roble no! ¡Movedla un par de metros al sur!—

Gary le levanta el pulgar.

Ella se vuelve hacia mí. —¿Algún otro consejo para evitar demandas?—

—Los aspersores saltan a las seis y media.—

—Mierda. ¿En serio?—

—Todos los días.—

Ya está caminando rápido hacia los operarios. —¡Que todo el mundo mueva el equipo! ¡Aspersores en veinte minutos!—

Debería entrar en casa. Debería apartarme de esta situación. Definitivamente debería ponerme una camiseta.

En lugar de eso, la sigo.

—¿Por qué eres así? —pregunto.

—¿Así cómo? —Ahora está dirigiendo el tráfico, alejando a los operarios de las zonas de los aspersores con la eficacia de un controlador aéreo.

—Agresivamente alegre. Resulta inquietante.—

—¿Por qué eres tú agresivamente gruñón? Eso es igual de inquietante.—

—No soy gruñón. Soy realista.—

—Quieres asesinar a la mismísima felicidad.—

—La felicidad me ha despertado con un taladro eléctrico.—

Ella se ríe, una risa en toda regla. —Dios, qué dramático eres.—

—¿Yo soy un dramático? Has alquilado lámparas de araña para los váteres.—

—Váteres de lujo.—

—¡Eso no lo hace mejor!—

Estamos demasiado cerca ahora. No sé cómo ha pasado. Un segundo estábamos caminando y al siguiente estamos frente a frente en mi jardín, ella mirándome con esos ojos tan estúpidamente

azules, yo mirándola a ella con su camiseta de purpurina e intentando no pensar en lo que hay debajo.

—¿Dean? —dice ella.

—¿Qué?—

—Los aspersores.—

Y en ese momento llega el agua.

Es como ser atacado por mil puntas de hielo. Los aspersores no se limitan a encenderse: explotan, lanzando chorros de agua gélida en todas direcciones.

—¡Joder! —Intento protegerla, pero es demasiado tarde. Ambos estamos empapados en segundos.

Ella da un chillido, luego se ríe, luego chilla otra vez. —¡Está helada!—

—¡Te he dicho a las seis y media!—

—¡Son las seis y veintiuno!—

Tenía que ser ella tan precisa.

Corremos a cubrirnos; ella me agarra del brazo para no resbalar y yo intento no fijarme en que su camiseta de tirantes ahora es, básicamente, transparente.

Llegamos al porche, chorreando y sin aliento.

Ella sigue riéndose. Con el pelo pegado al cuello, el rímel empezando a correrse y su camiseta de purpurina convertida ahora en una firme candidata para un concurso de camisetas mojadas.

—Tus aspersores están rotos —me acusa.

—Tu sentido del tiempo es terrible —le rebato.

—Tu jardín es una trampa mortal.—

—Toda tu existencia es una trampa mortal.—

Se acerca más, todavía respirando con dificultad. —Qué palabras tan grandes para un hombre en vaqueros mojados.—

—Qué humos para una mujer con ropa transparente.—

Se le abren los ojos de par en par. Se mira. —¡Ah!—

—Toma. —Gesticulo vagamente hacia la puerta—. Hay toallas dentro.—

—¡No puedo entrar en tu casa así!—

—Tampoco puedes quedarte en mi porche así, a menos que quieras darles un espectáculo a los operarios.—

Se cruza de brazos sobre el pecho, lo que solo empeora las cosas... o las mejora, según se mire.

—Es culpa tuya —murmura.

—¿Culpa mía? Mis aspersores tienen un temporizador. Un temporizador constante y predecible.—

—¡Podrías haberme avisado antes!—

—¡Te he avisado!—

—¡Seis segundos no es un aviso!—

Estamos discutiendo por los aspersores, pero está pasando algo más. Algo en la forma en que me mira, con las gotas de agua atrapadas en sus pestañas. Algo en la forma en que no puedo dejar de notar la piel de gallina en sus brazos.

—Toallas —digo con voz ronca—. Adentro. Ahora.—

Ella asiente, dejando de discutir de repente.

Le sostengo la puerta abierta y ella entra con cuidado de no rozarme.

Excepto que lo hace, solo un roce. Piel mojada contra piel mojada, y maldita sea si eso no me envía una descarga de calor a pesar del agua fría.

—¿Dean?—

—¿Mmm?—

—Tus padres están en el salón.—

Me quedo helado. —¿Qué?—

—Que. Tus. Padres. Están. En. Tu. Salón.—

Me abro paso a empujones para verlo y... sí, ahí están. Mi madre con su habitual estilo informal de Connecticut, mi padre con ropa de golf, ambos mirándonos como si fuésemos una exhibición especialmente interesante en el zoo.

Ah, y han traído a los perros.

—Dean, cariño —dice mi madre, con la voz destilando una falsa sorpresa—. Hemos pensado en pasarnos para hablar de los preparativos de la boda.—

—¿A las siete y media de la mañana?—

—Estábamos por el vecindario.—

—Vivís a una hora de aquí.—

—No seas dramático. —Centra su atención en Poppy, y su sonrisa se vuelve más afilada—. Y usted debe de ser la organizadora de la boda.—

Poppy, hay que reconocérselo, ni se inmuta. Se queda ahí plantada, goteando sobre mi suelo de parqué como si esto fuera de lo más normal.

—Poppy Monroe —dice ella, extendiendo una mano húmeda—. Encantada de conocerla.—

Mi madre mira la mano como si pudiera ser contagiosa. —Igualmente.—

En ese momento, los perros entran en acción.

Mis padres tienen dos Cavalier King Charles Spaniel —Bingley y Darcy— que normalmente tienen la misma energía que un cojín.

Hoy no.

Se lanzan hacia Poppy como si estuviera hecha de beicon, dando vueltas alrededor de sus piernas y saltando, mientras gimen de alegría.

—¡Oh! —Ella se ríe, agachándose para acariciarlos—. ¡Hola, pequeños!—

Bingley —que nunca le ha caído bien a nadie, incluidas las personas que le dan de comer— se tumba inmediatamente para que le rasque la tripa.

Darcy empieza a lamerle la cara.

—Vaya —dice mi padre—. Eso es nuevo.—

La expresión de mi madre podría cortar el cristal. —No suelen ser tan... entusiastas.—

—Los perros saben quién es buena gente —dice Poppy, sin dejar de acariciarlos.

—¿Ah, sí? —El tono de mi madre sugiere que no está de acuerdo.

Cojo toallas del armario del pasillo y le lanzo una a Poppy. —¿A qué habéis venido realmente?—

—Queríamos asegurarnos de que todo va sobre ruedas. —Mi madre observa a Poppy, que ahora intenta secarse mientras dos perros compiten por su atención—. Aunque parece que ha habido algunas... complicaciones.—

—Un percance con los aspersores —dice Poppy con alegría—. Nada que no podamos solucionar.—

—Mm. —Mi madre se vuelve hacia mí—. Dean, querido, ¿podríamos hablar en privado?—

—No.—

La palabra suena más dura de lo que pretendía.

Todos me miran.

—No —repito, un poco más suave, pero no mucho—. Cualquier cosa que tengáis que decir sobre la boda, podéis decirla delante de Poppy. Ella es la organizadora.—

Mi madre aprieta los labios. —Muy bien. Nos preocupa la... magnitud de este evento. Los camiones ahí fuera, las carpas. Parece excesivo.—

—Es una boda —digo—. No una barbacoa.—

Bingley gime, notando la tensión. Se pega más a Poppy, que le acaricia la cabeza distraídamente.

—Creo —dice Poppy con cuidado— que lo que Dean quiere decir es que Mason e Ivy tienen una visión muy específica para su día. Y como su organizadora, mi trabajo es ejecutar esa visión.—

Mi madre clava su mirada láser en ella. —¿Y cuáles son sus cualificaciones, exactamente?—

—Mamá...—

—No pasa nada —interrumpe Poppy—. Llevo tres años organizando bodas. He gestionado eventos de diez a quinientos invitados. He trabajado con presupuestos desde cinco mil hasta medio millón de dólares. Y nunca he tenido un cliente insatisfecho.—

—Qué impresionante —dice mi madre en un tono que sugiere lo contrario.

—Deberíamos irnos —interviene mi padre—. Dejar que se... sequen.—

Se dirigen hacia la puerta, pero mi madre se detiene. —Dean, querido, piensa en lo que hemos dicho. Y quizás sugiérele a Mason que una reunión más pequeña...—

—Adiós, mamá.—

Ella vuelve a suspirar, recoge a los perros (a los que tienen que arrastrar físicamente para apartarlos de Poppy) y sale con aire

majestuoso.

La puerta se cierra.

Silencio.

—Bueno —dice Poppy—. Eso ha sido divertido.—

Me río. No puedo evitarlo. Es eso o darle un puñetazo a una pared.

—Lo siento —le digo.

—¿Por qué? ¿Por los aspersores? ¿Por la visita sorpresa de tus padres? ¿Por lo raro de los perros?—

—Por todo.—

Ella me estudia, me mira de verdad por primera vez desde que entramos. Me doy cuenta de que ambos seguimos empapados, de pie en el vestíbulo, probablemente arruinando el suelo.

—Tus padres parecen... intensos.—

—Esa es una forma de decirlo.—

—¿Cuál es la otra?—

—Tóxicos. Controladores. Emocionalmente manipuladores.—

—Ah. —Se envuelve más fuerte en la toalla—. ¿Y no aprueban a Mason?—

—No les gusta que Mason haya elegido la felicidad por encima de su versión del éxito.—

—¿Y tú?—

Me encojo de hombros. —Yo elegí su versión. Mira qué bien ha salido.—

Se queda callada un momento. Luego dice: —Yo les he caído bien a los perros.—

—Los perros tienen buen gusto. —Se me escapa antes de que pueda evitarlo. Ambos nos quedamos de piedra.

—Debería... —Gesticula vagamente hacia su ropa mojada.

—Claro. Sí. Deberías.—

Pero ninguno se mueve.

—¿Dean?—

—¿Sí?—

—Gracias. Por no dejar que me echaran.—

—No iba a dejar que ellos...—

—Has dado la cara por mí. Ante tus padres. Eso ha sido... —Se muerde el labio—. Nadie ha hecho eso antes.—

La confesión queda flotando entre nosotros. Demasiado sincera. Demasiado real para lo que sea que se supone que es esto.

—Poppy...—

—De verdad que debería ir a cambiarme ya.—

—Claro.—

—Claro.—

Retrocede hacia la puerta, todavía aferrada a la toalla. —Me, esto, me aseguraré de que los operarios se mantengan alejados de los aspersores.—

—Buen plan.—

—Y no haremos mucho ruido. —Su voz es más suave ahora.

—Se agradece.—

—¿Y Dean?—

—¿Sí?—

—Quizá deberías ponerte una camiseta. Es muy... distrae mucho. A los, esto, operarios.—

Me quedo ahí, goteando sobre mi propio suelo, procesándolo todo. Mis padres. Los perros. Poppy con una camiseta transparente defendiendo sus cualificaciones mientras por dentro estaba temblando.

Ella se escabulle antes de que pueda responder, dejándome allí parado en el vestíbulo, empapado y, de alguna manera, más confundido que cuando me desperté.

La forma en que me ha mirado cuando le he dicho a mi madre que se callara.

—Maldita sea —murmuro a la habitación vacía.

Porque creo que podría estar en un aprieto. De esos que no se quitan con agua fría.

Muffin elige ese momento para aparecer contoneándose desde dondequiera que se hubiera escondido.

—Gracias por el apoyo —le digo.

Ella resopla y se dirige a su cuenco de comida.

Mi móvil vibra. Tres mensajes de Mason.

MASON: *Mamá acaba de llamar.*

MASON: *¿i¿Qué demonios les has dicho?!?*

MASON: *Además, ¿por qué ha mencionado mamá que estabas semidesnudo con mi organizadora de bodas?*

Me quedo mirando los mensajes.

Luego me sirvo un café.

Van a ser un par de días muy largos.

Capítulo trece
Risotto y revelaciones
Poppy

El mensaje de Mason llega mientras intento librarme de una llamada de un proveedor sobre la mantelería. Algo relacionado con el tono incorrecto de marfil, que al parecer importa más que la paz mundial.

MASON: *¿Cenamos esta noche? ¿A las 19:00? En plan informal en casa.*

MASON: *Ivy exige tu presencia.*

MASON: *Ha insistido y se pone violenta cuando la gente se salta las comidas.*

Me quedo mirando mi desastroso espacio de trabajo: planos de mesas por todas partes y tres tazas de café vacías formando un grupo de apoyo para el duelo en el alféizar de la ventana.

YO: *Debería seguir trabajando durante la cena.*

MASON: *Te dará caza.*

MASON: *Por cierto, Dean también cocina.*

Se me da un vuelco estúpido en el estómago.

YO: *¿Dean cocina?*

MASON: *Sorprendentemente bien.*

MASON: *¡Nos vemos a las siete! :)*

Genial. Cena con la parejita feliz y su hermano, que hace que se me olviden las funciones motoras básicas cada vez que hace ese gesto con las mangas. Solo pensarlo me provoca un cortocircuito en la concentración.

Miro la hora. 17:47. Maldita sea.

No queda mucho tiempo para avanzar en mi lista de tareas, pero aun así hago lo que puedo.

Pasa una hora en lo que parece un abrir y cerrar de ojos.

Cojo lo primero que encuentro limpio: unos vaqueros con un agujero en la rodilla y un jersey enorme que no deja de caérseme por el hombro. Me recojo el pelo en un moño desordenado sujeto

con el primer utensilio de escritura que tengo a mano (un lápiz, porque soy así de elegante).

El trayecto hasta la casa principal dura treinta segundos. Tiempo suficiente para preguntarme qué demonios estoy haciendo. No el suficiente para dar con una buena excusa para escaquearme.

Llamo una vez y entro porque, al parecer, ya estamos en ese nivel de confianza.

—... solo digo que es simpática —la voz de Mason llega desde la cocina.

—No me había fijado. —Dean. Tan seco como el esparto.

—Mentira. Te vi mirándola mientras montaban la carpa.

—Estaba viendo cómo se desplomaba el valor de mi propiedad.

—¿A través de su camiseta de tirantes?

—Mason...

—¿Qué? Está buenísima. Estás soltero. ¿Es que las matemáticas no son lo tuyo?

Me aclaro la garganta y ambos hermanos se quedan petrificados: Mason encaramado a la encimera como un adolescente crecidito, Dean ante los fogones con una cuchara de madera y una mirada asesina.

—Hola. —Levanto el vino que he cogido de mi reserva de emergencia—. He traído del bueno.

La cara de Dean hace un gesto extraño, mezcla de vergüenza y diversión.

—¿Dónde está Ivy? —pregunto, necesitando desesperadamente a otra persona en la habitación.

—Arriba. Cambiándose. Bajará pronto. —Mason salta al suelo y me quita el vino—. Anda, te enseño la casa mientras Dean gestiona sus problemas de control en privado.

—Yo no tengo...

Pero ya nos estamos marchando. Miro hacia atrás y me encuentro a Dean fulminando el risotto con la mirada como si este lo hubiera ofendido personalmente.

Cuanto más veo de la casa, más me gusta. Mason hace de narrador como un guía turístico barato.

—El salón, donde Dean finge que se relaja. El despacho, donde Dean vive de verdad. El piano, que nadie toca desde 2019.

—¿Por qué dejó de tocarlo?

Mason se queda callado un momento. —Por la misma razón que dejó de hacer muchas cosas.

Antes de que pueda preguntar qué significa eso, Ivy aparece en lo alto de las escaleras con un vestido veraniego que probablemente ha costado más que mi alquiler.

—¡Poppy! ¡Has venido!

Me abraza como si fuéramos viejas amigas. Huele a caro. Yo probablemente huelo a estrés y a champú en seco.

—Gracias por invitarme.

—Por favor. Nos haces un favor tú. Dean necesita más interacción humana que no incluya horas facturables.

Volvemos a la cocina, donde Dean está emplatando el risotto con la concentración de un artificiero.

Estupendo.

—Huele de maravilla —comento.

Él levanta la vista. Me echa un vistazo rápido (jersey, vaqueros, lápiz en el pelo) y algo cruza por su mirada.

—Solo es risotto.

—«Solo es risotto» —se mofa Mason—. Que lleva cuarenta minutos removiendo.

—Requiere una atención constante.

—Como la terapia, pero aquí estamos.

Ivy le da un manotazo a Mason en el brazo. —Sé amable.

—Soy amable. El borde es Dean.

—No soy un borde. Es que soy selectivo con mi entusiasmo.

—Esa es literalmente la definición de ser un borde.

Reprimo una carcajada.

Dean se da cuenta y entorna los ojos. —¿Algo divertido?

—No. Solo... vosotros dos. Es tierno. —Hago un gesto señalando a ambos hermanos, que no podrían ser más opuestos.

—No somos tiernos —dicen al unísono, lo cual solo confirma mi teoría.

Pasamos al comedor. Por alguna configuración que no llego a comprender, acabo al lado de Dean. Nuestras rodillas chocan bajo la mesa. Él se aparta. Yo finjo que no me he dado cuenta.

El risotto está, para mi fastidio, perfecto. Cremoso y reconfortante, con un toque de parmesano intenso y mucha mantequilla.

—Vale, esto está increíblemente bueno —admito tras el primer bocado.

—Solo es arroz arborio y...

—Acepta el cumplido.

Hace una pausa. —Gracias.

—¿Ves? ¿Ha sido tan difícil?

—Agonizante, la verdad. —Pero casi está sonriendo. Ese gesto vago y diminuto en la comisura de la boca que hace que el pecho me haga cosas raras.

—Dime, Poppy —dice Ivy, sirviéndome una copa de vino blanco —. Háblanos de Italia.

Tema seguro. Me aferro a él con ambas manos.

—Vuelo el domingo después de la boda. Una semana en Portofino. Solo los carbohidratos y yo.

—¿Sola? —Hay algo en la forma en que lo pregunta.

—Ese es el plan.

—¿Ninguna... persona especial a quien llevar?

Me río. —Mi persona especial es mi pasaporte.

—Me suena —murmura Dean.

Mason e Ivy intercambian una mirada que no me gusta.

—¿Qué?

—Nada —dice Ivy demasiado rápido—. Solo pensaba que a Dean le vendrían bien unas vacaciones.

—Yo no me voy de vacaciones.

—Tú no te diviertes —corrige Mason—. Hay una diferencia.

La cena continúa. Se cuentan anécdotas. Ivy comparte cómo se conocieron (un club de lectura, la de él era la única perspectiva masculina, a ella le intrigó). Cosas normales de pareja que me aprietan el pecho con algo que me niego a nombrar.

—¿Y tú? —pregunta Ivy—. ¿Tu peor desastre en una boda?

¿Esta?

Les hablo del oficiante en la playa con una intoxicación alimentaria, y de la dama de honor drogada que escribió su brindis en la palma de la mano con un rotulador permanente. Hasta Dean se ríe; un sonido grave que me recorre la columna.

—¿Más vino? —pregunta él, sirviendo ya.

Nuestros dedos se rozan sobre la copa. Una descarga eléctrica me sube por el brazo: rápida, aguda, imposible de ignorar. Trago saliva antes de ponerme en evidencia y me concentro en el plato como si contuviera las respuestas de la vida.

—Oye, Dean —dice Ivy, y su tono hace que se me caiga el alma a los pies—. ¿Sigues soltero?

La temperatura cae en picado. Hasta el aire se siente distinto, frágil de alguna manera.

—Sí. —Dean no levanta la vista del plato. Su tenedor raspa una vez contra la porcelana, de forma deliberada.

—¿En serio? Mamá mencionó a esa mujer de tu bufete... —interviene Mason.

—Está casada —dice con voz plana—. Con su mujer.

—Ah. —Ivy se desinfla, hundiendo los hombros—. Pues nada.

Dean finalmente deja el tenedor en la mesa. —¿Qué?

—Nada. —Ivy mira a Mason y luego vuelve a mirar a Dean—. Solo pensé que a lo mejor...

Él ladea la cabeza, solo un poco. —¿A lo mejor qué?

—¿A lo mejor por fin dejarías entrar a alguien?

Dean se queda inmóvil. No paralizado, sino quieto. Como algo peligroso que se enrosca, esperando el movimiento equivocado.

—Estoy bien.

—Nadie ha dicho que no lo estuvieras...

—Entonces, ¿a qué viene el interrogatorio?

Su voz es tranquila, pero cae con fuerza. Ivy hace una mueca. Mason abre la boca, probablemente para calmar los ánimos, pero la mirada de Dean lo detiene antes de que empiece.

—No es un interrogatorio —dice Ivy suavemente—. Es preocupación.

—Es una intromisión.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita? —lo intenta Mason, entre bromista y protector.

—Tengo citas.

—Las declaraciones juradas no cuentan.

Dean exhala por la nariz. —En marzo.

Silencio. De ese que zumba. Noto las palabras como estática en la habitación.

—¿En marzo? —repite Ivy, parpadeando—. Estamos en agosto.

Dean tensa el agarre del cuchillo. —¿Adónde quieres llegar?

Ivy entreabre los labios, pero no sale nada.

—Dean...

Él se levanta bruscamente. Las patas de la silla chirrían con fuerza contra el suelo. —Debería ir a mirar el postre.

Y se marcha; el sonido de sus pasos alejándose resuena en el pasillo.

La mesa vuelve a respirar.

—¿Me he pasado? —susurra Ivy.

—Un poco —confirma Mason, pasándose una mano por la cara.

Yo ya estoy de pie. —Voy yo.

—Poppy...

—Está bien. —Fuerzo una pequeña sonrisa—. Hablo el idioma del estreñimiento emocional.

La cocina está en penumbra, excepto por las luces de debajo de los armarios. Proyectan un resplandor suave y amarillento sobre el acero inoxidable y la tensión. Dean está en la encimera, cortando fresas metódicamente como si le hubieran hecho algo.

—Tienen buena intención —digo, apoyada en el marco de la puerta.

—Siempre la tienen. —Él no levanta la vista—. No tienes por qué...

—Lo sé.

Me acerco, lo suficiente para oler el azúcar, el calor y algo ligeramente cítrico en él. No tanto como para que se retire. Me cruzo de brazos, observando cómo masacra la fruta.

—Estar soltero no es una enfermedad —ofrezco.

—Díselo a la gente con pareja.

—Buen punto. —Robo una rodaja de fresa de la tabla de cortar, sobre todo para tener algo que hacer con las manos—. Aunque marzo es un tiempo un poco...

—No sigas.

El cuchillo se detiene en mitad del aire.

—Entendido. Me callo.

Sigue troceando en silencio, o lo que es lo mismo, el carnicero de las frutas. Su mandíbula vuelve a estar tensa de nuevo.

Entonces, sin levantar la vista, dice: —Se llamaba Rebecca.

Parpadeo. —Vale...

Deja el cuchillo y apoya los dedos en la encimera. —Era banquera de inversiones. Nos conocimos en una conferencia. Salimos durante tres meses.

Espero. —¿Qué pasó?

—Ella quería más.

—¿Y tú no?

Por fin me mira. Tiene los ojos cansados; no en el plano físico, sino con la mirada de alguien que ha dejado de esperar que lo comprendan.

—Quería quererlo —dice en voz baja—. ¿Eso cuenta?

Algo se me retuerce en el pecho. Un dolor de esos de verdad. —Sí —susurro—. Cuenta.

Durante un segundo, el ambiente entre nosotros se vuelve denso, frágil. Se me encoge el corazón.

—¿Sabes cómo es? —Su voz baja de tono—. ¿Seguir la corriente? ¿Sentarte frente a alguien hermoso y brillante y no sentir... nada?

—En realidad, sí.

Él parpadea.

—Se llamaba Mitchell —digo—. Era fotógrafo. Dulce. Tenía talento. Me miraba como si yo fuera un ser superior.

—¿Y?

—Y yo sentía que me asfixiaba. —Cojo otra fresa—. No dejaba de esperar a sentir lo que todo el mundo decía que debía sentir. Nunca pasó.

—¿Cuánto tiempo?

—Ocho meses.

—Vaya. Yo apenas aguanté tres.

—Ya, bueno. Es que soy muy perfeccionista.

Él resopla. Podría ser una risa.

Nos quedamos allí parados, rodeados de fresas descuartizadas y cosas que no se han dicho.

—Esto es complicado —dice él.

—¿Qué lo es?

Señala vagamente el espacio entre nosotros.

Ah.

—Todo es complicado —digo con cautela—. Eso no significa que no merezca la pena...

—¿Y EL POSTRE? —grita Mason desde el comedor—. ¿Os habéis perdido?

El momento se rompe. Dean coge los platos. Yo cojo las cucharas. No hablamos de lo que sea que ha estado a punto de pasar.

Pero de vuelta a la mesa, su muslo se presiona contra el mío.

Y no se aparta.

Capítulo catorce
Límites difusos
Dean

Se marcha justo después del postre.

Pone excusas sobre los proveedores y los madrugones. Abraza a Ivy, choca el puño con Mason y me lanza una mirada que no soy capaz de descifrar.

—Gracias por la cena.

—Solo era un risotto.

—Bueno, ha sido el mejor *solo un risotto* que he probado en mi vida.

Y entonces se va: de vuelta a la casa de invitados, de vuelta a las distancias seguras y a los límites profesionales.

Mason ayuda a recoger los platos mientras Ivy prepara té. Es el ritual normal de después de cenar, salvo que mi mente no deja de reproducir la conversación en la cocina.

—Así que —dice Mason con demasiada naturalidad—, Poppy parece maja.

—Ni se te ocurra.

—¿El qué?

—Sea cual sea el plan de celestino que estés tramando. Ni se te ocurra.

—Solo digo que...

—Se va el domingo. Vuela a Italia. Está levantando su negocio. No necesita... —Hago un gesto señalándome—. Esto. Por no mencionar que vive en California.

—¿Esto? ¿Te refieres a un tío estable, con éxito y que cocina?

—Me refiero a un adicto al trabajo, emocionalmente inaccesible y con problemas de confianza.

Mason deja de cargar el lavavajillas. —¿De verdad es así como te ves a ti mismo?

—Es la realidad.

—Son chorradas.

—Mason...

—No. ¿Sabes qué? Olvídalo —se da la vuelta, genuinamente enfadado—. Llevas seis años castigándote. Seis. Años.

—No estoy...

—Emily se fue. Fue un asco. Pero se fue porque era una egoísta, no porque tú estés roto.

Oír su nombre me sienta como un jarro de agua fría. —No sigas.

—Alguien tiene que hacerlo. Actúas como si preocuparse por alguien fuera un defecto de carácter gravísimo...

—Preocuparme por alguien me costó un compromiso fallido y la hipoteca de una casa pensada para una familia que no tengo.

Las palabras quedan flotando en el aire; demasiado honestas, demasiado pesadas.

Ivy aparece en el umbral, con el té olvidado y el vapor rodeándole los dedos.

—Dean...

—Estoy bien —las palabras me salen más cortantes de lo que pretendía.

—No lo estás —dice Mason en voz baja detrás de ella—. Y no pasa nada. Pero Poppy...

—Es algo temporal —la interrumpo—. Está aquí esta semana. Luego se irá.

Mason se cruza de brazos, apoyándose en el marco de la puerta. —¿Y?

—Y que esta conversación no tiene sentido —mi propia voz me suena cansada.

—Te hace sonreír —dice él, acercándose—. Quizá eso signifique algo. Eres distinto cuando ella está cerca. Más suave. Menos... blindado.

Le lanzo una mirada fulminante. —¿Blindado?

—Sí. La mayoría de la gente conoce tu versión de sala de vistas. Ella conoce la versión que está fuera de servicio.

Suelto un bufido y una exhalación brusca. —Gran diagnóstico, doctor Phil. ¿Has terminado ya?

Mason se queda callado un momento, con los ojos fijos en los míos. —Ella hace que dejes de darle vueltas a la cabeza. Cuando ella

está, tú estás presente de verdad. No estás pensando diez pasos por delante ni juzgando las decisiones de vida de todo el mundo. Simplemente... estás ahí.

Se me encoge el estómago. —Yo siempre «estoy ahí».

—No de esa forma. No con nadie más.

Vuelve a sonreír con sorna, pero hay algo más tierno debajo: preocupación. Preocupación genuina de mi hermano pequeño, el mismo al que he pasado años intentando cuidar.

—No digo que te cases con ella —añade—. Digo que a lo mejor, solo a lo mejor, deberías dejarte disfrutar de algo por una vez.

Cojo un trapo y limpio la encimera, aunque no hace ninguna falta. —Disfruto de muchas cosas.

—Dime una.

Sigo limpiando. El silencio se prolonga hasta que empieza a resultar asfixiante. —Discutir contigo.

Mason resopla. —Aparte de eso.

No se me ocurre nada. Siento un nudo en la garganta. *Maldita sea*.

—Exacto —se acerca un poco más—. Es muy guay, tío. Y tú eres... tú. Limítate a hablar con ella. Como un ser humano. Con sentimientos.

—Yo no...

—¿No tienes sentimientos? Menuda chorrada —su voz es tranquila pero segura—. Te vi la cara durante la cena.

—¿Qué le pasaba a mi cara?

—No dejabas de mirarla cuando pensabas que nadie se daba cuenta.

—Estaba siendo educado.

—Estabas encandilado.

Suelto un bufido. —Ya nadie dice *encandilado*.

—Yo lo acabo de decir —se dirige a las escaleras, tan despreocupado como siempre—. Escríbele un mensaje.

—¿Por qué iba a escribirle?

Se gira una vez para mirarme. —Porque quieres hacerlo.

Se ha ido antes de que pueda pensar en una réplica.

La cocina se siente distinta cuando él se marcha: más silenciosa, más grande de algún modo. El tipo de silencio que te oprime las costillas.

Ivy se demora, estudiándome por encima del borde de su taza. —Tiene razón, ya lo sabes.

—Tú tampoco, por favor —suelto el trapo y me apoyo en la encimera.

—Ella te sienta bien.

—La conoces desde hace cuatro días.

—A ti te conozco desde hace tres años —su sonrisa es dulce pero firme—. Nunca te había visto así.

—¿Así cómo?

—Vivo.

Cruza la habitación, me da un beso en la mejilla y se va.

El aroma de su té perdura —jazmín y miel—, desvaneciéndose rápido. Me quedo mirando el fregadero lleno de platos, el cuchillo que nunca terminé de secar, mi teléfono apoyado al lado, con la pantalla oscura.

La voz de Mason resuena en mi cabeza. *Porque quieres hacerlo.*

Me digo a mí mismo que no quiero.

Y casi me lo creo.

Limpio; metódicamente, sin pensar.

Por supuesto, no pienso en la mano de Poppy sobre mi hombro, ni en que huele a vainilla y a caos, ni en la forma en que dijo *quería quererlo* como si me comprendiera.

Mi teléfono descansa en la encimera; silencioso, juzgándome.

No debería escribirle. ¿Qué le diría siquiera? *Gracias por comprender mis traumas emocionales. ¿Quieres tomar un café y hablar de nuestra incapacidad mutua para sentir emociones humanas normales?*

Sí. Ni de broma.

Termino de fregar, me sirvo un whisky y me siento al piano por primera vez en meses.

Mis dedos recuerdan las teclas, aunque mi cerebro haya olvidado el sentido de hacerlo. Toco sin pensar: memoria muscular, ruido de fondo para una casa vacía.

Excepto que...

Hay una luz encendida en la casa de invitados.

Puedo verla a través de la ventana: con el portátil abierto, el pelo todavía recogido con ese lápiz. Trabajando. Siempre trabajando.

Como nosotros: ocultándonos tras tareas y plazos de entrega porque es más fácil que admitir que nos aterra todo lo demás.

Me quedo mirando esa luz al otro lado del jardín, a mi vida con sus límites cuidadosamente mantenidos y su soledad codificada por colores.

Al diablo.

Cojo el teléfono, busco su contacto y escribo y borro seis mensajes distintos.

Al final, me decido por uno.

YO: *Las fresas han sobrevivido. Por los pelos.*

Lo envío antes de que me dé tiempo a pensarlo demasiado.

Aparecen tres puntos inmediatamente.

POPPY: *Por un momento estuvo la cosa muy dudosa.*

YO: *Estaban conspirando contra mí.*

POPPY: *¿Un poco paranoico, quizá?*

YO: *Preparado.*

POPPY: *Ya. Son cosas muy distintas.*

POPPY: *¿Debería preocuparme que me escribas a las 11 de la noche?*

Buen punto.

YO: *No podía dormir.*

POPPY: *Yo tampoco. Los proveedores no entienden de husos horarios.*

YO: *Ni los socios sénior.*

POPPY: *Vaya decisiones de carrera que hemos tomado. Qué «divertidas».*

YO: *«Divertidas» es ser generoso.*

POPPY: *¿Harías otra cosa? ¿Si pudieras?*

Me quedo mirando la pregunta, imaginando una vida en la que tocara el piano por algo más que ruido de fondo, en la que cocinara para alguien más que para mí, en la que las mañanas de los sábados significaran algo más que horas facturables.

YO: *Tal vez. ¿Y tú?*

POPPY: *A veces pienso en empezar de cero; quizás abrir una tienda de regalos o un restaurante.*

YO: *¿En serio?*

POPPY: *La comida une a la gente. Las bodas solo les indican dónde tienen que sentarse.*

YO: *Eso es... bastante profundo, de hecho.*

POPPY: *Tengo mis momentos.*

YO: *¿Por qué no lo haces?*

Aparecen los tres puntos, desaparecen y vuelven a aparecer.

POPPY: *Por la misma razón por la que no le quitaste el ojo de encima a tu risotto.*

POPPY: *Es más fácil controlar los resultados cuando sigues la receta.*

Joder. Me ha calado por mensaje de texto a las 11:17. Brutal.

YO: *Debería dejarte dormir.*

POPPY: *Deberías.*

YO: *¿Reuniones tempranas con proveedores?*

POPPY: *Entrega de flores a las 6 de la mañana.*

YO: *Inhumano.*

POPPY: *Necesario. Tu jardín necesita belleza.*

YO: *Mi jardín necesita un plus de peligrosidad.*

POPPY: *Qué dramático.*

YO: *Agente del caos.*

POPPY: *Buenas noches, Dean.*

YO: *Buenas noches, Poppy.*

Dejo el teléfono. La luz de la casa de invitados sigue encendida.

La mía también.

Estamos a seis metros y a una vida de distancia, ambos trabajando durante la noche porque es más fácil que admitir que no estamos hechos para la normalidad.

Pero por primera vez en seis años, quizá eso no esté mal.

Quizá lo que está roto reconoce lo que está roto.

Quizá eso sea suficiente.

Por ahora.

Capítulo quince
Desastre con el vestido
Poppy

El grito desgarra la mañana a las 7:43.

No es un gritito mono de *ay, no*. Es un alarido de película de terror, de los de «han asesinado a alguien», que hace que suelte mi café y salga disparada hacia la casa principal con el pantalón corto de dormir de ayer y una camiseta gigante sin sujetador.

Entro de golpe por la puerta trasera sin llamar porque, bueno, alguien se está muriendo.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién está herido? ¿Necesitamos...?

Me detengo.

Ivy está de pie en medio de la cocina con su vestido de novia. O lo que solía ser su vestido de novia. Ahora es...

—¿Eso es... vino tinto? —pregunto.

Ella asiente, con lágrimas rodando por sus mejillas. —Me lo estaba probando y Mason me trajo café, pero entonces Muffin se cruzó entre mis piernas, tropecé y el café le dio a la botella de vino que estaba en la encimera, y...—

—Respira.

—¡ESTÁ ARRUINADO!

El vestido está fastidiado. Pero bien fastidiado. Vino tinto salpicado por todo el lado izquierdo, manchas de café por el frente. Parece una víctima de asesinato muy cara.

—La boda es en dos días —susurra—. Dos días, y no tengo vestido, y...

—Oye. —La agarro por los hombros— Mírame.

Lo hace. Tiene el rímel por todas partes. Modo mapache total.

—Vamos a arreglar esto.

—¿Cómo? ¡Es un Vera Wang vintage! ¡El velo de mi abuela va con este vestido específico! ¡Los arreglos tardaron seis semanas!

Mason aparece en el umbral, con cara de estar a punto de vomitar. —Lo siento muchísimo, cielo, no vi a Muffin, y...—

—No estás ayudando —le digo.

—Cierto. Me callo.

—¿Dónde está Dean?

—En el despacho. Trabajando.

Cómo no.

—Vale. —Me vuelvo hacia Ivy— Quítate el vestido. Con cuidado.

—¿Por qué? Está destrozado.

—Porque necesito ver la etiqueta y la confección. Ve.

Ella desaparece escaleras arriba. Mason se queda por allí, retorciéndose las manos.

—Es culpa mía —dice.

—A menos que hayas entrenado a Muffin para ser un asesino experto en vino, no, no lo es.

—Me va a odiar.

—Se va a casar contigo. Pero primero, necesito un café, las llaves de mi coche y unos seiscientos dólares en efectivo.

Abre mucho los ojos. —Eh...—

Dean aparece en la puerta como si lo hubieran invocado. El pelo perfecto, la camisa planchada, una expresión entre la molestia y la preocupación.

—¿Por qué está todo el mundo gritando?

—Emergencia de vestido —digo.

—Define emergencia.

Señalo el charco de vino, las salpicaduras de café y la cara de culpa de Mason.

—Ah. —Analiza mi aspecto: pantalón corto de dormir, sin sujetador, el moño de ayer. Tensa la mandíbula— ¿Qué necesitas?

—Oraciones. Efectivo. Quizás un pequeño milagro.

Saca la cartera y me tiende una tarjeta de crédito. —El pin es 0827.—

Me la quedo mirando. —¿Así tal cual... me das tu tarjeta de crédito?

—¿Vas a arreglar esto?

—Ese es el plan.

—Entonces sí.

Nuestros dedos se rozan durante el intercambio. Ninguno de los dos hace mención a ello.

—Intenta no empeorarlo.

—Tu fe en mí me conmueve.

Una casi sonrisa. —¿Poppy?

—¿Dime?—

—Ponte ropa de verdad antes.—

Miro hacia abajo. Cierto. Básicamente desnuda en su cocina. Genial.

—Dame cinco minutos.—

***

Dos horas después, estoy en una tienda vintage con la dueña, un vestido que podría servir y una costurera que cree que estoy loca.

—¿Quieres que haga qué? —Tiene sesenta años, es alemana y no aguanta tonterías.

—Recrear la estructura del corpiño del vestido arruinado en este. Hoy mismo.—

—Imposible.—

—Te pagaré el triple.—

Se detiene. —Enséñame las fotos otra vez.—

Saco las fotos que le hice al vestido destrozado de Ivy. La costurera, Greta, las estudia como si fueran planes de batalla.

—El bordado será diferente —advierte.

—No le importará si consigue que funcione.—

—Necesitaré cuatro horas como mínimo.—

—Tendrás tres.—

Ella resopla. —Me recuerdas a mí. Eres irritante.—

—Me lo dicen mucho.—

Mi teléfono vibra.

DEAN: *¿Estado de la situación?*

YO: *He encontrado un vestido. Podría servir. La costurera me está insultando ahora mismo en alemán.*

DEAN: *Prometedor.*

YO: *¿Cómo está Ivy?*

DEAN: *Bebiendo vino a las 11 de la mañana.*

YO: *Una elección irónica.*

DEAN: *Mason está horneando compulsivamente por el estrés.*

YO: *¿Y tú qué haces?*

DEAN: *Buscando tiendas de novia en Google por si necesitas refuerzos.*

YO: *Tu confianza es abrumadora.*

DEAN: *Realismo.*

YO: *No voy a fracasar.*

DEAN: *Lo sé.*

Eso me detiene. Dos palabras. Pero la forma en que él simplemente... cree que lo arreglaré. Como si fuera un hecho.

YO: *Tres horas. Estaré de vuelta.*

DEAN: *Recibido.*

Greta se aclara la garganta. —Los mensajes de tu novio pueden esperar.—

—No es mi...—

—Ya. —Ya está trabajando, con los alfileres en la boca—. No es el novio de la tarjeta de crédito y los mensajes preocupados.—

—Es complicado.—

—Siempre lo es con los buenos.—

***

Tres horas y catorce minutos después, estoy de vuelta en la finca con una funda de ropa y un pánico apenas contenido.

La cocina se ha transformado en lo que parece una pastelería de duelo. Galletas por todas partes. Magdalenas. ¿Eso es un maldito pastel?

—¿Horneando por estrés? —le pregunto a Mason.

—He hecho brownies —dice impotente—. Y bollitos. Y... creo que eso es pan de plátano.—

—Vaya.—

Dean está en el fregadero, con las mangas remangadas, lavando platos. Porque por supuesto que él es quien se encarga de limpiar el caos.

—¿Dónde está Ivy? —pregunto.

—En el salón. Ligeramente bebida.—

—Perfecto. No dejes que suba en veinte minutos.—

Me dirijo a las escaleras, con la funda del vestido al hombro.

—Poppy.—

Me vuelvo. Dean me está observando, con el trapo de cocina en la mano.

—Gracias —dice. Sencillo. Sincero.

—Dámelas cuando le quede bien.—

Arriba, extiendo el vestido sobre la cama y contengo el aliento.

No es el mismo. No puede serlo. Pero se parece mucho. Seda marfil, una silueta similar, y Greta hizo auténtica magia con los abalorios. Un patrón diferente pero el mismo estilo. Romántico. Clásico. Muy Ivy.

Le escribo a Dean.

YO: *Que suba. Sola.*

YO: *Y ten pañuelos listos, por si acaso.*

Un minuto después, Ivy aparece en la puerta. Con el rímel arreglado, el puntillo del vino bajando y la esperanza luchando contra el pavor en su cara.

—Cierra los ojos —le digo.

—Poppy...—

—Confía en mí.—

Lo hace.

La ayudo a ponerse el vestido, subo la cremallera con cuidado, ajusto los hombros.

—Vale. Mira.—

Abre los ojos. Se queda mirando al espejo.

Silencio.

—Sé que no es el mismo —empiezo—. Pero Greta copió la estructura del cuerpo, y el bordado en realidad...—

—Es perfecto.—

Parpadeo. —¿Lo es?—

Se gira, examinando cada ángulo. —Es... Dios, es mejor que el original.—

—Estás borracha.—

—Estaba borracha. Ahora estoy... ¿Cómo has hecho esto?—

—Una tienda vintage en Hudson. Una costurera alemana que me ha llamado de todo en tres idiomas. La tarjeta de crédito de Dean.—

—¿Dean ha pagado esto?—

Algo cálido se despliega en mi interior. —Sí.—

Vuelve a mirarse al espejo y luego a mí. —¿Por qué?—

—Porque es tu boda. Y el vestido no importa ni de lejos tanto como el matrimonio, pero también importa totalmente, y quien diga lo contrario miente.—

Me abraza. Fuerte. Tan fuerte que casi me rompe una costilla. —Gracias —susurra—. Gracias, gracias, gracias.—

—Vale, llorar es malo para los retoques...—

—No me importa. —Se separa, con el rímel chorreando de nuevo—. Has salvado mi boda.—

—Es solo un vestido.—

—No. No lo es. —Se limpia la cara y prácticamente flota hacia el baño—. Tengo que enseñárselo a Mason. Y a Dean. Y... ¿Poppy?—

—¿Dime?—

—Ya eres oficialmente de la familia. Sin devoluciones.—

Algo cálido florece en mi pecho. —Gracias, Ivy.—

Bajo las escaleras, agotada pero victoriosa. Dean sigue en el fregadero. La cocina está impecable. Mason no se ve por ninguna parte.

—Lo he desterrado al porche —dice Dean sin volverse—. Estaba a punto de empezar con cruasanes.—

—Inteligente.—

—¿Está contenta?—

—Eufórica.—

—Bien. —Se gira, y hay algo suave en su expresión—. Lo has hecho muy bien.—

—Solo cumplía con mi trabajo.—

—No. —Se acerca un paso—. Tu trabajo era organizar la boda. Esto ha sido... más.—

Estamos demasiado cerca. Otra vez. Siempre acabando en el espacio del otro como imanes sin instinto de conservación.

—Dean...—

—La costurera —dice—. ¿Cuánto?—

—Mira el extracto de tu tarjeta.—

Hace una mueca. —¿Tanto?—

—Pero ha valido la pena.—

—Sí —coincide él.

—¿Viste la cara de Mason? Pensaba que ella lo odiaría para siempre.—

—Ella nunca podría odiarlo. —Me mira de forma extraña. Intensa —. Así no es como funciona cuando quieres a alguien.—

—¿Hablas por experiencia?—

—Observación.—

—Ya. —Necesito moverme. Necesito espacio. Necesito no pensar en que huele a lavavajillas y a colonia cara—. Debería...—

—Poppy.—

—¿Dime?—

—Se te da muy bien esto.—

Me quedo helada. —¿El qué?—

—Cuidar de la gente. —Alarga la mano y me aparta un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja. Sus dedos se demoran—. Arreglar las cosas cuando se están desmoronando.—

—Yo...—

—¡POPPY! —La voz de Ivy desde arriba—. ¡LA CREMALLERA SE HA ATASCADO!—

El momento se rompe. Dean retrocede. Subo corriendo como si la casa estuviera ardiendo.

Pero aún puedo sentir el lugar donde me tocaron sus dedos.

Aún le oigo decir *se te da muy bien esto* como si significara algo.

Como si yo significara algo.

Capítulo dieciséis
Confesiones de medianoche
Dean

Son las 11:56 de la noche y no puedo dormir.

No es por el trabajo. Ni por el caos de la boda. Es porque hay una luz dando tumbos por mi jardín como una luciérnaga borracha.

Observo desde la ventana de mi dormitorio. Hay alguien ahí fuera con una linterna frontal, colgando guirnaldas de luces por mi pérgola. En la oscuridad. A solas.

¿A que no adivináis quién?

Me pongo unos vaqueros y salgo descalzo, porque se ve que tomo decisiones excelentes después de medianoche.

Está manteniendo el equilibrio sobre una escalera que ha visto tiempos mejores, con la linterna torcida y mascullando algo que suena sospechosamente a «maldita seas, física».

—Sabes que es medianoche, ¿verdad?

Da un respingo. La escalera se tambalea. Estoy allí antes de pensarlo, con las manos en los laterales, estabilizándola.

—Cielo santo —me mira desde arriba, con una mano presionada contra el pecho—. Ponte un cascabel o algo.

—¿En mi propia propiedad?

—¡Cuando te acercas sigilosamente a la gente? Pues sí.

—No me he acercado sigilosamente. Estabas distraída con tu guerra contra la gravedad.

Se ajusta la linterna frontal, lo que hace que parezca una minera trastornada. —Estas luces no se van a colgar solas.

—Podrían hacerlo. Mañana. Cuando los seres humanos suelen trabajar.

—Mañana está a tope. Florista a las siete, catering a las ocho, prueba de sonido final a las...

—Así que lo estás haciendo ahora. A medianoche. En una escalera rota.

—No está rota. Es... *vintage*.

La escalera cruje de forma ominosa.

—Baja.

—No.

—Poppy.

—Dean.

—Te vas a caer y te vas a romper el cuello. Y entonces tendré que buscar a una nueva organizadora de bodas justo antes de...

—Tu preocupación es conmovedora.

—Baja. Ya.

Suspira, pero baja. La escalera se inclina inmediatamente hacia un lado.

—¿Ves? *Vintage*.

—Una trampa mortal —le quito la guirnalda de luces de las manos—. ¿Qué demonios intentas hacer?

—Una iluminación perimetral tenue para el cóctel. Ivy quiere una *fiesta mágica en el jardín*, no una *barbacoa de barrio*.

—¿A medianoche?

Ella se encoge de hombros. El movimiento hace que la linterna se le resbale hacia un lado. —No podía dormir.

Debería volver adentro. Debería dejarla a solas con su insomnio y sus cuestionables elecciones de escaleras.

En lugar de eso, digo: —Sujeta esto.

Le paso un extremo de las luces y cojo el otro. Trabajamos en silencio, pasándolas por las vigas de la pérgola. Ella por un lado, yo por el otro. Encontrándonos en el medio.

—¿Por qué no podías dormir? —le pregunto.

—El cerebro no se apaga. ¿Y tú?

—Lo mismo.

—¿Qué mantiene despierto al gran Dean Whitaker? ¿Horas facturables? ¿Pavor existencial?

—A Poppy Monroe haciendo bricolaje en mi jardín.

Ella me mira desde la escalera, con la linterna parpadeando como una estrella moribunda. —Apenas estoy haciendo... mierda —el clip se le escapa de los dedos—. Estos enganches son diabólicos.

—Toma —estiro el brazo y fijo el cable antes de que pueda intentarlo de nuevo. Nuestros dedos se rozan; una nadería, pero el

pulso se me acelera de todos modos—. Estás temblando.

—Hace frío.

Estamos en agosto.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has comido? —pregunto.

—Eh... ¿en la comida?

—¿En qué comida?

Hace una mueca. —¿La del... tipo de ayer?

—Maldita sea, Poppy.

—He estado ocupada...

—Has estado terca. —Termino de poner el último clip y doy un paso atrás—. Vamos.

—¿Adónde?

—A la cocina. Comida. Ahora.

—No necesito...

Ya me estoy alejando. Tras un instante, oigo sus pasos detrás.

—Mandón —murmura.

Práctico, no mandón. Alguien tiene que asegurarse de que la organizadora de la boda no se desploma en mitad de mi propiedad. Es una responsabilidad civil a punto de ocurrir.

La cocina está en penumbra, con las luces bajo los armarios proyectando suaves sombras sobre la encimera. Saco sobras. Ella se encarama a un taburete, todavía con la linterna torcida y el cansancio reflejado en el rostro.

—Ya puedes quitarte eso.

—Ah. Es verdad. —Se la quita, y el pelo se le viene con ella, cayéndole sobre los hombros en ondas sueltas.

—¿Mejor? —pregunta.

Peor, en realidad. Mucho peor.

Deslizo un plato por la encimera. —Come.

Lo mira con desconfianza. —¿Qué es?

—Comida. Cómetela.

Da un bocado y gime suavemente. —Oh, vaya.

—Solo es pasta.

—Es la gloria —dice mientras da otro bocado—. ¿Cuándo has hecho esto?

—Antes. Mientras tú corrías de un lado a otro haciendo de hada madrina.

—No estaba... —se detiene y sonríe con timidez—. Vale, puede que un poco.

El silencio se instala, cómodo pero cargado de estática. Ella come; yo me apoyo en el fregadero, observando cómo devora la pasta como si llevara días muriéndose de hambre. La imagen despierta en mí algo protector que no quiero nombrar.

—¿Por qué haces eso? —le pregunto.

Parpadea, alzando la vista. —¿Hacer qué?

—Cuidar de todo el mundo menos de ti misma.

El tenedor se detiene a mitad de camino hacia su boca. —Yo me cuido.

—¿Cuándo?

Suelta una carcajada, corta y jadeante. —Ha sido una semana ajetreada.

—¿Por qué tengo la sensación de que siempre es una semana ajetreada contigo?

Baja el tenedor al plato. Se produce un cambio, de esos que alteran el ambiente. —Quizá porque si dejo de moverme, tendré que pensar en... —Se detiene—. Nada. Olvídalo.

—Poppy.

—No pasa nada.

—No, no está bien. Estás colgando luces a medianoche y olvidándote de comer.

—¿Y qué? Tú estás alimentando a una extraña a medianoche en lugar de dormir.

—No eres una extraña.

Las palabras salen demasiado rápido. Demasiado sinceras.

Me mira durante un largo segundo y luego dice en voz baja: —No. Supongo que no lo soy.

Remueve la pasta en el plato, perdiendo el apetito. —Esta boda... es importante.

—Todas las bodas son importantes para ti. —Lo digo como una observación, no como una acusación.

—Esta es diferente —dice.

—¿Por qué?

Me sostiene la mirada. Hay algo crudo ahí: miedo, tal vez, o agotamiento. —Porque si la fastidio...

—No lo harás.

—Eso no lo sabes.

—Te conozco. —Bajo la voz—. Te morirías antes de fallarle a Ivy.

La comisura de sus labios tiembla. —Ese es precisamente el problema.

Me acerco, apoyándome en la encimera frente a ella. Lo bastante cerca para percibir el tenue aroma a champú de vainilla y al estrés. —¿Qué es lo que no me estás contando?

—Nada. Solo estoy... estresada. Cosas normales de organizadora de bodas.

—Tonterías.

Ella se ríe, rápida y quebradiza. —No se te escapa nada.

—Poppy.

Exhala, caminando de un lado a otro. —¿Qué quieres que diga? ¿Que no doy abasto? ¿Que estoy a una mala llamada de un proveedor de sufrir un colapso total? ¿Que no he dormido en tres días porque cada vez que cierro los ojos veo todas las formas en que esto podría salir mal?

—Empieza por la verdad.

—¿La verdad? —se detiene, con las manos en las caderas—. La verdad es que estoy aterrada, ¿vale? Esta boda tiene que ser perfecta. Tiene que serlo. Y yo...

Se detiene. Sacude la cabeza.

—¿Tú qué?

—Estoy cansada —aparta la vista—. Estoy cansada.

Cuando pasa por mi lado, la agarro del brazo; lo justo para detenerla. El calor de su piel me llega primero, luego el temblor bajo ella.

—Eso no es lo que ibas a decir.

—Déjalo estar, Dean.

—No.

Su voz se vuelve más baja. —¿Por qué te importa?

Porque haces que la casa se sienta menos vacía. Porque veo demasiado de mí mismo en tu agotamiento. Porque no sé cómo parar.

—Porque estás a punto de agotarte en mi propiedad —digo en su lugar—, y no quiero líos legales.

Eso me vale una risa real, suave y genuina. —Ahí está. El señor Práctico.

—Alguien tiene que serlo.

Estamos demasiado cerca ahora. Aún tengo su brazo en mi mano, y su pulso se acelera bajo mis dedos.

—Tienes una hoja —digo, porque mi cerebro sufre un cortocircuito.

—¿Qué?

—En el pelo. De la pérgola.

—Ah.

Alargo la mano y la quito. Debería dar un paso atrás. No lo hago. El espacio entre nosotros parece más fino que el aire.

—¿Dean?

—¿Mmm?

—Sigues sujetando la hoja.

Miro hacia abajo. Tiene razón: una hoja muerta entre mis dedos, y mi mano a centímetros de su cara.

—Tienes salsa de tomate —digo— en la... espera...

Le paso el pulgar por la comisura de la boca. Piel cálida. Aliento suave.

Se queda paralizada. Yo también.

La cocina zumba; la nevera, quizá nuestros latidos.

—Esto es complicado —susurra ella.

—Todo contigo es complicado.

—¿Eso es malo?

Debería decir que sí. Debería apartarme. Debería recordar lo temporal que es su presencia aquí.

En lugar de eso, sacudo la cabeza. —No.

Ella levanta la mano y sus dedos recorren mi cuello; ligero como una pluma, con curiosidad. —Siempre estás tan impecable.

—Gajes del oficio.

—¿Incluso a medianoche?

—Especialmente a medianoche.

Tira suavemente de mi camisa. —Debe de ser agotador.

—No te lo imaginas.

Está tan cerca ahora que su aliento me roza la mandíbula. El mundo se siente más silencioso, más estrecho. Solo ella, yo y mil cosas que no debería desear.

—Debería irme —dice en voz baja.

—Seguramente.

—Madrugo mucho.

—Claro.

Ninguno de los dos se mueve.

—¿Dean?

—¿Sí?

—Pase lo que pase con esta boda... gracias. Por sujetarme. En la escalera. Y... de otras formas.

Las palabras aterrizan en algún lugar detrás de mis costillas.

—Solo no quería una demanda —mascullo con voz ronca.

—Mentiroso —sus dedos se demoran un instante más—. Te importa.

—Que no se corra la voz.

—Tu secreto está a salvo —da un paso atrás, pequeño pero decidido—. Junto con el mío.

—¿Qué secreto?

—Ese de que no soy tan perfecta como pretendo ser.

Antes de que pueda responder, se ha ido; cruzando de nuevo el jardín hacia la casa de invitados.

A través de la ventana, veo cómo se enciende su luz. Se queda encendida.

Me está ocultando algo. Algo que no encaja con la versión de ella que todos los demás ven.

Y voy a averiguar qué es.

Porque Poppy Monroe no cuelga luces a medianoche a menos que esté huyendo de algo.

Y sea lo que sea, no debería tener que afrontarlo sola.

Capítulo diecisiete
Problemas con traje de tres piezas
Poppy

—Vale, pero es que… Llevo ya tres copas en un antro que huele a cacahuetes y a malas decisiones. Sus antebrazos son prácticamente delictivos.

CeCe suelta un grito. —¡LO SABÍA! ¡Sabía que estabas colada por el abogadito!

—No estoy colada por…

—Literalmente acabas de decir que sus antebrazos son delictivos —la interrumpe Ivy, deslizando otro chupito por la mesa pegajosa—. Ese es un comportamiento de manual de alguien que está cachonda.

Nos hemos adueñado de un reservado en el rincón del fondo. Mason y sus padrinos se están aniquilando a dardos, haciendo ruido y el tonto con esa energía de veinteañeros. Dean ha ido con ellos para «supervisar», lo que probablemente significa que se está tomando una cerveza a sorbitos mientras cataloga las malas decisiones de todo el mundo.

Gloria le hace señas al camarero para otra ronda. —Cielo, admite de una vez que quieres subirte por él como si fuera un árbol.

—No quiero…

—Ayer te quedaste helada a mitad de frase cuando te miró —dice Ivy—. Te detuviste en seco. Como si alguien te hubiera desenchufado.

—Había una abeja.

—¿Dónde? —exige CeCe.

—Cerca de sus… brazos.

Todas sueltan una carcajada. Incluso con la luz tenue, noto que a CeCe se le pone la cara roja.

—Vale. Me bebo el chupito de un trago. Quema al bajar. Es atractivo. De esa forma rígida de quien probablemente ordena su armario por colores.

—¿Y? —insiste Ivy.

—Y me hizo pasta. A medianoche. Porque se me olvidó comer.

—¿PASTA A MEDIANOCHE? —grita CeCe tan fuerte que me sobresalto—. ¡Eso es prácticamente una propuesta de matrimonio!

—Eran sobras…—

—Te alimentó. A medianoche. En su cocina. —Gloria está usando su voz de terapeuta. Odio cuando hace eso— ¿Cómo te hizo sentir eso?

—Molesta.

—Inténtalo de nuevo.

—¿Confundida?

—Caliente, caliente.

Apoyo la cabeza en la mesa con un golpe seco. Está pegajosa. Todo aquí está pegajoso. —No lo sé, ¿vale? Es que es tan… uf.

—¿Uf? —Ivy sonríe de oreja a oreja—. Eso no es un adjetivo.

—Hace esa cosa… cuando me mira. Me mira de verdad. Como si intentara descifrarme.

—¿Y?

—Y quiero que lo haga. —Mierda. ¿He dicho eso en voz alta?— O sea…

—¡Demasiado tarde! —CeCe está prácticamente vibrando—. ¡Lo has admitido!

—Me voy el domingo. Me quedo mirando el techo, que tiene manchas de humedad y de cuestionables elecciones de vida—. Italia. Vacaciones. Sin Dean Whitaker ni sus estúpidas manos eficientes.

—¿Manos eficientes? —murmura Gloria—. Interesante elección de palabras.

—¿Habéis visto sus manos? Son como… manos de arquitecto.

—¿Qué porras son manos de arquitecto? —pregunta Ivy.

—¡No lo sé! Precisas. Capaces. Como si pudieran construir algo o… o…

—¿O desmontarte a ti? —sugiere Gloria con un guiño.

—Os odio a todas.

—No, no nos odias. —CeCe sonríe—. ¿Sabes lo que creo?

—¿Que necesito agua?

—Que tienes miedo.

Eso me cae como un puñetazo en el estómago. —¿De qué?

—De querer algo real con alguien que ve a través de tus tonterías.

—Yo no tengo…—

—Poppy. —Su voz se suaviza—. Cariño. No le has contado lo de Miranda.

La mesa se queda en silencio.

—Eso es diferente —murmuro.

—¿Lo es?

—Sí. Porque eso es trabajo. Esto es…

—¿Qué? —pregunta Gloria.

Cojo la copa de Ivy, se la robo y me bebo la mitad. —Complicado.

—Las mejores cosas siempre lo son —dice Ivy.

—Eso es el cerebro de novia hablando.

—O a lo mejor es que creo que te mereces a alguien que te haga pasta a medianoche y te recoja cuando te caigas.

—No me estaba cayendo…—

—Metafóricamente, zorra.

Todas nos reímos, pero tiene un deje de amargura.

—Es que es tan… —Hago un gesto vago con la mano.

—¿Atractivo? —aporta CeCe.

—Intenso. Por ejemplo, hace ese movimiento con la mandíbula cuando está pensando…

—Madre mía, estás perdidísima —dice Ivy.

—¿Podemos dejar de…?

—Eres tú la que no para de hablar de él.

—¡Porque me habéis emborrachado!

—Porque necesitabas admitir que quieres…—

—HOLA. La voz de Dean corta nuestro caos.

Todas nos quedamos heladas, incluso CeCe, con el vaso a mitad de camino de los labios.

Está de pie al final de nuestro reservado, con una cerveza en la mano, con aspecto divertido y molesto a la vez y…

Mierda. Lleva las mangas remangadas.

Me quedo mirando la mesa, cualquier cosa con tal de evitar mirar esos antebrazos fuertes y con las venas marcadas.

—Mason está a punto de hacer una estupidez con los dardos —dice—. He pensado que querríais verlo.

—Estamos ocupadas —dice Ivy.

—¿Haciendo qué?

—Cosas de chicas —ofrece Gloria.

—¿Cosas que implican gritar sobre mis antebrazos?

Quiero morirme. Quiero que el suelo pegajoso se abra y me trague entera.

—Nadie estaba gritando sobre… —empiezo a decir.

—Os ha oído todo el bar.

—Es culpa de CeCe.

—¡Oye! —protesta CeCe.

La comisura de la boca de Dean se crispa, casi una sonrisa. —Vamos. Está lo bastante borracho como para intentar lanzamientos con truco.

—En un segundo —dice Ivy.

Él me mira. Hace eso de ser intenso. —¿Estás bien?

—De maravilla.

—Está borracha —anuncia CeCe.

—Ya me he dado cuenta. —Sigue mirándome—. ¿Agua?

—Estoy bien.

—Seguro que sí. Se dirige a la barra, supuestamente para pedir un agua que yo no he solicitado.

—Madre mía —susurra CeCe—. Qué tensión.

—No hay ninguna…—

—Os ha oído hablar de sus brazos y ha venido igual —dice Gloria —. Eso es… interesante.

—Es humillante.

—Son juegos preliminares —corrige Ivy.

—Empiezo a ver a qué venía tanto alboroto —dice Gloria, con la mirada clavada en la alta figura de Dean en la barra.

Me salvan de responder: Dean, que me entrega un agua, y Mason, que aparece con un puñado de dardos y la confianza de alguien que lleva seis cervezas encima.

—¡CHICAS! —intenta hacer una reverencia y casi se cae— Mirad esto.

Lo que sigue son diez minutos de Mason intentando dar en la diana con los ojos vendados mientras Dean permanece cerca, irradiando desaprobación y metiéndose de vez en cuando para evitar daños materiales.

—Tu futuro marido es un idiota —le digo a Ivy.

—Ya, pero es *mi* idiota. Tiene esa cara de amor bobalicón—. Mira qué feliz está.

Tiene razón. Mason sonríe como un niño, completamente cómodo consigo mismo. Sin pretensiones. Sin muros.

Debe de ser agradable.

Dean me pilla mirando y levanta una ceja.

Desvío la mirada.

—Bueno —dice Gloria, mirando su móvil—. Debería irme. Mañana madrugo.

—Rajada —le digo.

—Superviviente. —Me da un beso en la cabeza—. No hagas nada que yo no haría.

—Eso deja un montón de opciones abiertas.

—Exacto. Me guiña un ojo.

Después de que se vaya, Ivy se ve arrastrada al juego de los dardos y CeCe se marcha para hacer una llamada. De repente, estoy sola en el reservado con mis decisiones cuestionables y…

—Toma.

Dean desliza otro vaso de agua por la mesa y se sienta frente a mí.

—No he pedido esto.

—Nunca lo haces.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada —le da un sorbo a su cerveza y me estudia—. ¿Te estás divirtiendo?

—¿Y tú?

—¿Viendo a Mason intentar lisiar a unos turistas? Siempre es un buen momento.

—Eres un buen hermano.

Algo brilla en su rostro. —A veces.

—No, de verdad… —Las palabras se me escurren. Palabras de borracha—. Siempre das la cara. Incluso cuando no quieres. Eso importa.

—Estás borracha.

—Sigue siendo verdad.

Nos quedamos sentados allí, rodeados por el ruido del bar. Su rodilla choca con la mía bajo la mesa.

No la quita.

—¿Dean?

—¿Mmm?

—Siento lo de los antebrazos.

Se ríe, profundo y grave, y maldita sea, eso es excitante. —Lo de los antebrazos. Ya.

—Cállate.

—Solo intento entender qué es lo que los hace delictivos.

Le miro. Le miro de verdad. Está relajado esta noche, con el botellín de cerveza suelto en la mano, las mangas remangadas porque me odia específicamente.

—Es la forma en que tú… —hago un gesto vago— cuando te las remangas. Es muy…

—¿Muy?

—Eficiente.

—¿Eficiente? —ahora se está riendo de mí claramente.

—Como si pudieras… no lo sé. Construir algo. O arreglar algo. O…

—¿O?

Desmontarme. Volver a armarme. Arruinarme para cualquier otro antebrazo.

—Nada.

—Mentirosa.

Mason se choca contra nuestra mesa. —¡Deeeean! ¡Deja de ligar y ven a jugar!

—No estamos… —empieza Dean.

—¡Poppy cree que tus brazos son eficientes! —susurra Mason tan alto que se entera todo el mundo—. ¡Se lo ha dicho a todas!

Voy a matarlo. En su propia boda.

—Vete —le digo a Dean—. Antes de que se haga daño.

Se levanta y hace una pausa. —Por lo que pueda valer…

—¿Qué?

—Creo que tu todo es eficiente.

Y entonces se va, arreando a Mason de vuelta a los dardos.

Me quedo ahí sentada, procesándolo.

¿Acaba de…?

—¡POPPY! —aparece Ivy, agarrándome de las manos— ¡Acompáñame a mear!

—No necesito…—

—Código de chicas. Vamos. Me arrastra al baño, que es exactamente lo asqueroso que esperaba. Reprimo un escalofrío.

—A ver —dice ella, retocándose la barra de labios—. Le gustas a Dean.

—Me tolera.

—Te ha traído agua.

—Eso ha sido decencia humana básica.

—Ha dicho que tu todo es eficiente.

—Eso ni siquiera es un cumplido de verdad.

—¿Viniendo de Dean? Eso es prácticamente un soneto.

Me apoyo en el lavabo. —No importa. Me voy el domingo.

—¿Y?

—Entonces, ¿qué sentido tiene?

Se gira hacia mí. —El sentido es que él te gusta. Es evidente que tú le gustas a él. Y te quedan dos noches más.

—¿Para qué? ¿Para tener un lío con el hermano de mi cliente?

—Para dejar de darle vueltas a todo y permitirte desear algo.

Sus palabras me calan hondo. Incluso borracha… ¿podría hacer eso? No. No cuando pendo de un hilo. Este trabajo es lo más importante que tengo en mi vida ahora mismo.

—Deseo muchas cosas. Un negocio que funcione. Estabilidad financiera. Carbohidratos.

—A Dean. Quieres a Dean.

—Yo…—

—Y eso te aterroriza.

La miro a través del asqueroso espejo del bar. —¿Cuándo te has vuelto tan sabia?

—El amor hace esas cosas. —Sonríe—. Vamos. Volvamos para ver a nuestros chicos hacer el idiota.

—No es mi chico.

—Todavía.

Volvemos fuera. Los chicos han pasado a algún juego de beber que no entiendo. Dean no está jugando, solo observa con una mezcla de cariño y exasperación.

Levanta la vista cuando nos acercamos y nuestras miradas se encuentran.

Dos noches más.

Estoy en un buen lío.

Capítulo dieciocho
Revelaciones en Reddit
Poppy

CeCe está tumbada en mi cama, cotilleando en el móvil mientras yo hago la maleta para la boda de mañana sumida en el pánico. Lleva aquí unos días, supuestamente para ayudar, pero sobre todo para beberse el vino de Dean y hacer comentarios inapropiados sobre su culo.

—Vale, pero en serio —dice sin levantar la vista—. ¿Y esa mandíbula?

—¿Podemos dejarlo? —Estoy con los brazos metidos hasta el codo en la maleta, buscando los zapatos de repuesto del repuesto. Porque siempre se necesitan unos zapatos de repuesto del repuesto.

—Solo digo que ese hombre te mira como si...

—¿Como si qué?

—Como si quisiera desayunarte. Y almorzarte. Y tomarte como tentempié a medianoche.

Le lanzo un zapato. Lo esquiva sin siquiera dejar de mirar la pantalla.

—Me mira como si fuera un problema que tiene que resolver.

—Sí. Con la polla.

—¡CECE!

—¿Qué? Tengo ojos. ¿Ese rictus que se le pone en la mandíbula cuando pasas por su lado? Pura frustración sexual.

—Tiene bruxismo.

—Tiene sentimientos.

—Es lo mismo. —Encuentro los zapatos que buscaba y los tiro dentro de la maleta—. Da igual, de todas formas. Mañana es la boda y el domingo me habré ido.

—Ya, ya. —Sigue deslizando el dedo por la pantalla—. ¿Por eso te has pasado veinte minutos anoche eligiendo el pijama?

—Es un fin de semana de boda. Alguien podría ver...

—La única persona que podría ver tu pijama es... —Se detiene. Se incorpora—. Dios. Mío.

—¿Qué?

—Madre MÍA.

—¿Qué pasa?

Se queda mirando el móvil como si la hubiera ofendido personalmente. —Menudo idiota integral.

—¿Quién?

—Tu chico.

—No es mi...

—Ha publicado en Reddit.

Todo se detiene. Mi mundo se estrecha. —¿Qué?

—Dean. Ha publicado. En. Reddit. —Gira el teléfono hacia mí—. Sobre ti.

Se lo arrebato de las manos.

¿Soy yo el capullo por querer echar de mi casa de invitados a una organizadora de bodas que está convirtiendo mi propiedad en un circo de tres pistas (aunque técnicamente acepté acoger el evento)?

—No. —Me hundo en la cama—. No, no, no.

—Sigue leyendo.

Lo hago. Cada horrible palabra.

Ella es... intensa. Energética, siempre sonriendo. Básicamente, una personalidad de tipo A de manual.

—¿Tipo A? ¿Yo soy tipo A?

—Continúa.

No está haciendo nada malo per se. Es solo que... está en todas partes. En mi césped. En mi porche. En mi cabeza.

—En su cabeza —dice CeCe—. Interesante.

Voy a vomitar. O a llorar. O a ir allí ahora mismo y estrangularlo con su propia corbata perfectamente planchada.

—Mira los comentarios —dice CeCe.

Deslizo hacia abajo.

[BagelDad]: Como alguien a quien literalmente una cabra le ha cagado encima en una boda en unos viñedos, te entiendo. ¿Pero sabes qué? Te vas a enamorar de ella perdidamente.

[gayunclesrevenge]: Caballero, usted no está preguntando si es el capullo. Está preguntando si está bien estar enamorado de una mujer que huele a vainilla y se gana la vida organizando cosas. Sí. Está bien.

—Madre mía.

—Hay más.

[cottagecore_cynic]: Esta es la novela de enemigos a amantes con cabra incluida que no sabía que necesitaba.

—Lo voy a matar.

—¿Con qué? ¿Con tus dotes organizativas de tipo A?

Me levanto. Camino de un lado a otro. Me siento. Me vuelvo a levantar.

—Ha escrito sobre mí. En internet. Para que lo lean desconocidos.

—Para ser justos, no ha puesto tu nombre. —CeCe sigue leyendo, totalmente imperturbable ante mi creciente pánico.

—¡HA ESCRITO SOBRE GEORGE! —Se me quiebra la voz al decir el nombre de la cabra. Camino ahora con furia, marcando un surco en la alfombra de la casa de invitados.

—La cabra se merecía un reconocimiento. —Lo dice con tanta seriedad que casi me río. Casi.

—¡CeCe! —Me giro hacia ella y por fin levanta la vista del móvil.

—¿Qué? —Extiende las manos con inocencia, arqueando las cejas—. Intento buscar el lado positivo.

Siento opresión en el pecho. —¡No hay lado positivo! ¡Cree que soy un incordio!

—Cree que estás en su cabeza. —Se da un toque en la sien con el dedo, lanzándome una mirada significativa.

Me dejo caer de nuevo en la cama, con las manos en la cara. —¡Es lo mismo!

Me agarra por los hombros. —Poppy. Respira.

—No puedo respirar. Estoy demasiado ocupada siendo ENERGÉTICA y SONRIENDO CONSTANTEMENTE.

—Bueno, es verdad que sonríes casi siempre.

—¡Se llama atención al cliente!

—Se llama mecanismo de defensa, pero vale.

La miro con saña. Ella me devuelve la sonrisa.

—¡¿Sabes qué?! —Cojo mi móvil—. A ese juego podemos jugar los dos.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada.

—Poppy Monroe, no te atrevas a...

Pero ya estoy escribiendo.

Publicado en r/weddingplanning

El hermano de mi cliente es un estirado obseso del control que odia la alegría. ¿Cómo sobrevivo a esto?

Estoy organizando la boda del año en esta finca preciosa, pero el dueño (hermano del novio) me lo está poniendo todo imposible. Él:

Es alérgico a la diversión.

Mide su café con precisión milimétrica.

Se queja de TODO.

Me ha hecho cambiar el lugar de la ceremonia tres veces.

Tiene opiniones sobre la colocación de las flores (¿QUIÉN TIENE OPINIONES SOBRE LA COLOCACIÓN DE LAS FLORES?).

Le queda injustamente bien el traje, lo cual NO VIENE AL CASO.

No para de aparecer por todas partes donde intento trabajar, haciendo comentarios sobre "responsabilidad civil" y "daños a la propiedad" como si yo fuera algún tipo de demonio del caos.

¿Lo peor? Me preparó pasta a medianoche y ahora no puedo dejar de pensar en sus manos.

ESPERA, ESO NO ES RELEVANTE.

En fin. ¿Cómo aguanto dos días más sin estrangularlo con las guirnaldas de luces?

Le doy a enviar antes de que pueda pensarlo mejor.

—¿Te sientes mejor? —pregunta CeCe.

—No.

—¿Quieres ir a gritarle?

Mis ojos buscan los suyos. —Sí.

—Pues vamos.

—Espera, ¿en serio?

—Tía, te ha llamado tipo A en internet. Básicamente es una declaración de guerra.

Cuánto la quiero.

Cruzamos el césped como si estuviéramos asaltando las playas de Normandía. No llamo. Entro de golpe por la puerta principal, porque, por lo visto, aquí ya no respetamos los límites.

—¡DEAN!

Aparece desde la cocina, con un trapo de cocina al hombro, como no podía ser de otra forma. —¿Poppy? ¿Qué...?

—¿Reddit? ¡¿REDDIT?! —Mi voz rebota en sus techos abovedados.

Se queda paralizado como si lo hubiera pillado con las manos en la masa, lo cual, para qué engañarnos, es cierto. Se queda pálido de una forma que resultaría satisfactoria si no estuviera tan furiosa.

—Puedo explicarlo. —Da un paso vacilante hacia atrás, y yo le sigo con un paso hacia adelante.

—Ah, ¿puedes explicar por qué le has dicho a todo internet que soy un incordio? —Me cruzo de brazos, clavándome las uñas en los

bíceps.

—No dije incordio... —Su mandíbula se tensa y ahí está ese rictus de nuevo. Incluso ahora, incluso cuando quiero asesinarlo, una parte traidora de mi cerebro se fija en ello.

—¿Tipo A? ¿Sonriendo constantemente? ¿EN TU CABEZA? —Cada acusación sale más alta que la anterior.

CeCe, muy servicial, levanta su móvil. —Tienes 500 comentarios, colega.

—Era anónimo —dice él con debilidad.

—¡HABLABAS DE GEORGE! ¿Cuántas organizadoras de bodas tienen CABRAS, Dean?

—Me estaba... desahogando.

—¡En Reddit!

—¡Tú te desahogas con CeCe!

—¡Eso es diferente!

—¿Por qué?

—¡Ella no es un millón de desconocidos en la red!

—¡Solo eran 500!

—¡AH, BUENO, ENTONCES SÍ!

Estamos demasiado cerca ahora. Ambos respiramos con dificultad. Tiene harina en la camisa, el pelo deshecho y quiero zarandearlo y también, posiblemente, trepar por él como si fuera un árbol.

—No pretendía... —empieza.

—¿Qué? ¿No pretendías humillarme públicamente?

—No estás humillada. Nadie sabe que eres tú.

—¡Yo sé que soy yo!

—Poppy...

—No. ¿Sabes qué? Olvídalo. —Me giro para irme—. Está claro que he estado "en tu cabeza" demasiado tiempo.

Me agarra del brazo. El contacto de su mano sobre mi piel es cálido y eléctrico y... ¡uf! —Espera.

—¿Qué?

—Yo... —Se pasa la otra mano por el pelo. Se lo despeina más—. Lo siento.

Parpadeo. —¿Tú qué?

—Lo siento. No debería haber... fue una estupidez. Fue hace varios días, después de que George se portara como, bueno, *George*. Estaba frustrado y...

—¿Y qué? ¿Decidiste preguntarle a internet si deberías echarme?

—En realidad no iba a echarte.

—Ah, qué bien. Qué generoso.

—Poppy.

—¿Qué?

Se acerca más. —¿Quieres saber lo que pienso de verdad?

—Por lo visto puedo leerlo online.

—No. —Su voz baja de volumen—. No puedes.

—¿Y eso qué se supone que...?

—No escribí cómo te veías aquel primer día. Con ese vestido azul y el pelo suelto. No mencioné cómo te ríes con todo el cuerpo. O cómo cuidas de todo el mundo menos de ti misma. O cómo eres la primera persona que hace que de verdad me apetezca... —Se detiene—. No escribí nada de eso.

No puedo respirar. —Dean.

—Escribí las cosas seguras. Las que molestan. Porque lo de verdad habría sido...

—¿Qué?

—Demasiado.

CeCe se aclara la garganta. —Bueno, esto... Me voy a... estar en cualquier otro sitio.

Desaparece. Traidora.

Dean sigue sosteniéndome del brazo. Su pulgar roza mi muñeca.

—Lo siento —dice otra vez—. Metí la pata.

—Sí. La metiste.

—¿Cómo lo arreglo?

—No lo sé. ¿Quizá no publicando cosas sobre mí en internet?

—Hecho. ¿Qué más?

—Quizá... —Lo miro—. Quizá decirme a mí las cosas de verdad. En lugar de contarle a Reddit las mentiras.

Su mandíbula hace eso. Ese rictus que me vuelve idiota.

—¿Las cosas de verdad? —Su voz profunda se ha vuelto suave y, vaya, cómo me gusta.

—Sí.

—¿Como que no he podido concentrarme en el trabajo en toda la semana porque no dejo de preguntarme qué estarás haciendo? ¿O que te hice esa pasta porque la idea de que no comieras me puso físicamente furioso? ¿O que he comprobado tu luz cada noche para asegurarme de que habías vuelto sana y salva?

—Dean...

—¿O qué tal el hecho de que te vas en dos días y no sé decidir si eso es lo mejor o lo peor que me ha pasado nunca?

—¿Por qué iba a ser lo mejor?

—Porque quizá entonces podría recuperar mi maldita vida.

—¿Y lo peor?

Me mira como si estuviera siendo deliberadamente obtusa. —Ya sabes por qué.

—En serio que no.

—Poppy.

—¿Qué? Solo soy una organizadora de bodas de tipo A que...

Me besa.

Simplemente... lo hace. Con las manos enmarcando mi rostro, con la boca caliente y desesperada, con sabor a pasta de dientes de menta y a deseo y, oh.

OH.

Le devuelvo el beso porque ¿qué otra cosa se supone que debo hacer? Mis manos se cierran en puños sobre su camisa, atrayéndolo hacia mí, y él emite ese sonido, ese sonido roto y agradecido que me atraviesa por completo.

—Sigo enfadada —mascullo contra su boca.

—Lo sé. —Me besa de nuevo. Con más fuerza—. Lo siento.

—Publicaste sobre mí en Reddit.

—Soy un idiota. —Sus manos se deslizan por mi pelo—. ¿Me perdonas?

—Yo también he publicado sobre ti.

Se aparta. —¿Qué?

—Hace unos cinco minutos. Te he llamado estirado obseso del control y alérgico a la diversión.

—¿Lo soy?

—Un poco.

—¿Qué más?

—He dicho que te queda injustamente bien el traje.

Su boca se tuerce en una mueca. —¿Injustamente?

—Es de mala educación. Todo eso... —Le hago un gesto de arriba abajo—. Eso que tienes.

—¿Eso?

—Cállate.

—Oblígame.

Y eso hago.

Nos besamos otra vez, más bruscamente ahora; él me hace retroceder hasta que choco contra la pared. Sus manos están en todas partes: en mi pelo, en mi cintura, acunando mi cara como si pudiera desaparecer.

—Dean. —Me separo, respirando agitada—. Esto es...

—Complicado. Lo sé.

—Iba a decir que probablemente sea una mala idea.

—Definitivamente es una mala idea. —Me besa el cuello. Olvido cómo funcionan las palabras—. Una idea terrible.

—La peor.

—Deberíamos parar.

—Totalmente.

Ninguno de los dos para.

—¿Poppy?

—¿Eh?

—¿De verdad crees que me queda bien el traje?

Me río. No puedo evitarlo. —No vas a dejar pasar eso, ¿verdad?

—Jamás. —Se echa hacia atrás, me mira. Me mira de verdad—. Lo decía en serio. Lo de la disculpa. Me porté como un imbécil.

—Sí, bueno. Lo fuiste.

—¿Cómo lo arreglo? De verdad.

Lo pienso. En la publicación de Reddit, en los comentarios y en cómo había dicho que estaba en su cabeza como si eso fuera algo malo.

—Borra el post.

—Hecho. —Asiente con la cabeza.

—Y...

—¿Qué?

—¿Quizá podrías dejar de actuar como si querer que esté cerca fuera un suplicio?

Algo cambia en su expresión. —Poppy. Querer que estés cerca no es el suplicio.

—¿Entonces qué lo es?

—Saber que te vas.

Ah. Claro.

Nos quedamos mirándonos. La cocina está demasiado silenciosa. Mi corazón late demasiado fuerte.

—Debería irme —susurro.

—Probablemente.

—Mañana es un gran día.

—Cierto.

Pero sus manos siguen en mi cintura. Mis dedos siguen enredados en su camisa.

—¿Dean?

—¿Dime?

—Por si sirve de algo... tú también has estado en mi cabeza toda la semana.

Vuelve a emitir ese sonido. El roto.

—Eso no ayuda.

—Lo sé.

—Poppy... —empieza.

—Nos vemos luego.

Me suelto. Me aliso la camisa. Intento aparentar que no acaban de besarme concienzudamente contra la pared de la cocina de Dean Whitaker.

—Oye —me llama cuando llego a la puerta.

Me giro.

—Mira Reddit luego.

—¿Por qué?

—Simplemente... confía en mí.

Asiento. Me marcho. No llego ni a la mitad del césped cuando me empiezan a temblar las piernas.

CeCe me espera en la casa de invitados, sonriendo como si la Navidad se hubiera adelantado.

—¿Y bien?

—Cállate.

—¿Habéis...?

—Cállate.

—Pero...

—QUE. TE. CALLES.

Hace el gesto de cerrarse la boca con una cremallera. Me tiende mi móvil.

Abro Reddit.

Ha editado su publicación.

ACTUALIZACIÓN: Soy el capullo. Ella es increíble. Yo soy un idiota. Eso es todo.

Los que comentan se están volviendo locos.

—Joder —susurra CeCe, inclinándose sobre mi hombro para leer la pantalla.

—Ya. —Es todo lo que alcanzo a decir. Mi pulgar revolotea sobre el botón de actualizar.

—Acaba de... —Señala vagamente mi móvil, a mí, al universo.

—Sí. —Mi voz suena hueca en mis propios oídos.

Se echa hacia atrás, estudiándome la cara. —En internet...

—Lo sé. —Me presiono los párpados con las palmas de las manos, pero sigo viendo su publicación actualizada grabada en mis retinas.

Se queda callada un momento —algo inusual— y luego dicta sentencia: —Estás perdida de remate.

Me desplomo hacia atrás en la cama, dejando que la gravedad me venza. El techo da vueltas, o quizá sea yo. Pienso en sus manos

en mi pelo y en la forma en que pronunció mi nombre como si le doliera, como si le costara algo.

—Sí. —La palabra sale como un suspiro—. Realmente lo estoy.

Capítulo diecinueve
El regreso de George
Poppy

El balido me golpea como un ataque personal.

Conozco ese balido.

—No. —Me doy la vuelta, con la taza de café a medio camino de la boca. El líquido caliente se agita peligrosamente cerca del borde —. No, no, no, no...

George está plantado en medio del césped, masticando lo que sospechosamente parece ser mi velo de repuesto. El que me costó cuarenta dólares. El que se suponía que iba a salvar el día si el velo de la abuela de Ivy entraba en combustión espontánea.

—¿Cómo es que estás AQUÍ? —Mi voz sube de tono, estrangulada en algún punto entre la incredulidad y la rabia.

Él ladea la cabeza. Sigue masticando. Le importa todo un bledo.

—Te recogieron. Vi cómo te llevaban. ¡Había un camión y todo! —Estoy gesticulando salvajemente ahora, con el café olvidado, mientras mi mano libre corta el aire de la mañana como si estuviera procesando un caso contra una cabra.

CeCe asoma la cabeza por la casa de invitados, con el pelo revuelto por el sueño y los ojos entrecerrados. —¿Por qué le gritas a... oh, mierda. ¿Ese es George?

—No puede ser George. George se ha MARCHADO. —Pero incluso mientras lo digo, se me hunde el estómago. Ese es, sin duda, el ladeo de cabeza característico de George. Esa es, sin duda, la energía caótica de George.

George bala de nuevo. Definitivamente es George.

—¿Quizá sea una cabra diferente? —aventura CeCe débilmente, apretándose más la rebeca.

La miro fijamente. Me limito a mirar. Dejo que todo el peso de mi cara de «¿me estás tomando el pelo?» haga el trabajo.

—Una cabra diferente —digo despacio, con cuidado, como si le estuviera explicando física a un niño pequeño—. ¿Que resulta que es

idéntica a George y aparece en la propiedad de Dean el día antes de la boda?

—Cosas más raras han...

George le da un cabezazo a la mesa plegable. El impacto retumba por todo el jardín. Tres centros de mesa se desploman a cámara lenta. Un jarrón se hace añicos y el cristal estalla sobre la hierba como diminutos diamantes de mi fracaso.

—¡GEORGE!

Cruzo el césped a toda prisa porque la dignidad es un lujo que ya no puedo permitirme. George me ve venir y hace ese saltito lateral que significa que está a punto de portarse como un auténtico imbécil.

—Ni se te ocurra...

Se atreve.

Sale disparado hacia el arco de la ceremonia con mi velo todavía colgando de su boca como una bandera nupcial demente. Estoy persiguiendo a una cabra. Así es mi vida ahora.

—¿Necesitas ayuda?

La voz de Dean me detiene en plena carrera. Me freno en seco, con el pecho agitado y una sandalia medio fuera. Él está de pie en el porche con su café matutino, pareciendo un anuncio de J.Crew mientras yo estoy aquí fuera viviendo mi peor momento. Su pelo todavía está húmedo de la ducha. Huele a cedro y a juicio.

—¿Te PARECE que necesito ayuda? —espeto, volviéndome a calzar la sandalia.

Da un sorbo lento y deliberado a su café. Considera la pregunta con una reflexión exasperante. —Un poco.

Me tiembla un ojo. —Tu propiedad está maldita.

—Mi propiedad estaba bien hasta que apareciste tú. —Pero su boca está haciendo eso. Ese amago de sonrisa que me dan ganas de lanzarle algo a su cara estúpidamente atractiva.

George elige este momento para saltar sobre la mesa de los regalos con la gracia de un entusiasta del parkour borracho.

—GEORGE, NO...

Demasiado tarde. La mesa se desploma. La madera se astilla. Los regalos envueltos se dispersan como confeti de fiesta.

—Eso va a salir de tu fianza —dice Dean, con demasiada calma para alguien que está viendo cómo destrozan su propiedad.

—¿Qué fianza? —Me giro hacia él.

—La que voy a cobrarte con carácter retroactivo. —Levanta un poco su taza, con una sonrisa de satisfacción asomando en sus labios.

Le hago un gesto oscuro con el dedo. Él levanta su taza en un brindis burlón, y odio que me den ganas de reír.

Veinte minutos después, George está atado a un árbol con lo que podría ser una cantidad excesiva de cuerda, y yo estoy evaluando los daños. Un jarrón roto. Tres centros de mesa traumatizados. Mi dignidad hecha pedazos.

—Podría ser peor —dice CeCe.

—¿Cómo?

—Podría estar lloviendo.

Miro al cielo. —Ni se te ocurra gafarlo...

—¡Poppy! —La voz de Ivy recorre el jardín. Viene hacia nosotros caminando a paso ligero con ropa deportiva de diseño, con Mason siguiéndola—. ¿Lista para la degustación?

La degustación.

La degustación del menú. Había olvidado que era hoy.

—Eh. ¡Sí! ¡Claro que sí! Solo... estoy lidiando con un pequeño contratiempo caprino.

Ella se detiene. Se fija en George. —¿Ese es...?

—Otra cabra —miento—. Este es... Steve.

—¿Steve?

—Steve el Cabrito. Es... para dar ambiente.

Mason entrecierra los ojos. —Es clavado a George.

—Todas las cabras se parecen —digo, lo cual es probablemente racista contra las cabras, pero me da igual.

—De hecho —Dean aparece a mi lado, porque por supuesto que lo hace—, estadísticamente, las cabras tienen rasgos faciales distintos que...

Le doy un codazo. Fuerte.

—... que estoy seguro de que varían enormemente entre George y... Steve.

—¿Lo veis? —Le sonrío a Ivy—. Una cabra totalmente distinta.

No parece convencida, pero la furgoneta del catering llega antes de que pueda interrogarme más.

—¡Ah, estupendo! —Da una palmada—. Dean, vas a hacer la degustación con nosotros, ¿verdad?

Él se queda helado. —¿Qué?

—La degustación del menú. Te envié un mensaje ayer.

—No recuerdo...

—Te lo envié, seguro. —Ya se dirige hacia la furgoneta—. Mason tiene una llamada de un cliente, así que vas a sustituirlo. Poppy te pondrá al día sobre las restricciones dietéticas.

Y, así como así, me veo obligada a pasar la próxima hora comiendo porciones minúsculas de comida con Dean Whitaker.

Matadme ya.

—¿Restricciones dietéticas? —murmura él mientras Ivy se aleja dando saltitos.

—Dieciséis.

—¿Dieciséis?

—Bienvenido a las bodas modernas. —Le entrego mi hoja de cálculo codificada por colores—. Sin gluten, sin lácteos, sin frutos secos, sin alegría...

—Esa última no es real.

—Como si lo fuera.

Dean hace una pausa, me mira desde arriba y enarca una ceja.

—Yo solo... voy a recomponerme y nos vemos aquí en treinta minutos.

Él asiente una vez, con la comisura de la boca temblando.

Treinta y seis minutos después, he conseguido retocarme el maquillaje y lo que casi constituye un conjunto a juego. Pantalones de lino crema y una camiseta negra básica. Llevo sandalias en los pies y tres brazaletes en la muñeca y estoy lista.

El día antes de la boda. Puedo hacerlo. Incluso si George ha vuelto. Incluso si la tensión sexual con Dean pudiera matarme.

La responsable del catering —una mujer llamada Deb que parece capaz de levantarme a peso muerto— empieza a preparar las

muestras en la mesa del porche. Pequeñas porciones de todo. Estético a más no poder. Probablemente cueste más que mi alquiler.

—¡Muy bien! —Deb da una palmada—. Empezaremos con el...

Ruge un trueno.

Todos miramos hacia arriba.

—Pensé que habías dicho que no iba a llover —le murmuro a CeCe.

—Dije que PODRÍA ser peor si lloviera. Eso es diferente.

Otro estruendo. Más cerca.

—¿Dentro? —sugiere Deb.

—Dentro —coinciden todos.

Nos trasladamos al comedor de Dean, lo cual es raro porque ahora estoy sentada a su lado en su propia mesa, y de alguna manera eso se siente aún más acogedor e íntimo. No tengo tiempo para pensar en las palabras *íntimo* y *Dean* en la misma frase.

Genial. Esto no es nada incómodo.

—Primer plato —anuncia Deb, depositando los platos con la reverencia de quien presenta una obra de arte—. Carpaccio de remolacha con brotes verdes y...

—Paso —dice Dean de inmediato, sin siquiera mirarlo.

—Ni siquiera lo has probado. —Ya estoy irritada y solo llevamos treinta segundos.

—No hace falta. La remolacha sabe a tierra. —Se echa hacia atrás con los brazos cruzados, como si eso zanjara el asunto.

—Saben a naturaleza —corrige Ivy, siempre haciendo de mediadora.

Dean la mira. —Eso es, literalmente, tierra.

—Pruébalo y ya está. —Le acerco un tenedor y nuestros dedos se rozan. Breve. Eléctrico. Retiro la mano demasiado rápido.

Él da el bocado más pequeño del mundo, mientras su cara atraviesa todo un viaje emocional en tres segundos. Confusión. Asco. Reivindicación.

—Te lo dije. Tierra.

—Eres un crío. —Pero estoy reprimiendo una sonrisa.

—Lo dice la mujer que trajo una cabra a mi propiedad. Dos veces. —Se recuesta en su silla, con un aspecto exasperantemente

satisfecho de sí mismo.

—¡Steve es una cabra diferente! —Mi voz sube una octava.

—Steve es George en el programa de protección de testigos. —Da un sorbo de agua, mirándome por encima del borde de su vaso.

Deb se aclara la garganta ruidosamente. —¿Anoto el no para la remolacha?

—SÍ —decimos Dean y yo al unísono, y acto seguido nos lanzamos miradas fulminantes por estar de acuerdo.

La degustación continúa. Dean rechaza la mitad del menú por principios. Yo defiendo platos que ni siquiera me gustan solo para discutir con él. Ivy nos observa como si fuéramos un espectáculo de cena y teatro, con la barbilla apoyada en la mano, absolutamente encantada.

—El salmón...

—Demasiado rosa. —Él aparta el plato.

—¡Así es como es el salmón! —Estoy gesticulando de nuevo, con el tenedor en la mano como si fuera una espada diminuta.

—Sospechosamente rosa. —Mira el pescado con los ojos entrecerrados como si lo hubiera ofendido personalmente.

—¡Es de COLOR SALMÓN!

—Lo cual es sospechoso.

Le lanzo un brote verde. Él lo atrapa en el aire con unos reflejos que son francamente innecesarios y se lo mete en la boca.

—Sabe a decepción —dice con cara de póquer.

—Tú sí que sabes a decepción. —Las palabras salen antes de que pueda frenarlas.

Él parpadea. —Eso ni siquiera tiene sentido.

—Tu cara no tiene sentido. —Parezco una niña de doce años. No me importa.

Ivy suelta una risita. Se ríe de verdad, con la mano sobre la boca. —Sois monos.

—No somos monos —decimos a la vez, y luego nos quedamos congelados.

—Somos profesionalmente hostiles —añado rápidamente, mientras siento que me arden las mejillas.

—Profesionalmente hostiles, pero con un toque mono —interviene CeCe desde donde ha estado viendo cómo se desarrollaba todo este desastre.

Estalla un trueno. Las luces parpadean.

—Esto —dice Deb—. ¿Deberíamos quizás...?

El viento golpea como un tren de mercancías. Incluso desde dentro, podemos oírlo. Aullando. Furioso. Algo nada bueno para las carpas.

—¡LA CARPA! —Me levanto tan rápido que tiro la bandeja de remolacha. El carmesí se extiende por el inmaculado mantel blanco de Dean como la escena de un crimen.

Todos corremos hacia la ventana.

La carpa del banquete está... luchando. Es la única palabra para describirlo. Luchando contra el viento y perdiendo. Una esquina ya se ha levantado, las cuerdas están tensas y toda la estructura se balancea como un gigante borracho.

—Oh, no. Oh, no, no, no...

Ya estoy corriendo. Salgo por la puerta, hacia la tormenta que ha surgido de la nada porque, al parecer, el universo me odia específicamente a mí.

El viento golpea como una bofetada. La lluvia cae de lado. El pelo se me pega inmediatamente a la cara.

—¡POPPY! —Dean está justo detrás de mí—. No puedes...

—¡SE VA A VENIR ABAJO!

—¿Y QUÉ?

—¡PUES QUE ES MI CARPA!

—¡ES DE ALQUILER!

—¡ES MI RESPONSABILIDAD!

Agarro una de las cuerdas sueltas. El viento intenta arrebatármela. Dean también la agarra, con sus manos cubriendo las mías.

—¡Esto es una locura!

—¡BIENVENIDO A LA PLANIFICACIÓN DE BODAS!

Tiramos. Fuerte. La carpa se resiste.

—¡A la de tres! —grita él por encima del viento.

—¿Qué pasa a la de tres?

—¡No lo sé! ¡Me lo estoy inventando!

Me río. No puedo evitarlo. Estamos en medio de una tormenta, forcejeando con una carpa, ambos empapados en segundos, y él se lo está inventando sobre la marcha.

—¡UNA!

Una ráfaga de viento sopla con más fuerza.

—¡DOS!

Un relámpago ilumina el cielo. Su rostro se ilumina por un segundo: la mandíbula apretada, la lluvia corriendo por sus mejillas, luciendo extrañamente hermoso para alguien que está en modo crisis.

—¡TRES!

Tiramos juntos. La cuerda se tensa. La esquina de la carpa vuelve a bajar.

—¡La piqueta! —señalo—. ¡Se está soltando!

Él ya se está moviendo, cogiendo una piedra para volver a clavarla. Yo mantengo la cuerda firme, con la lluvia entrando en mis ojos.

—¡El otro lado! —grita él.

Corremos alrededor de la carpa, persiguiendo piquetas sueltas y cuerdas rebeldes. Trabajando juntos sin hablar, como si ya lo hubiéramos hecho antes. Como si fuéramos un equipo. Y terminamos de clavar todas las piquetas con más profundidad.

El viento empieza a amainar. La lluvia se suaviza. La carpa... aguanta.

Nos quedamos allí, respirando con dificultad y completamente empapados. La lluvia gotea desde mi pelo por mi nuca y la ropa se me pega al cuerpo. Siento los latidos del corazón en la garganta.

—Lo hemos logrado —susurro, apenas audible por encima del viento que muere.

—Lo hemos logrado. —Su voz suena ronca, más grave de lo habitual.

Su camisa blanca se ha vuelto transparente, su pelo está pegado a la cabeza. Tiene barro en la mejilla.

Nunca ha estado más guapo.

Está lo suficientemente cerca como para robarme el aliento, lo suficientemente cerca como para desmoronar cada defensa que he reconstruido ladrillo a ladrillo.

Y por un segundo, desearía que lo hiciera.

—Tienes... —Acerco la mano sin pensar, limpiándole el barro con el pulgar. Su piel está caliente a pesar de la lluvia, áspera por la barba incipiente.

Se queda quieto, completa y absolutamente quieto, como si yo fuera un animal salvaje al que no quiere asustar.

Estamos demasiado cerca, empapados por la lluvia y con la adrenalina a tope. Puedo ver las gotas de agua atrapadas en sus pestañas y sentir el calor que emana de él a pesar de la tormenta.

Apoyo la palma de la mano contra su camisa de vestir empapada para estabilizarme y siento su corazón latiendo como si hubiera corrido un maratón. No es solo la tormenta lo que crepita; está en el centímetro de aire entre nuestras bocas: el sabor a rayos, a lluvia y a algo aterradoramente inevitable. Debería dar un paso atrás. En cambio, mi pulgar recorre el borde de su mandíbula, y la mirada que me lanza —un deseo conmocionado envuelto en una contención propia de abogado— hace que olvide hasta mi propio nombre.

—Poppy... —Es apenas una palabra, más bien una súplica o una advertencia.

El sonido de mi nombre en su voz enronquecida por la lluvia remueve algo en mi interior que no quiero examinar demasiado de cerca.

—Deberíamos entrar —digo rápidamente, dando por fin —*por fin* — un paso atrás. El aire frío inunda el espacio entre nosotros.

—Cierto. Sí. —Pero no se mueve durante un instante más; se queda allí, mirándome como si intentara memorizar este momento.

Cuando volvemos adentro, Ivy está dando saltitos.

—¡Eso ha sido INCREÍBLE! ¡Parecíais... superhéroes de carpas!

—Solo estábamos...

—¡Salvando el día! ¡Juntos! ¡Como un equipo!

Dean y yo evitamos mirarnos con cuidado.

—Debería... —Hago un gesto vago hacia mi estado de empapamiento total—. La cena de ensayo empieza en dos horas y...

—¡Vete! —Ivy me empuja hacia la puerta—. Nosotros terminaremos aquí. ¡Tienes que prepararte!

Perfecto. Es el tiempo justo para prepararme, revisar los detalles de última hora y tener un pequeño colapso nervioso en privado. *Bien por mí.*

Dos horas después, tengo el pelo seco, estoy vestida e intento no pensar en Dean bajo la lluvia. Me está saliendo fatal.

CeCe me observa mientras me aplico rímel por tercera vez, con la mano temblándome ligeramente. —¿Estás bien?

—Bien. —La palabra sale demasiado rápido, demasiado aguda.

—¿Segura? Porque llevas cinco minutos mirando fijamente ese tubo.

Parpadeo, dándome cuenta de que tiene razón. El aplicador del rímel está congelado a medio camino de mi rostro. —Solo pensaba en el ensayo.

—Ya. —Se tumba en la cama, mirándome con esos ojos sabios que ven demasiado—. ¿Y esto no tiene nada que ver con el forcejeo con la carpa bajo la lluvia con...?

—Estábamos salvando la carpa. —Me concentro mucho en mi reflejo, evitando su mirada.

—¿Sexualmente?

—¿Cómo se salva una carpa sexualmente? —Pero siento las mejillas calientes.

—No lo sé, pero vosotros dos os las habéis apañado. —Ahora está sonriendo, encantada con mi sufrimiento.

Le lanzo mi barra de labios. Ella la esquiva con facilidad, riendo.

El ensayo es en un restaurante del pueblo. Uno de esos sitios que se esfuerzan demasiado con bombillas de Edison y madera recuperada por todas partes. Conduzco con CeCe porque necesito apoyo moral y también a alguien que me impida hacer alguna estupidez.

Como pensar en las manos de Dean sobre las mías.

O en el barro de su mejilla.

O en la forma en que pronunció mi nombre bajo la lluvia.

—Lo estás haciendo otra vez —dice CeCe.

—¿Qué?

—Esa cara.

—¿Qué cara?

—Tu cara de «estoy pensando en la camisa mojada de Dean».

—Yo no tengo ninguna...

—Literalmente acabas de suspirar.

—Estoy CANSADA.

Entramos en el aparcamiento del restaurante. Puedo ver al cortejo nupcial a través de las ventanas. Todos riendo, mezclándose, siendo seres humanos normales que no acaban de vivir *un momento* en mitad de una tormenta.

Dean ya está allí. Por supuesto. De pie junto a la barra con una camisa limpia y vaqueros oscuros, con un aspecto de no haber luchado contra la naturaleza misma.

Nos ve llegar. Me observa a través del cristal mientras salgo del coche.

Nuestras miradas se encuentran.

Y sé —lo sé— que ambos estamos pensando en la lluvia.

—¿Lista? —pregunta CeCe.

No. Ni lo más mínimo.

—Vamos a ello.

Entramos juntas y puedo sentir sus ojos siguiéndome por la sala. La cena de ensayo empieza oficialmente en diez minutos.

¿Pero la tensión entre nosotros?

Esa empezó hace dos horas en mitad de una tormenta.

Y algo me dice que no va a hacer más que empeorar.

Capítulo veinte
El rescate de la cena de ensayo
Dean

La cena de ensayo es en un sitio pretencioso de esos de «de la granja a la mesa» que te cobran treinta pavos por lo que es, básicamente, una ensalada. Me estoy tomando un whisky mientras evito activamente a mi abuela cuando se me acerca una mujer que parece haber saqueado una boutique vintage y una tienda de cristales.

—Tú debes de ser Dean. —Su voz tiene un tono de sabelotodo que me pone en guardia de inmediato—. Soy Gloria. La tía de Poppy.

Ah, la bruja de las flores. No nos han presentado oficialmente. Viste lo que solo puedo describir como un estilo bohemio agresivo: pantalones vaporosos, brazaletes que tintinean con cada gesto y unos pendientes que bien podrían servir de carillones de viento.

—Encantado de conocerla —miento, ofreciéndole la mano.

Me estudia como si fuera un espécimen particularmente interesante, y su apretón es sorprendentemente firme. —Así que tú eres el que tiene a mi sobrina de los nervios.

¿De los nervios?

—Yo no... —empiezo, pero ella ya está sonriendo como si pudiera ver a través de mí.

—Me llamó el martes por la noche. Me contó algo de una cabra y de un hombre que compartimenta sus sentimientos.

Se me tensa la mandíbula involuntariamente. —Yo no compartimento... —Hago una pausa. Joder. Sí que compartimento mis sentimientos—. Eso no viene al caso.

—Mjm. —Bebe un sorbo de lo que parece champán con flores flotando. Faltaría más—. Sabes, Poppy no suele ponerse así de alterada por los clientes.

—No soy un cliente. Soy un obstáculo. —Las palabras salen más bruscas de lo que pretendo.

—¿Es eso lo que crees que eres? —Alza su copa y sus brazaletes tintinean suavemente.

Antes de que pueda responder, la puerta se abre.

Y entra Poppy.

El mundo hace esa cosa tan molesta de ralentizarse, como si estuviera en un montaje de una comedia romántica malísima. Lleva un vestido verde oscuro que le llega a mitad del muslo, tiene el pelo suelto y ondulado, y se ríe de algo que dice CeCe. El sonido llega hasta el otro lado del restaurante, alegre y espontáneo.

Joder.

Mi cerebro genera de inmediato una docena de pensamientos inapropiados. Sus piernas con esos tacones. Cómo quedaría ese vestido en el suelo de mi habitación. Cómo se sentiría su pelo enredado en mi...

—¡Dean, cariño, ahí estás!

Mi abuela se materializa como un demonio invocado por pensamientos impuros. En el momento perfecto, como siempre. Aparto la mirada de Poppy, parpadeando con fuerza para volver a concentrarme.

—Abuela. —Acepto sus besos al aire mientras intento no mirar a Poppy. Fracaso. Está al otro lado de la sala, pero alcanzo a ver su perfil, la curva de su cuello.

—Le estaba diciendo ahora mismo a tu madre lo flaco que estás. ¿Estás comiendo?

—Sí. —Mi voz suena distante incluso para mis propios oídos.

—¿Comiendo bien? ¿No solo esas horribles barritas de proteínas?

—Como bien. —Doy un sorbo al whisky; el ardor me ayuda a centrarme.

Poppy está al otro lado de la sala, consultando algo con el gerente del restaurante. Luce una sonrisa profesional, pero noto la tensión en sus hombros y cómo se aferra a su carpeta como si fuera un salvavidas, manteniéndose entera a base de pura fuerza de voluntad.

—¿... me estás escuchando?

Parpadeo, dándome cuenta de que mi abuela ha estado hablando. —¿Qué?

Entorna los ojos mientras sigue mi línea de visión. —Te he preguntado si estás saliendo con alguien.

—No. —La respuesta es automática, pero algo se me aprieta en el pecho al decirla.

—¿Y qué hay de esa chica tan encantadora del club? ¿La hija de Patricia?

—Casada. Con una mujer. —Me bebo el resto del whisky de un trago.

—Ah. —Resopla, frunciendo los labios—. Bueno, seguro que hay alguien...

—Perdona. —La dejo a mitad de la frase porque Poppy tiene esa mirada: la que significa que algo va mal y que está a punto de ocuparse ella sola. Mis pies se mueven antes de que mi cerebro reaccione.

Está en un rincón con el gerente del restaurante, hablando en voz baja, pero su lenguaje corporal grita estrés. Tiene los hombros encogidos hasta las orejas y los nudillos blancos de tanto apretar la carpeta.

—... comprendo, pero pedimos específicamente que...

—¿Cuál es el problema? —interrumpo, invadiendo su espacio.

Me echa una mirada y, por un segundo, su máscara profesional flaquea. Bajo ella noto cansancio y frustración. —Nada. Solo un pequeño malentendido con el...

—Poppy —le advierto, sin miedo a usar mi tono de abogado con ella.

Se mira los tacones, mordiéndose el labio inferior, y luego vuelve a mirarme. —Pues que... esto... han asignado nuestro reservado a otros.

El cabreo me recorre de inmediato, punzante. —Un error de reserva —dice el gerente servicialmente, tirándose del cuello de la camisa.

—¿Han reservado dos veces el mismo espacio para la cena de ensayo? —Mi voz baja a ese tono de calma peligrosa que hace sudar a los abogados júnior.

El gerente cambia el peso de un pie a otro, evitando el contacto visual. —Ha habido un fallo de comunicación...

—Arréglelo.

—Señor, yo...

—Arréglelo. Ya. —Uso mi voz de abogado, la que hace sudar a los abogados de la parte contraria. Doy un paso hacia él y el tipo llega a retroceder—. O tendré a todo mi bufete aquí el lunes por la mañana revisando sus contratos con lupa.

Palidece, y se le mueve la nuez al tragar saliva. —Déjenme... ver qué puedo hacer.

Se marcha deprisa. Poppy me mira fijamente, con los labios entreabiertos.

—No tenías por qué...

—Sí, tenía que hacerlo. —Las palabras salen más rudas de lo que pretendía.

—Yo me estaba encargando. —Su voz flaquea un poco.

—Estabas siendo educada. Que no es lo mismo. —Cruzo los brazos para evitar alargar la mano hacia ella.

Ella imita mi postura con la barbilla en alto. —No necesito que tú...

—Poppy. —Me acerco más, lo suficiente para percibir un rastro de su perfume, bajando la voz para que solo ella me oiga—. Llevas encargándote de todo toda la semana. Deja que otra persona sea el capullo por una vez.

Algo brilla en sus ojos: sorpresa, tal vez. Gratitud. —¿Por qué te importa?

Porque pareces agotada. Porque te estás esforzando demasiado por mantener el tipo. Porque verte estresada hace que sienta una opresión en el pecho que odio.

—Es la boda de mi hermano —digo en su lugar, y la mentira me deja un sabor amargo.

—Ya. —Aparta la mirada, tensando la mandíbula—. Claro.

El gerente regresa, empapado en sudor. —Podemos habilitar una sección privada para el otro grupo. Su grupo puede pasar al reservado ahora mismo.

—Gracias —dice Poppy rápidamente, ya en movimiento, de vuelta en su modo profesional.

Se aleja antes de que pueda decir nada más. La veo marcharse, con el vaivén de ese vestido verde, y maldigo entre dientes.

La cena transcurre bien. Mason se levanta para dar un discurso, copa en alto, y me doy cuenta de que nunca lo había visto así: abierto, vulnerable. Está más emocionado de lo que esperaba. Solo he visto llorar a mi hermano un puñado de veces, y todas fueron antes de cumplir los once, pero ahora mismo parece peligrosamente cerca de las lágrimas.

—La primera vez que supe que amaba a Ivy fue mientras la veía trabajar en su cocina, intentando recrear la receta de wantán de su abuela para un vídeo. Era un desastre absoluto. Había harina por todas partes. Llevaba seis horas con ello. —La mira con esa cara de enamorado bobo, y se le quiebra la voz—. Ahí fue cuando lo supe. Alguien que se preocupa tanto por hacer las cosas bien, por honrar a la gente que quiere... esa es una persona que vale la pena conservar.

Ivy llora, y se le corre el rímel. Todo el mundo aplaude. Mason besa a su prometida con los ojos empañados, y algo se me retuerce en el estómago: envidia, tal vez. O pena por esa parte de mí que solía creer en momentos como este.

Mis padres se portan bien. En su mayoría.

Pero yo no dejo de mirar a Poppy.

Está en todas partes y en ninguna, ajustando las flores con movimientos rápidos y eficientes. Consultando con los camareros, con la carpeta bajo el brazo, asegurándose de que nadie se quede sin bebida, sin que esa sonrisa decaiga ni un momento. Sin parar. Sin sentarse.

Sin comer.

—Es buena en esto —Gloria aparece a mi lado como una especie de ninja mística, silenciosa a pesar de todos esos brazaletes.

—Mm. —Doy un sorbo, siguiendo con la mirada a Poppy mientras se ríe de algo que dice mi tío.

—Cuida de todo el mundo menos de ella misma, esa chica. —La voz de Gloria es suave y perspicaz.

No digo nada, apretando la mandíbula.

—Un poco como otra persona a la que he estado observando esta noche.

Me giro para encontrarme con su mirada. —¿A qué se refiere?

—Llevas toda la velada pendiente de ella, asegurándote de que esté bien. —Sonríe, y se le acentúan las patas de gallo—. Es tierno.

—Es práctico. No podemos permitir que la organizadora de la boda se desmaye de cansancio. —Pero a mi voz le falta convicción.

—Mjm. Sigue diciéndote eso, querido. Me da palmaditas en el brazo antes de alejarse, dejándome a solas con esa incómoda verdad.

Pero no se equivoca. He estado con el mismo whisky durante una hora, viendo a Poppy recorrer la sala. Tiene una forma de hacer que todo el mundo se sienta como la persona más importante del mundo: tocando brazos, recordando nombres, riéndose de chistes malísimos. Todo su cuerpo se ilumina en cada interacción, irradiando una calidez genuina.

Profesional. Impecable. Perfecta.

Nada que ver con la mujer que se peleaba con una carpa bajo la lluvia hace dos horas. Nada que ver con la mujer que me devolvió el beso en mi cocina, con las manos aferradas a mi camisa.

—Estás mirando fijamente. —Mason se deja caer en el asiento a mi lado y me roba el vaso de whisky.

—Estoy observando.

—Con los ojos. Eso se llama mirar fijamente. —Da un trago, sonriendo.

—¿Cómo está Ivy?

—Buena forma de desviar el tema. —Se termina el resto de mi whisky y ni siquiera me importa—. Está bien. Feliz. Piensa que tú y Poppy sois, y cito textualmente, «adorables».

—No somos nada. —Las palabras saben fatal al decirlas.

—Claro. Por eso te la has estado ventilando con la mirada desde que ha entrado. —Deja el vaso vacío con un golpe seco.

—Yo no he... —Pero mi protesta muere al darme cuenta de que tiene razón. Sé exactamente dónde está ahora mismo: en la tercera mesa por la izquierda, riendo con la tía de alguien.

—Tío. Literalmente te has quedado a mitad de frase cuando ella se ha inclinado para colocar ese mantel.

Vale. Me pilla. El calor me sube por el cuello.

—Se marcha el domingo —digo, y las palabras se me asientan pesadamente en el pecho.

—¿Y? —Mason se echa hacia atrás, estudiándome con esa cara de hermano preocupado.

—Entonces, ¿qué sentido tiene?

Mason me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza. —¿Qué sentido tiene? El sentido es que ella te hace sonreír. Sonreír de verdad. No esa mueca rara que haces en las cenas con clientes.

—No es tan sencillo. —Me paso una mano por el pelo, dándome un leve tirón.

—¿Por qué? —Su pregunta es sincera, de genuina confusión.

Porque conocí a Emily durante seis años; seis años de conversaciones, comidas compartidas y planes de futuro. Sabía cómo pedía siempre el café, sus traumas infantiles, sus vaqueros favoritos y qué cosas específicas de su mejor amiga la sacaban de quicio.

Y aun así, no fue suficiente.

Conozco a Poppy desde hace poco más de una semana. Es una locura. Una absoluta locura.

No importa lo bien que se sienta cuando me mira.

—¿Dean? —Mason me observa con esa expresión de hermano preocupado, ladeando la cabeza.

—Es complicado —murmuro, mirando fijamente mi vaso vacío.

—Todo contigo es complicado. —Toma otro sorbo de vete a saber dónde—. Prueba con lo sencillo por una vez.

Sencillo. Ya.

Sencillo no es besar a la organizadora de la boda de tu hermano contra la pared de tu cocina. Sencillo no es pasarse cada noche comprobando si su luz está encendida. Sencillo no es este dolor en el pecho cuando pienso en mañana; en verla marchar.

—Debería ir a socializar —digo, ya poniéndome de pie.

—Deberías hablar con ella. —La voz de Mason me sigue.

—Debería hacer muchas cosas.

Pero me quedo en mi sitio, viendo a Poppy encandilar a los amigos de mis padres. Me pilla mirando y me guiña un ojo.

Así, sin más... me guiña un ojo. Como si compartiéramos un secreto. Supongo que es así. Como si aquel beso nunca hubiera ocurrido, y también como si fuera lo único en lo que puede pensar.

Maldita sea.

La cena se alarga: discursos sobre el amor, el compromiso y el para siempre. Todas esas cosas en las que yo solía creer antes de que la realidad me enseñara otra cosa. Cada discurso se siente como un cuchillo entre las costillas, un recordatorio de lo que perdí, de aquello en lo que dejé de confiar.

Para cuando la velada empieza a tocar a su fin, ya he tenido suficiente. Suficiente de ver a Poppy matándose a trabajar. Suficiente de familiares preguntando por mi vida amorosa. Suficiente de fingir que no me doy cuenta cada vez que se coloca el pelo tras la oreja, cada vez que ríe, cada vez que se mueve.

La encuentro en el patio trasero del restaurante, por fin a solas, descalza, frotándose los pies con una mueca de dolor.

—Parece que duelen.

No levanta la vista, hincando los dedos en el arco del pie. —Para presumir hay que sufrir.

—La belleza es una estupidez si te deja tullida. —Me apoyo en el marco de la puerta, observándola.

—Eso lo dice alguien que nunca ha llevado tacones. —Pero no hay acritud en su tono.

—En eso tienes razón.

Casi sonríe. Casi. La comisura de su boca se curva un poco y luego cae.

Me apoyo en la barandilla, lo bastante cerca para ver el cansancio alrededor de sus ojos. —No has comido.

—He estado ocupada. —Sigue frotándose el pie, evitando mi mirada.

—Siempre estás ocupada.

—Sí, bueno. —Se encoge de hombros, con los hombros tensos —. Es mi trabajo.

—Tu trabajo es organizar bodas, no martirizarte. —Las palabras salen más cortantes de lo que pretendo.

Levanta la cabeza de golpe, con los ojos echando chispas. —¿Perdona?

—Me has oído.

—No me estoy martirizando... —Le sube el color a las mejillas.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste una comida completa? ¿Que dormiste ocho horas? ¿Que te tomaste un descanso que no te impusiera otra persona?

Se pone de pie, aunque noto que le duelen los pies una barbaridad. Se tambalea un poco, apoyándose en la barandilla. —¿Por qué te importa?

—¿Por qué no te importa a ti? —Doy un paso hacia ella.

—Porque tengo una boda que sacar adelante. Porque esto es importante. Porque si me detengo cinco segundos... —Se interrumpe a sí misma, apretando la mandíbula.

—¿Qué? ¿Qué pasa si te detienes?

—Nada. Olvídalo. —Coge sus zapatos, apretándolos contra el pecho como si fueran una armadura.

—Poppy...

—No. —Se le quiebra un poco la voz—. No tienes derecho a hacer esto. Aparecer de la nada y actuar como si estuvieras preocupado cuando te conviene.

—¿Conviene? ¿Crees que algo de esto me conviene a mí? —Suelto una carcajada amarga. Conocer a Poppy Monroe podría ser lo menos conveniente que me ha pasado en la vida.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —Está respirando con dificultad, con el pecho subiendo y bajando.

Buena pregunta. ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué me importa si come? ¿Por qué verla hacerse daño a sí misma hace que quiera zarandearla y abrazarla al mismo tiempo?

—Porque alguien debería estarlo —digo finalmente, con la verdad cruda en la garganta.

—No necesito que... —empieza ella, pero la interrumpo.

—Sí, lo necesitas. Necesitas que alguien te obligue a comer, que te diga que te sientes, que se preocupe por si estás bien o no.

—¿Y te has autonombrado tú? —Levanta la barbilla, desafiante.

—Al parecer.

Nos miramos fijamente. Las guirnaldas de luces que cuelgan sobre nosotros proyectan sombras en su rostro, y se ve cansada, hermosa y tan rematadamente testaruda que me dan ganas de...

—¿Sabes cuál es tu problema? —dice con voz baja y peligrosa.

—Por favor, ilumíname. —Cruzo los brazos, preparándome.

—Que te escondes.

—¿Que me escondo? —La acusación me escuece más de lo que debería.

Se yergue, levantando la barbilla y evaluándome con esos ojos afilados. —Detrás del trabajo. Detrás de todo ese papel de gruñón emocionalmente inaccesible. Te escondes porque es más fácil que sentir algo de verdad.

—Eso tiene gracia, viniendo de alguien que no puede dejar de moverse el tiempo suficiente para... —Mis manos se cierran en puños.

—Al menos yo creo en algo: en el amor, el matrimonio, los finales felices. —Su voz se eleva, apasionada ahora.

—Ingenua.

—¿Qué? —Se queda muy quieta.

—Eres una ingenua. Vendes cuentos de hadas a personas que se habrán divorciado en cinco años. —Las palabras son crueles. Lo sé en cuanto salen de mi boca.

Su rostro cambia. Se endurece, y toda la suavidad desaparece. —Vaya.

—Poppy... —Intento acercarme a ella, pero retrocede.

—No, tienes razón. Soy una ingenua. Una tontita organizadora de bodas que cree en el amor. —Se ríe, pero es una risa aguda y quebradiza—. Al menos no tengo tanto miedo de sentir algo como para haberme convertido en un robot.

—No soy...

—Lo eres. Estás aterrorizado. De desear algo. De que alguien te importe. De ser humano. —Ahora tiene los ojos brillantes,

demasiado brillantes.

—Y tú estás tan desesperada por importarle a alguien que te matarás haciendo realidad los sueños de todos los demás. Las palabras flotan entre nosotros como granadas.

Sus ojos brillan con lágrimas contenidas. —Vete a la mierda.

—Poppy...

Pero ya se está marchando. Con los zapatos en la mano y la dignidad intacta, se aleja como si no acabara de destriparla. La puerta se cierra tras ella y el sonido resuena en el repentino silencio.

Mierda.

Me quedo ahí como un idiota, rebobinando la conversación. La forma en que se le desencajó la cara antes de ocultarla. La verdad en lo que ambos dijimos. El daño que nos acabamos de infligir.

—Eso ha ido bien.

Me doy la vuelta. CeCe está apoyada en el umbral de la puerta, con los brazos cruzados y una expresión ilegible.

—¿Cuánto has oído? —Me paso las manos por el pelo, tirando con la fuerza suficiente para que me duela.

—Lo suficiente —me estudia en silencio durante un largo rato—. Sabes que no le falta razón.

—A mí tampoco me faltaba. Suena vacío.

—No —asiente ella, apartándose del marco de la puerta—. Los dos sois un desastre. Por eso probablemente seáis perfectos el uno para el otro.

—No somos...

—¡Por Dios, para ya! —Levanta una mano, interrumpiéndome—. Os he visto a los dos rondándoos toda la semana como buitres salidos. bésala de una vez.

—Lo hice. La confesión se me escapa.

Ella abre mucho los ojos y arquea las cejas. —¿Cuándo?

—El otro día. Después del incidente de Reddit. Contra la pared de mi cocina.

—¿Y? —Ahora se inclina hacia delante, interesada.

Y lo fue todo. Me aterrorizó. No he dejado de pensar en ello desde entonces.

—Y es complicado —digo, el eufemismo del año.

—Ya, no te jode —se separa de la puerta—. Mira, no te conozco. Pero conozco a Poppy. Y ella nunca se altera por los tíos. Jamás. Pero ¿tú? La tienes hecha un nudo que ni George lograría desenredar.

—Eso no es... —empiezo, pero ella me interrumpe.

—Se va el domingo —continúa CeCe, con voz más suave ahora —. Así que sea lo que sea esto, sea lo que sea de lo que creas que te estás protegiendo, tienes unas treinta y seis horas para aclararte.

Me deja con ese alegre pensamiento.

Me quedo en el patio, dándole vueltas a mi whisky y a mi ego herido. Las palabras de Poppy siguen resonando en mi mente. *Estás aterrorizado. De querer algo. De que alguien te importe.*

Tiene razón. Ambos nos escondemos, solo que de formas distintas.

Una hora más tarde, la fiesta está terminando. He cumplido con mi deber: he sonreído a los parientes, he estrechado manos y he fingido que me interesaban las conversaciones intrascendentes. Mason e Ivy se han ido hace veinte minutos, radiantes con esa felicidad preboda que hace que me duela el pecho de formas que no quiero analizar.

Debería irme a casa. Debería revisar el cronograma de mañana. Debería hacer cualquier cosa excepto lo que estoy a punto de hacer.

En lugar de eso, voy a buscar a Poppy.

No está en el comedor principal. Ni en la barra. Ni en el patio donde destruí cualquier frágil cosa que estuviera surgiendo entre nosotros.

—¿Has perdido algo? —Gloria aparece de nuevo, materializándose de la nada. Esta mujer tiene una puntería sobrenatural.

—¿Ha visto a...?

—Se ha marchado —su expresión se suaviza un poco, comprensiva—. Sea lo que sea lo que le has dicho...

—Era la verdad. Aprieto la mandíbula.

—La verdad y la crueldad a menudo visten la misma ropa —dice, ladeando la cabeza—. Pero eso no significa que tengas que dejar que lo hagan.

Sabiduría críptica de la tía de las flores. Fantástico. Como si mi noche no pudiera ir a peor.

—¿A dónde ha ido? —La pregunta se escapa antes de que pueda detenerla.

—Supongo que ha vuelto a la casa —ladea la cabeza, estudiándome como si fuera un bicho particularmente interesante—. ¿Vas a ir tras ella?

—No. Pero mis pies ya se mueven hacia la puerta.

—Mentiroso. Su voz me sigue.

—Me voy a casa. A dormir. Como una persona normal. Cojo mis llaves en el aparcacoches.

—Mmm —me da un golpecito en la mejilla como si tuviera cinco años—. Probablemente esté comprobando la carpa, por si te lo preguntabas.

—No lo hacía.

—Por supuesto que no, cielo.

Veinte minutos después, entro en mi camino de entrada, definitivamente sin buscar a Poppy. Los faros barren la propiedad mientras aparco.

La finca está en silencio. La carpa está segura a pesar del drama de hoy. No hay luces encendidas en la casa de invitados; solo oscuridad y silencio.

Debería entrar, dejarla en paz y respetar el límite que ella claramente ha marcado.

Un trueno retumba a lo lejos.

Maldita sea.

Otra vez no.

Cojo una linterna y salgo porque, por lo visto, soy incapaz de tomar buenas decisiones cuando se trata de ella.

La lluvia empieza suavemente, primero un goteo. Pero el trueno suena cada vez más cerca, y sé lo que eso significa: el tipo de tormenta que pone histérico al perro neurótico de Nadine.

Muffin.

Ahora mismo debe de estar perdiendo los papeles. Los truenos la sumen en un pánico total, y Nadine mencionó que esta noche estaba en una cata de vinos.

Me dirijo a la casa de invitados, esperando que Muffin no haya destrozado nada, con el haz de la linterna atravesando la llovizna.

La puerta está entornada.

—¿Poppy?

No hay respuesta. Pero oigo algo: voces suaves, casi arrullos, un tarareo desafinado.

Empujo la puerta.

Y mi corazón da un vuelco extraño.

Poppy está en el suelo con Muffin, que tiembla como una hoja. Lleva puesto el chaleco para la ansiedad, pero no está sirviendo de nada. Poppy la tiene envuelta en lo que parecen todas las mantas del lugar, abrazándola con fuerza y murmurando tonterías. Su vestido está arrugado, el maquillaje corrido, pero está totalmente concentrada en el perro aterrorizado.

—Chisss, pequeña. No pasa nada. Solo es ruido. No puede hacerte daño —. Su voz es suave, tranquilizadora.

Muffin gimotea y se aprieta más contra ella, hundiéndose en el pecho de Poppy.

—Lo sé. Un ruido que asusta. Pero estás a salvo. Muy a salvo —. Se balancea ligeramente, como si calmara a un niño.

Debo de hacer algún ruido porque Poppy levanta la vista. Tiene el maquillaje corrido, con regueros de rímel bajando por sus mejillas; no sé si por las lágrimas o por la lluvia. Su pelo es un desastre. Sigue con ese vestido verde, ahora arrugado y húmedo.

Sigue estando devastadoramente hermosa.

—Estaba arañando la puerta —dice en voz baja, sin mirarme del todo a los ojos—. No podía dejarla ahí fuera.

—Ya... —Me aclaro la garganta, sintiendo algo atascado allí—. Gracias.

Estalla un trueno. Muffin suelta un gañido e intenta enterrarse en el pecho de Poppy.

—Oh, pequeña —Poppy le ajusta las mantas con movimientos suaves y seguros—. Necesitamos una distracción. ¿Qué te parece? ¿Una historia? ¿Una canción?

—Le gusta la Motown —me oigo decir mientras entro y cierro la puerta tras de mí.

Poppy me mira con las cejas levantadas. —¿En serio?

—Nadine jura que funciona. Me acerco, atraído a pesar de todo.

Nadine. Claro.

—Está bien, entonces. Poppy empieza a tararear (mal, desafinando), pero con dulzura, y algo en mi pecho se afloja.

Debería irme. En lugar de eso, me siento allí mismo, en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá. Lo suficientemente cerca para sentir su calor y percibir los matices de su perfume bajo el olor a perro mojado.

—¿"Cruisin'"? —adivino, reconociendo la melodía a pesar de su terrible tono.

Ella ríe suavemente, y el sonido rompe algo en mi interior. —No me sé la letra.

—Eso apenas cuenta como Motown.

—No me sé nada de Motown —. Sigue tarareando, mientras sus dedos acarician las orejas de Muffin con una paciencia infinita.

—Trágico.

—Ya, bueno —continúa tarareando, pero su voz flaquea—. Añádelo a mi lista de fracasos.

—Poppy...

—No —su voz es apenas un susurro, herida—. Esta noche no.

Así que no lo hago. Simplemente me quedo sentado mientras ella le tararea al perro neurótico de mi vecina. La tormenta ruge fuera, la lluvia azota los cristales. Dentro, solo estamos nosotros, un tarareo espantoso, un perro mojado y todas las cosas que nos hemos dicho.

Finalmente, el trueno se desvanece. La respiración de Muffin se estabiliza, deja de temblar. Su cuerpo se vuelve pesado por el sueño.

Se queda dormida.

—Puedes irte —dice Poppy sin mirarme, sin dejar de acariciar las orejas de Muffin—. Ya está bien.

—¿Y tú qué? —La pregunta se escapa antes de que pueda evitarlo.

—Estoy bien. Pero su voz suena hueca.

—Mentirosa.

Por fin me mira a los ojos y lo veo todo allí: cansancio, dolor, frustración. —Lo dice el que más tiene que callar.

Justo.

Me levanto, con las articulaciones protestando por el tiempo sentado en el suelo, y me sacudo los vaqueros. —Lo siento. Por lo de antes.

—¿Por qué parte? ¿Lo de ser un robot o lo de llamarme ingenua? —Su voz es plana, cuidadosamente neutra.

—Por ambas. Por todo. Las cosas que dije fueron... —me interrumpo, buscando la palabra adecuada. No la hay.

Ella vuelve a mirar a Muffin, su perfil afilado bajo la tenue luz. —Ya. Yo también.

—Poppy...

—Por favor, vete —su voz se quiebra ligeramente, y odio haber sido yo el causante—. No puedo con esto esta noche.

Quiero quedarme. Quiero decirle que tenía razón, que tengo miedo, que ella me importa. Verla cuidar de todo el mundo —incluida una perra neurótica que ni siquiera es suya— me hace sentir cosas que no sé nombrar.

En lugar de eso, me voy.

Pero dejo mi puerta sin echar la llave. Por si acaso.

Una hora después, finjo leer informes, con las palabras bailando en la página, cuando lo oigo: unos arañazos en mi puerta, insistentes, desesperados.

Abro, esperando encontrar a Muffin.

Pero no está sola.

Poppy la trae en brazos, envuelta en mantas como un burrito. Tiene el pelo revuelto, ya sin peinar, salvaje alrededor de la cara. El maquillaje ha desaparecido, se ha lavado la cara. Está descalza, seguramente con los pies todavía doloridos por los tacones.

—No se tranquiliza —dice, con voz pequeña e insegura—. No para de llorar. Creo que quiere...

—Su rincón —me aparto sin dudarlo—. Pasa.

Entran como si fuera lo más normal del mundo, como si hiciéramos esto a menudo. Poppy, con su pelo desastroso y el perro

de otra persona, se acomoda en mi espacio como si perteneciera a él.

—¿Dónde está su rincón?

Señalo la alfombra junto a la chimenea. —Ahí. Le gusta esa esquina.

Poppy acomoda a Muffin con cuidado, arropándola con las mantas. La perra se enrosca inmediatamente, suelta un hondo suspiro y se queda frita.

—¿En serio? ¿Eso es todo lo que necesitaba? —Poppy observa a la perra dormida, incrédula.

—Es especialita.

—Es ridícula —. Pero sonríe un poco, la primera sonrisa de verdad que veo desde lo del patio.

—Ya, bueno.

Nos quedamos allí, incómodos. El peso de nuestra pelea anterior flota entre nosotros como el humo. Aún puedo ver el dolor en sus ojos, la forma en que se contiene, como si pudiera romperse.

—Debería... —Empieza a caminar hacia la puerta.

—Podrías quedarte —. Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, precipitándose como si hubieran estado atrapadas—. Hasta que esté realmente dormida. Por si vuelve la tormenta.

Me mira durante un largo rato, escrutando mi rostro. —Solo hasta que se tranquilice.

—Vale.

—En el sofá.

—Desde luego.

—Esto no significa...

—Lo sé.

Se acurruca en un extremo del sofá, encogiendo las rodillas. Yo me siento en el otro, manteniendo una distancia prudencial entre nosotros. Un cojín entero de espacio que parecen kilómetros.

—¿Dean?

—¿Sí?

—No soy ingenua. Conozco las estadísticas. Sé que la mitad de estos matrimonios no durarán —. Su voz es tranquila, pensativa—. Pero también conozco ese momento en el que se miran y piensan:

«Eres tú. Eres mi persona». E incluso si termina... ese momento siguió siendo real.

No sé qué decir a eso. La verdad de sus palabras pesa en mi pecho.

—Creo en eso —continúa, mirando a la chimenea apagada—. Creo en luchar por eso, aunque al final no siempre dure.

—Eso es... —busco las palabras.

—¿Ingenuo? —Hay un tono de desafío en su voz.

—Iba a decir valiente —. La confesión me cuesta lo suyo.

Me mira, sorprendida, con los labios entreabiertos.

—Creer en algo que sabes que puede herirte... eso es valiente. O estúpido. Tal vez ambas cosas —. Le sostengo la mirada.

—¿Hablas por experiencia? —Su voz es suave, cautelosa.

Pienso en Emily. En creer en el «para siempre» hasta que dejó de serlo. En cerrarme para que nada volviera a doler así. En los seis años que no fueron suficientes.

—Puede ser.

Los truenos retumban a lo lejos, ahora más débiles. Muffin tiene un espasmo pero no se despierta.

—Deberíamos dormir —dice Poppy, pero ninguno de los dos se mueve—. Mañana es un día importante.

—Cierto.

Pero seguimos inmóviles. El espacio entre nosotros se siente cargado, eléctrico.

—¿Dean?

—¿Hm?

—Esto es complicado.

—Todo contigo es complicado —. Pero casi estoy sonriendo.

Ella casi me devuelve la sonrisa. —¿Eso es malo?

—Empiezo a pensar que lo complicado podría valer la pena.

—¿Ah, sí? —La esperanza parpadea en su rostro.

—Pregúntame dentro de treinta y seis horas.

—¿Qué pasa dentro de treinta y seis horas? —Ahora me observa con atención.

Te vas. Y yo, o bien te dejo ir, o bien hago una estupidez.

—La boda habrá terminado —digo en su lugar, la respuesta de un cobarde.

—Claro. La boda. Algo se apaga en su expresión.

El silencio se instala. Cómodo esta vez. La tormenta está pasando. Muffin ronca suavemente.

—Quédate —digo, y la palabra suena ronca—. Esta noche. Aquí. La casa de invitados está fría y...

—Vale.

—¿Vale? —No me esperaba eso.

—Solo a dormir.

—Solo a dormir.

—En el sofá.

—Claro.

—¿Dean?

—¿Sí?

—Gracias. Por lo de antes. Por lo del restaurante. Por venir a ver cómo estábamos. Por... esto —. Hace un gesto vago hacia el espacio, hacia nosotros, hacia lo que sea que sea esto.

Algo en mi pecho cambia. Se afloja. Como un nudo que se deshace, como volver a respirar tras haber aguantado el aire demasiado tiempo.

—Duerme un poco, Poppy.

—Tú también.

Cojo mantas del armario del pasillo y almohadas que de verdad combinan, preparando el sofá para que sea lo más cómodo posible, arropándola bien. Ella se acurruca, con vestido y todo, viéndose pequeña, agotada y perfecta.

Subo a ducharme, dejando que el agua caliente golpee mis hombros. Después de ponerme un pantalón de chándal y una camiseta, intento no pensar en ella ahí abajo, en mi sofá.

Fracaso estrepitosamente.

Cuando vuelvo a bajar para comprobar, está dormida, hecha un ovillo de lado con una mano bajo la mejilla como una niña. Muffin se ha movido de su rincón y está apretada contra el estómago de Poppy, en actitud protectora.

Se ven... bien. Como si pertenecieran aquí. Como si así fuera como debería ser.

Esa sensación en mi pecho se intensifica. O quizá mejora. Es difícil de decir.

Cojo un libro de la estantería y me acomodo en el sillón de enfrente, solo un minuto, para asegurarme de que están bien.

Me despierto cuatro horas más tarde, con el libro apoyado en el pecho y el cuello agarrotado. La luz de la madrugada se filtra por las ventanas, gris y suave.

Poppy sigue dormida, pero se ha movido. La manta la cubre solo a medias y el vestido se le ha subido un poco, dejando ver más parte de esas piernas.

Muffin está despierta, observándome con ojos críticos desde su lugar contra el estómago de Poppy.

—No empieces —murmuro, con la voz ronca por el sueño.

Ella resopla y vuelve a acomodarse, pero no me quita ojo.

Me levanto despacio, con las articulaciones protestando, y coloco bien la manta de Poppy, con cuidado de no despertarla. Mi mano roza su hombro y ella suspira, buscándome en sueños, buscando calor.

¿Eso que siento en el pecho?

Sí. Estoy jodido.

Completamente, totalmente jodido.

Y mañana es la boda.

Al día siguiente, ella se va.

La miro mientras duerme en mi sofá, con Muffin custodiándola como un diminuto centinela neurótico, y sé con absoluta certeza que voy a hacer alguna estupidez.

La única duda es si será dejarla ir o pedirle que se quede.

Capítulo veintiuno
Caos en el día de la boda
Poppy

Me despierto en el sofá de Dean a las 5:42 de la mañana, con Muffin roncando contra mi estómago, y la realidad me golpea como un mazo.

Mierda.

He dormido aquí. Con el vestido puesto. Después de haberle tarareado fatal temas de la Motown a un perro neurótico mientras Dean me miraba con esa expresión que ha hecho que se me partiera el pecho.

No puedo procesar eso ahora. Es el día de la boda.

Me desenredo con cuidado de la manta —¿cuándo ha llegado esto aquí?— y salgo de puntillas hacia la puerta. Mi vestido está arrugado más allá de toda salvación, tengo el pelo como un nido de pájaros y definitivamente hay baba de perro en mi hombro. Perfecto.

Muffin abre un ojo, me juzga con ese desprecio especial que solo los perros pueden reunir y vuelve a dormirse de inmediato.

Perro listo.

La casa de invitados está helada cuando entro a tropezones; el aire de la mañana muerde a través de mi fino vestido. CeCe sigue roque, con una pierna colgando de la cama y el rímel de ayer dándole ojos de mapache. Ronca suavemente, ajena al mundo.

Me ducho, me cambio y me pongo mi armadura de organizadora de bodas responsable: un vestido de seda color burdeos que proyecta un «definitivamente no acabo de hacer el paseo de la vergüenza desde el sofá de tu hermano». El tejido es suave y profesional, un escudo contra el caos que amenaza con tragarme por completo.

Para cuando mi móvil vibra a las 6:47, ya llevo tres cafés encima y estoy cotejando mis listas. Ahora mis manos están firmes, controladas. Puedo hacerlo. Lo he hecho cien veces.

MENSAJE: *No puedo ir hoy. Intoxicación alimentaria. Lo siento.*

Me quedo mirando la pantalla, parpadeo y vuelvo a leerlo.

No.

No, no, no.

—Joder. —La palabra sale pequeña. Rota. El teléfono me tiembla en la mano. Joder, joder, JODER.

CeCe asoma la cabeza por el baño, con el cepillo de dientes en la boca y espuma en las comisuras. —¿Qué pasa?

—El guitarrista. —Mi voz suena rara. Lejana, como si viniera de debajo del agua—. Para la ceremonia. Acaba de... cancelar.

—Oh, mierda. —El cepillo se detiene a mitad de camino.

—La ceremonia es dentro de unas horas. —Estoy haciendo eso de que la voz se me vuelve más aguda con cada palabra, más tensa, como una cuerda a punto de romperse—. ¿De dónde se supone que voy a sacar a un guitarrista clásico en la zona rural de Nueva York en cuestión de HORAS?

—Vale, respira. —CeCe sale del baño con el ceño fruncido por la preocupación.

—No puedo respirar. Esta es la boda de Ivy. La boda que se supone que va a salvar mi carrera. La boda que... —Me detengo. No puedo decir el resto en voz alta. Mi garganta se cierra en torno a las palabras.

La boda que he estado usando para demostrar que no soy un fracaso total.

—Lo solucionaremos —dice CeCe, pero incluso ella suena preocupada. Tiene los ojos demasiado abiertos y su confianza habitual flaquea.

Ya estoy desplazándome por los contactos de mi teléfono, con los dedos volando, llamando a todos los músicos en un radio de ochenta kilómetros. Cada tono me parece una eternidad.

—Hola, buenas, necesito un guitarrista para...

—Ocupado. Clic.

—¿Habría alguna forma de...?

—Oiga, que es sábado. —El desdén en su voz escuece.

Llamada tras llamada. La misma respuesta. Ocupados. Comprometidos. Un tipo llega a reírse de mí; el sonido resulta áspero a través del altavoz.

Mis manos tiemblan ahora. Ese tipo de temblor aterrador que no puedes detener. El teléfono no deja de resbalarme en la palma sudorosa.

—Poppy... —La voz de CeCe es suave, preocupada.

—Lo tengo controlado. —No lo tengo controlado. La mentira sabe amarga—. Solo... dame un minuto.

Salgo fuera casi a trompicones porque la casa de invitados es demasiado pequeña y las paredes se me echan encima. Necesito aire, necesito espacio, necesito el cielo sobre mí. Necesito un maldito milagro.

Y casi me choco de frente con Dean.

Trae café; el vapor sube desde dos tazas. Todavía tiene el pelo húmedo de la ducha, rizándose ligeramente en las puntas. Tiene un aspecto injustificadamente bueno para ser alguien de cuyo sofá me acabo de escabullir: camisa de vestir y vaqueros, descalzo, con un aire relajado y compuesto mientras yo me desmorono.

—Eh. —Me sujeta con la mano libre, cálido y firme contra mi brazo—. ¿Estás bien?

—Bien. —Doy un paso atrás, rompiendo el contacto. El calor florece donde me ha tocado. No puedo mirarlo. No después de anoche. No después de haber estado tan cerca de él mientras le tarareaba desafinada a un perro. No después de lo que fuera aquel momento.

—Te has ido temprano. Su voz es cuidadosa, neutral.

Se me revuelve el estómago. —Tenía que... cosas de la boda.

—Claro. —Algo brilla en sus ojos: decepción, tal vez. O comprensión—. —Cosas de la boda.

Nos quedamos allí un segundo de más, con el aire de la mañana frío entre nosotros.

—Dean, de verdad que no tengo tiempo... —empiezo, dándome ya la vuelta.

—¿Qué ha pasado?

La pregunta me detiene. Hay algo en su tono: preocupación genuina, no solo una pregunta de cortesía.

—Nada. Solo... un problema con un proveedor. —Hago un gesto de desdén con la mano, pero me sigue temblando.

—¿Qué problema con un proveedor? Se acerca un paso y percibo el aroma de su jabón: cedro y algo más.

—El guitarrista ha cancelado. Las palabras salen a borbotones, demasiado rápido, tropezando unas con otras—. —Para la ceremonia. Ivy quería específicamente guitarra acústica, y él está enfermo, y no encuentro a nadie más, y...

—Dame una hora. Ya está dejando las tazas de café en la barandilla del porche.

—¿Qué? —Parpadeo, sin entender nada.

—Una hora. —Retrocede y las llaves aparecen en su mano como por arte de magia—. —Confía en mí.

—Dean... —Pero ya se está moviendo, con resolución en cada paso.

Se ha ido, trotando hacia su coche como un hombre con una misión, dejándome allí plantada con la boca abierta y mi crisis olvidada temporalmente.

—Así que... —dice CeCe desde el umbral, envuelta ahora en una manta—. —¿A qué ha venido eso?

Miro cómo el coche de Dean desaparece por el camino, con las luces traseras parpadeando en el gris de la madrugada. —Cállate.

—Vale, nena. Tú mandas. Pero está sonriendo, con esa sonrisa de complicidad que hace que me den ganas de lanzarle algo.

Le hago un gesto obsceno con el dedo y vuelvo a llamar presa del pánico a músicos, a pesar de que algo en mi pecho se ha aflojado ligeramente.

Una hora más tarde, estoy ayudando a Ivy con los preparativos previos a la boda —su suite es un caos, maquillaje por todas partes, herramientas de peluquería enchufadas, vestidos de dama de honor colgados como fantasmas de colores pastel— cuando empieza a gritar.

—¡NO ES SIMÉTRICO!

Casi se me cae el velo que estoy planchando al vapor. El corazón me da un vuelco mientras corro hacia el baño, con escenarios catastróficos inundando mi cerebro. Fuego. Sangre. Vestido roto.

Se está mirando la cara en el espejo como si la hubiera traicionado, inclinándose tanto que su aliento empaña el cristal.

—Mis cejas —susurra, con la voz cargada de horror—. Míralas.

Las miro. Son... cejas. Cejas perfectas, de hecho. Mejores de lo que las mías han sido nunca.

—¡La izquierda está medio milímetro más alta! —Su dedo señala al espejo, dejando un borrón.

—Ivy. Respira. —Me acerco, amable.

—¡No puedo respirar! Tengo trece millones de seguidores, y se van a dar cuenta y... —El pecho le sube y baja ahora, con los ojos demasiado brillantes.

—Oye. —La agarro por los hombros, con firmeza pero con cuidado de no arrugar el albornoz—. —Mírame.

Lo hace. El rímel ya se le emborrona en las comisuras, amenazando con correrse. El labio inferior le tiembla.

—Nadie se va a fijar en tus cejas.

—Pero... —Se le quiebra la voz.

—¿Sabes en qué se van a fijar? En lo feliz que se te ve. En que Mason no puede dejar de mirarte. En lo increíblemente preciosa que es toda esta finca. En lo hermosa que eres tú, por dentro y por fuera. —Le aprieto los hombros suavemente, intentando que recupere la calma.

—Pero las fotos... —Sigue mirando su reflejo, crítica.

—Olvídate de las fotos.

Sus ojos se agrandan, clavándose en los míos a través del espejo.

—Quiero decir... tendremos fotos preciosas. Pero no haces esto por eso, ¿verdad? —La giro para que me mire de frente, lejos del espejo y su cruel aumento.

Se queda callada. Durante tanto tiempo que empiezo a arrepentirme de verdad de haber gritado «olvídate de las fotos». ¿Qué clase de organizadora de bodas soy? Su respiración es superficial, rápida. Luego susurra: —Tengo miedo.

—¿De qué? —Suavizo la voz y el agarre.

—¿Y si la gente piensa...? —Se detiene, tragando saliva. Sus manos se retuercen en el albornoz.

—Tú mejor que nadie sabes que no debes preocuparte por lo que piense la gente. Siempre va a haber algún que otro detractor. —Espero a que me mire a los ojos—. ¿Pero tú y Mason?

Sonríe involuntariamente cuando pronuncio su nombre. El gesto transforma su rostro, ahuyentando la ansiedad.

—Tú y Mason vais a tener una boda preciosa y una vida juntos todavía más hermosa.

Inhala lentamente, asintiendo. Sus hombros caen desde la posición encogida cerca de las orejas en la que estaban. —Gracias, Poppy.

—Cuando quieras. —Sonrío, aliviada.

Algo en su cara cambia. La máscara de *influencer* se agrieta y veo a la verdadera Ivy debajo: vulnerable, insegura, humana.

—¿Dónde dormiste anoche? —pregunta de repente, ladeando la cabeza.

Mis manos se congelan sobre sus hombros. El calor me inunda las mejillas. —¿Qué?

—Dean mencionó que ayudaste con Muffin durante la tormenta. —Su tono es estudiadamente casual, pero ahora sus ojos son agudos en el espejo.

—Ah. Eso no fue... nada. —Me ocupo de ajustarle el albornoz, alisando arrugas inexistentes.

—Ya. —Me está observando en el espejo ahora, con una sonrisilla asomando a sus labios—. ¿Por eso te estás comportando de forma rara?

—No me estoy comportando de forma rara. —Pero mi voz sube un poco de tono, a la defensiva.

—Te estás comportando totalmente de forma rara. —Se gira para darme la cara por completo, estudiando mi expresión.

Antes de que pueda discutir, Mason aparece en el umbral con la cara verde. Verde de verdad, como si pudiera ponerse enfermo sobre la inmaculada alfombra blanca del baño de Ivy.

—¿Cariño? Necesitamos un minuto. —Su voz es tensa, forzada.

La cara de Ivy se desmorona, y toda la calma que acabo de construir se evapora. —¿Qué pasa?

—Nada. Solo... los nervios de la boda. Cosas de tíos. Pero sus manos tiemblan donde agarran el marco de la puerta.

—¿Cosas de tíos? —pregunto, porque es la peor mentira que he oído nunca.

—Solo necesitamos hablar. En privado. Me mira intencionadamente.

Les doy espacio, pero me quedo cerca de la puerta porque soy una cotilla y también porque Mason parece que podría vomitar o salir corriendo, y necesito saber ante qué tipo de emergencia me encuentro.

—... mi madre se está poniendo imposible —le oigo decir, con la voz amortiguada—. Y mi padre se ha traído a Kevin.

—¿A tu primo Kevin? La voz de Ivy sube un poco.

—Mi perfectísimo primo cirujano Kevin, el que mi madre desearía que fuera su hijo en mi lugar. La amargura en su tono es afilada, hiriente.

—Mason...

—¿Y si tiene razón? ¿Y si no soy...? —Se le quiebra la voz y se me encoge el corazón.

—Para. —La voz de Ivy es firme ahora, con acero bajo la dulzura —. —Mírame.

Hay ruidos de movimiento. Voces suaves que no alcanzo a distinguir. El murmullo tranquilo de consuelo y reafirmación.

Entonces Ivy se ríe, con un sonido brillante y claro. —Tu madre que se aguante. Me caso contigo, no con su fantasía de hijo perfecto.

—¿Sí? —Suena joven, inseguro.

—Sí. Te quiero, Mace. Para siempre.

—Yo también te quiero —dice él suavemente. Luego se oyen sonidos de besos y, justo cuando empiezo a sentirme como una acosadora, Ivy vuelve a reírse, esta vez más ligeramente.

—Ahora vete. Poppy tiene que arreglar mis supuestas cejas torcidas.

Me aparto rápidamente, fingiendo que no estaba escuchando. Crisis evitada. Gracias a Dios.

—¡Poppy! —llama CeCe desde abajo, con su voz resonando por la escalera—. —¡Ya están aquí los de peluquería y maquillaje!

Cierto. De vuelta al trabajo.

Mi móvil vibra. El reparto de flores ya está aquí. El catering va según lo previsto. DJ confirmado. Todo encaja como piezas de dominó, una tras otra. Todo excepto mi capacidad para funcionar cerca de Dean Whitaker. Ah, y mi guitarrista desaparecido. El pensamiento me golpea como agua fría y se me cae el alma a los pies. Ahora soy yo la que siente que podría vomitar.

No puedo pensar en lo de anoche. En haber dormido en su sofá. En él arropándome con una manta mientras yo dormía, la delicadeza de ese gesto. En despertarme y encontrarlo en el sillón frente a mí, con un libro sobre el pecho, como si hubiera estado velando por nosotras.

No puedo con nada de esto ahora mismo. Faltan seis horas para la boda.

Seis horas para lograr un milagro.

Seis horas para demostrar que puedo hacerlo.

O seis horas para que todo se desmorone.

Capítulo veintidós
Cuenta atrás para el día de la boda
Dean

Me salto al menos seis normas de tráfico para llegar a mi trastero.

No he estado aquí en meses. Años, quizá. La cerradura se atasca, protestando cuando tiro de ella para abrirla. La funda de la guitarra está exactamente donde la dejé, enterrada bajo cajas llenas de las porquerías de Emily que nunca devolví y libros de texto de la facultad de derecho que no volveré a abrir. Las motas de polvo bailan bajo la luz fluorescente mientras aparto los trastos, provocando una pequeña avalancha de mi pasado.

La Martin D-28 sigue perfecta. Todavía huele a palisandro y arrepentimiento.

La afino en el coche, dejando que la memoria muscular tome el mando. Mis dedos recuerdan incluso si mi cerebro preferiría olvidar. Cada cuerda cobra vida con un zumbido bajo mi tacto, con un sonido dolorosamente familiar. Como volver a un hogar al que juraste no regresar jamás.

De vuelta en la finca, encuentro a Mason en la cocina, comiendo cereales por los nervios. Está encorvado sobre la encimera, ya con la corbata floja, metiéndose cucharadas de Cheerios en la boca como si contuvieran las respuestas a la vida.

—Necesito tu ayuda —le digo.

—Si es por lo de la despedida de soltero, ya me he disculpado por lo de la... —Levanta la vista, con la cuchara a medio camino de la boca, y se detiene. Sus ojos bajan a la funda de la guitarra—. ¿Eso es la...?

—¿Todavía sabes tocar el bajo? —le corto antes de que termine ese pensamiento.

Parpadea. —¿Eh? ¿Sí? ¿Por qué? —La cuchara cae de nuevo en el cuenco con un tintineo.

—Porque el guitarrista de Poppy ha cancelado y ella está a punto de tener un colapso.

—¿Y? —Pero su postura ya está cambiando, enderezándose.

—Y por eso vamos a arreglarlo. —Dejo la funda sobre la encimera con un golpe seco.

—¿Nosotros? —Sus cejas se elevan hasta el nacimiento del pelo.

Sostengo la funda de la guitarra y abro los cierres. Sus ojos se abren de par en par cuando ve la Martin.

—Tío. No has tocado desde que... —Su voz decae, ahora con cautela.

—Lo sé. —Le clavo una mirada dura, desafiándolo a decir algo más.

—¿Estás seguro de que quieres...?

—Mason —lo corto, con la mandíbula tensa—. Es tu boda. Poppy se ha dejado la piel trabajando. Vamos a hacerlo.

Me estudia durante un largo rato, olvidándose de los cereales. Luego sonríe como un idiota borracho de amor, con esa expresión de bobo que le he visto toda la semana. —Claro que sí.

Pasamos la siguiente hora en el sótano, repasando la música para la entrada, las canciones que pidió Ivy, intentando recordar cómo armonizar. Me duelen los dedos; me arden las yemas donde solía tener los callos. Sin embargo, es un dolor de los buenos. Como despertar algo que ha estado dormido demasiado tiempo. Como recordar que sigues vivo bajo toda esa armadura.

—Sabes —dice durante un descanso, ajustándose la correa del bajo—, podrías simplemente decirle que te gusta.

Mantengo la vista en el diapasón, mientras mis dedos encuentran el siguiente acorde. —¿Decirle qué a quién?

—A Poppy. Que te tiene tonto. —Está sonriendo otra vez; lo noto en su voz.

—No estoy... —empiezo, pero la protesta muere antes de salir.

—Estás aprendiendo a tocar la guitarra de nuevo, literalmente por ella. —Toca una cuerda; la nota queda suspendida en el aire entre nosotros.

—Es por la boda. —Pero las palabras suenan vacías incluso para mí.

—Ya. —Empieza a tocar una línea de bajo, algo con aires de jazz y complicidad—. Por eso has estado compungido desde que ella empezó a evitarte.

Se me resbalan los dedos en un acorde. —No me está evitando.

—Hermano. Ayer por la tarde se escondió, literalmente, detrás de una carpa cuando pasaste por su lado. —Ahora se está riendo, y el sonido rebota en las paredes del sótano.

Sí. Lo hizo. Había fingido no darme cuenta, pero vi el destello de color borgoña, la forma en que se agachó tras la lona blanca.

—Publiqué algo sobre ella en Reddit —admito, con la confesión saliendo a duras penas.

Mason deja de tocar. El silencio repentino es ensordecedor. —¿Qué has hecho?

—Pregunté en Reddit si era un imbécil por querer que se fuera. —Fue hace días, en mi defensa. Antes de saber en qué se convertiría ella para mí.

—¿Lo dices en serio? —Su voz sube una octava.

Frunzo el ceño y trasteo con las clavijas de afinación, sin mirarlo a los ojos. —Se enteró.

—¡Pues normal que te evite! —Suelta el bajo con más fuerza de la necesaria.

—Le pedí perdón.

—¿Cómo? —Se cruza de brazos, esperando.

—Nosotros, esto, nos besamos. —El recuerdo me inunda: sus manos en mi camisa, el sonido desesperado que emitió, lo bien que se sintió.

A Mason se le cae la púa. Golpea el suelo de hormigón con un ligero tintineo de plástico. —¿Qué?

—En mi cocina. Después de que me gritara. —Todavía puedo saborearla: vainilla, furia y algo dulce.

—¿Y? —Ahora se inclina hacia delante, totalmente interesado.

El recuerdo de ella en mi sofá me golpea como un gancho al hígado. Acurrucada con aquel vestido verde, con aspecto derrotado, perfecta y tan vulnerable que sentí que el pecho se me abría. Le había tarareado canciones desafinadas de la Motown al perro neurótico de mi vecina como si fuera la cosa más natural del mundo.

Como si perteneciera allí. Como si perteneciera a mi lado. Y cuando los encontré a ambos dormidos —Poppy con la mano bajo la mejilla, Muffin apretada contra su estómago—, algo fundamental cambió en mí. El tipo de cambio que te hace darte cuenta de que has estado viviendo tu vida de forma equivocada. De que tal vez todos esos muros que construiste no te protegían del dolor, sino que solo te impedían sentir esto. Sentirla a ella. De la aterradora posibilidad de que alguien pueda importar tanto.

—Y ahora estoy bastante seguro de que me evita. —Mi voz sale más ronca de lo que pretendía.

—¿Porque os besasteis? —Mason vuelve a coger el bajo y sus dedos encuentran las cuerdas.

Me encojo de hombros, sintiendo el movimiento pesado. —Porque se va mañana, y ambos sabemos que esto es complicado y...

—Y porque eres un idiota. —Lo dice con suavidad, pero aun así aterriza como un puñetazo.

—Gracias. Muy útil. —Ajusto mi agarre al mástil de la guitarra, centrándome en la veta de la madera.

Él retoma el bajo. —Toca la entrada otra vez. Y tal vez piensa en por qué estás haciendo esto.

—Por la boda...

—Dean. —Solo dice mi nombre, pero tiene peso.

Me callo y toco.

El día ya está intentando acabar conmigo, y solo es mediodía.

Estoy en la cocina, con el tercer café quemándome la lengua, fingiendo leer correos electrónicos cuando mi móvil vibra con una llamada de un número desconocido. La pantalla brilla acusadoramente sobre la encimera de mármol.

—Dígame, Dean Whitaker —respondo, esperando que sea una llamada de trabajo. Otro fuego que apagar.

—¿Sr. Whitaker? Soy Tom, del catering Harvest Table. Hemos tenido un accidente.

Se me encoge el estómago y el café se me agria. —Define «accidente».

—Nuestra furgoneta ha chocado con un ciervo. Nosotros estamos bien, pero el vehículo está siniestro total y... —Su voz tiembla, joven y asustada.

—¿Dónde están? —Ya me estoy moviendo hacia mis llaves.

—En la ruta 9, a unos cuarenta minutos. La comida está casi intacta, pero no podemos...

—Envíenme su ubicación exacta por mensaje. No se muevan. —Cuelgo antes de que pueda protestar.

Me quedo mirando al techo. Cuento hasta cinco. Respiro hondo ante el subidón de adrenalina.

Luego cojo mis llaves.

Mason está en el pasillo, ajustándose la corbata por decimoquinta vez. Sus manos tiemblan ligeramente. —¿Adónde vas?

—Un recado. —No aminoro el paso.

—¿Ahora? La ceremonia es en... —Mira su reloj, con el pánico asomando en su voz.

—Sé cuándo es la ceremonia. —Las palabras salen más cortantes de lo que pretendía.

Él entorna los ojos, activando ese radar de hermano. —¿Qué pasa?

—Nada. Practica la entrada otra vez. Tu transición sigue siendo brusca. —Ya me estoy poniendo la chaqueta.

—Dean...

Pero ya he salido por la puerta; la grava cruje bajo mis zapatos mientras corro hacia el coche.

El trayecto dura treinta y siete minutos. Lo sé porque miro cada minuto pasar en el reloj del salpicadero. Encuentro la furgoneta del catering en el arcén, con el frontal arrugado como una lata de refresco aplastada, y el conductor con aspecto de estar en estado de choque y pálido.

—¿Sr. Whitaker?

—¿Tom? —Me bajo del coche, evaluando los daños.

—Sí. Lo siento muchísimo, nunca nos había... —Es joven, de unos veinticinco años, con cara de estar a punto de llorar o de vomitar.

—¿Se puede salvar la comida? —Atravieso su pánico con eficiencia.

Me mira parpadeando, sorprendido por la pregunta. —La mayor parte. Los aperitivos se han llevado un golpe, pero los platos principales están atrás...

—Bien. Ayúdeme a cargar mi coche. —Ya estoy abriendo el maletero.

—¿Señor? —Me mira como si le hubiera sugerido que saliéramos volando.

—Vamos a trasladarlo todo. Ahora. —Empiezo a sacar el primer contenedor, todavía caliente.

Hacen falta dos viajes para tenerlo todo cargado y a salvo. Mi BMW huele a salmón y ansiedad; los asientos de cuero probablemente estén arruinados. Tom me acompaña en el último viaje, aferrado a una bandeja de lo que parecen bruschettas como si fuera un recién nacido.

—Debería llamar a su hermano... —empieza a decir, con voz insegura.

—No. —La palabra es definitiva.

—Pero... —Se remueve en su asiento, incómodo.

—No llame a nadie. ¿Entendido? —le espeto, con los ojos en la carretera mientras supero el límite de velocidad.

Él asiente, aterrorizado, encogiéndose contra la puerta del pasajero.

Chico listo.

De vuelta en la finca, lo descargamos todo en la cocina. Nos lleva veinte minutos de maniobras cuidadosas, con mi espalda protestando mientras cargamos con las últimas bandejas pesadas.

—Monte aquí —le digo a Tom, señalando la zona de preparación —. Use lo que necesite. ¿Puede venir el resto de su equipo?

—Están cogiendo un coche de alquiler. Deberían estar aquí para las... —Ya está sacando el móvil con los dedos volando sobre la pantalla.

—Bien. Haga que funcione. —Me doy la vuelta para irme, aflojándome la corbata. El olor a salmón se me ha quedado pegado a la ropa.

—Espere. ¿Debería decírselo a la organizadora de la boda?

—No. —La palabra sale con más fuerza de la debida—. Ya tiene bastante con lo suyo. Esto queda entre nosotros.

—Pero... —Tiene los ojos muy abiertos, confuso.

—Tom. La novia quiere salmón. Va a tener salmón. Punto final. —Lo fulmino con una mirada de las que han cerrado más de un acuerdo de negocios.

Él me mira, procesándolo. —¿Está haciendo esto por la novia?

No. Lo estoy haciendo por la mujer que se quedó despierta toda la noche asegurándose de que cada detalle fuera perfecto. La que se olvidó de comer porque estaba demasiado ocupada cuidando de todo el mundo. La que anoche me miró como si yo pudiera valer algo de verdad.

—Claro —miento, y la palabra me sabe amarga—. Por la novia.

Mi teléfono suena mientras vuelvo a la casa. El nombre de Gideon parpadea en la pantalla.

Dejo que salte al buzón de voz.

Vuelve a llamar inmediatamente. Bastardo persistente.

Esta vez respondo. —¿Qué?

—¿Dónde diablos está? Feldstein quiere... —Su voz está tensa, en modo pánico profesional.

—Estoy ocupado. —Sigo caminando, con el teléfono pegado a la oreja.

—¿Ocupado? Su próximo informe vence el...

—Lunes. Vence el lunes. —Puedo imaginármelo en su oficina, caminando de un lado a otro con la corbata floja.

—Quiere revisarlo hoy. —Cada palabra suena cortante, estresada.

—Bueno, pues lo revisará el lunes.

Silencio. Gideon no se queda en silencio, lo que probablemente significa que está a punto de estallar.

—¿En serio va a pasar de Feldstein? ¿Ahora? ¿Cuando está tan cerca de ser socio? —Su voz sube de tono, incrédula.

Observo por la ventana cómo Poppy corre por el césped, con la carpeta en la mano y el pelo ya escapándose del peinado que

hubiera intentado hacerse. Habla con tres personas a la vez, logrando de algún modo que cada una se sienta escuchada. Gesticula con la carpeta, sonríe, resuelve problemas con esa energía inagotable.

—¿Dean? —La voz de Gideon me devuelve a la realidad.

—Luego le devuelvo la llamada. —Mi mirada permanece en Poppy, siguiendo sus movimientos por la propiedad.

—Le devolverá la... ¿pero se ha vuelto loco? ¡Estamos hablando de su carrera! —Casi está gritando ahora.

—Soy consciente. —Mi voz es calmada. Demasiado calmada, probablemente.

—Entonces por qué...

Cuelgo.

Apago el móvil. La pantalla se queda a oscuras y algo en mi pecho se relaja.

Que le den a Feldstein. Al informe. Y a ser socio.

Hoy no importa nada más que asegurarse de que esta boda salga perfecta.

Por ella.

Entro para ducharme y cambiarme. La casa es un caos: las damas de honor chillando por algo, alguien ha perdido un zapato, el sonido de Mason tocando el bajo llega desde el sótano, a destiempo y ansioso.

Llego a mi habitación sin que me vean. Me quito la ropa con olor a salmón y la tiro en un montón para que se encargue la tintorería. Me doy una ducha rápida y fuerte, eliminando el olor a pescado y a carretera.

El esmoquin cuelga en mi armario como una acusación. ¿Cuándo fue la última vez que me puse esto? ¿Algún evento del bufete? ¿La boda de la hija de un cliente donde me pasé todo el tiempo revisando contratos en el móvil?

Esto es diferente.

Todo lo de esta semana es diferente.

Me estoy ajustando la pajarita, con los dedos torpes con la seda, cuando Mason aparece en el umbral de mi puerta.

—Tío. —Él ya lleva puesto el suyo, con un aspecto nervioso, feliz y aterrorizado, todo a la vez.

—¿Qué? —Me concentro en el espejo; por fin la pajarita colabora.

—Mamá te está buscando. —Se apoya en el marco de la puerta, sonriendo a pesar de la advertencia.

—Dile que he muerto. —Paso a los gemelos, de plata y sencillos.

—Qué gracioso. Quiere discutir tus «decisiones vitales». —Hace el gesto de las comillas y sonríe con sorna.

—Mis decisiones vitales están bien. —Pero puedo sentir sus ojos sobre mí, evaluándome.

—Claro que sí. —Cambia el peso de cuerpo, cruzándose de brazos—. ¿Por eso acabas de colgarle a tu jefe?

—¿Estabas escuchando? —Lo miro de reojo en el espejo.

—Estas paredes son finas. —Su sonrisa se ensancha—. Además, estabas gritando.

Vaya.

—No estaba gritando. —Compruebo mi reflejo, alisando la chaqueta.

—Estabas hablando de forma agresiva. —Su tono es burlón, pero sus ojos hablan en serio.

Termino con la pajarita. Reviso los gemelos. Evito sus ojos en el espejo.

—Así que —dice, alargando la palabra—, Poppy.

—¿Qué pasa con ella? —Me entretengo con el pañuelo del bolsillo.

—¿De verdad vas a dejar que se vaya mañana? —La pregunta aterriza con pesadez.

—Tiene una vida en California. Un negocio. Yo tengo... —Hago un gesto vago a la nada.

—¿Un trabajo que te hace infeliz y una casa vacía? —Levanta una ceja.

Ay. Eso ha sido un golpe bajo, incluso para él.

—Mason. —Le dirijo una mirada severa, girándome para encararlo.

—¿Qué? Alguien tiene que decirlo. —Se encoge de hombros, sin disculparse.

—No, no tienen por qué. —Cruzo la habitación y compruebo mi reflejo en el espejo de cuerpo entero. El esmoquin me queda perfecto. Parezco alguien que tiene su vida bajo control.

El espejo es un mentiroso.

—Ella es buena para ti. —Su voz se suaviza.

—Ella es... —Complicada. Aterradora. Todo. Me enderezo la pajarita aunque esté perfecta—. Ella se va.

—Pues pídele que se quede. —Lo dice como si fuera sencillo. Como si las palabras pudieran arreglar esto.

Casi me río, con un sonido amargo. —No es tan sencillo.

—¿Por qué? —La confusión genuina tiñe su voz.

Porque no sé cómo. Porque la última vez que le pedí a alguien que se quedara, se fue de todos modos. Porque Poppy se merece algo mejor que un abogado emocionalmente atrofiado que acaba de volver a aprender a sentir.

—Simplemente no lo es. —Me aparto del espejo, de mi propio reflejo.

Mason sacude la cabeza, decepcionado. —Eres idiota.

—Eso me dice todo el mundo. —Cojo mi chaqueta y me la pongo.

—Al menos eres un idiota bien vestido. —Me da una palmada en el hombro, un gesto que me devuelve a la tierra—. Anda, vamos. Es hora de ir a tocar la guitarra para la mujer que finges no amar.

—No estoy...

—Guárdatelo para Reddit, hermano. —Ya se está alejando, riéndose.

Se va. Me quedo mirando al espejo, intentando ver lo que ve Poppy. Lo que hace que me mire como si valiera la pena salvarme.

Mi teléfono —todavía apagado— está sobre la cómoda. Dieciocho llamadas perdidas, seguramente. Los correos amontonándose. Toda mi carrera potencialmente yéndose por el desagüe.

Lo dejo apagado.

Cojo mi guitarra y bajo las escaleras.

Es hora de tocar música de boda y fingir que mi vida entera no se está reorganizando alrededor de una mujer que se va en veinticuatro horas.

La finca parece como si el tablero de Pinterest de Poppy hubiera explotado. En el mejor de los sentidos. Flores por todas partes: peonías, rosas y cosas que no sé nombrar. Guirnaldas de luces, aunque todavía sea de día, colgadas entre los árboles como estrellas capturadas. Sillas blancas alineadas en filas ordenadas y perfectas. Los dichosos baños portátiles que, inexplicablemente, tienen clase, ocultos tras celosías y enredaderas.

Y Poppy. De pie junto al arco, ajustando algo que no necesita ajuste. Irradiando una energía nerviosa en oleadas que puedo sentir desde aquí.

Lleva un vestido borgoña que debería ser ilegal. El pelo recogido con lo que parece... ¿eso es un lápiz?

Pues claro que lo es.

Ella me ve. Se queda paralizada. Su carpeta baja unos centímetros, olvidada.

Me acerco a ella, guitarra en mano, con mis zapatos crujiendo sobre la hierba.

—Hola. —Un comienzo brillante. De verdad.

—Hola. —No me mira a los ojos, centrándose en cambio en algo por encima de mi hombro—. Estás...

—¿Como un pingüino? —le ofrezco, intentando sonar bromista.

Eso le arranca una sonrisa. Pequeña, pero de verdad. Sus hombros bajan ligeramente. —Un pingüino muy guapo.

—El catering ya está listo —digo en voz baja, lo bastante cerca ahora como para percibir su perfume.

Ella asiente, todavía sin mirarme del todo, y luego se detiene. Inclina la cabeza, con la confusión cruzando su rostro. —Espera. ¿Cómo sabes eso?

Mierda.

Mi mirada baja hacia su boca sin permiso. Concéntrate, idiota.

—Simplemente... lo he comprobado. Todo está bien. —La mentira me resulta incómoda en la lengua.

Ella entorna los ojos, con esa inteligencia afilada centrándose en mí. Pero antes de que pueda interrogarme, aparece el fotógrafo, sin aliento y apurado.

—¡Necesito a los testigos! ¡Diez minutos! —Ya se está alejando, con la cámara rebotando contra su pecho.

—Esa es mi señal. —Empiezo a irme, dando un paso hacia atrás.

—¿Dean? —Su voz me detiene.

Me doy la vuelta, esperando.

—Gracias. Por... todo. —Las palabras son suaves, sinceras, y me dan de lleno en el pecho.

Hay cosas que debería decirle. Palabras importantes. Palabras que cambian vidas sobre cómo ha puesto mi mundo del revés en apenas una semana.

En lugar de eso, me limito a asentir. —Solo hago mi parte.

—Claro. Tu parte. —Algo parpadea en su expresión; decepción, tal vez.

Nos miramos fijamente. El espacio entre nosotros se siente eléctrico, cargado de todo lo que no se ha dicho. Puedo sentir su atracción como si fuera la gravedad.

—¡Dean! —La voz de Mason resuena por el césped, rompiendo el momento—. ¡Deja de ponerle ojitos y ven aquí!

Las mejillas de Poppy se vuelven rosadas, el color inunda su rostro. Baja la mirada hacia su carpeta. —Deberías irte.

—Sí. —Pero mis pies no se mueven.

Ninguno de los dos se mueve.

—Después —dice ella de repente, mirándome a los ojos—. Después de la ceremonia. ¿Podemos...?

—Sí. —La palabra sale antes de que ella termine.

—Ni siquiera sabes lo que iba a decir. —Pero ahora está sonriendo, esa sonrisa de verdad que me encoge el pecho.

—No importa. Sí. —Lo digo en serio. Lo que quiera hablar, lo que necesite, sí.

Se muerde el labio. Ese gesto que me vuelve estúpido, ese gesto que hace que quiera acortar la distancia entre nosotros y...

—Vale. —Su voz es suave, esperanzada.

—Vale.

—¡Dean! ¡En serio, hermano! —Mason otra vez, más insistente.

Retrocedo, sin dejar de mirarla. Grabando este momento en mi memoria: el sol de la tarde atrapado en su pelo, el vestido borgoña, la forma en que me está mirando.

Una última sonrisa. Luego ella vuelve a su carpeta y yo voy trotando hacia mi hermano y hacia esta boda que lo cambió todo.

Veinte minutos para empezar.

Y nunca he estado más aterrorizado en mi vida.

No por tocar la guitarra delante de la gente, sino por lo que voy a decirle después.

Cuando no queden más distracciones, no haya más boda tras la que esconderse.

Solo nosotros dos y la verdad de la que he estado huyendo toda la semana.

Capítulo veintitrés
Ha llegado el momento
Poppy

La ceremonia empieza en treinta minutos y estoy intentando no sufrir un colapso nervioso total.

Todo lo demás está perfecto. Las flores son impresionantes —peonías y rosas, exactamente como Ivy quería, unos arreglos que pasé horas perfeccionando—. Los invitados, elegantemente vestidos, están sentados charlando en voz baja, con la luz del sol filtrándose entre los árboles. Ivy está radiante con su vestido recuperado. Mason parece nervioso pero feliz con su esmoquin.

Solo que... no hay música.

—Podemos usar Spotify —sugiere CeCe, sacando ya su móvil—. Esconderé un altavoz...

—No. —La palabra sale más cortante de lo que pretendía.

—Es mejor que el silencio. —Está buscando canciones en sus listas de reproducción, tratando de ayudar.

—No lo es... —Me presiono las palmas de las manos contra los ojos. Con fuerza. Veo chiribitas tras los párpados—. Ivy quería específicamente guitarra acústica. Tenía toda esa visión de caminar hacia el altar con música de verdad, no con un altavoz de mala muerte reproduciendo...

En ese momento lo oigo.

Una guitarra.

Una guitarra acústica.

Viene de la zona de la ceremonia.

Salgo corriendo y me quedo de piedra. Mis pies literalmente dejan de funcionar. Zapatos de cemento sobre el césped.

Dean está sentado en un taburete cerca del arco, con la guitarra en el regazo, tocando algo suave y hermoso. Sus largos dedos puntean las cuerdas para producir algo que solo puede describirse como encantador. Está inclinado sobre el instrumento, totalmente

concentrado, y la luz del atardecer se refleja en su pelo. Mason está a su lado con un bajo, sonriendo como si supiera un secreto.

Trescientos invitados están sentados, escuchando al mismísimo Dean Whitaker tocar la guitarra. Como si fuera lo más normal del mundo. Como si mi universo entero no estuviera inclinándose fuera de su eje.

—Qué... —No puedo terminar. No puedo respirar. No puedo procesar nada. Mi portapapeles cuelga olvidado a mi costado.

Él levanta la vista. Nuestras miradas se encuentran a través de las filas de sillas blancas. Y hay algo en su expresión que hace que a mis rodillas se les olvide cómo funcionan las articulaciones: vulnerabilidad, determinación, algo crudo y abierto. Pero logro acercarme, zigzagueando entre las sillas, asombrada de lo bien que suenan. Las notas flotan en el aire como algo sagrado.

—Ya ha llegado el músico —dice cuando llego a su altura. Informal. Como si no acabara de salvarme el pellejo.

—Tocas. —No es una pregunta. Es más bien una acusación de haberme ocultado información.

—Antes lo hacía. —Sus dedos siguen moviéndose sobre las cuerdas, encontrando los acordes por memoria muscular. El sonido es... Dios. Es precioso—. Estoy un poco oxidado.

Oxidado, mis narices. Suena como si hubiera nacido con esa guitarra entre las manos. La forma en que se mueven sus dedos: con confianza, con seguridad, creando algo dolorosamente encantador. Y está guapísimo. De una forma exasperante y devastadora.

—Dean... —Se me quiebra la voz.

—Tenemos la música para la entrada, la de la salida y esa canción que Ivy quería para la ceremonia de la unidad. —Ahora le habla a la guitarra, sin mirarme. Tiene la mandíbula apretada y los hombros tensos—. Mason ha ayudado con los arreglos.

—¿Ayudado? —Mason resopla, sacudiendo la cabeza—. Tío, yo básicamente...

—Mason. —La voz de Dean conlleva esa advertencia de hermano mayor, afilada y final—. Ahora no.

—¿Cómo has... —Me detengo. Empiezo de nuevo. Intento articular palabras a pesar del nudo que tengo en la garganta—. ¿Cuándo has...?

—Esta mañana. —Sigue sin mirarme, con los ojos fijos en el mástil—. Después de que necesitaras ayuda.

Después de que necesitara ayuda.

Como si fuera así de sencillo. Como si aprenderse las partituras para guitarra en un par de horas fuera algo que la gente hace habitualmente. Como si resucitar partes enterradas de uno mismo por la crisis de otra persona fuera un comportamiento normal.

—Poppy. —Ahora me mira. Me mira de verdad. Y hay tanto en sus ojos que no puedo catalogarlo todo: miedo, esperanza y algo que se parece peligrosamente a eso que llevo tiempo intentando no nombrar—. Déjanos hacer esto. Por favor.

«Déjanos». Los hermanos Whitaker, que se han pasado la mayor parte de la semana discutiendo por el césped y los seguros de responsabilidad civil, pero que ahora están sentados aquí con instrumentos porque yo los necesitaba.

Porque necesitaba ayuda y Dean... Dean eligió esto. Me eligió a mí. Eligió asegurarse de que esta boda —mi boda— saliera a la perfección.

Voy a llorar. Aquí mismo. Delante de trescientos invitados, de Dios y de todo el mundo. Ya me escuecen los ojos y se me nubla la vista. ¡Puaj, el maquillaje!

—No puedo... —Se me cierra la garganta—. Esto es...

—Si lloras, se te correrá el rímel. —Su boca hace una mueca, esa especie de sonrisa que me vuelve estúpida—. Y entonces Ivy llorará. Y luego llorará todo el mundo. Se armará un numerito.

Se me escapa una carcajada, acuosa y ridícula, mitad sollozo, mitad risita. —Eres un imbécil.

—Ya. —Empieza a tocar de nuevo. Algo suave y cálido que suena como una nana, como volver a casa—. Ahora ve a lo tuyo. Nosotros nos encargamos de la música.

Debería irme. Debería ver cómo está Ivy. Debería hacer literalmente cualquier cosa menos quedarme aquí mirando a Dean Whitaker como si acabara de entregarme la luna. Esta versión más

dulce y tierna de Dean que no sabía que existía. Pero no puedo moverme. Tengo los pies echando raíces en el césped.

—Esa canción —susurro, apenas audible por encima de la música—. ¿Cuál es?

Él mira de reojo a Mason, que de repente encuentra su bajo interesantísimo y estudia las cuerdas como si guardaran los secretos del universo.

—Algo que escribí yo —dice Dean en voz baja, con un tono un tanto ronco—. Hace mucho tiempo.

¿Él la escribió?

¿Escribe música?

Este hombre, que me vuelve loca y trabaja redactando acuerdos prematrimoniales, escribe música que suena a lo que nacería si el desconsuelo y la esperanza tuvieran un hijo. Lo siento, ¿pero qué me estás contando?

—Es preciosa. —Las palabras me parecen inadecuadas, demasiado pequeñas para lo que siento.

—Es tuya.

Las palabras caen entre nosotros como una granada. Me quedo sin aire en los pulmones.

—¿Qué?

—Para la ceremonia. —Se aclara la garganta, incómodo—. Si la quieres. Para el... ya sabes. El preludio. Mientras la gente se va sentando.

—¿Me vas a dar tu canción? —Mi voz sube de tono, incrédula.

—Solo son notas, Poppy. No tiene importancia. —Pero el músculo de su mandíbula da un salto, delatándolo.

Pero sí la tiene. Es lo más importante del mundo. Es Dean Whitaker abriéndose en canal y entregándome pedazos de él que ni siquiera sabía que existían.

—¡POPPY! —La voz de Ivy llega desde la casa, aguda por el pánico preboda—. ¿DÓNDE ESTÁS? ¡TE NECESITO!

La realidad vuelve de golpe. Estoy trabajando. Esto es un empleo. Tengo responsabilidades.

—Mierda. Tengo que... —Hago un gesto vago hacia el caos, la casa, mi verdadero propósito aquí.

—Ve. —Su voz es suave, comprensiva—. Antes de que mande una patrulla de búsqueda.

Me doy la vuelta para irme. Doy tres pasos, con el césped crujiendo bajo mis tacones. Me vuelvo otra vez.

—¿Dean?

—¿Hm? —Vuelve a levantar la vista, esperando.

—Gracias.

Él me mira. Hace eso en lo que sus ojos dicen todo lo que su boca calla. La intensidad del momento me golpea en el pecho, me roba el aliento. Lo siento por todo el cuerpo.

—Ve —dice suavemente—. Aquí estaremos.

Me voy.

Pero puedo oír su música siguiéndome. Una canción que escribió hace años y que está tocando ahora, para mí, y sé —lo sé— que estoy completamente perdida.

Porque ¿cómo no vas a enamorarte de un hombre que resucita sus sueños enterrados solo para salvar los tuyos?

Veintiocho minutos para empezar. Ivy anda de un lado a otro en la suite nupcial como un leopardo enjaulado, vestida de Vera Wang, con el vestido crujiendo a cada giro agitado.

—¿Dónde estabas? —Gira sobre sí misma, con el velo azotando el aire, a punto de llevarse por delante una lámpara—. Me estoy volviendo loca. ¿Y si Mason cambia de opinión? ¿Y si me tropiezo? ¿Y si...?

—Respira. —La agarro por los hombros para que aterrice—. Dean y Mason van a tocar la música para tu ceremonia.

Parpadea, sin procesar las palabras. —¿Qué?

—Guitarra y bajo. Se han aprendido todas tus canciones esta mañana. —Le aprieto los hombros con suavidad.

—¿Dean va a tocar la guitarra? —Su voz sube una octava.

—Al parecer. —Yo todavía lo estoy asimilando.

Su rostro hace algo complicado: la sorpresa se funde en comprensión y luego en algo tierno y cómplice. —Vaya. Oh, Poppy.

—¿Qué? —No me gusta ese tono. Es el tono de alguien que ve demasiado.

Sigue mirándome. Sigue preocupada, con ojos demasiado perceptivos. —No había vuelto a tocar desde lo de Emily.

El nombre me deja helada. Como un cubo de agua fría bajando por mi columna. —¿Quién es Emily?

Ivy se sienta con cuidado en el banco tapizado, recogiendo su falda con movimientos expertos. Con cuidado con el vestido. —Su ex-prometida, Emily.

Ex-prometida. ¿Hay una ex-prometida?

Me siento yo también, dejándome caer en la silla más cercana como si mis piernas se hubieran rendido. Porque, francamente, eso no me cuadra. ¿Dean estuvo comprometido? ¿Dean, que actúa como si los sentimientos fueran una enfermedad contagiosa?

—Estuvieron juntos seis años —continúa ella, mirándose las manos—. Se conocieron en la facultad de Derecho. Dean era diferente entonces. Tocaba música todo el tiempo. Micrófonos abiertos, pequeños conciertos. Iba a... —Se detiene, traga saliva con dificultad. Se aclara la garganta—. En fin. Se prometieron. Tenían un loft en el centro. Dos semanas antes de la boda, ella lo dejó.

—¿Lo dejó? —Mi voz suena hueca.

Ivy se levanta, camina hacia el espejo y se ajusta el velo con dedos temblorosos. —Simplemente... se fue. Dijo que se había desenamorado. Que él era demasiado. Demasiado intenso. Demasiado... Dean.

Me duele el pecho. Me duele físicamente de verdad, como si algo me estuviera apretujando las costillas. —Eso es... —Claro que es demasiado Dean. Pero, no sé... ¿quizá en el buen sentido?

—Se llevó la mitad de sus ahorros, dejó tiritando sus tarjetas conjuntas y se mudó a Seattle con un tío del sector tecnológico con el que se estaba viendo. —La voz de Ivy es plana, recitando hechos.

—¿Le fue infiel? —La palabra me sabe amarga.

—Durante meses, por lo visto. —Ivy se está retocando el pintalabios, pero sus ojos están fijos en mí a través del espejo, observando mi reacción—. Dean guardó la guitarra aquel día junto con cualquier otra cosa que le recordara a ella. No la hemos vuelto a ver desde entonces.

Hasta hoy.

Hasta que yo necesité ayuda.

El peso de aquello se asienta sobre mí como una manta, pesada y sofocante.

—¿Por qué me cuentas esto? —susurro, casi temiendo la respuesta.

Se gira, mirándome directamente a los ojos. —Porque ¿ese hombre que está ahí fuera? ¿El que acaba de exhumar seis años de dolor enterrado para tocar en mi boda? No lo ha hecho por mí.

—Ivy... —empiezo a protestar, pero me corta.

—Lo ha hecho por ti. —Se yergue, alisando su vestido con movimientos decididos—. Y si dejas que se escape porque tienes miedo, juro que te perseguiré desde el más allá.

—No te vas a morir. —Pero mi voz tiembla.

—Te perseguiré metafóricamente. Con mensajes de texto muy severos. —Ahora sonríe, pero tiene los ojos serios.

Siento el cerebro revuelto, con los pensamientos tropezando unos con otros. —Me voy mañana.

—¿Y? —Ladea la cabeza, esperando.

—Así que, ¿qué sentido tiene...?

—¿El sentido? —Me agarra las manos. Fuerte. Su agarre es casi doloroso—. El sentido es que te eligió a ti por encima de su propio dolor. ¿Lo entiendes? Ha elegido literalmente una tortura emocional porque tú lo necesitabas.

Siento un pellizco raro en el pecho, agudo e insistente. —Eso no es...

—¡Dos minutos! —CeCe entra de golpe, sin aliento—. Joder, estás espectacular. Además, ¿Dean está tocando la guitarra? ¿Pero qué narices? Es buenísimo. Y además de además, tenemos que irnos. En plan, ya.

Ivy se mira por última vez al espejo. Respira hondo, concentrándose. Sonríe... y su rostro se transforma. Es una novia impresionante. Con la piel cetrina radiante, el maquillaje perfecto y el pelo negro y brillante cayendo en cascada sobre sus hombros. Su vestido es un maldito sueño: todo encaje y seda y magia de cuento de hadas.

—Hagamos esto.

Salimos en fila. Yo primero, revisando mi portapapeles una última vez. Luego las damas de honor con sus vestidos rosa palo, riendo nerviosas. Luego CeCe, guiñándome un ojo. Ivy y su padre esperan al comienzo del pasillo, y puedo ver que él le aprieta la mano.

Y Dean empieza a tocar.

No la música de entrada todavía. Esa otra canción. Su canción. La que escribió hace años y que suena a cada sentimiento que ha enterrado intentando salir a zarpazos.

Es preciosa.

Y perfecta.

Y tan dolorosamente hermosa que tengo que presionarme el pecho con la mano para evitar que el corazón se me escape de las costillas.

Dejo de respirar.

—¿Estás bien? —susurra CeCe cerca de mi oído.

No. No estoy bien. Estoy al borde de algo enorme y aterrador, y no tengo paracaídas. Estoy viendo al hombre que publicó sobre mí en Reddit tocar música que enterró junto con su compromiso roto, y se supone que mañana tengo que subirme a un avión como si nada de esto hubiera pasado.

—Bien —miento, con la palabra apenas logrando salir de mis labios.

Cierro los ojos y tomo aire, intentando repasar mentalmente todas las cosas que tengo que hacer a continuación. Revisar el lugar del convite, asegurarme de que el DJ esté listo, coordinar con el servicio de catering, asegurarme de que la tarta esté bien presentada.

Pero no puedo concentrarme porque lo único que oigo es su música. La melodía me envuelve como unos brazos, como una promesa, como una pregunta que no sé cómo responder.

Y estoy empezando a pensar que podría seguirme hasta Italia.

Qué demonios, ¿a quién pretendo engañar?

Me va a seguir a todas partes.

Capítulo veinticuatro
El turno de la boda
Dean

Mis dedos recuerdan.

Eso es lo más raro. Seis años de nada, y todavía saben adónde ir. Todavía encuentran los acordes como si hubiesen estado esperando.

Los invitados están sentados. Esperando. Mason golpea nerviosamente el suelo con el pie desde su taburete.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Me voy a casar, hermano. Su voz tiene ese deje de incredulidad.

—Me he dado cuenta. Hago la transición a una progresión de acordes diferente, algo más suave.

—Con Ivy. Tiene una mirada soñadora y lejana mientras dice esto.

—Generalmente así es como funcionan las bodas. Casi sonrío a pesar de la tensión que se me acumula en los hombros.

—Cállate —pero está sonriendo—. Gracias por esto.

—Dáselas a Poppy. Ella es la que... —empiezo, pero me corta.

—Me refería a volver a tocar. —Me mira ahora, me mira de verdad. Su expresión es seria, comprensiva—. Sé que ha sido difícil desde...

—No sigas. La palabra sale cortante. Mis dedos presionan con más fuerza las cuerdas.

—Solo digo que esto es importante. Su voz es suave, cuidadosa.

Frunzo el ceño, concentrándome en el mástil. —Es solo una canción.

—Es más que eso. Él lo sabe. Por supuesto que lo sabe.

Quizá. Probablemente. Pero no puedo pensar en eso ahora. No puedo pensar en por qué conduje hasta un guardamuebles que he estado evitando durante años. No puedo pensar en la cara que puso Poppy cuando me vio tocando.

No puedo pensar en que se va mañana. Definitivamente en eso no.

—Allá vamos —dice Mason.

El cortejo nupcial empieza a desfilar. Toco la música que eligió Poppy; algo suave y romántico que hace que se me encoja el pecho.

Pasa cada dama de honor. Luego CeCe, que viene por un lateral y me guiña un ojo como si supiera algo.

Entonces la música cambia. La canción que Ivy pidió específicamente.

Y allí está ella.

No Ivy.

Poppy.

De pie al fondo, con el portapapeles olvidado, mirándome tocar. Con lágrimas asomando a sus ojos.

Maldita sea.

Casi fallo un acorde. Mason me cubre, manteniendo estable la línea de bajo.

Aparece Ivy, radiante y perfecta, pero no puedo dejar de mirar a Poppy. La forma en que se presiona la mano contra el pecho. La forma en que me mira como si...

Como si quizá yo no fuera el único que esté jodido aquí.

Mason suelta su bajo y ocupa su lugar al frente.

La ceremonia pasa como un borrón. Votos, anillos, esa cosa de la unión donde toco la canción que hace llorar a todo el mundo. Mason besa a su esposa. Todo el mundo vitorea.

Y Poppy se ha ido.

Ha desaparecido en algún momento entre el «sí, quiero» y el «os declaro marido y mujer».

—Ha sido precioso —dice alguien.

—Gracias —consigo decir.

Recojo la guitarra. Estrecho manos. Acepto cumplidos que no merezco.

Pero en lo único que puedo pensar es en la expresión de su cara.

Y en que tengo menos de veinticuatro horas para averiguar qué demonios voy a hacer al respecto.

Capítulo veinticinco
Caos perfecto
Poppy

El sol está en ese momento de la hora dorada en el que todo parece bañado en miel y filtros de Instagram. Estoy de pie al borde de la carpa del banquete, con el portapapeles abandonado en algún lugar entre el corte de la tarta y mi segunda copa de champán, observando cómo la boda que planifiqué con tanta perfección se convierte en algo totalmente distinto.

En algo mejor.

Mason tiene a Ivy en la pista de baile, haciéndola girar como si estuvieran en su propio videoclip. Su vestido ondea. Él la inclina. Ella se ríe tanto que suelta un resoplido. Tres de sus amigas influencers están grabando, pero ella ni siquiera se da cuenta.

Eso es el amor, pienso. Cuando te olvidas de las cámaras. Cuando te olvidas de todo excepto del hombre que tienes delante.

—¿Señorita? —Aparece un camarero con otra copa de champán —. De parte del caballero de la mesa doce.

No necesito mirar. La mesa doce es donde Dean ha estado presidiendo la velada con su abuela, que lleva cuatro martinis y ahora le cuenta a cualquiera que quiera escucharla la «fase de torpeza» de Dean.

Pero miro de todas formas.

Se ha aflojado la corbata. Se ha quitado la chaqueta y se ha remangado la camisa, porque por lo visto intenta matarme. Ahora tiene el pelo ligeramente alborotado. Y me está mirando con esa expresión que hace que se me revuelva el estómago de forma estúpida. De forma idiota.

Levanto la copa en un brindis burlón. Él sonríe con suficiencia.

Que Dios me pille confesada.

—¡Poppy! —Gloria se materializa en una nube de pachulí y seda —. ¡Las flores siguen perfectas!

Hechos. —Eso es porque eres una genia.

—Cierto —dice entrelazando su brazo con el mío—. Pero también porque sabías exactamente lo que querías. Incluso cuando no lo sabías.

—Eso no tiene sentido.

—Claro que lo tiene. —Señala a Dean con la cabeza—. Como con él.

—No vamos a hablar de—

—Llevas toda la noche sin hablar de él. —Me quita el champán —. Mientras que él no ha dejado de mirarte desde el otro lado de cada habitación.

Se me hunde el estómago. —Me está mirando justo ahora.

—Ajá. Como si fueras el postre y él llevara toda la vida a dieta.

—Gloria.

—¿Qué? Tengo ojos. Ese hombre quiere comerte viva.

Me atraganto con el aire. —¿Podemos no—?

Mi teléfono vibra.

Es Miranda.

Joder.

Estoy aquí de pie al borde de la carpa, viendo cómo todo brilla —el parpadeo de las velas, la música flotando, la novia radiante como en un cuento de hadas— y la dichosa Miranda Coleman, que me despidió, me está llamando.

Dejo que salte el buzón de voz.

Vuelve a llamar.

Pongo los ojos en blanco y respondo. —Déjame adivinar... ¿has visto las publicaciones en las redes sociales?

Una risa tensa. —Siempre supe que eras capaz, Poppy. De verdad. La visión, la ejecución... es impresionante.

—Qué gracioso —le digo—. Porque, que yo recuerde, me despediste por dejar que un pomerania se comiera una tarta. ¿Pero ahora quieres hablar porque hay un millón de personas entusiasmadas en internet con esta boda?

Ella sigue a lo suyo. —Has causado un gran revuelo. Si estás abierta a ello, me encantaría hablar sobre tu regreso. Bajo el paraguas de Coleman Events, por supuesto. Piensa en la exposición —

—Ay, Miranda. —Suspiro con tono de aburrimiento—. Me enseñaste mucho. Como por ejemplo a sonreír mientras me menospreciaban. Y a no sentar a la amante en la mesa familiar.

Se queda callada.

Sonrío, lenta y afiladamente. —Pero creo que estoy bien. Ahora estoy construyendo algo propio. Se llama libertad. Deberías probarlo alguna vez.

Cuelgo, cambio el nombre de su contacto a: «Miranda – No Resucitar», y vuelvo a meter el teléfono en el bolso justo a tiempo para oír la risita de Gloria.

—Oh, mira, la cabra está saliendo fotogénica.

Miro hacia donde señala. Y tiene razón. George —que se ha pasado toda la semana comportándose como un terrorista— ha elegido este momento exacto para convertirse en un personaje de Disney. Está pastando en la colina que hay detrás de la carpa, su silueta recortada contra el atardecer como si estuviera posando para un blog de bodas.

—¿Me estás tomando el pelo? —murmuro.

—Hasta el caos se porta bien cuando importa —dice Gloria—. Hablando de eso...

Dean se acerca. Por supuesto que sí. Porque mi lenguaje corporal probablemente grita «por favor, ven a complicar más las cosas».

—Señoras. —Se detiene lo bastante cerca como para que pueda oler su colonia. Es fresca y perfecta, y me distrae demasiado—. Gloria, un trabajo precioso con las flores.

—Lo sé. —Ella no conoce la falsa modestia—. Aunque Poppy se merece el mérito. Tiene un gusto exquisito.

Ambos me miran. De repente necesito estar en cualquier otro sitio.

—Debería ir a ver cómo va—

—Todo está perfecto. —La voz de Dean es suave. Diferente. Me gusta mucho más de lo que posiblemente sea saludable—. Deja de trabajar.

—No estoy trabajando. Estoy... observando. —Pero la mentira suena débil incluso para mí.

—Te estás escondiendo. —Lo dice con dulzura, pero aun así suena a acusación.

El calor me sube por el cuello. —No estoy—

—Poppy. —Se acerca más—. Acepta el cumplido. Lo has logrado. Mira a tu alrededor.

Así que lo hago.

Miro de verdad.

La carpa brilla con las luces de Navidad que me costó lo mío colgar a medianoche. Los centros de mesa que Gloria y yo diseñamos captan la luz de la forma adecuada. La pista de baile está a reventar. La gente se ríe. La madre de Ivy le está enseñando a la madre de Dean algún baile de TikTok, lo cual debería ser espantoso pero en realidad resulta desternillante.

Es... perfecto.

——Oh —susurro.

——Sí. —La voz de Dean suena justo a mi oído. ¿Cuándo se ha acercado tanto?—. Oh.

Gloria se aclara la garganta. ——Voy a ir a bailar con ese madurito interesante de la barra. Vosotros dos... continuad con lo que sea que es esto.

Se aleja flotando, dejándonos demasiado cerca el uno del otro mientras el mundo sigue girando a nuestro alrededor.

——Has tocado la guitarra —le digo, porque por lo visto no soy capaz de dejarlo pasar.

——Te has fijado. —Su tono es precavido, guardado.

——Dean. —Me doy la vuelta para mirarlo de frente, obligándole a mirarme.

Me sostiene la mirada un instante y luego la aparta. ——¿Qué?

——Sabes perfectamente qué. —Mi voz baja de tono, más suave ahora.

Suspira. Se pasa una mano por el pelo, alborotándolo aún más. ——No ha sido para tanto.

——Ivy me habló de Emily.

Se queda inmóvil. Ese tipo de inmovilidad que asusta y que significa que está procesando diecisiete emociones a la vez.

——Ivy habla demasiado. —Las palabras salen tensas, cortantes.

——Me ha dicho que no habías vuelto a tocar desde... —empiezo, pero él me interrumpe.

——Poppy. —Se gira para encararme del todo, con la mandíbula apretada—. ¿Tenemos que hacer esto ahora?

——¿Cuándo, si no? Me voy mañana. —El recordatorio flota pesado entre nosotros.

Algo cruza su rostro —dolor, tal vez, o resignación—. ——Cierto. Italia.

——Dean... —Alargo la mano hacia él sin pensar, pero él ya se está moviendo.

——Baila conmigo.

Parpadeo ante el repentino cambio. ——¿Qué?

——Baila. Conmigo. —Me tiende una mano, con expresión indescifrable—. A menos que estés demasiado ocupada observando.

Debería decir que no. Debería mantener la distancia profesional. Debería recordar que esto es complicado, que me voy y que él todavía está lidiando con lo que parece ser un trauma emocional enorme.

En lugar de eso, le cojo la mano, como si fuera lo más normal del mundo.

Me conduce a la pista de baile justo cuando la banda empieza a tocar algo lento. Porque claro que lo hacen. El universo no tiene freno.

——Te aviso —le digo mientras me acerca a él—, se me da fatal esto.

——Qué sorpresa. —Me sonríe con suficiencia—. Con lo coordinada que eres para todo lo demás.

——¿Eso ha sido... acabas de hacer un chiste? —Lo miro, sinceramente sorprendida.

Su boca se tuerce. ——Hago chistes.

——No, haces observaciones. Los chistes son diferentes. —Estoy sonriendo a mi pesar.

Me hace dar una vuelta. Con fluidez. Con práctica. ——Quizá tú saques mi sentido del humor.

——O sea tu barra libre.

——También eso.

Nos quedamos en silencio un minuto. Simplemente balanceándonos mientras Mason e Ivy tienen su momento en el centro de la pista, perdidos el uno en el otro.

——Está feliz —digo.

——Sí.

——Muy feliz. En plan, asquerosamente feliz.

——Por lo visto, así es como se ve el amor.

——Dices eso como si no creyeras en él.

Su mano se aprieta en mi cintura. ——Antes creía.

——¿Y ahora?

Me mira desde arriba. Me mira de verdad. Y por un segundo, lo veo todo. El dolor. La esperanza. La aterradora posibilidad de que quizá esté empezando a creer de nuevo.

——Ahora pienso que tal vez simplemente lo estaba haciendo mal.

A mi corazón se le olvida cómo latir. ——Dean—

——¡TODO EL MUNDO, MIRAD A GEORGE!

Nos separamos mientras la multitud se gira hacia la colina donde George ha decidido...

——¿Está posando? —pregunta Dean.

Lo está. La cabra idiota está posando literalmente contra el atardecer como si estuviera haciendo una audición para una película de sobremesa.

——Lo odio —digo.

——No es verdad. —Dean me está mirando a mí, no a la cabra.

Miro con saña a George, que ahora se ha girado para mostrar su perfil bueno. ——De verdad que sí.

——Estás haciendo fotos ahora mismo.

Bajo el teléfono. ——Cállate.

Dean se ríe. Una risa real, de verdad. El sonido me golpea de lleno en el pecho. Es magnífico. Profundo, sin filtros y perfecto.

——¿Qué?

——Nada. —Pero sigue sonriendo—. Solo... tú. Esta semana. Todo.

——Eso no es nada.

——No —concluye él—. No lo es.

El grupo empieza otra canción. La gente vuelve a bailar. Pero nosotros nos quedamos ahí parados, él mirándome como si fuera un rompecabezas que por fin está resolviendo, yo intentando no hacer algo estúpido como pedirle que se venga a Italia.

——¡Poppy! ¡Dean! —Aparece Mason, acalorado y sonriente—. ¡Foto de familia!

Y así, el momento se rompe.

Pero mientras seguimos a Mason hacia donde el fotógrafo se está preparando, la mano de Dean busca la base de mi espalda. Guiándome. Suave. Posesivo de una forma que me hace estremecer.

——¿Tienes frío? —murmura.

——No.

——Mentirosa. —Sonríe con superioridad.

——Habló el experto.

Su pulgar traza un pequeño círculo a través de la tela de mi vestido. ——¿De verdad vamos a hacer esto? ¿Ahora? ¿Intercambiar pullas durante las fotos de familia?

——Tú has empezado.

——Estoy bastante seguro de que empezaste tú cuando apareciste con una cabra.

——¡Fue un accidente!

——Eso no paras de decir.

——¡A SUS PUESTOS! —El fotógrafo nos indica con la mano como si fuéramos piezas de ajedrez—. ¡Los novios en el centro! ¡La familia a su alrededor! Organizadora de la boda... ah, ¿no eres de la familia? Bueno, quédate de todas formas. Te ves guapísima con esa luz.

Intento apartarme pero Ivy me tira del brazo. ——Es prácticamente de la familia. Se queda.

Así que acabo en la foto de la familia Whitaker, encajada entre Dean y Mason mientras el fotógrafo dispara y el sol lo tiñe todo de dorado.

——Sonríe como si de verdad lo sintieras —dice Dean en voz baja.

——Estoy sonriendo. —Mantengo la cara congelada en su sitio, consciente de la cámara.

Se inclina ligeramente, rozando mi hombro con el suyo. ——No, tienes cara de pánico.

——Es lo mismo. —Pero mi sonrisa se suaviza, se vuelve real.

——Poppy. —Su voz baja de tono. Se pone serio—. Tu lugar está aquí.

La cámara hace clic antes de que pueda responder. Antes de que pueda decirle que pertenecer a un sitio durante una semana no significa que puedas quedarte. Antes de que pueda preguntarle por qué lo está haciendo más difícil de lo necesario.

——¡Preciosa! —El fotógrafo ya está a otra cosa—. ¡Ahora solo los hermanos!

Escapo hacia la barra, pido algo más fuerte que el champán. CeCe se desliza a mi lado.

——Y bien.

——Ni empieces. —Conozco ese tono. Es su tono de «tengo opiniones al respecto».

——Solo digo que nunca te había visto en una foto familiar. Tres años y nunca habías salido en una foto familiar.

Las palabras me duelen más de lo que deberían. Aprieto el vaso con más fuerza. ——Ivy insistió.

——Ya. —CeCe me observa demasiado de cerca—. ¿Y la mano de Dean en tu espalda? ¿También Ivy insistió en eso?

Me bebo la copa de un trago. ——Necesito que no lo hagas.

——¿Que no haga qué?

——Que no conviertas esto en algo.

——Cariño. —Me obliga a mirarla—. Ya es un «algo». La pregunta es qué vas a hacer tú al respecto.

Antes de que pueda responder, el grupo anuncia el último baile. Las parejas inundan la pista. Las luces se atenúan hasta que solo

quedan las bombillas navideñas y las estrellas.

Y Dean está allí. Otra vez. Siempre.

——¿Un último baile? —pregunta.

Debería decir que no.

En lugar de eso, le cojo la mano.

Esta vez, cuando me atrae hacia él, me permito sentirlo. El calor que desprende. La forma en que encajamos. La absoluta certeza de que estoy perdida.

Genial.

——¿Poppy?

——¿Mmm?

Se queda en silencio un momento y puedo sentir la tensión en su cuerpo, como si se estuviera preparando para decir algo. ——Esta semana...

——No lo digas. —Apoyo la cara en su hombro, respirando su aroma—. Por favor. Solo... deja que disfrute de esto.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor. ——De acuerdo.

Nos balanceamos mientras Mason e Ivy se besan bajo las estrellas y George aporta el decorado de fondo, y todo es exactamente tan perfecto como lo planeé.

Excepto por la parte en la que me estoy enamorando de alguien que no puedo tener.

Pero eso es un problema para mañana.

¿Esta noche? Esta noche estoy bailando con Dean Whitaker mientras las luces se desdibujan con las estrellas y los latidos de su corazón siguen el ritmo de los míos.

Y por ahora, eso es suficiente.

Tiene que serlo.

Capítulo veintiséis
Al borde de todo
Dean

La canción está terminando y no puedo soltarla.

No la soltaré.

Poppy está pegada a mí, con la cara hundida en mi hombro, y estoy intentando memorizarlo todo. El aroma a vainilla de su pelo. La forma en que su mano encaja con la mía. El pequeño suspiro que suelta cuando la atraigo más hacia mí.

—Dean —su voz suena amortiguada contra mi chaqueta.

—Todavía no.

La banda está recogiendo. Los invitados se van marchando. Mason lleva los zapatos de Ivy mientras ella se ríe de algo que ha dicho nuestro primo.

Cosas normales de bodas.

Excepto que nada en esta semana ha sido normal.

—La gente se está yendo —dice ella.

—¿Y?

—Y yo debería...

—Deberías venir conmigo.

Ella se aparta. Me mira con esos ojos que han estado destruyendo mi cordura desde que apareció con una cabra y muchos humos. —¿A dónde?

A cualquier parte. A mi cama. A Italia. A la puta luna.

—Solo... a algún sitio tranquilo —mi voz suena sorprendentemente bajo control.

Veo cómo lucha consigo misma. La parte racional de su cerebro contra lo que sea esta cosa que hay entre nosotros.

—Dean...

—Cinco minutos —mi mano busca su rostro. Mi pulgar recorre su mandíbula—. Dame cinco minutos.

Ella se inclina hacia mi mano. —¿Solo eso?

—Es todo lo que pido.

Mentira. Quiero horas. Días. Una vida entera para descubrir cómo se me metió bajo la piel tan rápido.

—Está bien —susurra.

La cojo de la mano. La guío lejos de la carpa, de las luces, del ruido. Por el lateral de la casa, donde solo hay luz de luna y el sonido de sus tacones sobre la grava.

—¿A dónde vas...?

La hago girar contra la pared. La piedra a su espalda, yo invadiendo su espacio, y acerco mi rostro al suyo.

—Hola —exhala ella.

—Hola.

—Esto es muy...

La beso.

No es suave. Ni cuidadoso. Este es un beso que lleva días gestándose. Semanas. Meses. *Años*. Mi mano está en su pelo, inclinando su cabeza hacia atrás, tragándome el sonido que hace cuando me presiono contra ella.

Sabe a champán y a malas decisiones.

Perfecto.

Ha pasado tanto tiempo sin nadie que debería haber perdido la práctica. Pero no. Porque esta es Poppy y es perfecto.

Sus manos se cierran en puños sobre mi camisa, tirando de mí hacia abajo, y joder. El ruidito que hace cuando le muerdo el labio inferior. La forma en que su cuerpo se arquea contra el mío.

—Joder —murmuro contra su boca.

—Sí.

La beso de nuevo. Con más fuerza. Mi lengua se desliza contra la suya, y ella responde con la misma intensidad. Me muerde el labio. Sus uñas me arañan el pecho a través de la camisa.

Mis caderas inmovilizan las suyas contra la pared y ella jadea. ¿Puede sentir lo duro que estoy a través de los pantalones del traje? Tiene que sentirlo. No puedo evitarlo.

—Dean... —jadea ella.

—Lo sé —trazo un camino de besos por su garganta. Encuentro ese punto detrás de su oreja que la hace temblar—. Lo sé.

—No podemos...

—No vamos a hacerlo —otro beso—. Solo esto.

Su pierna se engancha alrededor de la mía. El vestido se le sube. Mi mano encuentra su cadera, la aprieta.

—Esto es una locura —jadea.

—Sí.

—Apenas nos conocemos.

Esto no es parte del plan. Pero tal vez —solo tal vez— estoy cansado de planes.

Tal vez quiera algo imprudente. Complicado. A ella.

—Tal vez —me aparto. La miro. El pelo revuelto, los labios hinchados, los ojos salvajes.

Ella se ríe. Una risa baja y entrecortada.

Me acerco más. Dejo que sienta exactamente lo que me provoca. —¿De verdad tienes que irte mañana?

Suelta un suspiro cálido y algo brilla en su mirada. —Ese es el plan.

Claro. El plan. Italia. Su vida real, que no me incluye.

—¿A qué hora es tu vuelo?

—A las dos.

Consulto mi reloj. Catorce horas.

No es suficiente.

Me besa. Suave esta vez. Dulce. Lo que, de alguna manera, es peor.

—Somos adultos —dice contra mi boca.

—¿Y?

—Y ambos sabemos qué es esto.

—¿Ah, sí?

Ella se retira. —Química. Un mal momento.

—¿Eso es todo? —el corazón me late con fuerza en el pecho.

—¿Qué más podría ser?

Pídele que se quede. El pensamiento me golpea como un rayo. Una locura. Imposible. ¿Quién le pide a alguien que cambie su vida entera después de poco más de una semana?

—Tienes razón —doy un paso atrás. Le doy espacio. Me doy espacio a mí mismo antes de decir alguna estupidez—. Tienes razón.

Ella se arregla el vestido. Se alisa el pelo. Se recompone mientras yo me desmorono.

—Poppy.

Se detiene, con la mano aún en el pelo.

—¿Sí?

—Ven —tiro de su mano, guiándola hacia la casa.

—¿A dónde vas...? —me sigue, pero está confundida, mirando hacia la recepción que sigue en pleno apogeo.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Me mira parpadeando como si le acabara de pedir que resolviera un problema de cálculo. —Yo... ¿qué?

—Comida, Poppy. Comida de verdad. No champán y las migas que hayas robado de las bandejas del cátering.

—He comido —pero su voz carece de convicción.

—¿Cuándo? —abro la puerta trasera, tirando de ella hacia la tranquilidad de la cocina. La música se convierte en un zumbido lejano.

—Antes —ahora no me mira a los ojos.

—Inténtalo de nuevo.

Se queda callada. Demasiado callada. Lo que significa que tengo razón. Puedo verla intentando recordar cuándo fue la última vez que se sentó a comer, sin éxito.

—Lo que me imaginaba —la llevo a través de la puerta trasera hasta mi cocina—. Siéntate.

—Dean, estoy bien... —sigue de pie, terca.

—Siéntate —señalo la silla, usando mi voz de alegato final.

Se sienta. Probablemente porque esos tacones la están matando. Puedo verla intentando no hacer una mueca cada vez que se mueve, ese microgesto de dolor que cree que está ocultando.

—Fuera zapatos —ordeno, mientras ya estoy saqueando la nevera.

—Mandón —pero no hay rencor en sus palabras.

—Te gusta —miro hacia atrás justo a tiempo para ver cómo se sonroja.

—No me gusta en absoluto —la protesta es inmediata, automática.

Pero se está quitando los tacones, suspirando cuando sus pies tocan el suelo frío. El sonido me atraviesa: alivio mezclado con agotamiento mezclado con algo que me oprime el pecho.

Concéntrate. Comida. No en la forma en que estira las piernas bajo la mesa de mi cocina, moviendo los tobillos.

—¿Un sándwich mixto? —pregunto, sacando mantequilla, pan y queso.

—¿En serio? —me observa con una expresión que no alcanzo a descifrar.

—¿Qué tiene de malo un sándwich mixto? —pongo la sartén al fuego; la mantequilla chisporrotea al contacto con el calor.

—Nada. Solo que... ¿me estás haciendo un sándwich? ¿Ahora? —su voz es más suave, insegura. Como si no pudiera creerse que esto esté pasando.

—Necesitas comer. Y yo necesito hacer algo con las manos que no sea... —me detengo. Me vuelvo hacia el fuego.

—¿Que no sea qué?

Tocarte. Desnudarte. Descubrir qué otros sonidos haces.

—Cocinar —termino.

Ella se ríe. Suave. Sabiendo perfectamente a qué me refería. —Claro. Cocinar.

Me concentro en la tarea sencilla. Mantequilla. Pan. Queso. El ritmo familiar de algo que puedo controlar mientras todo lo demás se desboca.

—No puedo creer que consiguieras que los del cátering vinieran —dice en voz baja.

Mis manos se detienen. —¿Cómo lo sab...?

—Me lo contó Tom. Mientras recogíamos. Lo de su furgoneta siniestrada. Salvaste todo el banquete.

—Se suponía que no debía...

—¿Decirme que condujiste cuarenta minutos para rescatar el salmón? ¿Que tomaste el control? ¿Que le dijiste específicamente que no me preocupara?

Le doy la vuelta al sándwich. —No fue para tanto.

—Dean.

Me giro. Está sentada a mi mesa, con los pies descalzos recogidos bajo ella, todavía con ese vestido color borgoña que me ha estado torturando toda la noche. El pelo empieza a soltarse de ese peinado tan elaborado que se hizo. Me mira como si fuera algo más que un robot adicto al trabajo.

—Gracias —dice.

—Ya me has dado las gracias. Por la guitarra.

—Esto es diferente.

—¿Por qué?

—Porque no tenías por qué hacerlo. Porque nunca lo habría sabido. Porque simplemente... lo solucionaste.

Pongo el sándwich en un plato. Se lo acerco. —Come.

Da un bocado. Cierra los ojos. —Madre mía.

—Es solo un sándwich mixto.

—Está perfecto —otro bocado—. ¿Cómo puede estar perfecto?

—Mantequilla de ajo. Un toque de romero.

—¿Le pones romero al sándwich mixto?

—¿Tienes algún problema con eso?

—No. Es solo que... es muy tú.

—¿Qué se supone que significa eso?

Ella sonríe mientras mastica. —Perfeccionista. Hasta con los sándwiches.

Me apoyo en la encimera, viéndola devorar la comida. Es extrañamente satisfactorio. —¿Cuándo fue la última vez que alguien te cuidó?

Hace una pausa a mitad de bocado. —Yo me cuido sola.

Le lanzo una mirada severa.

Me mira fijamente. Muy en serio. —Esa es parte de la razón de mis vacaciones en Italia.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros. Demasiado sinceras para lo que sea que estemos fingiendo que es esto.

—¿Al sofá? —pregunto cuando termina el sándwich.

—Al sofá.

Nos trasladamos al salón. Ella se acurruca en una esquina y yo ocupo la otra. Manteniendo una distancia prudencial. Como si eso sirviera de algo.

—Cuéntame lo de Emily —dice ella.

—¿Por qué?

—Porque me voy mañana y esta noche nos estamos sincerando.

Justo.

—Nos conocimos cuando yo todavía estaba en la facultad de Derecho —las palabras salen con más facilidad de lo esperado—. Ella era... todo. Inteligente. Decidida. Entendía las horas de trabajo, la presión. Teníamos sentido sobre el papel.

—¿Pero no en la realidad?

—Yo pensaba que sí. Seis años. Teníamos un piso juntos. Planeábamos un futuro —me quedo mirando al techo—. Dos semanas antes de la boda, llegué a casa antes de tiempo. La encontré en nuestra cama con otro.

—Joder.

—Sí —me río, pero suena amargo—. ¿Lo mejor de todo? Llevaba meses viéndose con él. Usando mi dinero para pagar sus citas. Agotó nuestras tarjetas de crédito comprándole cosas.

—Dean...

—Dijo que yo era demasiado. Demasiado intenso. Demasiado centrado en el trabajo —miro a Poppy—. Demasiado Dean.

—Eso es una soplapollez.

—¿Lo es?

—Sí —se acerca un poco más.

Mi pecho reacciona de forma compleja. —Poppy...

—Lo sé. Un momento inoportuno. Un lugar equivocado. Todo mal —se ríe, pero se le humedecen los ojos—. La historia de mi vida.

—Cuéntame.

—¿Qué?

—Tu historia. La de verdad. Por qué estás huyendo de verdad a Italia.

Se encoge, abrazando sus rodillas. —Me despidieron —dice de repente.

—¿Qué?

—El día que llegué. Mi jefe me llamó. Me despidió por teléfono mientras conducía hacia aquí —ahora no me mira—. Esta boda iba a ser mi regreso. Mi prueba de que podía hacer esto por mi cuenta.

—Y lo hiciste.

—¿Lo hice? ¿O simplemente tuve suerte con un abogado que toca la guitarra y su hermano amante del caos?

Se acerca más. Lo suficiente para que pueda oler su champú. Para ver las tenues pecas en su nariz. Para contar todas las formas en que esto me va a doler mañana.

—Oye —la cojo de la barbilla. La obligo a mirarme—. Has sacado adelante una boda perfecta sin equipo, sin ayuda y con una cabra poseída en tu contra.

Se ríe y el sonido me golpea de lleno en el pecho. —George no está poseído.

—Es discutible —recorro con el pulgar su mandíbula—. Eres increíble. Lo sabes, ¿verdad?

—Soy un desastre.

—Eres mi desastre.

Las palabras quedan flotando. Es demasiado. Demasiado real.

—Por esta noche —añado.

—Claro. Por esta noche.

Me besa. Suavemente. Despacio. Como si tuviéramos un tiempo que en realidad no tenemos.

La atraigo más hacia mí, hasta que se sienta en mi regazo. Sus manos se enredan en mi pelo, mis brazos rodean su cintura y a la mierda la precaución.

—Dean —exhala contra mi boca; mi nombre suena a plegaria y a pregunta al mismo tiempo.

—Lo sé —las palabras resuenan entre nosotros, reconociendo todo lo que no estamos diciendo.

—Deberíamos parar —pero mientras lo dice, sus dedos se aprietan en mi pelo, manteniéndome junto a ella.

—Seguramente —no suena muy convencido. Yo no estoy convencido.

Pero ahora me está besando el cuello y mi cerebro sufre un cortocircuito. Sus dientes rozan el punto donde late mi pulso, y...

—Poppy —gimo, el sonido sale roto y desesperado.

Se aparta lo justo para mirarme, con los labios hinchados y respirando con dificultad. —¿Demasiado?

—No es suficiente —mis manos suben por su espalda, presionándola contra mí—. Nunca es suficiente.

Se aparta un poco más, mirándome con los ojos oscurecidos, las pupilas dilatadas. Su pecho sube y baja con fuerza, su vestido está descolocado. —No podemos.

—Lo sé —pero mis manos permanecen en su cintura, con los pulgares trazando lentos círculos que contradicen mis palabras.

—Me voy —su voz se quiebra al decir la palabra, y algo en mi pecho se rompe con ella.

—Lo sé —el recordatorio se interpone entre nosotros como una tercera persona, inoportuna e innegable.

Nos miramos fijamente. El peso de todo lo que no decimos nos roba el aire de la habitación.

Entonces, ella bosteza.

Está agotada. Lleva días al límite de sus fuerzas, y aquí estoy yo manteniéndola despierta porque no puedo dejarla ir.

—Necesitas dormir —le digo.

—Tengo que hacer la maleta.

—Hazla mañana.

—Mi vuelo...

—Es a las dos. Puedes hacer la maleta por la mañana.

Debería discutir. Debería volver a la casa de invitados. Debería poner distancia entre nosotros mientras pueda.

En lugar de eso, se acurruca contra mi costado. Apoya la cabeza en mi hombro. —Cinco minutos.

—Claro.

—Lo digo en serio. Solo cinco minutos y luego me voy.

—De acuerdo.

Su respiración se acompasa antes de que pasen tres.

Me quedo ahí sentado, con su peso contra mí, mirando el reloj. Las 12:47 de la madrugada.

Trece horas.

Se mueve en sueños. Se acurruca más. Su mano busca la mía, entrelazando nuestros dedos como si pertenecieran el uno al otro.

Debería despertarla. Mandarla a la cama. Protegernos a ambos de lo que sea en lo que se está convirtiendo esto.

En lugar de eso, la abrazo con más fuerza.

Porque en trece horas ella se habrá ido.

Y yo volveré a ser el tío que no siente cosas.

Solo que ahora sé que ese tipo era una farsa.

Ahora sé lo que se siente al tener a Poppy Monroe dormida en mis brazos.

Y mañana, tengo que dejarla marchar.

Cierro los ojos. No para dormir. Solo para memorizar esto.

Su peso.

El sonido de su respiración.

La forma en que encaja conmigo, como si siempre hubiera debido estar aquí.

Trece horas.

Capítulo veintisiete
La mañana siguiente
Poppy

Me despierto en la casa de invitados a las 6:47 a. m. y me duele todo el cuerpo como si me hubiera atropellado un camión llamado Decisiones de Mierda.

El sofá. Es verdad. Me quedé dormida en el sofá de Dean hasta pasada la medianoche y luego vine arrastrándome hasta aquí como una especie de mártir de novela romántica. Porque quedarme habría significado... ¿qué? ¿Admitir que quería algo más que mimos por el cansancio posboda?

El móvil vibra con un recordatorio de vuelo.

Facturación ya disponible.

Genial. Gracias, móvil. Súper útil.

George bala desde el porche, porque se ve que ahora es mi compañero de piso.

—Buenos días, capullo —murmuro, poniéndome en vertical a duras penas.

Vuelve a balar. Más fuerte. Como si mis elecciones de vida le ofendieran personalmente.

—Sí, bueno, únete al club.

Camino tambaleándome hasta la puerta y allí está: mi terapeuta-cabra demoníaco, ya juzgándome con esas espeluznantes pupilas rectangulares.

—¿Qué? —le pregunto—. ¿Quieres consejos de vida? ¿De mí? ¿De la mujer que acaba de pasarse una semana enamorándose de alguien que no está disponible en absoluto?

Da un cabezazo al marco de la puerta.

—Exacto. Eso pensaba yo.

Dejo la puerta abierta, porque para qué luchar contra ello, y empiezo a meter ropa en mi maleta a toda prisa. El vestido verde discreto de la cena de ensayo. El vestido de seda color vino de anoche. Los tacones que fueron testigos de cómo me peleaba con

una carpa en mitad de una tormenta. La agenda de repuesto que no necesité porque resulta que se me da muy bien memorizar escenarios de desastre.

George entra deambulando y se acomoda en la alfombra como si fuera el dueño del lugar.

—¿Sabes qué es lo más fuerte? —le digo, doblando mal una camiseta—. Que de verdad me lo imaginé. Todo.

Inclina la cabeza.

—No en plan campanas de boda y bebés —lanzo un zapato en la dirección general de mi maleta—. Solo... los martes por la noche, discutiendo por qué comida pedir. Él aceptando que a veces voy a priorizar mi trabajo sobre la comida, el sueño y la interacción humana básica. Yo aceptando lo mismo de él. Peleándonos por el termostato. Estupideces normales de pareja.

George bufa.

—Ya, ¿verdad? Apenas nos conocemos. Eso no es... la gente no hace eso...

Me detengo. Me siento en la cama. Me quedo mirando mi desastre a medio empaquetar.

—Pero fue bastante intenso —admito—. Vivir en su propiedad. La presión de la boda. Todo se aceleró, ¿sabes? Como un campamento militar de relaciones.

George mastica pensativo lo que parece ser el cable de mi cargador del móvil.

—¡Eh! ¡No! —se lo quito de un tirón—. Lo necesito para Italia.

Italia. Cierto. Mi gran plan de escape. Una semana de pasta y vino y, definitivamente, no pensar en los ojos de Dean Whitaker. O en su risa. O en la forma en que se veía anoche vestido con esmoquin y bailando con una de sus primitas.

—No. —Me pongo en pie—. No voy a entrar ahí.

Ataco la maleta con renovada determinación. George observa, ofreciendo de vez en cuando comentarios en forma de balidos agresivos.

—¿Qué esperaba? —le pregunto—. ¿Que me persiguiera hasta el aeropuerto? ¿Que me suplicara que me quedara? Eso no... eso son chorradas de comedia romántica. Esto es la vida real.

Aunque lo de anoche pareció muy de comedia romántica, con el baile y la guitarra y la forma en que él...

—Para —le digo a mi cerebro—. Además —continúo, metiendo botes de productos en mi neceser—, ambos tenemos carreras. Carreras importantes. La suya está aquí, la mía es... —hago una pausa—. Inexistente. Pero volverá a existir. En California. Donde vivo yo.

George me mira con escepticismo.

—No me mires así. Se llama ser un adulto. Tomas decisiones racionales basadas en la lógica, no en cómo suena la voz de alguien cuando dice tu nombre.

Poppy.

Maldita sea. Incluso en mi memoria, me destroza.

Mi móvil vibra. Es CeCe.

CECE: *¿Estás despierta? ¿Café antes del aeropuerto?*

YO: *Haciendo maletas. Pásate cuando quieras*

CECE: *Llevo dulces y pañuelos*

YO: *¿Para qué los pañuelos?*

CECE: *Porque te conozco*

Uf.

Touché.

Termino de hacer la maleta —mal— y me meto en la ducha. El agua sale perfecta, lo cual parece un ataque personal. Hasta la casa de invitados está intentando que me ponga triste por irme.

—Céntrate —murmuro, enjabonándome con agresividad.

Para cuando llega CeCe, ya estoy vestida y fingiendo ser un ser humano funcional. Me echa un vistazo y niega con la cabeza.

—Ay, cielo.

Levanto la vista mientras cierro la cremallera de mi maleta, ya a la defensiva. —¿Qué?

Deja los dulces y el café, examinando mi cara con esa mirada de saberlo todo. —Llevas tus sentimientos escritos en la cara.

—No es cierto. —Pero mi mano va a mi mejilla automáticamente, como si pudiera borrarlos de un manotazo.

—Estás literalmente haciendo pucheritos.

Me tiende un croissant de chocolate y un café que huele a gloria y a malas decisiones.

—Cuéntame —dice, acomodándose en la cama y dando palmaditas en el espacio a su lado.

—No hay nada que contar. —Doy un mordisco enorme al croissant, masticando deliberadamente—. La boda ha terminado. Me voy a Italia. Fin de la historia.

—Ajá —bebe un sorbo de su café, esperando—. ¿Y Dean?

Solo el nombre hace que se me encoja el estómago. —¿Qué pasa con él?

—Poppy. —No es una pregunta. Es una acusación envuelta en preocupación.

Me trago el bocado más delicioso de croissant, ganando tiempo. —¿Qué? Tuvimos un momento. Ahora el momento se ha acabado. Así es como funcionan las cosas. —Ojalá no fuera así, pero lo es.

—Un momento —repite ella, arqueando las cejas—. ¿Así es como lo llamamos?

Me concentro en mi croissant como si contuviera los secretos del universo. —Sí.

—¿No como «la primera vez que has conectado con un tío en tres años»?

—Qué dramática eres.

—¿Ni «el único tío que ha conseguido que te olvides de tu lista de tareas»?

—Eso no es...

—¿Ni «la razón por la que has estado iluminada como un faro toda la semana»?

—No he estado iluminada.

George bala en lo que suena sospechosamente a un desacuerdo.

—Hasta la cabra sabe que mientes —dice CeCe.

Me desplomo a su lado, sintiendo cómo se me agotan las ganas de pelear. —No importa. No me pidió que me quedara.

—¿Se lo pediste tú a él? —deja su café y se gira para mirarme de frente.

—Eso no... no. ¿Por qué iba a hacerlo? —Juego con el croissant, deshaciéndolo en trocitos pequeños.

—¿Porque estás enamorada de él?

La palabra queda suspendida en el aire como un desafío.

Mis manos se quedan quietas. El croissant se desmigaja olvidado en mi regazo. Mi corazón está haciendo algo arrítmico y doloroso en mi pecho.

—No estoy... apenas nos... no es posible, CeCe.

—¿Y? —Su expresión es seria, inquebrantable.

—¡Y que la gente no se enamora en una semana! —Me quito las migas de croissant de la mejilla con más fuerza de la necesaria.

—¿Quién lo dice?

—Lo dice... no sé. La ciencia. La lógica. El sentido común.

—Claro. Porque tú eres una gran fan del sentido común —señala el caos a nuestro alrededor—. ¿Es por eso por lo que estás huyendo a Italia?

—No estoy huyendo. Ha estado planeado durante meses.

—Conveniente. —Asiente, pero no hay juicio en su tono. Solo una triste comprensión.

Me levanto, necesitando moverme, y camino hasta la ventana. La casa principal está ahí, perfecta y evocadora bajo la luz de la mañana.

—¿Qué se suponía que debía hacer? —pregunto en voz baja, con mi aliento empañando el cristal—. ¿Esperar por aquí con la esperanza de que de repente le surjan sentimientos? ¿Suplicarle que intentáramos una relación a distancia?

—¿Quizá decirle cómo te sientes? ¿Y partir de ahí?

—No... —Me detengo. Ya ni siquiera puedo mentir sobre esto. Mi reflejo me devuelve la mirada, con los ojos hundidos y cansados—. No importa cómo me sienta yo. Él tiene su vida, yo tengo la mía. Así es como funciona.

—Así es como funciona cuando tienes miedo —dice CeCe con suavidad.

Se me tensan los hombros, defensiva. —No tengo miedo. Soy práctica.

—Cielo. —Se levanta y viene a mi lado a la ventana—. Organizaste una boda sin equipo. Te peleaste con una carpa en una tormenta. Domaste a George. —Señala a la cabra, que ahora se está

comiendo el cable de mi portátil—. Eres la persona con menos miedo que conozco. Excepto cuando se trata de esto.

—Esto es diferente.

—¿Por qué?

Porque esto importa. Porque él importa. Porque puedo aguantar perder clientes y trabajos y mi dignidad, pero no estoy segura de poder aguantar perder algo que nunca tuve realmente.

Me aparto de la ventana, de la vista de su casa. —Tengo un brunch al que ir —digo en su lugar.

CeCe suelta un suspiro largo y decepcionado. —Vale. La gira de despedida.

—Ivy pidió específicamente...

—Lo sé. Yo te llevo. Ya está cogiendo sus llaves, resignada.

—No hace falta que...

—Sí, hace falta. Porque vas a ir a fingir que todo está bien cuando las dos sabemos que te estás muriendo por dentro.

—Qué dramática.

—Qué precisa.

No le falta razón. ¿Pero cuál es la alternativa? ¿Llorar sobre mi croissant por unos sentimientos que no debería tener hacia un tío que apenas conozco?

No. Voy a ir a ese brunch. Voy a sonreír y a abrazar a la gente y a fingir que no siento que se me hunde el pecho. Luego me subiré a un avión rumbo a Italia, donde me comeré mis sentimientos en forma de pasta como una persona normal.

—Además —le digo a CeCe mientras salimos, agarrando mi bolso y evitando mirar de nuevo la casa principal—, no me he tomado unas vacaciones de verdad en tres años. Cada fin de semana ha sido una boda. Me lo merezco.

—Te mereces muchas cosas —murmura, sujetando la puerta abierta.

—¿Qué?

—Nada. Sube al coche.

Me giro hacia George, que observa desde el porche con lo que juraría que es decepción.

—No me mires así —le digo—. Esto es lo que hay que hacer.

Bala.

—Tomo nota de tu opinión y la ignoro.

Pero mientras nos alejamos en el coche, no puedo quitarme de encima la sensación de que estoy dejando atrás algo más que una casa de invitados.

Estoy dejando el primer lugar que he sentido como un hogar en años.

Y a la primera persona que ha hecho que quiera quedarme.

Capítulo veintiocho
La gira de despedida
Poppy

El club de campo huele a dinero viejo y a arrepentimiento. Perfecto.

Estoy haciendo eso de merodear cerca del puesto de mimosas como si fuera la base a salvo en un juego de pillar muy malo. Dean está al otro lado del salón hablando con su madre, y yo finjo que el zumo de naranja requiere toda mi atención.

—Estás comportándote de forma rara —murmura CeCe a mi lado.

—Estoy siendo estratégica.

—Te estás escondiendo detrás de un zumo de frutas.

—Escondiéndome estratégicamente.

Ella coge una mimosa. Se bebe la mitad de un trago. —Simplemente ve a hablar con él.

—Paso.

—Poppy...

—¡Mira, ahí está Ivy!

Abandono a CeCe y sus ojos criticones y voy directa hacia la novia. Territorio seguro.

Ivy está radiante con ese brillo de recién casada, toda suavidad y felicidad boba. Mason la rodea con el brazo y están haciendo eso de no poder dejar de tocarse. Pequeños roces. Dedos entrelazados. Muestras de afecto casuales que hacen que me duela el pecho.

—¡Poppy! —Ivy se zafa para abrazarme—. Dime que aún no te vas.

—El vuelo sale a las dos.

—¡Italia! —da un pequeño saltito—. Qué envidia me das. Por favor, cómetelo todo.

—Ese es el plan.

Mason se une al abrazo, porque se ve que ahora somos esa clase de gente. —En serio, Poppy. No podemos agradecértelo lo

suficiente.

—Solo hacía mi trabajo.

—Ni hablar —dice él—. Fuiste mucho más allá. Solo lo de la guitarra...

Se me revuelve el estómago. —Eso fue todo cosa de Dean.

Intercambian una de esas miradas de gente casada. Genial. Lo saben. Todo el mundo lo sabe. El mundo entero sabe que pasé la noche de ayer en el sofá de Dean Whitaker como una patética...

—¿Poppy?

Su voz me golpea como algo físico. Grave. Cautelosa. Demasiado cerca.

Me giro. Intento parecer natural. —Hola.

Parece cansado. Un cansancio del bueno, pero aun así. Su pelo está haciendo eso de intentar despeinarse pero sin terminar de decidirse. Lleva vaqueros y una camisa de botones que probablemente vale más que la letra de mi coche.

—Hola —dice él.

Hola. ¿Ya está? ¿Eso es todo lo que tenemos?

Ivy se aclara la garganta. —Vamos a... echar un vistazo al bufé.

—El bufé está bien... —empieza Mason.

Ella se lo lleva a rastras. Tan sutil como un ladrillazo.

Y entonces nos quedamos solos. Demasiado cerca el uno del otro. O no lo suficiente.

—Bueno —digo.

—Bueno.

Conversación de calidad. Lo estamos bordando con esto de la despedida.

—Te has ido temprano —dice él en voz baja.

—Tenía que hacer la maleta.

—Claro. La maleta.

Está haciendo algo con la mandíbula. Un gesto tenso que significa que está pensando demasiado.

—Dean...

—Que tengas un buen vuelo.

Espera. ¿Qué?

—¿Eso es... eso es todo?

Algo cruza su rostro fugazmente. —¿Qué más hay?

Quédate. Pídeme que me quede. Dime que lo de anoche significó algo. Dime que esta semana significó algo. Dime que no soy la única que se está ahogando aquí.

—Nada —digo en su lugar—. Solo... ya sabes. Gracias por dejarme usar tu casa de invitados.

—Es lo que acordamos.

Cierto. Nuestro acuerdo de negocios. Qué tonta por mi parte pensar...

—Cuida de George —suelto de repente.

Su boca hace un amago de mueca. Casi una sonrisa. —George no es mi responsabilidad.

—Alguien debería decírselo a George.

—Lo añadiré a mi lista.

Nos quedamos mirándonos. Sus ojos están llenos de algo... pero no sé identificar qué es. El salón es demasiado ruidoso. Demasiado brillante. Demasiado lleno de gente que no está teniendo la despedida más incómoda del mundo.

—Debería... —hago un gesto vago hacia la salida, con las palabras atascadas en la garganta como cristales rotos.

—Sí. —Su voz es plana, resignada. Como si estuviéramos hablando del tiempo en lugar de lo que sea que ha sido esto entre nosotros.

Pero entonces alarga la mano y sus dedos apenas rozan mi muñeca. El contacto es tan leve que podría habérmelo imaginado, a no ser por la forma en que me arde la piel donde me ha tocado.

—Poppy.

Me quedo helada. Mi nombre en sus labios no debería sonar como una oración y un adiós al mismo tiempo, pero así suena.

—Ten cuidado —dice.

Las palabras me golpean como agua fría. ¿Ten cuidado? ¿Eso es lo que vamos a decir? Nada de «te echaré de menos» o «esto ha sido increíble» o «por favor, no te vayas». ¿Qué tenga puñetero cuidado? Una elección extraña, pero vale.

—Siempre lo tengo —miento, forzando las palabras a través del nudo de mi garganta.

Me suelta. Da un paso atrás. La distancia entre nosotros bien podría ser un océano. Y ya está. Esa es nuestra despedida. Sin fanfarrias ni declaraciones dramáticas. Solo dos personas fingiendo que esto no duele tanto como duele.

Me doy la vuelta y me alejo antes de hacer alguna estupidez. Como llorar. O gritar. O preguntarle qué demonios fue lo de anoche si así es como termina. Mis pies me llevan hacia la puerta en piloto automático mientras mi corazón se queda atrás, repartido en pedazos por el suelo.

CeCe me intercepta en la puerta, con su puntería impecable de siempre. —¿Estás bien?

—De maravilla. —El sarcasmo gotea de mi voz como si fuera veneno.

—¿Tan mal ha ido?

—Me ha dicho que *tenga cuidado*. —Las palabras salen como una acusación, como si CeCe fuera de algún modo responsable de su cobardía emocional.

—Oh, cielo. —Su voz suena suave, comprensiva.

—Como si fuera su tía abuela yéndome de crucero. O su sobrina alojándose en un hostal de mala muerte. —La comparación sería graciosa si no doliera tanto.

—Quizá él solo...

—No. —Le agarro el brazo, probablemente con más fuerza de la necesaria—. Solo... ¿podemos irnos? ¿Por favor?

Ella asiente, con la comprensión escrita en su rostro. Nos dirigimos juntas a la salida y no miro atrás. No puedo mirar atrás. Porque si lo hago, si lo veo ahí de pie viéndome marchar, puede que no tenga fuerzas para seguir caminando.

Porque si lo hago, si lo veo ahí con ese estúpido gesto de la mandíbula y esos estúpidos ojos tristes, puede que...

—¡Poppy!

Gloria aparece como un ángel de la guarda cubierto de lentejuelas, bloqueando nuestra huida. Cómo no. Mi tía tiene una puntería impecable para las intervenciones emocionales.

—Tía Gloria. Hola. —Mi voz sale más queda de lo que pretendía.

Estudia mi rostro con esos ojos suyos que todo lo ven. —Oh, cariño.

—Estoy bien. —La mentira me sabe amarga en la lengua.

—Mentirosa. —Me acaricia la mejilla con una mano de manicura perfecta—. Pero no pasa nada. A veces necesitamos mentir hasta que se convierte en verdad.

—Yo no...

—Italia te va a sentar bien —dice con firmeza, cortando mi débil protesta—. Un poco de distancia. Y perspectiva, pasta y prosecco.

Asiento, sintiéndome entumecida. El intento de humor sale automáticamente. —Las tres pes de la curación.

—Exacto. —Me atrae hacia un abrazo que huele a pachulí y a posibilidades. El aroma familiar amenaza con echar abajo todos mis muros cuidadosamente construidos—. Pero, ¿Poppy?

—¿Sí?

—Cuando estés lista, no dejes que el miedo tome tus decisiones.

—No estoy...

—Sí, lo estás haciendo. Los dos lo estáis haciendo. —Se aparta y me lanza esa mirada que ve demasiado, sabe demasiado y comprende cosas que ni yo misma me he admitido—. El orgullo es un compañero de cama muy frío, cielo.

—Gloria...

—Vete. Coge tu vuelo. Come gelato. Encuentra tu alegría. —Me besa la frente como hacía cuando era pequeña y el mundo era más sencillo—. Pero recuerda: correr hacia algo y huir de algo se sienten igual hasta que te detienes.

Sabiduría críptica de tía. Mi favorita. Justo lo que necesito cuando ya tengo el corazón hecho añicos.

CeCe me tira del brazo. —Venga. El tráfico se va a poner imposible.

Dejo que me guíe fuera. Por el vestíbulo excesivamente decorado. Paso el puesto del aparcacoches. Hacia el coche, donde por fin, por fin, puedo respirar.

—Eso ha sido...

—No —la corto—. Solo... conduce.

Ella conduce.

Me quedo mirando por la ventana, viendo Nueva York pasar borrosa, e intento no pensar en Dean allí plantado en ese estúpido club de campo con su estúpida cara perfecta y su estúpido «ten cuidado».

No ha sido mucho tiempo.

Apenas poco más de una semana.

Pero en ese tiempo... caos, cabras, sonrisas reacias que se sentían como victorias.

En ese tiempo, lo vi abrirse poco a poco a mí, solo para cerrarse de golpe en cuanto las cosas se volvieron reales. En ese tiempo, me pareció que pasaba toda una vida, y ahora simplemente... se ha acabado.

—Oye —dice CeCe en voz baja—. Por lo que valga... creo que él quería decir algo más.

—Ya, bueno. —Me limpio la mejilla. Uf, las alergias—. Querer y hacer son cosas distintas.

—Quizá...

—¿Podemos dejarlo? ¿Por favor? Necesito no pensar en ello hasta que lleve al menos tres copas de vino en Italia.

—Vale.

—Vale.

Más lágrimas corren silenciosas por mis mejillas.

El aeropuerto se divisa al fondo. Mi gran escapatoria. Mi gran aventura. Mis vacaciones de «aquí no huye nadie».

—¿Seguro que estás bien? —pregunta CeCe mientras se detiene ante la zona de salidas.

—Estoy genial. Viviendo el sueño. A punto de comer mi peso corporal en carbohidratos.

—Poppy.

—Estaré bien —digo. Más suave esta vez—. Solo... necesito irme.

Me abraza por encima de la consola central. —Envíame un mensaje cuando aterrices.

—Lo haré.

—¿Y Poppy? Quizá solo necesite tiempo para...

—CeCe. *Por favor*. Por el amor de...

—Vale. Me callo.

Cojo mis maletas. Me dirijo a las puertas automáticas.

Salidas internacionales.

No mires atrás.

No pienses en él.

No te preguntes si él se estará preguntando dónde estoy.

Solo vete.

Porque Gloria se equivoca. A veces, huir es exactamente lo que necesitas.

Aunque sientas que te dejas medio corazón atrás.

Capítulo veintinueve
La misma mierda de siempre
Dean

La sala de juntas huele a decepción y a café carísimo. Como siempre. Solo que ahora lo detesto.

—...las proyecciones trimestrales muestran un aumento del quince por ciento en las horas facturables —suelta Gideon con voz monótona.

Se supone que me importa. Es mi trabajo. Preocuparme por las horas facturables, los índices de éxito y cualquier otra métrica castrante que estemos midiendo esta semana.

En lugar de eso, observo a una paloma que, fuera, está destrozando sistemáticamente el almuerzo de alguien. Bien por ti, paloma. Préndele fuego a todo.

—¿Dean?

Mierda.

—¿Qué?

Gideon me lanza esa mirada. La que dice: «presta atención, capullo». —¿Tu opinión sobre el acuerdo de los Morrison?

¿Mi opinión? Mi opinión es que han pasado tres días desde que Poppy se fue y Muffin no deja de arañar la puerta de la casa de invitados, como si estuviera esperando a alguien que no va a volver nunca.

—Agresivo pero justo —digo. Respuesta segura. Siempre funciona.

—Eso es lo que dijo sobre el caso Henderson.

—¿Y?

—El caso Henderson era una disputa por la custodia. Este implica un chantaje.

Joder.

—Ya. Quería decir agresivo pero... fraudulento.

La sala se queda en silencio. Ese silencio especial que se produce cuando acabas de soltar una estupidez soberana.

—Se levanta la sesión —dice Feldstein. Su voz podría congelar el infierno.— —Dean. Quédese.

Todos van saliendo. Gideon me lanza una mirada de «¿pero qué cojones te pasa?». Yo le devuelvo una de «no te metas en lo que no te importa».

—¿Quiere decirme dónde tiene la cabeza? —pregunta Feldstein en cuanto nos quedamos solos.

—Aquí mismo.

—Mentira. —Se echa hacia atrás. Me estudia como si fuera un problema que resolver—. Últimamente no está centrado. Está distraído. Es descuidado.

—He estado...—

—Se le pasó el plazo de los Patterson.

—Durante una hora.

—Llamó a la parte contraria por el nombre equivocado. Dos veces.

—Todos me parecen iguales.

—Dean. —Su voz se vuelve suave. Peligrosa—. Di la cara por usted. Les dije a los socios que estaba listo. Que podría soportar la presión.

—Puedo.

—¿Seguro? —Se levanta. Camina hacia la ventana. Mira hacia fuera— Porque, desde donde yo estoy sentado, parece que algo le tiene trastornado.

«Alguien», apunta mi cerebro servicialmente. Alguien me tiene trastornado. No algo. Gran diferencia.

—Estoy bien.

—No. No lo está. —Se da la vuelta— Tómese la semana libre. Aclárese las ideas. Vuelva listo para trabajar o no vuelva.

—¿Me está suspendiendo?

—Lo estoy salvando de sí mismo. —Se dirige a la puerta, hace una pausa— Sea lo que sea lo que pasó en el norte, arréglelo o olvídelo. Pero decídase.

La puerta se cierra con un clic que suena definitivo.

Me quedo ahí sentado diez minutos. Mirando a la nada. Maldita sea.

Esto no pinta nada bien.

Muffin está en mi porche cuando llego a casa. De nuevo. Porque, por supuesto, ahí está.

—¿Qué haces aquí? ¿No te habías quedado con Nadine mientras yo estaba en el trabajo? —le pregunto.

Se acerca contoneándose, resopla y luego se dirige directa a la casa de invitados.

—No. —La sigo— Ya hemos hablado de esto.

Ras, ras, ras.

—Ella no está ahí.

Ras, ras, ras.

—Venga, Muffin.

Me mira con esos estúpidos ojos tristes. Como si yo fuera el imbécil por señalarle la realidad.

—Lo sé —murmuro—. Yo también la echo de menos.

Las palabras se me escapan antes de poder frenarlas. Muffin ladea la cabeza como diciendo: «por fin, un poco de sinceridad».

—Pero echar de menos a la gente no hace que vuelvan. —La cojo en brazos— Créeme. Soy un experto.

La llevo de vuelta a mi casa. Se queda lacia, en modo resistencia pasiva total.

—Te estás poniendo dramática.

Se tira un pedo.

—Eso ha sido muy ruin.

Dentro, la dejo en su sitio designado. Inmediatamente se levanta y vuelve a la puerta contoneándose.

—No vamos a volver a empezar con esto.

Ras, ras, ras.

—Muy bien. Quédate ahí. A ver si te crees que me importa.

Preparo café. Reviso correos. Finjo revisar un informe. Muffin sigue arañando.

—¿Sabes cuál es tu problema? —le digo— Que no sabes cuándo rendirte.

Hace una pausa. Me mira. Vuelve a sus arañazos.

—Se ha ido, ¿vale? Se ha ido a Italia. Probablemente esté bebiendo vino y... comiendo pasta y... siendo feliz sin nosotros.

Muffin gimotea.

Caliento un poco de risotto que sobró en el microondas y me lo como directamente del táper, de pie junto a la encimera de la cocina, mientras Muffin suspira sobre su cuenco. La mesa del comedor está al otro lado de la habitación, puesta con exactamente cero cubiertos, rodeada de sillas que no he usado desde la noche que le hice risotto a Poppy. Construí esta vida para la eficiencia. Para el orden. Y sin embargo, últimamente, solo soy capaz de ver el espacio vacío donde podría haber algo. Donde debería haber algo.

Enjuago el recipiente, limpio la encimera impecable y vuelvo a abrir el ordenador.

No hay nada más solitario que el silencio fingiendo ser paz.

El móvil vibra. Un correo del trabajo. Lo borro sin leerlo.

—¿Quieres que te cuente algo que me jode? —Me siento en el suelo junto a Muffin—. Me parece oler su perfume. En todas partes. ¿Cómo es posible que el perfume de alguien dure tanto?

Muffin se acomoda a mi lado, dándose por vencida con la puerta por fin.

—Ayer encontré una horquilla en mi sofá. Así, sin más. Como si fuera su sitio.

Apoya la cabeza en mi rodilla. Le doy unas palmaditas suaves.

—Y George no se calla. Se queda ahí en el césped gritándole a la nada. Nadine dice que está «procesando». —Suelto un suspiro— Recuérdame que tengo que pedirle más pienso de cabra por Amazon, por cierto.

Un suave resuello. La versión de Muffin de estar de acuerdo.

—Ten cuidado —me murmuro a mí mismo, sentado en el suelo del salón con Muffin despatarrada sobre mi regazo— Eso fue lo que le dije. Después de todo lo que pasó entre nosotros, le dije que tuviera cuidado.

Las palabras me saben a arrepentimiento cada vez que las reproduzco en mi cabeza. Lo cual ocurre aproximadamente cada cinco minutos.

No dejo de ver la mirada que tenía cuando se lo dije. Como si le hubiera dado una patada a algo pequeño e indefenso. O como si hubiera destruido una pequeña parte de ella. Lo detesto. Me detesto a mí mismo aún más.

Quería decirle más cosas. Dios, quería decírselo todo. Las palabras estaban ahí mismo, atrapadas en mi garganta como fragmentos de cristal. Pero quizá ese sea el problema: ella me hace sentir cosas que no sé nombrar. Cosas que, definitivamente, no puedo permitirme desear.

Suspiro, pasando la mano por el pelaje de Muffin. —Podría haber dicho cualquier otra cosa. «Gracias». «Te echaré de menos». «Por favor, no te vayas». Pero no. Salté con un «ten cuidado» como si fuera su maldito agente de viajes.

—Vaya, pero qué acogedor.

Levanto la vista. Nadine está en el marco de la puerta porque se ve que ya nadie llama antes de entrar.

—Se llama depresión —digo con voz plana.

—Se llama martes por la tarde. —Entra como Pedro por su casa, por supuesto— ¿Le está molestando Muffin?

—Siempre.

—¿Quiere que me la lleve?

—No. —La palabra sale más cortante de lo que pretendía.

Ella levanta una ceja. —¿No?

—Está... bien. Tenemos un sistema.

—Ya veo. —Se acomoda en mi sofá sin que la inviten, haciendo como si la casa fuera suya— ¿Cómo va el trabajo?

Me apoyo contra la pared con los brazos cruzados. —Fantástico.

—¿Por eso está en casa a las dos de la tarde de un martes? —Su tono es demasiado perspicaz, demasiado afilado.

—He terminado temprano. —Evito sus ojos, concentrándome en Muffin en su lugar.

—¿Y ayer? ¿También terminó temprano?

La miro con hostilidad. —¿Me está espiando?

—Tengo una cámara Ring. Y demasiado tiempo libre. —Me estudia con esos ojos agudos a los que no se les escapa nada—. Tiene un aspecto terrible, por cierto.

—Gracias.

—¿Por qué no se ha afeitado? ¿Y cuándo fue la última vez que comió comida de verdad?

—Como.

—El whisky no es comida.

—Está hecho de grano.

—Dean. —Su tono lleva esa advertencia que he oído mil veces.

—¿Qué quiere, Nadine?

Se queda callada un momento. Eso nunca es bueno. El silencio se tensa entre nosotros como un cable tirante.

—¿Cuánto tiempo piensa estar deprimido de esta manera? —pregunta finalmente.

Se me encoge el pecho de una forma estúpida y dolorosa. —No estoy deprimido.

—Está sentado en el suelo con mi perra discutiendo sobre horquillas. —Señala nuestra patética estampa.

—Eso era una conversación privada. —Le rasco detrás de las orejas a Muffin, a la defensiva.

—Dean. —Su voz se suaviza, lo cual es de alguna manera peor que su juicio—. Le ha calado hondo, ¿verdad?

No respondo porque ¿para qué? Los dos sabemos la verdad. El silencio flota pesado, sofocante.

—Está en Italia —suelto de repente, las palabras escapándose antes de que pueda detenerlas.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque es allí donde dijo que iba a ir. —Aprieto la mandíbula.

—Pero en realidad no ha confirmado...—

—Nadine. —Es una advertencia.

—Solo digo que la gente cambia de planes. —Se encoge de hombros, con excesiva naturalidad.

—Poppy no. Ella es una planificadora. Cumple lo que dice. Es su forma de ser. —Incluso decir su nombre duele. Un estúpido y extraño dolor en el pecho que no se va.

—Hum. —Se levanta y casi puedo ver los engranajes girando en su cabeza—. Bueno. Si está seguro.

—Estoy seguro.

—Aunque Italia es un sitio muy grande. Podría estar en cualquier parte. Roma. Venecia. Ese pueblecito de playa tan mono con los limones...

—Portofino. —La palabra sale de mi boca automáticamente.

—¿Ah, sí? —Su sonrisa es pura maldad— ¿Mencionó ese sitio específicamente?

He caído de lleno en su trampa y los dos lo sabemos.

Se dirige a la puerta con decisión. —Sabe, la casita de invitados está ahí vacía. Podría ser terapéutico echarle un vistazo. Asegurarse de que todo esté... en orden.

Se me tensan los hombros. —No voy a entrar ahí.

—Si usted lo dice. —Hace una pausa en la puerta, jugando su última carta— Aunque a veces la gente se olvida cosas. Quizá quiera asegurarse de que esté lista para el próximo invitado.

—No habrá un próximo invitado. —Las palabras salen duras, definitivas.

—¿Nunca? —Se vuelve, con una ceja levantada.

No respondo porque la idea de que cualquier otra persona esté en ese espacio, en su espacio, hace que me entren ganas de pegar un puñetazo a algo.

—Ya. —Sacude la cabeza como si yo fuera un caso perdido—. Tres años, Dean. Nunca te había visto así.

«Ni yo tampoco», pienso, pero no lo digo.

—Quizá vuelva. —Nadine se encoge de hombros, intentando parecer despreocupada.

Algo se me retuerce en las entrañas: esperanza y pavor entrelazados. —No va a volver. Tiene una vida en California. Un negocio. —Cada palabra es un clavo más en el ataúd de lo que sea que estuvimos a punto de ser.

—Vale. —Se detiene en la puerta para asestar el golpe de gracia — ¿Sabe lo que tiene gracia?

—Nada de esto tiene gracia.

—He vivido al lado suyo tres años. Nunca le había visto sonreír. Ni una sola vez. —Me mira con algo parecido a la lástima—. Una semana con esa chica y sonreía todos los días.

—Eso no es—

—Incluso con la maldita cabra.

Le lanzo una mirada severa porque nada de lo que hacía George tenía gracia. Esa cabra es un desastre.

Ella abre la puerta. —La cabra la hacía reír. Y cuando ella se reía...

—¿Qué?

—Usted sonreía. —Se encoge de hombros como si no acabara de destriparme—. Solo es una observación.

Se marcha.

Me quedo sentado con Muffin, los dos mirando hacia la puerta como idiotas esperando algo que no va a volver jamás.

—No le falta razón —le digo a la perra— Sí que sonreía más.

Muffin gruñe en lo que decido interpretar como un gesto de simpatía.

—¿Y qué? Sonreír está sobrevalorado.

Me lanza una mirada que dice claramente que no me lo creo ni yo.

Tres días. Me parecen una vida entera. Me parece que fue ayer. Me parece que me estoy ahogando en el vacío que ha dejado ella.

—Ten cuidado —vuelvo a mascullar— Qué imbécil integral.

Muffin se apoya contra mi pierna, cálida, sólida y comprensiva.

Al menos alguien lo entiende.

Me obligo a levantarme del suelo, intentando no notar lo vacío que me parece todo.

La misma casa. El mismo trabajo. La misma vida.

Solo que ahora lo detesto.

Todo.

Sin ella aquí para darle un sentido.

Capítulo Treinta
El paraíso está sobrevalorado
Poppy

La villa es estúpidamente preciosa.

En plan, ofensivamente preciosa. Es esa clase de belleza que te dan ganas de darle un puñetazo a algo porque cómo se atreve un lugar a ser tan perfecto cuando tú te sientes tan... no tan perfecta.

Paredes de piedra blanca. Cálidas baldosas de terracota bajo mis pies descalzos. Buganvillas que caen en cascadas púrpuras sobre cada barandilla como si la naturaleza estuviera presumiendo. La piscina de borde infinito se funde con el Mediterráneo, en toda una gama de azules imposibles que duele mirar de lo bonitos que son.

Voy por mi tercer limoncello.

A las dos de la tarde.

Porque eso es lo que se hace en Portofino, ¿verdad? Bebes licor local, te quedas mirando el agua y finges que estás viviendo tu mejor momento.

—Esto es increíble —le digo a nadie.

Las palabras rebotan en las encimeras de mármol.

Doy otro sorbo. Está demasiado dulce. Todo aquí es demasiado dulce. Demasiado brillante. Demasiado de todo.

Mi móvil vibra. CeCe, probablemente. Comprobando cómo estoy de nuevo.

Un vistazo a la pantalla lo confirma.

Sí.

CECE: *¿Cómo va el paraíso?*

Le envío una foto de las vistas. Que piense lo que quiera.

¿La verdad? No estoy bien.

Ni un poquito.

El paraíso es aburrido de cojones cuando estás sola. Pero es algo más que eso.

Deambulo por la villa... porque ¿qué otra cosa voy a hacer? La cocina tiene una de esas cafeteras de lujo que no tengo ni idea de

cómo manejar.

Me desplomo en la cama. Sábanas de mil hilos. Unas vistas dignas de postal.

Y en lo único en lo que puedo pensar es en la casita de invitados de un abogado gruñón que olía a limpiador de limón y venía con un perro pedorro de regalo. El perrito pedorro más mono del mundo...

—Basta ya —me digo a mí misma.

Pero mi cerebro ya está allí. Preguntándose si Muffin echa de menos nuestras caricias matutinas. Si George ha destrozado algo nuevo. Si Dean—

No.

Me incorporo y cojo mi agenda de la mesilla de noche porque, por supuesto, me he traído la agenda a Italia. Paso las páginas, que están absolutamente vacías porque —sorpresa— no tengo planes.

Por primera vez en años, no tengo ningún sitio al que ir. Ningún cronograma que gestionar. Ninguna crisis que resolver.

Se supone que esto debería ser la libertad.

En cambio, parece que me estoy ahogando.

Me sirvo otro limoncello. Salgo a la terraza. El pueblo se extiende abajo como una acuarela: edificios de colores pastel que caen en cascada hacia el puerto, barcos balanceándose como si fueran juguetes, turistas paseando por las calles empedradas.

Precioso.

Vacío.

Incorrecto.

Suena mi móvil. Un número italiano desconocido.

—¿Pronto? —respondo, orgullosa de mi limitado vocabulario italiano.

Una parrafada en italiano me llena el oído. ¿Algo sobre una entrega? ¿Mañana?

—Eh... ¿no parlo italiano? —lo intento.

Más italiano. Más rápido ahora. Frustrado.

—No entiendo... lo siento, yo...—

Cuelgan.

Genial. Hasta Italia piensa que soy un desastre.

Me apoyo en la barandilla. El sol es perfecto aquí. Esa luz dorada del Mediterráneo sobre la que todo el mundo escribe poemas. Sobre la que se cantan canciones. Me hace brillar la piel, vuelve mi pelo de color miel, probablemente esté haciendo maravillas con mi vitamina D.

Lo odio.

—Esto es lo que querías —me recuerdo—. Un descanso. Paz. Nadie que te necesite.

Excepto que, resulta que quizás me gusta que me necesiten. Me gusta estar en medio del caos.

Quizás soy una de esas personas patéticas que solo saben quiénes son cuando están arreglando los problemas de alguien más.

Quizás—

—¡Signora!

Me giro. Hay una mujer en mi puerta. Mayor, con un delantal, sosteniendo lo que parece un plato tapado.

—¿Sí?

Se arranca a hablar en italiano, gesticulando salvajemente. Cazo unas tres palabras. *Benvenuta*. Bienvenida. *Mangiare*. Comer. *Sola?* ¿Sola?

Esta última me duele de una forma extraña.

—Sì —admito—, sola.

Su rostro se arruga con simpatía. Prácticamente me obliga a coger el plato, me da unas palmaditas en la mejilla y hace ruiditos suaves de lástima como si fuera un cachorro abandonado.

Luego se marcha, arrastrando los pies por el camino, probablemente para contarle a todo el vecindario lo de la triste chica americana sola en la gran villa.

Levanto la tapa. Lasaña. Lasaña de verdad, casera, con receta de nonna.

Y, de repente, me pongo a llorar.

Y no son lágrimas bonitas. Son de esas feas que te dejan la cara a manchas y te hacen moquear. Porque una desconocida me acaba de mostrar más calidez que toda esta villa perfecta, y yo estoy aquí en el paraíso compadeciéndome de mí misma, un poco borracha,

mientras en algún lugar de Nueva York hay un hombre que me trajo un sándwich cuando estaba cubierta de agua de cabra.

Me como la lasaña de pie sobre el fregadero como una salvaje.

Está perfecta. Por supuesto que lo está.

Todo aquí es perfecto.

Y nunca me he sentido más sola.

Me sirvo otro limoncello y vuelvo a la terraza.

El sol empieza a ponerse. Todo el cielo está en llamas, volviendo el agua oro líquido. Parejas pasean por la playa, abajo, cogidas de la mano. Un yate pasa deslizándose, con risas flotando en la brisa.

—Ten cuidado —murmuro, burlándome de sus últimas palabras para mí.

¿Qué clase de despedida es esa? ¿Después de una semana de... lo que fuera eso?

Ten cuidado.

Como si fuera una desconocida más. Solo otra organizadora de bodas de paso.

—Capullo —le digo al atardecer.

No me lleva la contraria.

Debería estar escribiendo en mi diario. Ese era el plan: venir a Italia, escribir sobre mis sentimientos, tener alguna gran epifanía sobre mi próximo capítulo.

En cambio, estoy borracha de limoncello, llorando por una lasaña y hablando sola en una villa que cuesta más por noche de lo que la mayoría de la gente gana en una semana.

Viviendo el sueño.

Miro la hora. Las ocho de la tarde aquí. Las dos en Nueva York.

Probablemente esté en el trabajo. Siendo importante. Intimidando a los abogados asociados. Definitivamente sin pensar en —

Lanzo el móvil al otro lado de la terraza antes de poder terminar ese pensamiento.

E inmediatamente corro a ver si se ha agrietado la pantalla porque no soy tan desastre.

Está bien. Al contrario que yo.

—Una semana —me digo—. Date una semana. Te sentirás mejor.

Pero incluso mientras lo digo, sé que es mentira.

Porque estas vistas, esta villa, ¿todo este momento perfecto para Instagram?

Solo es un vacío muy caro.

Y lo único que quiero —lo único estúpido e imposible— es volver a estar en una casita de invitados, peleándome con una cabra, viendo a un abogado gruñón intentar no sonreír.

Me termino el limoncello.

Mañana lo haré mejor. Mañana disfrutaré del paraíso.

¿Esta noche?

Esta noche admito lo que he estado evitando desde que me fui de Nueva York.

Le echo de menos.

Y esa es la verdad más patética de todas.

Capítulo Treinta y Uno
La verdad sabe a bourbon
/Dean

/

/

/

Sullivan's está exactamente igual que cuando iba a la facultad de Derecho. Los mismos suelos pegajosos, el mismo camarero que sirve copas generosas y las mismas mentiras que me cuento a mí mismo sobre por qué sigo volviendo.

—Tienes un aspecto de mierda —dice Nate, deslizándose en el reservado frente a mí.

—Gracias. De verdad lo necesitaba —respondo, saludándolo con un leve movimiento de barbilla.

Él sonríe, esa misma sonrisa estúpida que nos ayudó a superar Derecho de Daños. Excepto que ahora hay patas de gallo, un anillo de bodas y, probablemente, algo de papilla en su camisa.

—Amelia te manda recuerdos. Saca su teléfono. Y aproximadamente cuatro mil fotos del primer intento de Rosie con la batata.

—Apasionante.

Pero él ya está pasando las fotos. El bebé en una trona, pringue naranja por todas partes, Amelia riendo de fondo con el pelo en un moño desordenado, con aspecto agotado pero radiante... todo lo que fingí que nunca querría.

Cuando Emily se marchó, me dije que eso era todo: centrarme en el trabajo, llegar a socio y no volver a salir herido. Echar el cierre.

—Básicamente es una pequeña dictadora —dice Nate, con pura adoración en la voz y los ojos todavía pegados a su teléfono—. Ayer estuvo gritando durante cuarenta minutos porque le di la cuchara equivocada. La. Maldita. Cuchara.

Doy un largo trago de bourbon.—Suena fatal.

—Es lo mejor.

Lo dice en serio. El cabrón lo dice totalmente en serio. Puedo leerlo en su cara.

Pasan más fotos: el bebé en una bañera, el bebé dormido sobre su pecho y el bebé regalando a la cámara una sonrisa desdentada.

—Esta es mi favorita. Me enseña un vídeo de Amelia bailando en su cocina, con la niña en la cadera, ambas cubiertas de lo que parece compota de manzana. Ella canta desafinando mientras el bebé chilla de risa.

Algo se resquebraja en mi pecho.

—Es mona —logro decir.

—Es perfecta. Incluso cuando es demoníaca. Que es a menudo. Se guarda el teléfono y finalmente me mira directamente. ¿Cómo va el bufete?

Doy otro sorbo, sintiendo el bourbon calentar mi garganta.— Genial.

—¿Y la casa? Ahora me observa demasiado de cerca, leyendo entre líneas.

—Sigue en pie. Me remuevo en mi asiento, incómodo bajo su escrutinio.

—¿Esa organizadora de bodas que mencionó Mason? Se inclina un poco hacia adelante, y sé que esto es lo que ha estado preparando.

Maldita sea, Mason.

Hago una seña para pedir otro bourbon y me froto la sien.— En Italia.

—Ah. Se recuesta, asintiendo como si eso lo explicara todo. ¿Es por eso por lo que tienes cara de que alguien ha matado a tu perro?

—No tengo perro.

—Cierto. Solo estás tomando prestado el animal de apoyo emocional del vecino.

—No es... —Me detengo y tomo aire. ¿Por qué está todo el mundo en mi contra? Se suponía que esta noche trataba de pasar página: tomar unas copas y cenar con un viejo compañero de la facultad. No este infierno. —¿Qué tal el trabajo? —consigo decir, apretando los dientes.

Buena maniobra de distracción, imbécil.

—Bien. Aburrido. Exactamente como me gusta. Roba una patata frita del cesto que hay entre nosotros. De nueve a cinco. En casa para cenar. Cuentos antes de dormir. Toda esa pesadilla suburbana de la que siempre te burlabas.

—No me burlaba.

—Literalmente la llamaste «muerte por monovolumen».

—Eso fue...

—El año pasado. En mi cumpleaños. Sonríe. Justo antes de soltar todo aquel discurso sobre la libertad, las opciones y no estar atado.

El bourbon quema. Bien.

—Las cosas cambian —murmuro.

—¿Ah, sí? Me estudia, con esa mirada de abogado que perfeccionamos en los simulacros de juicios, buscando debilidades. Porque desde donde yo estoy sentado, sigues haciendo exactamente lo mismo. Grandes casos. Una casa vacía. Fingiendo que eres demasiado evolucionado para la conexión humana básica.

—Vete a la mierda.

—Debía de ser alguien especial.

No respondo.

—Mason dijo que ella sola se encargó de toda su boda. Dijo que encandiló a todo el mundo. Incluso a ti.

—Era... competente. La palabra suena mal. Por supuesto que era competente. Pero era mucho más.

Nate se ríe. Se ríe de verdad./—Competente. Joder, Dean. Tienes treinta y cinco años, no estás muerto.

/—Treinta y seis.

/—Lo que sea. El caso es,/¿cuándo vas a parar esto?

Aprieto los dedos alrededor del vaso./—¿Esto?

/—Toda esa rutina de genio torturado. Se está volviendo vieja./—Lo dice con suavidad, pero aun así aterriza como un puñetazo.

Quiero discutirle. Quiero decirle que no lo entiende. Que algunos estamos hechos de otra forma. Que no todo el mundo necesita la casa y el bebé y el... amor de su vida.

Su teléfono vibra y su expresión se ablanda.

/—¿Amelia?/—adivino.

/—La hora de dormir de Rosie./—Me enseña la pantalla, es una solicitud de FaceTime—./¿Te importa?

Sí.

Mucho, la verdad.

/—Adelante.

Él responde. La pantalla se llena con un bebé —ojos soñolientos, abrazando un elefante de peluche—, con la voz de Amelia de fondo diciendo:/—Enseña a papá tu truco nuevo.

El bebé hace una pedorreta.

Nate reacciona como si ella acabara de resolver el hambre en el mundo./—¿Esa es mi chica!/¿Puedes hacerlo otra vez?

Lo hace. Con más saliva.

/—Genio —declara él. Luego, dirigiéndose a mí—:/¿Quieres saludar?

/—Estoy bien así.

Pero el teléfono ya está girado. El bebé me mira fijamente a través de la pantalla, con ojos enormes y una expresión de sospecha, como si supiera que soy un farsante.

/—Ese es el tío Dean —le dice Nate—. Está fingiendo que no quiere una como tú.

/—No estoy...

El bebé me suelta una pedorreta.

/—¿Ves? Hasta ella lo sabe.

Le hago un gesto obsceno con el dedo por debajo de la línea de la cámara.

Cinco minutos después, tras una canción de cuna, promesas de estar pronto en casa y más besos de los que parecen necesarios, cuelga.

/—Lo siento —dice, aunque la sonrisa de bobo en su cara sugiere que no lo siente en absoluto.

/—No pasa nada.

/—¿Sabes cuál es tu problema?

Aprieto los dedos alrededor de mi copa./—Por favor, ilumíname.

/—Crees que desear algo normal te hace débil.

Termino mi bourbon./—No creo eso.

/—¿No? Entonces,/¿por qué estás sentado aquí con cara de muerto mientras alguna organizadora de bodas en Italia probablemente se pregunta por qué la dejaste ir?

/—No la dejé... ella siempre se iba a ir. Era temporal.

/—Todo es temporal si tú decides que lo sea.

/—Eso no es...

/—Yo solía ser como tú —me interrumpe—./¿Recuerdas? Los mismos discursos, la misma mierda sobre la libertad y no necesitar a nadie. Entonces apareció Amelia.

/—Y ahora estás cubierto de compota de manzana.

/—Y nunca he sido más feliz./—Habla en serio. Completamente en serio. Me remuevo en mi asiento, tensando la mandíbula, porque la certeza en sus ojos hace que algo en mi pecho me duela—. Da pánico, sí. Tener a alguien que podría destruirte solo con irse. Pero Dean... la alternativa es esto.

Me señala con un gesto, a mi copa vacía, a mi traje caro y mi corbata torcida, y a la vida perfecta que tiene un agujero donde debería haber algo.

/—Debería irme./—Mi voz sale más ronca de lo que pretendía.

/—Deberías ir a Italia.

/—¿Qué?/—Parpadeo, con el pulso acelerado, como si acabara de destapar un pensamiento que he estado luchando por enterrar.

/—Sea lo que sea que pasó con esa organizadora de bodas, arréglalo.

El pecho se me aprieta, y mis muros defensivos se levantan de golpe./—No hay nada que arreglar.

/—Ya./—Se levanta y deja dinero sobre la mesa—. Por eso has mirado tu teléfono seis veces desde que llegué.

No lo he hecho./¿O sí? Miro de reojo mi teléfono de todos modos, sintiendo que la culpa me escuece bajo el cuello de la camisa.

/—Ve a casa —dice—. Piensa en lo que realmente quieres. Luego, tal vez, por una vez en tu vida, sé lo bastante valiente para ir a por ello.

Él se marcha y yo pido otro bourbon.

Me quedo mirando mi teléfono.

No me ha enviado mensajes./¿Por qué iba a hacerlo? Le dije que tuviera cuidado, como si fuera una desconocida, como si nuestro tiempo juntos no hubiera significado nada.

No es que esté aquí sentado ahogándome en fotos de bebés y fingiendo que todavía me creo mi propia mierda.

La idea de que conozca a alguien nuevo y pase página no es agradable. Se me asienta en el estómago como una piedra.

Pago y conduzco a casa. La propiedad está oscura, excepto por las luces de seguridad.

Sin George. Sin caos. Sin una mujer en un vestido veraniego volviendo todo difícil.

Solo silencio.

Entro, me sirvo un whisky y me siento en el sofá.

Me levanto, me sirvo más whisky y miro por la ventana hacia la casita de invitados.

/—Maldita sea.

Diez minutos más tarde, estoy ante la puerta de la casita con la llave de repuesto.

Esto es una estupidez. Se ha ido. No hay nada...

Abro la puerta.

El aroma me golpea de inmediato: vainilla, su perfume, esa maldita mascarilla facial de pepino que se puso una mañana. Siento un dolor físico en el pecho, justo donde solía estar mi corazón.

Debería irme.

En lugar de eso, entro. Todo está exactamente como ella lo dejó. La cama está hecha con esquinas militares. Una taza de café descansa en el escurridor de platos. Su carpeta de planificación no está, pero hay una nota adhesiva pegada en la encimera:/*Gracias por todo. Cuida de George. Y de Muffin. Y de ti mismo./- P*

/—Cuida de ti mismo —murmuro—. Qué original.

Soy patético. De pie en una casita vacía, oliendo el rastro de su perfume residual.

Me giro para irme, y ahí es cuando lo veo.

Allí, en el suelo junto al sofá, reflejando la luz.

Un pendiente.

Pequeño. Dorado. Uno que probablemente tenga su pareja en algún lugar de Italia.

Lo recojo y lo estudio como si guardara respuestas.

No las guarda.

Pero ahora me la imagino perdiéndolo, quitándoselos después de aquel primer día largo, demasiado cansada para notar que uno se le caía. Me la imagino en Italia, buscando sus pendientes y encontrando solo uno.

/—Esto es una locura —le digo a la habitación vacía.

Me guardo el pendiente en el bolsillo de todos modos.

De vuelta en mi casa, me sirvo más whisky y abro mi portátil.

Escribo:/*¿Es una locura volar a Italia para devolver un pendiente?*

Borrar.

Escribo:/*He encontrado algo que pertenece a alguien en Italia./¿Vale la pena devolverlo?*

Borrar.

Me sirvo más whisky.

Navego hasta Reddit.

Creo una publicación nueva.

/
/
/

Título: Necesito consejo, por favor

Cuerpo:/¿Estaría loco si volara a Italia para devolverle una joya a una mujer que solo estuvo temporalmente en mi vida pero que me ha dejado cuestionándome todo?

Me quedo mirándolo.

Lo publico en r/relationships.

Las respuestas llegan rápido.

/
/
/

/[thisdude]: TÍO. SÍ. VUELA A ITALIA. YA.

/[cottagecore_cynic]: Si no vas, te arrepentirás para siempre. Te lo digo por experiencia.

/[ladyinred]: Esto es material de comedia romántica, y me encanta. INFÓRMANOS.

/[Bageldad]: La vida es corta. Los vuelos son largos. Pero el arrepentimiento dura para siempre. Reserva el billete.

/[cottagecore_cynic]: Tío, si preguntas en Reddit es porque ya sabes la respuesta.

/[hyperforty]:/¿Qué es lo peor que podría pasar?/¿Que ella te dé las gracias y tú veas Italia? VE.

/[Bageldad]: Yo una vez volé a Japón por una chica. Llevamos casados 12 años. Carpe diem.

/[cottagecore_cynic]: El pendiente es solo una excusa y lo sabes. Deja de ser un cobarde.

Ese último comentario escuece.

Pero tienen razón. Todos ellos. Incluso la persona que acaba de comentar con un montón de emojis de melocotón y las palabras VE POR ELLA en mayúsculas.

Abro una pestaña nueva y busco vuelos a Italia.

Hay uno que sale mañana por la tarde.

Mi cursor se detiene sobre «Reservar ahora».

Esto es una locura. Tengo la semana libre en el trabajo. Pero aun así, tengo una vida que tiene sentido sin ella.

Tenía. Tenía una vida que tenía sentido.

Pienso en Nate, en su bebé, en su felicidad cubierta de compota de manzana.

Pienso en Poppy riéndose de George, balanceándose en mis brazos bajo las guirnaldas de luces, mirándome como si tal vez yo no fuera una causa perdida.

Introduzco los datos de mi tarjeta de crédito y hago clic en «Reservar ahora».

El correo de confirmación llega de inmediato.

Vuelo a Milán. Escala en Génova. Coche a Portofino.

Hago una captura de pantalla y se la envío a Nate.

Su respuesta es instantánea.

NATE:/*Ya era puto momento.*

NATE:/*Rosie te desea buena suerte. Adjunto una foto del bebé con lo que podría ser un pulgar hacia arriba, pero probablemente solo sea un puño.*

Me quedo mirando el pendiente. Una cosa tan pequeña. Apenas pesa nada.

Pero tal vez ese sea el punto.

Tal vez las cosas grandes empiezan por algo pequeño.

Tal vez empiezan admitiendo que tu vida perfecta está perfectamente vacía.

Y tal vez empiecen con un vuelo a Italia, un pendiente y el tipo de esperanza que juré que nunca me permitiría sentir.

/—Ten cuidado —me susurro a mí mismo.

Luego reservo un coche de alquiler por si acaso.

Porque ser cuidadoso está sobrevalorado.

Y he terminado de fingir que no quiero lo que todos los demás parecen haber descifrado.

Conexión. Caos. Alguien a quien regresar a casa.

Incluso si me dice que me pierda en italiano.

Al menos sabré que lo intenté.

El pendiente descansa en mi mesa de centro, captando la luz.

Menos de veinticuatro horas para mi vuelo.

Veinticuatro horas para descifrar qué voy a decir cuando la vea.

Sin presión.

/
/
/
/
/
/
/
/
/
/
/
/
/

Capítulo treinta y dos
Mía
Dean

Está en la terraza cuando la encuentro.

Porque, por supuesto, no podía estar en otro sitio. A contraluz por el atardecer, como un cuadro del Renacimiento, con el pelo suelto atrapando destellos dorados y vestida con esa prenda de lino blanco que hace que se me apriete el pecho.

Cuatro días. Solo han pasado cuatro días, y es más hermosa de lo que recordaba.

Me aclaro la garganta.

Ella se gira.

Y la expresión de su rostro —el impacto transformándose en algo más, algo puro— casi me hace caer de rodillas.

—¿Dean? —Su voz se quiebra al pronunciar mi nombre. Se rompe justo por la mitad.

—Hola.

Brillante. Muy brillante. Volar seis mil kilómetros para decir «hola».

Parpadea. Una vez. Dos. Se aferra a la barandilla de la terraza como si necesitara un ancla. Como si yo fuera a desaparecer si me suelta.

—¿Qué haces... cómo has...?

Sostengo el pendiente en alto. No tengo la mano del todo firme. —Te dejaste esto.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros. Estúpidas. Insuficientes. La brisa del Mediterráneo arrecia, echándole el pelo sobre la cara. No hace ademán de apartárselo.

Su rostro cambia. Algo se cierra tras sus ojos y, cuando vuelve a mirarme, su mirada es de puro acero.

—Estás de broma.

—He pensado que querrías...

Su expresión se endurece. —Ni se te ocurra.

Cruza la terraza en tres pasos, con las suelas de sus sandalias chasqueando contra la piedra. El vestido de tirantes ondea alrededor de sus piernas. Desprende oleadas de furia, pero hay algo más. Algo crudo bajo el enfado.

—Ni se te ocurra. ¿Has volado hasta Italia para devolver un pendiente? —

—Poppy... —

—No. —Ya está invadiendo mi espacio personal.

Está tan cerca que puedo verle las pecas del sol en la nariz. Oler el aroma a limones de su champú mezclado con vino y aire salino. Su pecho sube y baja demasiado rápido.

—No tienes derecho a hacer esto. No puedes presentarte aquí y fingir... —

—No estoy fingiendo... —

—Mentira. —Se le quiebra la voz. Aprieta los puños a los costados—. —No estás aquí por el pendiente. No me mientas.

Las palabras impactan como una bofetada. Física. Merecida.

Tiene razón. Por supuesto que tiene razón. Se me cierra la garganta.

—Yo... —

—¿Qué, Dean? ¿Qué posible razón...?

Se detiene. Suelta una carcajada, pero es afilada y nada divertida. Las lágrimas se le acumulan en los ojos, pero no caen. Todavía no. Siempre supe lo fuerte que era, pero esto me lo confirma.

—Me dijiste que tuviera cuidado. ¿Te acuerdas? Tu gran despedida. «Ten cuidado». Como si yo fuera una... una extraña a la que estuvieras mandando directa al tráfico.

—Eso no es... —

—Y luego dejaste que me fuera. —Su voz baja hasta ser casi un susurro—. Me dejaste marchar pensando que me lo había imaginado todo. La forma en que me mirabas. La forma en que nosotros... —

Se interrumpe. Inhala una bocanada de aire temblorosa. Se abraza a sí misma como si tuviera frío a pesar del calor del verano.

—¿Y ahora estás aquí? ¿Con un pendiente? ¿Como si eso tuviera sentido?

Me muevo, consciente de lo mucho que he metido la pata. —Nada de esto tiene sentido.

—Lo siguiente será decirme que has venido porque Muffin me echa de menos.

La comisura de mi boca tiene un espasmo. —Lo hace, pero eso no viene al... —

—¿Entonces por qué...?

—Porque soy un idiota.

Eso la frena. Abre la boca. La cierra. Una lágrima escapa finalmente, surcando su mejilla.

—¿Qué?

—Soy un idiota.

Las palabras brotan ahora sin control. No puedo detenerlas. Me tiemblan las manos mientras las hundo en los bolsillos.

—Un cobarde. Un desastre que se ha pasado años convencido de que era demasiado listo para necesitar lo que todo el mundo quiere. Demasiado evolucionado. Y demasiado... roto, quizá.

Se queda quieta. Observando. Cae otra lágrima. No se la limpia.

—Me senté en esa casa después de que te fueras, y era exactamente lo que quería, ¿verdad?

Me río, pero suena mal. Hueco.

—Paz. Silencio. Sin caos. Sin cabras. Sin una mujer reorganizando mi vida y haciéndome sentir cosas que había decidido específicamente *no* sentir.

—Dean... —

—Y ha sido un infierno. —Las palabras salen desgarradas—. Un absoluto infierno. Porque resulta que no quiero silencio. Quiero que discutas conmigo sobre dónde poner la tienda. Quiero verte cubierta de... mugre de cabra. Te quiero en mi sofá comiendo sándwiches y complicándolo todo.

—Dijiste... —

—Sé lo que dije. Mentí. —Me acerco un paso. No retrocede—. Te mentí a ti. Me mentí a mí mismo. A todo el mundo. Porque era

más fácil que admitir la verdad.

—¿Qué es cuál? —Su mirada está fija en la mía.

—Que me has destrozado. —Bajo la voz—. En una semana, Poppy. Estuviste en mi vida poco más de una semana y has destrozado todo lo que creía saber sobre mí mismo.

Se le entrecorta la respiración.

—Mi amigo ha tenido un bebé —continúo, porque al parecer, voy a soltarlo todo—. Me ha enseñado ocho mil fotos. De su hija. De su mujer. De su vida. De todo este desastre de vida, caótico, hermoso y complicado. Y lo único que podía pensar era en cómo solía burlarme de él por querer eso. Por elegir eso. Por ser lo bastante valiente para admitir que necesitaba a alguien.

—Dean... —

—No puedo. —La confesión escuece al salir. Es la verdad brutal, espantosa y caótica, y ya no puedo guardármela. La idea de Poppy como mi mujer —mía para siempre, embarazada de mi hijo— debería asustarme de muerte. Pero no es así. De hecho, un calor me recorre al pensarlo. Tomo aire y continúo—: No puedo volver atrás. Al silencio. A la casa vacía. A fingir que esto —hago un gesto entre los dos— no lo es todo.

Emite un sonido. Pequeño. Herido.

—Así que sí. He volado a Italia. Con tu pendiente. Porque necesitaba una excusa. Porque incluso ahora, incluso después de todo, sigo siendo el tipo que necesita un objeto para decir algo que debería ser sencillo.

—¿Qué debería ser sencillo? —Su voz suena floja, insegura.

La miro a los ojos. Pozos infinitos de preocupación azul. Se acabó el huir.

—Tú... —Tomo aire, intentando recomponerme—. Quiero esto... una oportunidad contigo. Si, bueno, si eso es algo que tú también quieres.

Se limpia la cara. Me lanza una mirada fulminante. —Ahora mismo, lo que más quiero es empujarte por el borde de esta terraza.

—Poppy... —Sonrío de lado.

—No he terminado. —Me señala el pecho con el dedo—. No puedes aparecer así como así, declarar tus sentimientos y arreglarlo

todo. Me has hecho daño.

—Lo sé.

—Dejaste que me fuera. —El dolor tras sus ojos es evidente, y *odio* ser yo quien lo ha puesto ahí.

—Lo sé.

—Tú... —

La beso.

Probablemente no debería. Sigue a mitad de su perorata. Pero algo dentro de mí estalla. El deseo acumulado, sumado a días de arrepentimiento. Mi declaración aún flotando entre nosotros.

Emite un ruido contra mis labios. Furia o necesidad, o ambas. Entonces sus manos se enredan en mi pelo y me devuelve el beso como si fuera una guerra. Como si todavía estuviera furiosa pero también desesperada. Como si tal vez ella estuviera tan destrozada como yo.

—Esto no lo arregla —jadea cuando nos separamos.

—Lo sé.

—Sigo enfadada. —Sus ojos chispean contra los míos.

—Bien.

—¿Bien?

Le rodeo la cara con las manos. —Enfádate. Sé furiosa. Empújame por la terraza si quieres. Pero hazlo mañana. Solo... —Se me quiebra la voz—. Solo no me hagas marcharme ahora mismo.

Me estudia. Durante tanto tiempo que llego a pensar que tal vez... —

—Se te da fatal esto.

—Soy el peor —admito.

—Lo del pendiente ha sido estúpido.

—Increíblemente. —Suelto una risita.

—Y vas a tener que currártelo mucho para conseguirlo.

—Lo que tú quieras.

—¿Lo que yo quiera? —Algo cambia en sus ojos—. Una oferta peligrosa.

—He terminado de jugar sobre seguro.

Me besa de nuevo. Diferente esta vez. Más lento. Más profundo. Como si estuviera intentando decirme algo a lo que las

palabras no llegan.

Cuando se aparta, ambos respiramos con dificultad.

—Que conste —dice, con voz suave pero firme—, que intenté odiarte. Toda esa semana. Intenté convencerme de que solo eras una especie de maniático del control gruñón al que, por casualidad, le sentaba bien el traje.

Piensa que me sienta bien el traje. El pensamiento me pilla desprevenido y un calor se extiende por mi pecho.

—¿Y? —consigo decir, intentando sonar casual cuando soy cualquier cosa menos eso.

Sus ojos buscan los míos, vulnerables y honestos de una forma que hace que mi corazón dé un vuelco. —Y luego recordaba cómo mirabas a George. —Una pequeña sonrisa asoma a sus labios —. Cómo te cambiaba toda la cara cuando esa cabra ridícula te seguía a todas partes. Como si te esforzaras mucho en que no te importara, pero te importaba.

Quiero protestar, pero no ha terminado.

—Cómo me trajiste la cena aquella noche cuando me estaba ahogando entre hojas de cálculo. No tenías por qué. Yo no aporté más que caos, pero me alimentaste. ¿Quién hace eso por alguien a quien afirma apenas tolerar?

—Poppy... —

—Cómo arreglabas las cosas discretamente. Cómo arreglabas todo... la tienda, el salmón, la guitarra... Cómo sonreías cuando pensabas que no te miraba. —Su pulgar recorre mi mandíbula, dejando un rastro de fuego—. Pensabas que no me daba cuenta, pero me daba cuenta de todo.

Siento la garganta apretada. —Yo no... —

Sus ojos brillan con lágrimas no derramadas. —Una sonrisa de verdad. No tu sonrisa educada de abogado ni tu sonrisa de «gestionar clientes difíciles». Sino alegría real. Como si tal vez no te estuviera volviendo completamente loco.

—Lo estabas —admito—. Solo que no de la forma que yo esperaba.

Se ríe, de forma dulce y suave. —Recordaba cómo me hacías sentir que quizá no era demasiado. Que quizá todo mi caos era

exactamente lo correcto si hacía que me miraras así.

—¿Cómo?

—Como si yo fuera algo maravilloso. —Su voz baja hasta ser un susurro—. Como si valiera la pena cambiar por mí.

—Poppy... —Se me quiebra la voz al decir su nombre.

—Sigo enfadada. —Lo dice con firmeza, pero sus manos no han abandonado mi rostro.

—Vale. —Aceptaré el enfado. Aceptaré cualquier cosa mientras ella esté aquí.

—Muy enfadada.

—Me lo merezco.

—Pero también... —Se presiona contra mí, su cuerpo encajando con el mío como si hubiera sido hecho para estar ahí—. Te he echado tanto de menos que no podía respirar. Venir aquí sola ha sido horrible; ha sido como perder algo que en realidad nunca tuve.

Algo en mí se rompe. El último muro. La defensa final. Tres años de armadura cuidadosamente construida se desmoronan bajo el peso de su confesión.

—Esta noche eres mía. —Las palabras salen crudas. Posesivas. Todo lo que he estado reprimiendo.

Se estremece contra mí. —Tuya. —Esa única palabra es una promesa, una rendición, una reclamación propia.

—Y mañana, resolveremos todo lo demás.

—Todo —asiente ella.

—Pero esta noche... —

Me hace callar con otro beso. Este es diferente de nuevo. Hambriento. Seguro. Como si hubiéramos terminado de hablar. De fingir. De estar separados. Es mi nuevo beso favorito, borrando el recuerdo de cada toque cuidadoso y vacilante que hemos compartido antes.

Mis manos encuentran su cintura, abarcando su calidez a través de la fina tela.

—Dean. —Mi nombre en sus labios me deshace por completo.

—¿Sí? —Mi voz es ronca, irreconocible.

—Lo del pendiente ha sido realmente estúpido hasta decir basta.

Me río contra su cuello, sintiendo su pulso saltar bajo mis labios. —Ya lo has mencionado.

—Monumentalmente estúpido.

—Anotado.

—Pero también... —Se inclina hacia atrás, me rodea la cara con las manos. Me mira con esa mirada directa que siempre ha visto demasiado—. Gracias. Por ser valiente. Por fin.

—Solo me ha costado un colapso emocional completo y un hilo de Reddit.

Sus ojos se abren de par en par con deleite. —¿Reddit? —está prácticamente vibrando de alegría—. ¿No me digas que has vuelto a preguntar en Reddit?

—Se cometieron errores.

—Dios mío. ¿Cuál era tu nombre de usuario? ¿AbogadoGruñón69?

—No te lo voy a decir.

—¿DueñoDeCabañaManiáticoDelControl?

—Poppy.

—Oh, voy a necesitar detalles. —Sus manos se deslizan bajo mi camisa, encontrando mi piel, y mi cerebro sufre un cortocircuito —. Todos. Cada. Uno. De los detalles.

—Más tarde —consigo decir.

—¿Más tarde? —Está haciendo algo con las uñas que debería ser ilegal.

—Mucho más tarde. —Camina hacia atrás, tirando de mí con ella, y yo la sigo sin remedio.

—Porque ahora mismo necesito que me demuestres exactamente cuánto lo sientes.

—Muchísimo —asiento de inmediato.

—Cuánto me has echado de menos.

—Cada segundo.

—Cómo no vas a dejar que me vuelva a marchar nunca más.

—Nunca —convengo, siguiéndola al interior. La palabra suena como un voto.

—Bien. —Se detiene en el umbral, enmarcada por la luz que se apaga, pareciendo cada sueño que he intentado no tener—. ¿Pero, Dean?

—¿Sí?

—Si alguna vez vuelves a decirme que «tenga cuidado» en lugar de decirme cómo te sientes de verdad, voy a pedir una orden de alejamiento.

—Me parece justo.

—Y meteré a George en tu salón.

—Ni hablar. —Las palabras salen automáticas.

Levanta una ceja y veo mi futuro pasar ante mis ojos. Un futuro que definitivamente incluye a una cabra en mi salón.

—Vale. Para una visita supervisada —concedo, ya que estoy bastante seguro de que aceptaría casi cualquier cosa ahora mismo. La paz mundial. El paracaidismo.

—Trato hecho. —Me arrastra hacia dentro, y su sonrisa se vuelve pícara—. Ahora deja de negociar y bésame como si lo dijeras en serio.

Así que lo hago.

Y por primera vez en mi extremadamente cuidadosa vida, lo digo en serio cada imprudente segundo.

Capítulo treinta y tres
Se acabó el fingir
Poppy

Parece agotado.

Me alegro.

Debería estar agotado. Debería haber perdido el sueño. Debería haber sufrido como he sufrido yo en esta estúpida villa perfecta, con sus estúpidas vistas perfectas y su estúpido vacío perfecto.

Pero también...

Está aquí. De verdad está aquí. En Portofino, con un aspecto desastroso e inseguro, sosteniendo mi pendiente como si fuera un tesoro.

—Mía —dice de nuevo, y me rindo por completo.

Se acabó el fingir que no me he estado muriendo sin él. Se acabó el actuar como si cuatro días no hubieran sido suficientes para reconfigurar mi existencia entera.

Sus manos están en todas partes. En mi cintura. En mi pelo. En la curva de mi cadera donde el lino toca la piel.

—Te he echado de menos —me susurra contra el cuello—. Muchísimo.

—Demuéstramelo.

Y lo hace.

Me empuja contra la pared y me besa como si intentara recuperar el tiempo perdido. Los estúpidos adioses. Cada momento que hemos estado separados.

—El dormitorio está...

—Me da igual.

—Dean...

—Aquí. —Su voz suena ronca. Desesperada—. Te necesito aquí. Ahora. No puedo...

Lo entiendo. La urgencia. El miedo a que si nos movemos, si pensamos, si hacemos cualquier otra cosa que no sea esto, uno de los dos pueda recordar por qué esto es una locura.

Así que no me muevo. No pienso.

Solo le atraigo más hacia mí. Dejo que me presione contra la pared. Dejo que mi cuerpo sienta cuánto desea esto. Cuánto me desea a mí.

—Estás temblando —me doy cuenta.

—Me das miedo, nena —admite contra mi garganta, mientras sus labios me marean—. Me aterrorizas por completo.

—¿Por qué?

—Porque no sé cómo se hace esto. Nada de esto. Porque podrías despertarte mañana y darte cuenta de...

Lo callo de la única forma que funciona. Con mi boca. Mis manos. Todo mi cuerpo diciéndole lo que las palabras no pueden.

Que estoy aquí. Que esto es real. Que ya resolveremos el resto más tarde.

—Al dormitorio —consigo decir cuando nos separamos para coger aire—. Ahora.

No discute. Simplemente me levanta —me levanta de verdad— y me lleva por la villa como si fuera suya. Como si yo fuera suya. Y ahora mismo, lo soy.

Pero creo que él también es mío.

Sus manos están firmes ahora mientras me deja sobre la cama. Seguro. Como si algo se hubiera asentado en su interior.

—Deja que te vea —dice con voz grave.

Alargo la mano hacia el dobladillo de mi vestido.

—No. —Me atrapa las manos—. Deja que lo haga yo.

Y, joder, cómo me mira. Como si fuera algo valioso. Algo que merece la pena saborear.

Desliza los tirantes hacia abajo lentamente. Presiona su boca en cada hombro a medida que los deja al descubierto.

—He pensado en esto —murmura contra mi piel—. Todas las noches. En qué sabor tendrías. En cómo sonarías.

—Dean...

—Shhh. —Sus dedos recorren mi columna, buscando la cremallera—. Ahora me toca hablar a mí. Tú has dirigido este cotarro desde el primer día.

El vestido cae a mis pies. Sus ojos se oscurecen.

—Joder, Poppy.

—Esa es la idea.

Se ríe. Una risa baja y ronca. Luego su boca vuelve a estar sobre la mía y cualquier pensamiento coherente pasa a ser opcional.

Su camisa tiene demasiados botones. Se lo digo.

—Paciencia —dice él.

—Olvida la paciencia.

Pero me vuelve a atrapar las manos. Las inmoviliza con suavidad sobre mi cabeza con una de las suyas.

—¿Qué he dicho sobre quién manda aquí?

Oh. Ah.

—¿Crees que ahora tienes el mando? —Me arqueo contra él—. Solo porque te hayas presentado con un gran gesto...

—No tiene nada de gran gesto. —Recorre mi mandíbula con la mano libre—. Solo soy un hombre que por fin se ha dado cuenta de lo que quiere.

—¿Y qué es?

—A ti. —Sencillo. Seguro—. De cualquier forma que pueda tenerte.

Se me corta la respiración.

—Eso no vale —logro decir—. No puedes soltar cosas como...

—Mira cómo lo hago. —Me suelta las manos y pasa los nudillos por mi mejilla—. Eres brillante. Exasperante. Hermosa. Reorganizas todo lo que tocas, incluido a mí, y yo... —Se detiene. Traga saliva—. Solo he perdido el norte por completo por ti.

—Dean...

—Sigo hablando. —Pero ahora sonríe. Ese gesto tan raro y auténtico que le transforma toda la cara—. Vamos a ver qué otras cosas podemos hacer con esa boquita tuya.

Entonces me besa. De forma distinta a la de antes. Más despacio. Más profundo. Como si ahora tuviéramos tiempo. Como si

quizá la urgencia se estuviera convirtiendo en algo más. Algo que podría durar más que esta noche.

—Todavía llevas demasiada ropa puesta —le señalo cuando nos separamos.

Hace una pausa. Me estudia y parece decidir algo. —Sí. Supongo que sí.

Por fin se quita la camisa. Luego todo lo demás, con mucha menos maña de la que estoy segura había planeado. Pero no me importa la delicadeza. Me importan sus manos en mi piel. Su peso sobre mí. La forma en que pronuncia mi nombre como si fuera una oración.

—Dime qué quieres —dice.

—A ti. Solo a ti. Todo tú.

Entonces se mueve, y los dos soltamos un jadeo. Un sonido de asombro e impotencia, como si hubiéramos abierto una puerta sobre la que lleváramos meses apoyados. Durante un momento nos quedamos quietos. Ajustándonos. Recordando. Reaprendiendo. Las frentes juntas. Las narices rozándose. Mis dedos se aferran a sus hombros, sintiendo ese temblor idéntico al mío.

—¿Estás bien? —pregunta, sin aliento.

—Perfectamente. —Le atraigo para darle otro beso. Es desordenado, agradecido y un poco desesperado—. Eres perfecto.

—Poppy...

—Cállate y muévete.

Lo hace. Despacio al principio. Con cuidado. Como si pudiera romperme. Su mano busca la mía sobre mi cabeza; nuestros dedos se entrelazan, apretados como un ancla.

—No soy frágil —le digo.

—No. —Aumenta el ritmo—. No lo eres. —Su boca busca mi pulso—. Perfecta para mí —susurra en mi cuello.

Algo en mi pecho se libera. No se parece en nada a lo de antes. Nada que ver con esas experiencias torpes, apresuradas y de «¿a qué viene tanto lío?» que he tenido en el pasado. No es que hubiera muchas. Un puñado de encuentros olvidables que me dejaron preguntándome si tal vez estaba estropeada. Si todo el mundo mentía sobre lo bueno que podía llegar a ser esto.

Esto es... todo. Esto es deliberado. Intencionado. Esto es elegirnos el uno al otro.

—Mírame —dice cuando cierro los ojos.

Lo hago. Me lo encuentro observándome con algo parecido al asombro.

—Qué bien —murmura—. Tan perfecta. Tan mía.

—Tuya —asiento.

Su ritmo vacila. —Dilo otra vez.

—Tuya, Dean. Tuya.

—Joder. —Apoya su frente contra la mía—. No puedes simplemente...

—Sí, puedo. —Rodeo su cintura con mis piernas. Le atraigo más hacia dentro—. Mi gruñón, emocionalmente estreñido y perfecto...

Me calla con un beso. Se mueve con más fuerza. Más rápido. Hasta que las palabras se vuelven imposibles y solo queda la sensación. La conexión. Nosotros dos descubriendo cómo encajamos.

Un adelanto: encajamos a la perfección.

Capítulo Treinta y Cuatro
Pizza en la cama
Dean

Está repanchingada sobre mi pecho como una manta. Una manta muy satisfecha y ligeramente sudorosa que no deja de dibujar formas sobre mi piel.

—Bueno —dice ella.

—Bueno.

—Eso ha pasado.

Trazo círculos perezosos en su espalda, todavía recuperando el aliento. —Tres veces.

Se ríe. Lo noto en todo el cuerpo. —Presumido.

—Tú has empezado.

Ella sonríe. —No es cierto.

—Vaya que sí —le cojo la mano y le beso la palma—. Tenía que demostrar que no solo eran palabras.

—Mm. Buen seguimiento del plan.

—Gracias. Mi objetivo es complacer.

—Qué generoso.

Nos quedamos en silencio un minuto. Es un silencio que probablemente debería resultar incómodo, pero no es así. Fuera, oigo el océano. Barcos en el puerto. La vida real sucediendo mientras nosotros nos escondemos en esta burbuja.

—Tengo hambre —anuncia.

—¿Se te ha abierto el apetito?

—Mm. —Se estira como un gato—. ¿Crees que podremos encontrar algo de buena comida italiana para llevar?

—¿En Italia? —pregunto con sorna—. Podría ser difícil.

Se ríe contra mi pecho. —Cállate. Ya sabes a lo que me refiero.

—Seguro que hay menús por alguna parte. —Sigo trazando círculos perezosos en su cadera. No puedo dejar de tocarla—. O podríamos ser muy estadounidenses y pedir pizza.

—Dios, sí. Con extra de queso. Quizá algo de ese *prosciutto* sofisticado.

—Con clase.

Se incorpora sobre un codo y la sábana se desliza para revelar un hombro perfecto. La luz de la luna que entra por la ventana capta el brillo del sudor en su clavícula. Se me seca la boca.

—Estás diferente —dice, estudiándome con esos ojos que ven demasiado.

—¿Diferente en qué sentido?

Recorre mi mandíbula con el dedo, con la ligereza de una pluma. Lucho contra el impulso de entregarme a su tacto como un ser desesperado.

—Relajado. Como si por fin hubieras dejado de estar en tensión.

—Yo no estoy en tensión.

—Dean. —Se ríe, con un tono bajo y cómplice—. Eres básicamente un puño humano.

La verdad de sus palabras escuece. Pero entonces...

—Lo era —corrijo.

Algo cambia en su rostro. Dulce. Real. Como si quizá lo entendiera. Como si me entendiera a mí. Como si quizá yo no fuera demasiado para ella.

—Lo eras —asiente ella.

Encontramos los menús en un cajón de la cocina; los dos andamos por ahí casi desnudos como si esto fuera lo normal. Como si yo volara a Italia todo el tiempo para perseguir a organizadoras de bodas que ponen mi vida del revés. El suelo de baldosa está frío bajo mis pies. Ella se estremece cuando se apoya en la encimera y yo la rodeo por detrás, piel contra piel.

—Tu italiano es una mierda —me informa, entornando los ojos ante la aplicación.

—¿El tuyo es mejor?

—Me sé las frases importantes. Como «más vino» y «¿Dónde está el baño?».

—Práctico.

Echa la cabeza hacia atrás, apoyándola en mi hombro. —¿Acabamos de pedir seis pizzas?

Miro la confirmación. —O seis ingredientes. Es difícil saberlo.

—Sea como sea, ya no hay vuelta atrás.

Mientras esperamos, saquea la colección de vinos del dueño de la villa, sacando botellas como si fuera la dueña del lugar. Hay algo embriagador en verla moverse por el espacio: segura de sí misma, sin complejos. Ahora lleva puesta mi camisa y, cada vez que levanta los brazos, alcanzo a ver el rastro que dejé en su cadera.

Mía.

—Esto parece ilegal —dice, examinando un Barolo.

—Dijiste que el anfitrión te dijo que te sintieras como en casa.

—Estoy bastante segura de que no se refería a follar en cada habitación y robar el Barolo.

La imagen cruza mi mente: ella contra cada superficie, gritando mi nombre. Mi voz suena ronca. —No hemos follado en cada habitación.

—Todavía. —Sonríe por encima del hombro. Puro peligro—. La noche aún es joven.

—Vas a acabar conmigo.

—Pues no es una mala forma de morir. —Se ríe.

Quince minutos después, el timbre me salva de cometer una estupidez como ponerla a cuatro patas sobre la isla de la cocina. Aunque, por la mirada de sus ojos, ella está pensando lo mismo.

Seis pizzas. Porque, por supuesto.

Nos despatarramos en la cama como adolescentes, con cajas por todas partes, sin platos, sin dignidad. Solo sus piernas enredadas con las mías y salsa de tomate que definitivamente va a manchar estas sábanas.

—Ay, por favor. —El sonido que emite al dar el primer bocado me va directo a la entrepierna—. Esto es pornográfico.

—¿La pizza?

—Todo. Esta noche entera. —Hace un gesto con su porción y un trozo de queso aterriza en mi pecho. Se inclina para lamerlo y se me olvida cómo respirar—. Apareces de repente. Peleamos. Destrozamos la ropa de cama. Ahora hay queso. Es perfecto.

Me río entre dientes. —Tus estándares son preocupantemente bajos.

Me muerde el pecho. Doy un respingo lo bastante fuerte como para volcar una caja de pizza.

—Mis estándares están exactamente donde deben estar. —Se recuesta contra las almohadas, robándome un trozo de *prosciutto*—. Justo aquí. En la cama. Contigo. Y con unos ocho kilos de carbohidratos.

La forma casual con la que lo dice —como si fuera obvio, como si nosotros fuéramos obvios— me toca la fibra sensible. Comemos en un silencio cómodo durante un minuto, solo con el sonido de la masticación y las campanas lejanas del puerto.

—Dime algo —dice ella finalmente, limpiándose las manos con una servilleta.

Pongo la guardia por instinto, y mis muros empiezan a reconstruirse. —¿Qué?

—Algo real. Algo que no le hayas contado a nadie. —Su voz es suave, persuasiva.

La observo lamerse la salsa del pulgar. Mi cerebro sufre un cortocircuito un segundo antes de poder responder.

—Odio mi casa.

Su mano se detiene. —¿Qué?

—Siempre la he odiado. —La confesión me resulta rara en la boca. Cierta, pero extraña—. Es demasiado grande. Demasiado silenciosa. La compré porque parecía lo que debía desear.

Me encojo de hombros, pero ella me observa ahora con esa mirada. La que me deja al descubierto.

—Resulta que los «debería» son una gilipollez.

—Vaya. —Vuelve a su pulgar y tengo que apartar la vista—. ¿Qué es lo que quieres de verdad?

—¿En una casa?

—En general.

Pregunta peligrosa. Especialmente cuando está ahí sentada con mi camisa, el pelo revuelto por el sexo y grasa de pizza en los dedos, pareciendo todo lo que nunca supe que necesitaba.

—Ruido —digo finalmente. Las palabras salen lentas, cuidadosas —. Caos. Alguien con quien pelearme durante la cena. Un perro que robe las mantas. Una cabra que cometa delitos.

—Eso es curiosamente específico. —Intenta no sonreír.

—Me pregunto por qué.

Se abalanza sobre mí antes de que me dé cuenta. Las cajas de pizza salen volando. Me inmoviliza en el sitio, sentada sobre mis caderas, y yo podría darnos la vuelta en un suspiro, ¿pero por qué iba a querer hacerlo?

—Eres un romántico en secreto —me acusa.

—No lo soy. —Pero noto cómo mis defensas se desmoronan bajo su mirada.

Desplaza su peso, acomodándose con más firmeza contra mí. —Sí que lo eres. —Me da un toque en el pecho. Luego presiona hacia abajo lo justo para hacerme gemir—. Dean Whitaker quiere una familia.

—Quiero...

La palabra se queda atascada. A ti. Demasiado. Demasiado pronto. Demasiado real. No lo digo. Todavía no. Esta noche no.

—¿Qué? —Su rostro se suaviza.

—Esto —logro decir—. Sea lo que sea esto.

Me estudia durante un largo momento. Puedo sentir su pulso allí donde está presionada contra mí. Luego sonríe, de forma breve y privada.

—Yo también.

—¿Sí?

—Sí. —Se acurruca contra mi costado como si ese fuera su lugar. Porque lo es. Realmente lo es—. A pesar de que estás emocionalmente atrofiado y no puedes admitir que eres un pedazo de pan.

Se ríe contra mi hombro, con todo el cuerpo estremecido por la risa. Yo también me río, y la cama es una zona catastrófica de pizza, vino y nosotros, y de alguna manera este es el momento más feliz en el que he estado en... ¿nunca?

—Deberíamos limpiar —dice ella sin moverse.

—¿De verdad?

—La grasa va a...

Me encojo de hombros. —Es un problema para el yo de mañana.

Se incorpora para mirarme. —Realmente estás adoptando este nuevo rol espontáneo.

—Donde fueres, haz lo que vieres.

—No estamos en Roma.

Me quedo en blanco, el agotamiento del viaje empieza a hacer mella. —Cierto. Allá donde fueres... ¿cómo se llama este sitio?

—Portofino, pedazo de desastre.

—Eso. Allá en Portofino.

Me besa y sabe a vino, a salsa marinara y a posibilidad. Su lengua se desliza contra la mía, perezosa y minuciosa, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Me levanto de un salto para quitar las cajas de pizza y luego vuelvo con ella a la cama. Nos acomodamos juntos. Su espalda contra mi pecho. Mi brazo alrededor de su cintura. Un encaje perfecto.

—¿Dean?

El bienestar en la habitación cambia ligeramente, se vuelve algo más pesado. —¿Sí?

—¿Qué pasa mañana?

La atraigo más hacia mí, ganando tiempo, sintiendo su calor contra mi cuerpo. —Ya lo descubriremos.

Se queda en silencio un instante y noto cómo lo procesa, decidiendo si dejarlo pasar. —Eso no es exactamente una respuesta.

—Lo sé. —La verdad es que no estoy seguro.

Se gira en mis brazos. Estudia mi rostro en la penumbra. —Yo también tengo miedo, ¿sabes?

—Lo sé.

—Pero me alegro de que estés aquí.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Me besa. Suave. Dulce.

¿Y mañana? Mañana puede esperar.

Esta noche tenemos esto. Pizza, risas y piel contra piel. Ninguna promesa excepto las que hacen nuestros cuerpos. Ningún plan excepto despertar juntos y ver qué pasa después.

Es aterrador.

Es perfecto.

Es suficiente.
Por ahora.

Capítulo treinta y cinco
Días en Portofino
Poppy

Me despierto con Dean soltando tacos en italiano.

No es un buen italiano. Es un italiano terrible, americano y posiblemente inventado.

—¿Qué estás haciendo? —Mi voz suena ronca. Me duele todo el cuerpo de la mejor manera posible.

Está de pie junto a la ventana en calzoncillos, mirando con saña algo que hay fuera. La luz de la mañana incide en los planos de su espalda, resaltando los arañazos que, sin duda, yo misma le he dejado allí.

—Hay una cabra.

Me incorporo de golpe y la sábana se amontona alrededor de mi cintura. —¿Qué?

—Una maldita cabra. En la terraza. Comiéndose las... —Entorna los ojos—. Creo que eso eran rosas.

—Estás alucinando. —Pero ya estoy saliendo de la cama a toda prisa.

—Ven a ver.

Me envuelvo en la sábana y me acerco de puntillas. Efectivamente, hay una cabra blanca en la terraza, destrozando metódicamente lo que probablemente era un arreglo floral carísimo.

—Madre mía.

—Es como si George nos hubiera seguido. —Suena personalmente ofendido mientras se pasa una mano por el pelo, ya de por sí revuelto—. ¿Así va a ser mi vida a partir de ahora? ¿Cabras acosadoras?

La cabra levanta la vista, establece contacto visual directo con Dean y tira un limonero en maceta.

—Creo que está marcando su dominio —digo, reprimiendo una carcajada.

—Voy a salir ahí fuera. —Ya se está dirigiendo hacia la puerta.

—Dean, no—.

Pero ya ha abierto la puerta corredera y sale a paso firme en calzoncillos como una especie de guerrero trastornado. La cabra balando. Dean la señala con la autoridad de alguien acostumbrado a ganar discusiones.

—No. Cabra mala. Suelta eso... sea lo que sea.

La cabra come más rápido, masticando con un placer vengativo.

—Hablo en serio. He volado seis mil kilómetros para librarme de esto.

Me río tanto que me falta el aire, agarrada al marco de la puerta para no caerme. —Por favor, deja de discutir con la cabra.

—¡Ella ha empezado! —La voz de Dean sube de tono, incrédula.

La cabra se sube a una mesa de un salto. El rostro de Dean pasa por unas diecisiete emociones distintas, deteniéndose en algún punto entre la rabia y la resignación.

—Se acabó. Nos vamos. Vístete. Bajamos al pueblo. A algún sitio donde no haya cabras.

—Pero si es monísima... —Sigo riéndome entre dientes mientras observo cómo se desarrolla todo este desastre.

—Poppy. —Solo pronuncia mi nombre, pero suena a advertencia.

—Vale, vale. —Veo cómo la cabra destroza otra planta con aparente regocijo—. Pero primero voy a hacerle una foto.

—Faltaría más. —Niega con la cabeza, pero la comisura de sus labios tiembla.

Veinte minutos después, bajamos por unos estrechos escalones de piedra hacia el puerto. Llevo un vestido veraniego que me alegro mucho de haber metido en la maleta; es blanco, me llega a mitad del muslo y Dean no ha dejado de mirarme las piernas desde que salimos de la villa.

—Vas a hacer que nos matemos —le informo cuando choca contra su tercera farola.

—Merece la pena. —Ni siquiera parece arrepentido.

—Qué labia tienes.

—¿Quieres labia? —Me hace girar contra un antiguo muro de piedra, acorralándome con sus brazos—. ¿Qué te parece esto: estás para comerte y me estoy planteando llevarte a rastras de vuelta a la cama?

Se me corta la respiración y el corazón me da un vuelco. —Eso no es tener labia. Eso es de cavernícolas.

—A ti te gustan los cavernícolas. —Su voz baja a ese registro que hace que me tiemblen las rodillas.

Es verdad. Me gustan mucho.

—¿No estábamos escapando del ganado? —consigo decir, aunque la voz me sale entrecortada.

Él sonríe, lenta y satisfactoriamente, y da un paso atrás. —Cierto. Solo zonas libres de cabras.

Deambulamos sin rumbo fijo. Es lo que tiene Dean, me estoy dando cuenta: cuando cede el control, lo hace de verdad. Sin itinerario. Sin horarios. Solo su mano en la mía y adonde nos lleven los pies.

El pueblo es absurdamente encantador: edificios en tonos pastel apilados como capas de tarta, barcos balanceándose en un agua tan azul que parece falsa. Hay turistas por todas partes, pero no importa porque Dean no deja de meterme en callejones minúsculos para besarme hasta dejarme sin sentido.

—Eres insaciable —jadeo después de que prácticamente me haya asaltado detrás de una heladería.

—Es culpa tuya. —Me da un mordisco en el cuello, rozando con los dientes la piel sensible—. Ese vestido es delictivo.

—¿Quieres que me cambie? —bromeo, aunque tengo el pulso acelerado.

—Ni hablar. Quiero que lo lleves puesto siempre. O nada. Preferiblemente nada.

Una anciana italiana pasa a nuestro lado diciendo algo que suena a reproche. Dean sonríe y responde con su pésimo italiano. Ella se ríe, le da una palmadita en la mejilla y sigue caminando.

—¿Qué has dicho? —pregunto mientras me retoco el vestido, con las mejillas encendidas.

—Ni idea. O «perdona por el espectáculo en público» o «tu pescado se está quemando». Mi pronunciación necesita mejorar.

Encontramos una pequeña cafetería con vistas al agua. El dueño no sabe nada de inglés y Dean no sabe nada de italiano de verdad. De alguna manera, acabamos con cafés expreso, pastas y algo que podría ser pescado, pero que también podría ser pollo.

—Esto es agradable —digo, mirando los barcos.

—¿El posible pescado? —Lo pincha con el tenedor, suspicaz.

Me río. —Esto. —Hago un gesto señalándonos a los dos—. Ser normales. Como si solo fuéramos...

—¿Solo qué? —Deja el tenedor y me presta toda su atención.

—Gente. De vacaciones. Juntos.

Me observa por encima de su café, escudriñándome el rostro. —¿Es eso lo que somos?

—No lo sé. —Le doy un bocado a su «quizás pescado», necesitando hacer algo con las manos—. ¿Qué crees que somos?

—Desastres —responde de inmediato—. Desastres absolutos que no pueden mantener las manos quietas.

—Qué romántico. —Sonrío a pesar del sarcasmo.

—¿Quieres romanticismo? —Se inclina sobre la pequeña mesa, lo suficiente como para que huela su colonia mezclada con el café—. Vale. Creo que somos lo que sea que hace que te lances sobre mí entre grasa de pizza. Lo que sea que hace que vuele hasta Italia con joyas. Lo que sea que es esto que hace que quiera comprar cada cabra de este país solo por verte sonreír así.

No puedo evitar sonreír. —¿Cada cabra?

—No me pongas a prueba. —Lo dice totalmente en serio, lo que lo hace más divertido.

—Dean Whitaker, coleccionista de cabras.

—Suena bien.

El camarero trae más café, juzgando la pronunciación italiana de Dean. Parece que tienen una discusión sobre la conjugación. Lo observo, encantada por lo mal que se le da esto, por cómo gesticula con las manos como si eso fuera a corregir de algún modo su pésima gramática.

—Se te da realmente mal el italiano —le informo cuando el camarero se marcha negando con la cabeza.

—Menos mal que tengo otras habilidades. —Usa ese tono de voz que me hace pensar en anoche. Y en esta mañana.

—¿Cómo cuáles? —Intento sonar casual, pero fallo por varios husos horarios.

Su pie encuentra el mío bajo la mesa, y su zapato de vestir se desliza contra mi sandalia en un movimiento lento y deliberado. —¿No te gustaría saberlo?

—Ya lo sé. Tres veces, ¿recuerdas?

—Cuatro. Te olvidas de la ducha.

El calor me sube por el cuello. —La ducha no cuenta. Eso solo fue...

—¿Solo qué? —Su voz cae a ese registro peligroso que debería venir con una etiqueta de advertencia—. Solo tú apretada contra los azulejos mientras yo—.

—¡La cuenta, por favor! —prácticamente grito, llamando a nuestro sufrido camarero.

Dean se ríe, con un sonido profundo y genuino. Lanza unos euros sobre la mesa con la confianza de quien no tiene ni idea de cuánto cuestan las cosas aquí. —Venga, vamos. Vamos a comprarte algo inapropiado.

—¿Más inapropiado que este vestido? —Me levanto, alisando el vestido que ya se me está subiendo por los muslos.

—¿Es un desafío? —La mirada que me lanza sugiere que ya está planeando exactamente cómo cumplir su palabra.

Deambulamos por las calles estrechas, pasando por tiendas que venden de todo, desde pasta artesanal hasta bolsos de «diseño» dudoso. Dean se dirige de inmediato hacia un puesto que exhibe los bikinis más diminutos que he visto nunca fuera de una convención de higiene dental.

—Ni hablar. —Me cruzo de brazos y niego con la cabeza.

—Este es bonito. —Sostiene lo que generosamente podría llamarse un cordel con aspiraciones.

—Eso no es un bañador. Es hilo dental con delirios de grandeza.

—Hilo dental a la última moda. —Me lo pone encima, considerándolo con la concentración de un hombre que toma decisiones de moda importantes—. Tenemos piscina en la villa...

—Tenemos una cabra en la villa. —Aparto el cordel.

—Buen punto. No querríamos escandalizarla. —Hace una pausa y vuelve a colgar el bikini—. Aunque después del incidente de la ducha, creo que ese tren ya ha pasado.

—George II ha visto cosas —asiento con solemnidad.

—George II necesita terapia.

En lugar de eso, me pruebo unas gafas de sol enormes que me hacen parecer un insecto de una película de ciencia ficción de los años sesenta. Dean saca unas cuarenta fotos, cada cual más ridícula, riéndose todo el tiempo.

—Borra eso. —Intento parecer severa, pero no lo consigo.

—Jamás. Esto es material de chantaje. —Sigue haciendo fotos, rodeándome como un fotógrafo demente.

—¿Para qué?

—Futuras negociaciones. —Me atrae hacia él y posa sus manos en mi cintura como si fuera su sitio—. Para cuando te pongas cabezota con algo.

—Yo nunca soy cabezota. —Alzo la barbilla, desafiante.

Él se limita a mirarme.

—Vale, raramente cabezota. —Empiezo a flaquear bajo su mirada.

La mirada continúa.

—Cállate. —Le doy un palmetazo en el pecho.

Compramos las gafas de sol, un diario de cuero al que no puedo resistirme por el olor y una botella de limoncello porque Dean insiste en que necesitamos más. Nos sentamos junto al puerto a comer helado: de pistacho para él, de stracciatella para mí. Observamos a la gente, inventando historias disparatadas para los turistas, señalando perros y puntuándolos en una escala del uno al Muffin. Discutimos sobre si aquel edificio es de color coral o salmón.

—Es claramente coral —insisto, señalando con mi cucharilla del helado.

—Es salmón. Fíjate en cómo le da la luz. —Entorna los ojos hacia el edificio como un crítico de arte serio.

—Así no es como funcionan los colores.

—Tengo una visión cromática excelente. Una vez gané un caso gracias a mi habilidad para distinguir entre el borgoña y el granate.

Bajo la cucharilla. —Eso no pasó en la vida.

—Podría haber pasado. —Lucha por no sonreír.

—Dean.

—Vale. Pero ese edificio sigue siendo salmón.

—Tú eres un salmón. —Es una niñería, pero me da igual.

—Eso ni siquiera tiene sentido. —Pero se está riendo.

—Tu cara no tiene sentido.

Una anciana italiana se detiene a mirarnos. Está claro que estamos alterando la paz con nuestra tonta discusión. Dean le dice algo en su pésimo italiano, probablemente intentando pedirle su opinión sobre el edificio. Ella le da una palmadita en la mejilla como si fuera un niño corto de entendederas y sigue caminando.

—Esto es divertido —digo, sorprendida de lo mucho que lo siento.

Él se gira hacia mí, olvidando el helado. —¿Qué?

—Tú. Siendo divertido. Es desconcertante. Como descubrir que tu asesor fiscal hace monólogos en secreto.

—Soy increíblemente divertido. Un encanto. Un placer tenerlo cerca. Pregúntale a cualquiera. —Usa su voz de abogado, defendiendo su postura.

—Intentaste echarme de casa mediante una publicación en Reddit. —Le señalo con la cucharilla acusadoramente.

—Eso fue antes. —Su voz se suaviza, volviéndose seria.

—¿Antes de qué?

Me besa en lugar de responder. Allí mismo, en plena calle, con los dedos pegajosos por el helado y multitudes de turistas a nuestro alrededor. Sabe a pistacho y a posibilidad, a todas las palabras que aún no se atreve a pronunciar del todo.

—Antes de eso —dice contra mis labios.

Estamos volviendo cuando pasamos por delante de una joyería. Uno de esos sitios con un escaparate que susurra «caro» en doce

idiomas. Dean se detiene tan bruscamente que casi choco con él. Se queda mirando el escaparate con una expresión que no alcanzo a descifrar: intensa, concentrada, casi hambrienta.

—¿Ves algo que te guste? —bromeo, pero la voz me sale más entrecortada de lo que pretendía.

—Sí.

La forma en que lo dice (suave, seguro, como si no estuviera hablando de joyas en absoluto) hace que se me revuelva el estómago. Me aprieta la mano y, por un momento, creo que va a decir algo más. Algo importante.

Pero entonces sacude la cabeza, como si quisiera despejarse, y tira de mí. —Ven. Quiero enseñarte algo.

Me guía por calles serpenteantes que se vuelven progresivamente más empinadas. Y más empinadas. Y, Dios mío, aún más empinadas. Para cuando llegamos a una pequeña iglesia en una colina, estoy resoplando como una asmática.

—Lo has hecho a propósito —jadeo, apoyándome en el muro de piedra para no caerme. Me arden los muslos.

—Las vistas merecen la pena —dice él, sin que le falte ni un ápice de aliento. Será vago.

Entonces me doy la vuelta y, vale, tiene razón. Toda la costa se extiende ante nosotros: un agua de un azul imposible salpicada de barcos que parecen confeti, edificios que caen en cascada por la ladera en tonos ámbar y rosa, y el sol iniciando su descenso, tiñéndolo todo de dorado.

—Oh —susurro, olvidando todo mi enfado.

—Sí. —Él no está mirando el paisaje. Me está mirando a mí—. Oh.

Nos quedamos allí parados mientras la luz cambia, mientras las campanas de la iglesia dan la hora, mientras el mundo se vuelve suave y dorado a nuestro alrededor. Me rodea con los brazos desde atrás y me apoyo en su calor, sintiendo los latidos de su corazón contra mi espalda.

—Podría quedarme aquí —digo en voz baja.

—¿En Italia? —Su voz retumba en su pecho.

—En este momento. —Me giro entre sus brazos, alzando la vista hacia él—. Contigo.

Algo cambia en su expresión; una mezcla de esperanza y miedo. —Poppy...

—Lo sé. Tenemos que volver. Enfrentarnos a la vida real. Averiguar qué es esto cuando no estemos en modo vacaciones. —Le acaricio la cara, sintiendo la ligera barba incipiente bajo la palma de mi mano—. Pero ahora mismo, ¿podemos simplemente...?

—Sí —dice él, antes de que pueda terminar—. Sea lo que sea lo que ibas a decir. Sí.

Me besa mientras el sol se pone sobre Portofino y, por una vez, no pienso en planes, ni en negocios, ni en lo que vendrá después. Solo pienso en esto: sus manos en mi pelo, su calidez sólida contra mí, la forma en que me hace sentir que quizá los desastres caóticos también pueden tener finales felices.

—¿Lista para volver? —pregunta finalmente, cuando la luz se ha vuelto color violeta y empiezan a aparecer las primeras estrellas.

—¿Podemos coger un taxi? Mis pies han presentado una queja formal. —Muevo los dedos dentro de las sandalias, notando cómo se forman las ampollas.

—Te llevaré en brazos. —Ya se está agachando como si fuera a alzarme.

—¿Por un millón de escalones de piedra? He visto cómo es tu coordinación. —Le empujo el pecho, riendo.

—Eso no vale. Estaba distraído.

—Cualquier cosa te distrae cuando llevo un vestido veraniego.

—Culpable. —Me coge de la mano, entrelazando nuestros dedos —. Vamos. Volvamos a casa.

Casa. La palabra aterriza suave y cálida en mi pecho.

—Sí —digo—. Volvamos a casa.

Y tal vez sea eso precisamente: la respuesta a qué somos y qué estamos haciendo. Solo somos dos personas que no pueden imaginarse estar en ningún otro lugar.

—¿Lista para enfrentarte a la cabra?

—Juntos. —La palabra suena más seria de lo que pretendía.

—Juntos —asiento.

Me ayuda a levantarme, pero no me suelta la mano.

Encontramos un taxi y, para cuando llegamos a la villa, el sol ha desaparecido. La cabra se ha ido, pero ha dejado una estela de devastación a su paso.

—Pobres rosas —me lamento, contemplando la carnicería.

—Han muerto por una buena causa. —Ya me está arrastrando hacia la puerta.

—¿Y cuál es?

—Sacarnos de la cama. —Deja caer las bolsas y me atrae hacia él—. Aunque ahora que hemos vuelto...

—Eres previsible. —Pero ya me estoy derritiendo en sus brazos.

—Eres preciosa. —Sus manos se deslizan por mi espalda.

Se ríe, me besa y me hace caminar de espaldas hacia la habitación.

—Adentro —dice contra mis labios—. Ahora.

Me encanta esta faceta suya, este lado mandón. Quizá no debería, pero que Dios me ayude, me encanta de verdad.

Mañana tendremos que hablar. Sobre qué es esto, hacia dónde vamos y qué pasará cuando la vida real irrumpa de nuevo.

¿Pero esta noche?

Esta noche soy suya.

Dean se abraza a mí como si temiera que fuera a desaparecer. Tiene un brazo bajo mi almohada y el otro me rodea firmemente la cintura. Incluso estando casi inconsciente, este hombre no hace nada a medias.

—Tu cerebro hace demasiado ruido —murmura contra mi pelo.

—Lo siento. —Intento acallar mis pensamientos acelerados.

—No te disculpes. Solo habla conmigo. —Su pulgar traza círculos en mi cadera.

Me giro entre sus brazos y estudio su rostro en la oscuridad. —Háblame de Emily.

Todo su cuerpo se pone rígido, cada músculo se tensa. —¿Qué?

—Esta no es realmente una conversación para las dos de la mañana. —Su voz se ha vuelto cautelosa y precavida.

—¿Cuándo es el momento para esta conversación? —Mantengo un tono suave, sin presionar.

—Nunca.

—Dean... —empiezo, pero me interrumpe.

—Poppy. Por favor. Estoy aquí contigo, y ella es la última persona en la que quiero pensar. No se merece ni un gramo más de mi atención. —Hay dolor en su voz, antiguo y profundo.

Ese «por favor» me desarma. Dean no suele pedir por favor. No sé qué decir, así que simplemente lo abrazo con más fuerza, hundiendo la cara en su pecho.

—Cuéntame otra cosa —digo finalmente.

—¿Como qué? —Se está relajando ligeramente, soltando la tensión.

—¿Cómo eras de niño?

Suelta un gemido y se frota la nuca como si quisiera escabullirse. —Paso.

—Cuéntamelo, o te pongo los pies fríos encima. —Muevo los dedos de los pies de forma amenazadora.

—Terrorista. —Pero está sonriendo; una sonrisa pequeña y reacia que me encanta—. Vale. Era exactamente lo que esperarías. Callado. Serio. Leyendo constantemente.

—¿Qué leías? —Me apoyo en un codo, intrigada.

—A John Grisham. Todos sus libros. Varias veces.

—Empollón. —Le doy un toque cariñoso en el pecho.

—Organizaba juicios simulados.

Me incorporo del todo. —¿Qué?

—Tenía todo un tribunal montado, con peluches como jurado. Este oso de peluche —el Sr. Oso, qué original— siempre era el acusado. —Ahora le habla al techo, evitando mi mirada.

—¿Por qué? —Intento no reírme.

—Tenía mirada de sospechoso.

Me río tan fuerte que la cama tiembla. —¿Procesaste a un oso de peluche?

—Varias veces. Era claramente culpable. —Su tono defensivo lo hace aún más gracioso.

—¿De qué?

—De varios delitos. Principalmente robo. A veces fraude. —Lo dice con una seriedad total.

—Dios mío, eras adorable. —Me desplomo de nuevo sobre su pecho, todavía riendo entre dientes.

—Era raro. —Puedo notar la antigua inseguridad en su voz.

—Adorablemente raro. —Me acomodo de nuevo contra él, besándole el hombro.

Río contra su hombro. Puedo imaginármelo: un niño serio, de pelo oscuro, alineando sus peluches meticulosamente, presidiendo sobre ellos... Me recuerda mucho al Dean que conocí cuando llegué a la finca: lleno de control, orden y límites de hierro.

Luego pienso en el Dean que está actualmente desnudo en la cama después de volar a Italia por un capricho, y sonrío.

Me acerca más a él, apretando sus brazos a mi alrededor. —¿Y tú? ¿Alguna vez has estado enamorada?

Uf. Supongo que lo justo es lo justo.

—Creí que lo estaba, en la universidad. Jake. —El nombre todavía me deja un sabor amargo.

—Jake. —Lo escupe como si le ofendiera personalmente—. Dime que Jake murió trágicamente.

—Es profesor de guardería en Portland. —No puedo evitar reír ante el tono de Dean.

—Aún peor. —Parece genuinamente horrorizado.

Me río a mi pesar. —Era majo...

—Majo. —Lo dice como si fuera un insulto.

—Deja de decirlo así. —Le doy otro toque.

—¿Cómo? —Se hace el inocente, pero se le nota la sonrisa en la voz.

—Como si «majo» fuera un código para decir que tiene la personalidad de una tostada de pan integral.

—¿Acaso no lo es? —Se mueve debajo de mí para ponerse más cómodo.

Bueno, quizá. —Salimos durante dos años. Le gustaba que yo lo tuviera todo planeado y me llamaba su «pequeña directora ejecutiva».

—Ya lo odio. —La voz de Dean se ha vuelto plana, peligrosamente plana.

—Dean. —Intento sonar autoritaria, pero me sale un tono cariñoso.

—Qué clase de condescendiente...

—Se acostó con mi compañera de piso —suelto rápido, como quien quita una tirita.

Dean se queda rígido, totalmente rígido. —¿Qué? —Su voz es baja, cargada de preocupación.

—Volví antes de las vacaciones de invierno. Estaban en mi cama. En mi propia cama, Dean.

—Solo necesito un nombre. Su nombre completo. Conozco a gente. —Ahora está incorporado, realmente furioso.

—No vas a mandar a matar a nadie. —Le obligo a tumbarse otra vez.

—Solo una paliza leve.

—Dean. —Pero me estoy riendo; no puedo evitarlo.

—Vale. Una paliza seria. —Se calma, pero me mantiene cerca.

Le beso para callarlo. Cuando me separo, sigue frunciendo el ceño.

—¿Pero en tu cama? —Parece ofendido personalmente por mí.

—¿A que sí? Había otra cama literalmente a dos metros. —La antigua rabia aflora brevemente.

—Una falta de respeto. —Ahora traza dibujos en mi espalda, tranquilizándome. Nos quedamos allí tumbados, respirando el mismo aire, compartiendo estas verdades entre nosotros—. ¿Cuándo fue eso?

—Hace siete años.

—¿Y desde entonces? —Su mano se detiene en mi espalda, esperando.

—Trabajo. —Me encojo de hombros contra él—. Es más fácil planear los finales felices de los demás que arriesgar el mío propio.

—Eso es... —Hace una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado—. En realidad tiene sentido.

—¿Gracias? —No estoy segura de si debería ofenderme.

—Quiero decir... —Suspira—. Lo entiendo. Lo del control. Si tú diriges el cotarro, nadie puede hacerte daño.

—Exactamente. —Me invade el alivio al ver que lo comprende.

—Excepto que entonces aparece un agente del caos con una cabra... —Su voz se vuelve más ligera.

—Y lo arruina todo —termino yo.

—O lo arregla —dice en voz baja, pero percibo la esperanza subyacente.

Nos quedamos en silencio un minuto, simplemente respirando, existiendo. Es agradable.

—Te toca —dice finalmente, claramente harto de temas profundos—. Historias de la pequeña Poppy.

—Monté un negocio de bodas en el recreo. En segundo de primaria. —Sonrío en la oscuridad.

—Por supuesto que lo hiciste. —Parece encantado, su pecho retumba con la risa—. Por favor, dime que tienes fotos.

—En algún lugar. Tenía todo un puesto detrás del fuerte de madera. Un dólar por ceremonia. Dos dólares por el paquete de lujo con pétalos de flores... dientes de león que recogía del campo de fútbol.

—Toda una emprendedora. —Parece impresionado, jugando con mi pelo.

Asiento, extrañamente orgullosa. —Saqué bastante pasta hasta que el director me cerró el chiringuito.

—¿Por qué? —Parece genuinamente ofendido por mi yo de ocho años.

—Al parecer, los niños de ocho años no pueden casar legalmente a la gente. —Todavía recuerdo mi indignación.

—Fascistas. —Lo dice tan en serio que suelto un bufido.

—¿Verdad? Tenía todo un sistema. Certificados con códigos de colores. Un maletín.

—Dime que era rosa. —Puedo notar su sonrisa.

—Rosa fucsia. Con pegatinas de Lisa Frank; delfines y arcoíris por todas partes.

—Perfecto. —Está jugando con mi pelo, desenredando con los dedos los nudos de nuestras actividades de antes—. ¿Qué más?

Dudo sobre cuánto compartir, pero me doy cuenta de que ya estamos sumergidos hasta el cuello en la vulnerabilidad. —Soy hija

única y me moría por tener hermanos. Solía suplicarles a mis padres un hermano o una hermana cada cumpleaños.

—¿Qué decían ellos? —Su mano se detiene en mi pelo.

—Que yo era suficiente. Suena tierno, pero para mí era un código para decir: «apenas podemos lidiar con una». —Me río, aunque no tiene mucha gracia—. Así que solía casar a mis Barbies entre ellas para que pudieran tener familias.

—Eso es... —empieza, pero le corto.

—Triste, lo sé —le interrumpo antes de que pueda confirmar lo que siempre he pensado.

—Iba a decir dulce. —Me besa la sien, con una delicadeza que me hace doler el pecho—. Siempre has estado construyendo familias.

¿Por qué eso me dan ganas de llorar? Quizá porque nadie lo había planteado así antes; no como algo patético o solitario, sino como algo... con propósito.

—Supongo que sí —consigo decir, parpadeando con fuerza contra las lágrimas repentinas.

—Todas esas bodas, reunir a la gente, crear nuevas familias cada fin de semana. —Me aprieta más contra él—. Eso es un don, Poppy.

—¿Incluso cuando creo el caos en el proceso? —Mi voz suena pequeña.

—Especialmente entonces. Las familias perfectas son aburridas. Las que duran son las complicadas.

Me derrito un poco más contra él, sintiendo que algo se asienta en mi pecho.

—¿Oye, Poppy?

Ya estoy medio dormida, cálida y a salvo. —¿Mmm?

—Hoy también ha sido perfecto para mí.

Suspiro un poco, satisfecha. Mi mano encuentra la suya en la oscuridad.

Sí. Mañana puede esperar.

Capítulo Treinta y Seis
Con todo
Dean

Está haciendo mal el café.

De pie en la cocina de la villa, vestida con mi camisa y nada más, muele los granos como si fuera una venganza personal. Tiene el pelo por todas partes: largo, rebelde y probablemente enredado por culpa de mis manos. Anoche se me fue un poco de las manos.

Pero ¿cómo no iba a ser así?

—Me estás mirando —dice ella sin darse la vuelta.

—Estás asesinando esos granos.

—Se lo merecen. Me mira por encima del hombro—. ¿Quieres un poco?

—Quiero que hablemos.

El molinillo se detiene y su mirada se cruza con la mía. —Eso suena ominoso.

—Ominoso no. Solo... —me paso una mano por el pelo—. Necesario.

Se gira por completo ahora, apoyándose en la encimera y cruzándose de brazos. El gesto hace que mi camisa se le suba por los muslos, y pierdo el hilo de mis pensamientos por un segundo.

—Vale —dice con cautela—. Habla.

Bien. El discurso que he practicado en la ducha. Mientras ella dormía. Mientras yo entraba en pánico por miedo a estropear esto.

—He pensado que tenemos dos opciones —empiezo.

Ella arquea una ceja. —¿Solo dos?

—No te hagas la graciosa.

—No puedo evitarlo. Su boca se curva en una sonrisa irónica.

—Poppy.

—Perdona —no lo siente—. Continúa con tu PowerPoint.

Me acerco. Necesito estar más cerca. —Opción uno: mantenemos una relación a distancia. Tú vuelves a California; yo

vuelvo a Nueva York. Nos enviamos mensajes, hacemos FaceTime, nos vemos cuando podamos y vemos a dónde nos lleva esto.

—Hmm —está haciendo eso de no revelar lo que piensa. Y se le da condenadamente bien—. ¿Y la opción dos?

Esta es la parte difícil. La parte que asusta. La parte en la que pongo todas las cartas sobre la mesa y espero que no salga corriendo.

—Opción dos... —tomo aire—. Vamos con todo.

—Define «con todo».

Otra respiración superficial. —Te mudas a Nueva York. Te mudas conmigo. Nos saltamos todo eso de salir a distancia y simplemente... hacemos esto. Juntos. De verdad.

Silencio.

Me mira fijamente. Yo le devuelvo la mirada. En algún lugar ahí fuera, esa maldita cabra probablemente esté destrozando más jardín.

—Eso es... —se detiene. Empieza de nuevo—. Dean, eso es una locura.

—¿Lo es?

—¡Sí! Nos conocemos desde hace...

—Una semana, seis días y aproximadamente dieciséis horas.

—¿Has llevado la cuenta?

—Soy abogado. Lo cuento todo. —acorto la distancia entre nosotros, acorralándola contra la encimera—. ¿Y sabes qué? No me importa. Pasé cuatro días sin ti y fueron los peores cuatro días de mi vida.

—Dean...

—No he aprobado el examen del colegio de abogados en California, así que no podría trabajar como abogado allí —continúo, aprovechando el impulso—. Pero tú podrías construir algo increíble en Nueva York, si estás dispuesta. El panorama de la organización de bodas allí es una locura. Solo el Valle del Hudson podría mantenerte ocupada durante años. Gente rica con fincas en el campo y demasiado dinero.

—Has pensado en esto.

—No he pensado en otra cosa. —mis manos encuentran su cintura—. La casita de invitados se convierte en tu oficina. Aterrorizas a la élite de Manhattan. Yo llego a casa y me encuentro con el caos y cabras...

—Dean.

Le sujeto la cara con las manos, obligándola a mirarme. —Quiero la opción dos. Te quiero en mi casa, en mi cama, en mi vida. Todos los días. A partir de ahora.

Sus ojos están haciendo algo complicado. Se están volviendo brillantes. Joder.

—No puedes simplemente... —su voz se quiebra—. No puedes simplemente ofrecerme todo lo que quiero y esperar que sea racional al respecto.

—No quiero que seas racional. Te quiero mía.

—Soy tuya, desastre posesivo. —Definitivamente está llorando ahora. Lágrimas de felicidad, creo. Esperanza—. Pero esto es una locura. Mudarnos juntos después de dos semanas...

—Lo sé —admito—. Puede sonar a locura, pero...

—Cállate —pero está sonriendo a través de las lágrimas—. Toda mi vida está en California. Mi apartamento. Mis clientes. Mi...

—¿Tu qué? —la desafío—. ¿Tu próspera vida social? ¿Tus conexiones profundas? ¿Tu existencia plena que definitivamente no implica matarte a trabajar para evitar sentirte sola?

Impacto directo. Ella me fulmina con la mirada. —Eso no es justo.

—Es totalmente justo. Somos iguales, Poppy. Escondiéndonos tras el trabajo porque es más fácil que admitir que queremos más.

—¿Y crees que «más» es mudarme al otro lado del país para vivir con un hombre que discute con cabras?

—Creo que «más» somos nosotros. Juntos. Resolviéndolo sobre la marcha. —le quito una lágrima con el pulgar—. A menos que quieras la opción uno. A menos que quieras hacer esto de la forma segura.

Ella se ríe, entre lágrimas e incredulidad. —¿Cuándo he hecho yo algo de la forma segura?

—¿Entonces...?

—Entonces, estás loco. Toda esta idea es una locura. Mudarnos juntos, empezar de cero, montar un negocio... —se detiene y toma aire con dificultad—. Es de locos.

Mi corazón se hunde. —¿Pero?

—Pero... —rodea mi cuello con sus brazos—. Quiero la opción dos.

El mundo se detiene.

—¿Tú... qué?

—La opción dos. Con todo. El desastre completo. —ahora está llorando a moco tendido, pero también sonríe con tanta fuerza que duele mirarla—. ¿Es una locura?

—Totalmente. —la beso, saboreando la sal, el café y el futuro—. Seamos locos los dos.

Se ríe contra mi boca. —A mi madre le va a dar algo.

—Me va a adorar.

—¡Dean!

—¿Qué? —la subo a la encimera—. Llámala luego. Hablaré con ella si quieres.

Ella me lanza una mirada. —¿Ah, sí? ¿Y qué le vas a decir?

Me encojo de hombros. —Le diré que he encontrado a alguien que me hace desear cosas.

—¿Cosas? —parpadea.

—Ruido. Caos. Una vida que es algo más que horas facturables.

—Deja de decir cosas perfectas. —me rodea con las piernas—. Ya te he dicho que sí.

—Dilo otra vez.

—Sí.

—Otra vez.

—Sí, controlador de los...

La callo con un beso. Luego no hay silencio. Luego, definitivamente vamos a escandalizar esta cocina de nuevo.

—Espera —jadea ella—. Tenemos que hablar de logística. Cuándo...

—Luego.

—Pero...

—Poppy. —me separo para mirarla—. Acabamos de decidir dinamitar nuestras vidas y ver qué pasa. La logística puede esperar una hora.

Ella me estudia. Esta mujer que se estrelló en mi vida con sus listas y su caos y su capacidad de ver a través de mí.

—¿Una hora?

—Tal vez dos.

—Dean Whitaker —ella sonríe de oreja a oreja—. ¿Estás sugiriendo que celebremos nuestra decisión completamente de locos con más sexo?

—Estoy sugiriendo que cerremos el trato. Como algo legalmente vinculante y todo eso.

—Eres ridículo.

—Te encanta.

Las palabras quedan suspendidas en el aire. Amor. No se dice tal cual, pero se siente absolutamente.

—Sí —dice ella suavemente—. Me encanta, de verdad.

Y entonces volvemos a besarnos, y hablar se vuelve imposible, y en algún lugar de Italia una cabra probablemente esté planeando nuestra perdición, pero no me importa.

Porque ha dicho que sí.

A la opción dos.

A la locura.

A nosotros.

—De verdad vamos a hacerlo —dice ella.

Estamos de vuelta en la cama. Agotados. Pegajosos. Estúpidamente felices.

—De verdad vamos a hacerlo.

—Tengo que avisar de que dejo mi apartamento.

—Tengo que limpiar mi armario. Hacer sitio.

—¿Dean?

—¿Mmm?

—¿Y si no funciona?

Pienso en ello. Lo pienso de verdad. ¿Y si odia Nueva York? ¿Y si nos volvemos locos el uno al otro? ¿Y si esto que hay entre nosotros

arde con demasiada intensidad y se apaga?

—Entonces también lo solucionaremos —digo finalmente—. Pero ¿Poppy?

—¿Sí?

—No creo que eso vaya a ser un problema.

Se incorpora sobre un codo. —¿No?

—No. —Le aparto el pelo de la oreja—. Porque tú eres la elegida para mí. Signifique lo que signifique, tenga el aspecto que tenga. Eres tú.

—No puedes decir cosas como...

—Mira cómo lo hago.

Me besa. De forma suave, segura y llena de promesas.

—Que conste —dice contra mis labios—, que tú también eres el elegido para mí.

—Bien. —La atraigo hacia mí de nuevo—. Ahora deja de hablar. Tenemos toda una vida que planear.

—Pensaba que la logística podía esperar.

—He cambiado de opinión. Háblame de tus clientes de California.

Y lo hace. Habla durante una hora sobre su negocio, sus sueños, sus planes. Yo escucho y maquino y la imagino conquistando Manhattan boda tras boda.

Opción dos.

La mejor decisión que he tomado en mi vida.

Una locura total.

Absolutamente perfecto.

Igual que nosotros.

Capítulo treinta y siete
La oferta
Dean

—Tenemos que hablar.

Cuatro palabras que jamás han augurado nada bueno en la historia de la abogacía.

Tom Feldstein no hace visitas de oficina. Él convoca. Tú vas. Haces la genuflexión. Y sales de allí con un ascenso o con el finiquito.

Lo sigo hasta la sala de juntas, la que tiene unas vistas que cuestan más por metro cuadrado que el sueldo de la mayoría de la gente. Tiene esa expresión, la misma que lo hizo legendario en el mundo de las adquisiciones hostiles.

—Siéntese.

Me siento.

—Lleva aquí ocho años.

—Sí.

—Nos ha hecho ganar mucho dinero.

—Ese es el objetivo.

Me observa por encima de sus gafas de lectura, con una mirada que probablemente hace llorar a abogados experimentados. —Los socios han estado analizando su futuro.

Aquí llega. Aquello por lo que he estado trabajando desde que me gradué en la facultad de Derecho. La meta final. La validación de que todas esas semanas laborales de cien horas han servido para algo.

—Queremos hacerle socio.

Las palabras caen como una sentencia que no estoy seguro de haber deseado.

—Ah.

Su ceja sufre un tic. —¿«Ah»? ¿Esa es su respuesta al nombramiento como socio?

—Quiero decir... gracias. Es un honor. Solo que estoy...—

—¿Sorprendido?

En conflicto. En pánico. Pensando en una mujer que actualmente planea mudarse conmigo.

—Procesándolo —digo en su lugar.

—Tómese su tiempo. —Se echa hacia atrás y me estudia— Aunque debería mencionar que necesitamos una respuesta antes de que acabe el mes. El anuncio...—

—En realidad —la palabra se me escapa antes de que pueda frenarla— necesito tomarme un tiempo libre.

Ahora levanta las dos cejas. —¿Tiempo libre?

—Dos semanas. Quizá tres.

—No se ha tomado vacaciones en...—

—Cuatro años. Lo sé.

—¿Puedo preguntar por qué ahora?

Respiro hondo. —Tengo que conducir hasta California para ayudar a mi novia con la mudanza. —Es la palabra equivocada, «novia», pero es todo lo que tengo por ahora.

El silencio se prolonga. Su rostro pasa por varias expresiones indescifrables.

—Su novia —repite despacio, como si acabara de decir «mi unicornio».

—Sí.

—Tiene novia.

—Así es.

—¿Desde cuándo?

Desde que volé a Italia e hice saltar por los aires mi vida cuidadosamente construida. Desde que una organizadora de bodas con una cabra caótica me enseñó lo que me estaba perdiendo.

—Hace poco —concluyo.

—Y se muda aquí. Por usted.

—Conmigo. Sí.

Se quita las gafas y las limpia. Es su gesto para pensar. —Dean, ¿puedo ser franco?

—Siempre.

—Cuando hablamos de la sociatura hace dos años, no estaba preparado. Un abogado brillante, sí. Pero era... —Busca las palabras

— Rígido. Aislado. Uno de esos socios que se queman a los cincuenta y mueren en su escritorio.

—Qué halagador.

—No he terminado. —Se vuelve a poner las gafas— Algo es distinto ahora. Se le ve... ¿cuál es la palabra?

—¿Desquiciado?

—Humano. —La comisura de su boca se mueve, casi una sonrisa —. El bufete está evolucionando, Dean. Necesitamos socios que entiendan la conciliación de la vida laboral y familiar, que aporten algo más que simples horas facturables.

—¿Y cree que yo...?—

—Creo que un hombre que se toma tres semanas libres para ayudar a su novia a mudarse al otro lado del país podría ser justo el tipo de socio que necesitamos.

Lo miro fijamente. —¿Lo dice en serio?

—Totalmente en serio. Tómese su tiempo. Conduzca hasta California. Ayude a su... —Hace una pausa— ¿A qué se dedica ella?

—Organizadora de bodas.

—Por supuesto que lo es. —Ahora está sonriendo de verdad— Tráigala de vuelta y luego denos su respuesta.

—Eso... no es lo que esperaba.

—El liderazgo no consiste en reducirse a cenizas, Dean. Se trata de saber qué es lo importante. —Se levanta. Reunión terminada— Tres semanas. Con sueldo íntegro. No mire el correo electrónico.

—No sé cómo no mirar el correo electrónico.

—Aprenda.

Está en la puerta cuando recupero la voz. —¿Tom?

—¿Dígame?

—¿Y si digo que no? ¿A la sociatura?

Se gira y vuelve a estudiarme. —Entonces dirá que no. Y descubriremos qué es lo que realmente quiere. En cualquier caso, tómese el tiempo. Ella debe de ser alguien especial si ha conseguido que se ofrezca voluntario para una mudanza a través de todo el país.

Especial. Esa es una forma de llamar a la fuerza de la naturaleza que actualmente perturba mi tranquila existencia.

—Sí —digo—. Realmente lo es.

Capítulo treinta y ocho
Socio
Poppy

Dean está en el suelo con Muffin, y yo estoy intentando no derretirme como un azucarillo.

—Mamá está siendo mala —le dice a la perra, que se despatarra sobre su regazo como si fuera su dueña; lo cual, seamos sinceros, es cierto—. No me deja contratar a profesionales de la mudanza. Dice que quiere que lo «hagamos nosotros mismos» como si fuéramos pioneros.

—Te oigo. —Me apoyo en el marco de la puerta, observando cómo se desarrolla esta escena ridícula.

—Bien. A ver si así entras en razón. —Me mira desde el suelo, con el pelo alborotado por los zarpazos de Muffin, la corbata floja y los dos primeros botones de la camisa desabrochados. No se parece en nada al aterrador abogado a quien acaban de proponer como socio en uno de los bufetes más prestigiosos de Manhattan—. Mudanzas profesionales, Poppy. Tienen camiones, equipo y seguro.

—Nosotros tenemos un camión —rebato, cruzándome de brazos con terquedad.

—Tenemos una reserva en U-Haul —me corrige.

—Es lo mismo.

—No se parece ni remotamente. —Se vuelve hacia Muffin y le rasca detrás de las orejas—. Dile a mamá que está siendo una cabezota.

Se me da un vuelco el corazón con eso de «mamá». Lleva haciéndolo toda la semana: referencias casuales a que Muffin es «nuestra» perra, a que yo soy su madre, a que somos sus padres. Como si ya fuéramos una familia. Como si lo nuestro hubiera pasado de la fase de «¿qué estamos haciendo?» a algo que implica la custodia compartida de una perra con ansiedad clínica.

Como si esto fuera real.

Como si esto fuera para siempre.

Intento que no me aterrorice la idea de que todo me estalle en la cara, pero, sinceramente, soy más feliz que nunca.

—Quiero hacer un viaje por carretera —explico, sentándome con ellos en el suelo y cruzando las piernas debajo de mí—. Vivir la experiencia completa de mudarse al otro lado del país. Ver cómo cambia el paisaje, comer comida terrible de gasolinera, poner música espantosa que odiarás.

—Ya odio tu música. —Pero sus palabras no tienen nada de mordacidad.

—Mentiroso. Ayer te pillé tarareando a Taylor Swift. —Le doy un toque en el hombro.

—Mentiras y calumnias. —Pero está sonriendo, con esa sonrisa suave que le arruga los ojos y le hace parecer más joven—. Cinco mil kilómetros, Poppy. En un camión de alquiler.

—Contigo —digo con sencillez, como si eso lo zanjara todo.

Se queda callado un momento, asimilándolo. —Yo no hago viajes por carretera.

—Tú no hacías muchas cosas. —Me subo a su regazo, desplazando a una indignada Muffin que me lanza una mirada de pura traición—. No hacías cabras, ni bodas, ni sentimientos, ni comida italiana que no fuera de aquel sitio de la calle 48. Mírate ahora.

Sus manos buscan mi cintura automáticamente, y sus pulgares rozan la franja de piel donde se me ha subido la camiseta. —Me voy a arrepentir de esto.

—Probablemente. —Sonrío ahora, sabiendo que he ganado.

—Vas a hacerme parar en cada trampa para turistas. —Su voz denota una resignación cariñosa.

—Sin duda alguna. La bola de cordel más grande del mundo, allá vamos.

Enarca una ceja, considerando su destino. —Vamos a pelear por la música.

—Constantemente. Pero las sesiones de reconciliación en moteles de mala muerte valdrán la pena. —Recorro el cuello de su camisa con el dedo, sintiendo cómo se le acelera el pulso.

Suelta un gruñido, pero aprieta las manos en mis caderas. —Está bien. Pero conduzco yo.

—Obseso del control.

—Agente del caos —responde él sin dudar.

—Tu agente del caos —corrijo, observando cómo su rostro pone esa expresión suave y maravillada que me hace olvidar por qué llegué a pensar que mudarme al otro lado del país por un hombre al que solo conozco desde hace un mes era una locura. Esa mirada que dice que todavía no puede creerse que esto esté pasando, que lo haya elegido a él, que nos hayamos elegido el uno al otro.

—Sí —dice en voz baja, con la voz ronca por la emoción—. Mía.

Muffin lloriquea desde su exilio en el suelo frío, rascando la pierna de Dean con creciente desesperación.

—Nuestra —rectifico, agachándome para rascarle las orejas—. ¿Verdad, pequeña? Somos todos tuyos. Una gran familia disfuncional.

—No es nuestra niña. —Lo dice de forma automática, pero sin convicción.

—Es totalmente nuestra niña. Mira su carita. —Señalo a Muffin, que ha puesto su expresión más patética.

—No somos ese tipo de personas. —Pero veo que duda, mirando a la perra con demasiado afecto.

—Somos totalmente ese tipo de personas. —Le beso la mandíbula, sintiendo el leve raspado de la barba de dos días—. Vamos a ser esas personas insufribles que se hacen fotos profesionales con su perro. Jerséis de Navidad a juego. Todo el lote completo. Hazte a la idea, socio.

Se queda helado. Completamente inmóvil, como si hubiera dicho algo en un idioma extranjero.

—Sobre eso...

Me aparto para verle bien la cara, y la tensión me recorre los hombros. —¿Vas a aceptarlo, verdad? Dean. Es el puesto de socio. Es por lo que has trabajado. Es por lo que lo has sacrificado todo.

—¿Lo es? —Su voz es cautelosa, inquisitiva.

—¿No lo es? —rebato, estudiando su expresión.

Se queda callado un largo rato, mientras sus dedos trazan dibujos ausentes en mi cadera, el mismo lugar que toca siempre que está pensando, reafirmándose en nuestra realidad. —Ya no lo sé. Todo lo que creía querer... antes tenía sentido.

—¿Antes de qué? —Aunque creo que ya lo sé.

—De ti. —La palabra cae entre nosotros, cargada de significado —. Antes de que alguien me hiciera darme cuenta de que hay más en la vida que horas facturables y despachos de esquina. Antes de que comprendiera que el éxito puede tener un aspecto diferente al que yo planeé.

Oh.

Mi corazón está haciendo esa cosa de intentar salirse del pecho para lanzarse hacia él.

—Dean...

—Voy a aceptarlo —dice rápidamente, como si necesitara soltar las palabras antes de perder el valor—. Probablemente. Lo más seguro. Tengo tres semanas para decidirme. —Me mira a los ojos, y hay una vulnerabilidad que lo habría hecho salir corriendo hace un mes—. ¿Está bien? ¿Que no lo sepa? ¿Que quizás quiera... cosas diferentes ahora?

Pienso en el Dean que conocí hace tres semanas: tan seguro de todo, con un control tan rígido, con las emociones más blindadas que Fort Knox, con un plan de cinco años plastificado y clasificado por colores. Ahora, está en el suelo con una perra que suelta pelo sobre su traje de Armani, planeando un viaje por carretera en un vehículo cuestionable, admitiendo que no tiene todas las respuestas.

—Es perfecto —le digo, sintiendo cada palabra—. Que no lo sepas te hace muy humano. Estoy orgullosa de tu crecimiento emocional.

—Estoy trabajando en ello. —Parece casi tímido al decirlo.

—Se nota. No habrás hecho un hilo en Reddit sobre esta decisión, ¿verdad? —Entrecierro los ojos con sospecha.

—... No. —La pausa es demasiado larga.

—Dean. —No puedo evitar reír.

—Hice una lista muy pequeña de pros y contras. Eso es todo. —Ahora está a la defensiva, lo cual resulta adorable.

—Dean. —Me río, sacudiendo la cabeza—. Estamos teniendo una conversación seria sobre tu futuro.

—Estamos teniendo una conversación sobre *nuestro* futuro —me corrige él, y ahí van mis órganos internos otra vez, licuándose por la forma tan natural con la que dice «nuestro»—. Lo cual incluye decisiones sobre dónde vivimos, cómo vivimos, si quiero seguir trabajando cien horas a la semana o tal vez... encontrar el equilibrio.

—¿Equilibrio? —finjo un grito de asombro, llevándome una mano al pecho—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con Dean Whitaker?

—Cállate. —Pero está conteniendo una sonrisa, con esa boca firme curvándose en la comisura.

—Oblígame.

Lo hace. A conciencia. Su boca reclama la mía con una seguridad que hace que se me encojan los dedos de los pies. Cuando nos separamos, Muffin ha recuperado su sitio en su regazo, mirándome como si yo fuera la otra.

—Por lo que valga, creo que serías un socio increíble. Pero también creo que destacarías en cualquier cosa que elijas. —Le cojo la cara con las manos, asegurándome de que me oye. Se queda callado y me mira a los ojos, escrutándolos mientras mis dedos le acarician la mejilla.

—¿Incluso si decidiera dejarlo todo y convertirme en un amo de casa que cuida de su perra? —Hay una curiosidad real en su voz.

—Especialmente entonces. —Asiento con seriedad—. Muffin necesita estructura.

Él sonríe con suficiencia, mirando a la neurótica bola de pelo. —Lo que necesita es terapia.

—Todos necesitamos terapia. —Ni siquiera lo digo en broma.

Se ríe, un sonido cálido y genuino, y se levanta, tirando de mí en un movimiento fluido. —Venga. Vamos a mirar otra vez los planos para convertir la casita en tu oficina.

Muffin nos sigue hasta la cocina, donde mis bocetos están extendidos por la isla: planos para la oficina en la casita de invitados, ideas para la casa principal, sueños en forma de arquitectura.

—Sigo pensando que deberíamos tirar este muro —digo, señalando la viga de apoyo principal.

—Eso es un muro de carga. —Ni siquiera mira, simplemente lo sabe.

—No puedes saberlo. —Estoy siendo difícil a propósito ahora.

—Hice que un ingeniero lo confirmara, literalmente. —Saca el informe, prueba de su exceso de preparación.

—Los ingenieros pueden equivocarse. —Estoy intentando agarrarme a un clavo ardiendo, y ambos lo sabemos.

—Poppy. —Solo mi nombre, pronunciado con paciencia exasperada.

—Vale. Pero definitivamente vamos a pintar el dormitorio. —Cedo en la batalla del muro para ganar la guerra.

—Ya está pintado. —Me mira como si hubiera sugerido quemar la casa.

—El beige no es un color. Es rendirse. —Arrugo la nariz ante la idea.

Me rodea con los brazos desde atrás, apoyando la barbilla en mi hombro. —¿De qué color, entonces?

—Azul. Azul profundo. Como...

—¿Como el agua en Portofino? —Lo dice suavemente, cerca de mi oreja.

Me giro entre sus brazos, sorprendida. —¿Te acuerdas de eso?

—Lo recuerdo todo. —Su voz baja de tono, íntima—. El vestido que llevabas. Cómo te reíste cuando pedí seis pizzas por accidente.

—Eres malísimo con el italiano. —Sonrío ante el recuerdo.

—Estaba nervioso. —La confesión llega tranquila, casi tímida.

—Dean Whitaker no se pone nervioso —bromeo suavemente.

—Dean Whitaker no estaba enamorado antes.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros. Es la primera vez que lo dice, soltado así como si nada, como si fuera un hecho. Como que el cielo es azul, el agua moja y Dean Whitaker está enamorado de mí.

Se me corta el aliento, con el corazón martilleando. —Dean...

—Lo sé. Es demasiado. Demasiado rápido. Demasiado... —Está divagando, claramente nervioso.

—Perfecto —le interrumpo, presionando mis dedos contra sus labios—. Es perfecto. Tú eres perfecto. Estamos perfectamente locos, y yo también te quiero.

Su rostro pone una expresión adorable: asombro, alegría y alivio, todo a la vez. —¿Ah, sí?

—Sí, desastre emocional. Te quiero. ¿Por qué si no me iba a mudar a cinco mil kilómetros de aquí? —Sonrío tanto que me duele la cara.

—¿Por mi personalidad chispeante? ¿Por mi excelente gusto para los perros? —Intenta sonar casual, pero fracasa por completo.

—Muffin te eligió a ti, no al revés. —Le doy un toque en el pecho.

—Detalles. —Me besa. Suave. Luego no tan suave. Luego desesperado, como si necesitara demostrar que esto es real—. Dilo otra vez.

—Te quiero. —Las palabras salen más fáciles esta vez.

—Otra vez. —Sus manos están en mi pelo ahora, sujetándome cerca.

—Te quiero, controlador... —

Me silencia de la mejor manera. Cuando finalmente nos separamos, ambos respiramos con dificultad y Muffin nos juzga desde su cama.

—Tres semanas —dice contra mis labios—. Y entonces estarás aquí. En nuestra casa. En nuestra cama. Organizando bodas para gente que no somos nosotros.

—Sobre eso... —empiezo, pero me corta.

—No. —Su tono es firme e inmediato.

—Ni siquiera sabes lo que iba a decir. —Me aparto, sintiéndome indignada.

—Ibas a hacer una broma sobre nuestra boda. No estoy preparado para bromas sobre nuestra boda. —Pero se le están poniendo las orejas rosas.

—¿Pero estás preparado para pensar en nuestra boda? —Me aferro a ese detalle como a un clavo ardiendo.

Se pone aún más colorado. —Cállate.

—Madre mía. Has pensado en ello. Dean Whitaker ha pensado en casarse conmigo. —Estoy encantada, casi dando saltos.

—Me voy. —Intenta alejarse, pero me agarro a él.

—Tú vives aquí. —Aprieto el agarre en su camisa.

—Entonces te vas tú. —Pero no se está esforzando mucho por escapar.

—Yo también vivo aquí. O lo haré muy pronto. —Le sonrío, victoriosa—. Admítelo. Te lo has imaginado.

—No me he imaginado nada. —Miente, y los dos lo sabemos.

—Mentiroso. —Le doy otro toque para rematar.

Suspira, derrotado, bajando los hombros. —Está bien. Quizás una vez.

—¿Dónde? —Me inclino hacia él, interesada.

—Poppy... —Intenta esquivarme, pero soy implacable.

—¿Dónde fue nuestra boda hipotética en la que definitivamente no pensaste? —No voy a dejarlo pasar.

Vuelve a suspirar, esta vez más largo. Derrotado. —En el juzgado. Algo sencillo. Solo nosotros y los testigos que pudiéramos pillar. Sin líos. Sin caos. Sin cabras.

—Eso es... —Hago una pausa, sinceramente conmovida—. En realidad es muy tierno.

—Es práctico. —Intenta mantener la compostura.

—Es perfecto. —Le beso las orejas rosadas, sintiendo el calor bajo mis labios—. Pero definitivamente habría un gran banquete. Guirnaldas de luces. Toda nuestra familia y amigos. —Sonrío ahora porque realmente puedo imaginármelo.

—Negociaremos. —Suena resignado a su suerte.

—No haremos tal cosa. —Pero está sonriendo, y sé que he ganado.

Vuelvo a mis bocetos, pero sonrío demasiado para concentrarme. Tres semanas. Viaje por carretera. Vida nueva. Ciudad nueva. Todo nuevo.

Con un hombre que me quiere, una perra que necesita terapia y un futuro completamente incierto.

Nunca he sido más feliz.

Ni he tenido más miedo.

Pero no pasa nada. Lo resolveremos.
Juntos.

Capítulo treinta y nueve
En lo bueno y en lo malo (pero sobre todo en lo bueno)
Poppy

Un año más tarde

George se está comiendo mi velo.

—George. No. Cabra mala. Suelta el... ¡GEORGE!

Me mira fijamente a los ojos y pega otro bocado. Mil ochocientos euros de encaje francés, y este imbécil se lo está tomando como si fuera un aperitivo.

—Te voy a convertir en brochetas —le digo.

Bala. Victorioso. Con un trozo de tul colgando de la boca como un trofeo.

—¿Todo bien por aquí? —CeCe asoma la cabeza en la suite nupcial, observa la escena (yo con mi vestido de novia forcejeando con una cabra, George con cara de suficiencia) y empieza a grabar —. Esto es oro para el contenido.

—¡Ayúdame!

—Ni hablar. Esto se va a hacer viral. —Acerca el zoom a George —. Luciéndote, cariño. Dame drama.

—Os odio a los dos.

La puerta se abre de par en par. Dean está allí de pie con su esmoquin, como salido de todos los sueños eróticos que he tenido en mi vida, y se queda petrificado.

—No deberías verme antes de...

—¿Esa cabra se está comiendo nuestra boda?

—Solo el velo.

—Solo el... —Cruza la habitación en tres zancadas y agarra a George por el collar—. Escúchame bien, terrorista. Teníamos un trato. Te portas bien y puedes ser el paje. Te portas mal y te conviertes en la cena.

George bala. Suelta el velo.

—Gracias —suspiro.

Dean le da a George a CeCe. —Llévatelo. Ahora. Antes de que cambie de opinión sobre todo eso del menú «de la granja a la mesa».

—No serías capaz.

—Ponme a prueba —gruñe él. El Dean protector es muy sexy.

CeCe desaparece con George. Dean se vuelve hacia mí, y su cara hace esa cosa. Ese gesto suave y tonto que todavía hace que se me revuelva el estómago después de un año.

—Hola —dice.

—Hola.

—Estás...

—¿Como si acabara de pelearme con el ganado?

—Preciosa. —Se acerca un paso—. Sencillamente impresionante, la verdad.

—No puedes estar aquí. Da mala suerte.

—Poppy. —Sus manos encuentran mi cintura—. Hemos tenido una cabra que ha destrozado tres eventos distintos, una boda en la que el novio se desmayó sobre la tarta y aquel incidente con los flamencos. Creo que ya hemos cubierto nuestra cuota de mala suerte.

—Lo de los flamencos no fue culpa mía.

—Tú pediste específicamente «opciones de aves ambiciosas».

—¡Me refería a palomas!

—Te pusiste ambiciosa. —Me coloca un rizo rebelde detrás de la oreja—. ¿Veinte minutos?

—Diecinueve.

—¿De verdad me vas a hacer esperar diecinueve minutos más?

—Dean Michael Whitaker. —Le doy un toque en el pecho—. Hemos esperado un año. Puedes aguantar diecinueve minutos.

—Vale. —Me besa de todos modos. Rápido. Posesivo. Lleno de promesas—. Pero que conste que esto es cruel e inhumano.

—Anotado para el acta.

Sonríe. Esa sonrisa auténtica que solo yo consigo. —Nos vemos en el altar, esposa.

—Todavía no soy tu esposa.

—Semántica. —Retrocede hacia la puerta—. No dejes que George se coma nada más.

—No dejes que Mason dé un discurso.

—Es mi padrino. Tiene que dar un discurso.

—Dile que sea apto para todos los públicos.

—Le he dicho que se mantenga dentro de la legalidad. Es lo mejor que he podido conseguir.

Desaparece. Me vuelvo hacia el espejo, evaluando los daños. El velo está perdido, pero, ¿sinceramente?

Pues es casi perfecto.

Nada en nosotros ha sido nunca impecable. ¿Por qué empezar ahora?

Capítulo cuarenta
Con aires de esposa
Dean

Mason está llorando.

—Tío —le digo—. Contente un poco.

—No puedo evitarlo —dice mientras se seca los ojos con el pañuelo de Ivy—. Te vas a casar. Tú. El señor «no necesito a nadie». El señor «las emociones son para los débiles».

—Yo nunca dije eso.

—Lo dabas a entender. Constantemente. Durante años.

No le falta razón. Se trata de un giro de ciento ochenta grados para mí.

Nate aparece con chupitos. —¿Tequila de apoyo emocional?

—Son las dos de la tarde —le señalo.

—Es el día de tu boda —reparte los vasos—. Las reglas normales no se aplican.

—No voy a tomar chupitos antes de...

—Por Dean —interrumpe Mason, alzando su vaso—, que al final ha conseguido sacar la cabeza de su propio culo.

—Qué poético —murmuro.

—Y por Poppy —añade Nate—, por ser lo bastante valiente como para cargar con él.

—Santa Poppy —asiente Mason—. Patrona de las causas perdidas.

—Os odio a los dos.

—No es verdad —Nate choca su vaso con el mío—. Nos quieres. Mírate, teniendo sentimientos.

Me bebo el chupito y me arrepiento de inmediato. —Esto es disolvente.

—Esto es néctar de celebración —Nate mira su reloj—. Quince minutos. ¿Estás listo?

¿Que si estoy listo?

Pienso en la mujer que está ahora mismo en la suite nupcial. La que irrumpió en mi vida con caos y color y me hizo desear cosas a las que ya había renunciado. La que cruzó medio país impulsada por una promesa y una plegaria. La que levantó un imperio de bodas en el valle del Hudson mientras al mismo tiempo me reconstruía a mí.

Doce meses de mañanas de domingo, discutiendo por la intensidad del café. De ella reorganizando mis estanterías por puro capricho. De las visitas supervisadas de George que, de algún modo, pasaron a ser no supervisadas. De Muffin durmiendo entre nosotros porque Poppy es demasiado blanda para decirle que no.

Doce meses de ser más feliz de lo que jamás recordaba haber sido.

—Sí —digo—. Estoy listo.

—Bien —Mason me da una palmada en el hombro—. Porque antes he visto a George dirigirse hacia la tarta.

—¿Qué ha hecho qué?

—Es broma —sonríe—. Probablemente.

—Quiero que sepáis una cosa —digo con calma—: si esa cabra arruina una sola cosa más, me mudo a un estado con leyes ganaderas más laxas.

—Nunca dejarías a Poppy —dice Mason.

—Me la llevaría conmigo.

—Ella se llevaría a George.

Maldita sea. Tiene razón.

—Es hora de irse —anuncia Nate—. Caballeros, a sus posiciones.

Salimos en fila. El lugar es perfecto: un establo en la propiedad de los Hoffman, porque, por supuesto, Poppy los encandiló para que hicieran de anfitriones tras organizar la boda de su hija. Guirnaldas de luces por todas partes. Flores silvestres que «por casualidad» combinan con su paleta de colores. Invitados que murmuran, esperando.

Y yo, de pie en el altar, intentando no moverme nerviosamente.

—Respira —murmura Mason.

—Estoy respirando.

—Respira mejor.

La música empieza. A mi corazón le da por hacer tonterías.

Primero por el pasillo: Muffin, con una corona de flores y cara de sentirse personalmente ofendida por toda la situación. Llega contoneándose hasta su sitio asignado, se deja caer con un suspiro dramático y se suelta un pedo.

Luego George, con las alianzas atadas al collar con lo que me han asegurado que es una cinta «indestructible». De inmediato se desvía a la izquierda para investigar el bolso de alguien.

—Atrapa a la cabra —le siseo a Nate.

—No es mi cabra, no es mi problema.

Nadine —porque de algún modo está metida en esto— atrae a George de vuelta con lo que parece ser un bagel. Él la sigue, con los anillos tintineando.

Entonces aparece CeCe, guapísima vestida de lavanda, lanzándome una mirada que dice *como le hagas daño, te mato*. Gloria la sigue, cargada de flores silvestres y de una dosis equivalente de juicios de valor.

La música cambia.

Todo el mundo se levanta.

Y allí está ella.

Poppy Monroe.

Pronto Poppy Monroe *Whitaker*.

Mi mundo entero.

Capítulo cuarenta y uno
Sobrecarga de felicidad
Poppy

Está llorando.

Dean Whitaker, el terror del sistema legal de Nueva York, está de pie ante nuestro altar con lágrimas corriendo por su estúpida y perfecta cara.

—¿Estás bien? —susurra papá.

—No —le devuelvo el susurro—. Está llorando. Me voy a morir.

—¿De felicidad?

—De una completa sobrecarga emocional.

Empezamos a caminar. Cada paso parece enorme. Monumental. Como si estuviera caminando hacia el resto de mi vida.

Cosa que, técnicamente, estoy haciendo.

Dean ni siquiera intenta ocultarlo. Simplemente está ahí parado con su esmoquin perfecto, mirándome como si yo lo fuera todo, con las lágrimas surcando sus mejillas mientras su mejor amigo, Nate, le pasa pañuelos.

Yo me derrumbo.

—Ni se te ocurra —masculla CeCe desde su sitio como dama de honor.

Demasiado tarde. Estoy llorando. Papá está llorando. Estoy bastante segura de que George está llorando, aunque puede que solo esté comiéndose algo nuevo.

Llegamos al altar. Papá me besa en la mejilla y me entrega a Dean con un «Cuida de ella» que es a la vez una amenaza y una bendición.

—Hola —dice Dean, tomándome las manos. Le tiembla un poco la voz y a mí me tiemblan las rodillas.

—Hola.

—Lo has logrado.

—¿Dudabas?

—Nunca. —Me aprieta los dedos—. Estás...

—Lo sé. Ya lo has dicho.

—Merece la pena decirlo otra vez. —Se inclina más cerca y susurra—: Además, te falta el velo.

—George se lo ha comido.

—Por supuesto que lo ha hecho. —Sonríe entre lágrimas— Perfecto. Es perfecto.

El padre Murphy se aclara la garganta. —¿Podemos comenzar?

—Espera —digo yo. Todo el mundo se queda petrificado. —Dean está llorando. Necesito documentar esto.

—Poppy...

—CeCe, el móvil. Ahora.

—Soy la dama de honor, no la...

—¡El móvil!

Ella me lo pasa. Saco aproximadamente treinta fotos de la cara de Dean manchada de lágrimas mientras él intenta parecer severo y fracasa por completo.

—Para el álbum de boda —explico.

—Me las vas a pagar por esto —murmura él.

—¿Lo prometes?

—Oh, te lo prometo.

El padre Murphy lo intenta de nuevo. —¿Podemos comenzar ahora?

—Sí —decimos al unísono.

La ceremonia es un borrón. Votos tradicionales porque Dean insistió, aunque puede que yo haya añadido «incluso cuando discutas con cabras» a la parte de «en lo bueno y en lo malo». Dean definitivamente añadió «en el caos y en la calma» a los suyos.

—¿Los anillos? —pregunta el padre Murphy.

George, milagrosamente, todavía los tiene. Nate los recupera con el mínimo drama posible, lo cual es probablemente la parte más impactante del día.

—Poppy —dice Dean, deslizando el anillo en mi dedo—. Prometo amarte, protegerte y construir una vida contigo que sea más caótica, más ruidosa e infinitamente mejor que cualquier cosa que haya imaginado. Eres mi caos, mi calma, mi todo. Incluso cuando reorganizas mi despacho. Especialmente entonces.

Estoy sollozando. ¿Elegante? No. ¿Pero a quién le importa?

—Dean —consigo decir—. Prometo amarte, desafiarte y recordarte cada día que hay más en la vida que las horas facturables. Eres mi ancla, mi aventura, mi hogar. Incluso cuando mides el agua de la pasta. Especialmente entonces.

Él se ríe. Me aprieta las manos.

—Por el poder que me ha sido otorgado —dice el padre Murphy rápidamente, probablemente presintiendo que estamos a punto de salirnos del guion otra vez—, ahora les declaro marido y mujer. Puede besar a...

Dean no le deja terminar.

Me atrae hacia él como si llevara toda la vida esperando este momento. Me besa como si estuviéramos solos, como si los ciento cincuenta invitados no existieran, como si solo fuéramos nosotros y esta promesa y el resto de nuestras vidas.

Alguien da un grito de alegría. Probablemente Mason.

Alguien bala. Definitivamente George.

Alguien solloza. Podría ser cualquiera, sinceramente. Aquí todos somos un desastre.

Cuando finalmente nos separamos, Dean está sonriendo. —Hola, esposa.

—Hola, esposo.

—¿Lista para el para siempre?

Pienso en nuestra vida. La casa que nunca está en silencio. El perro que necesita CBD para pasar el día. La cabra que es básicamente un delincuente. El negocio próspero. La asociación que él aceptó y transformó, aportando humanidad al derecho de divorcio. Los bebés de los que ya estamos hablando.

El hermoso, caótico y perfecto desastre que construimos juntos.

—Sí —digo—. Estoy lista.

Corremos de vuelta por el pasillo, esquivando pétalos de rosa y el intento de George de seguirnos. Detrás de nosotros, nuestra gente vitorea. Nuestra extraña y maravillosa familia elegida que, de alguna manera, encaja del todo.

—¿Sin arrepentimientos? —pregunta Dean mientras salimos a la luz del sol.

—Uno.

Su expresión se apaga. —¿Qué?

—Deberíamos habernos fugado.

Él se ríe. Me coge en brazos. Me da vueltas mientras los fotógrafos capturan cada segundo ridículo.

—La próxima vez —promete.

—No va a haber una próxima vez.

—No —asiente él, bajándome y atrayéndome hacia sí—. No la habrá.

Y entonces me besa de nuevo, y sé —en lo más profundo de mi ser— que esto es todo.

Mi persona. Mi hogar. Mi final feliz.

Aunque venga con cabras.

Especialmente si viene con cabras.

Capítulo cuarenta y dos
El «siempre» comienza ahora
Dean

El banquete está en pleno apogeo cuando por fin consigo quedarme a solas con ella.

He metido a Poppy en el guardarropa porque, al parecer, ahora soy ese tipo de hombre. El que no puede quitarle las manos de encima a su mujer en su propia boda.

—Alguien se va a dar cuenta de que no estamos —dice, pero ya me está aflojando la corbata, con los dedos trabajando en el nudo.

—No me importa. —Ya estoy pegado a ella, respirándola.

—Muy profesional, letrado. —Su voz es burlona, entrecortada.

—Al cuerno lo profesional. —La presiono contra la pared, sintiendo su corazón acelerado bajo mis palmas—. Eres mi mujer.

—Dilo otra vez. —Ahora tiene las manos en mi pelo, desordenando lo que al estilista le llevó una hora peinar.

—Mujer. —Le beso el cuello—. Mujer. —Su clavícula—. Mujer.

—Vale, troglodita, lo pillo... oh. —La última palabra sale estrangulada cuando doy con el punto detrás de su oreja.

Sí. Oh.

—Cinco minutos —negocio contra su piel—. Dame cinco minutos.

—Dean... —Ya se está derritiendo contra mí.

—Vamos. —Deslizo mi mano por su muslo, encuentro la liga que la vi ponerse esta mañana—. Para la suerte.

—Eres imposible. —Pero no me aparta.

—Te encanta. —Le doy un mordisquito en la mandíbula.

—Te quiero —corrige ella, y luego jadea porque he encontrado el punto que la hace olvidar cualquier discusión—. Maldita sea. Vale. Cinco minutos. Pero si alguien...

La puerta se abre.

—¡OCUPADO! —gritamos a la vez, apartándonos de un salto como adolescentes.

—Soy yo, degenerados. Ivy. Cómo no—. Vuestra organizadora de bodas os está buscando. ¿Algo sobre los discursos?

—Dile que estamos muertos —sugiero, sin soltar la cintura de Poppy.

—Dile que cinco minutos —replica Poppy, intentando alisarse el vestido.

—No voy a decirle nada. Me da miedo. —Los pasos de Ivy se alejan—. Pero me quedo de guardia. Tenéis tres minutos antes de que la deje entrar.

Poppy me endereza la corbata, con dedos suaves ahora en lugar de urgentes. —Vamos. Tenemos toda una vida para travesuras en los guardarropas.

—¿Lo prometes? —Le cojo la mano, entrelazando nuestros dedos.

—Lo prometo. —Me besa. Rápido. Perfecto—. Pero primero, los discursos. Y la tarta. Y ese baile que has estado practicando en secreto.

—No he estado... —empiezo a protestar, pero ella me lanza esa mirada.

—Mason me envió vídeos. —Ahora está sonriendo con aire de victoria.

—Traidor. —Sacudo la cabeza, planeando ya mi venganza.

—Vas a estar increíble. —Otro beso—. Mi marido, el bailarín secreto.

Mi pecho hace eso que lleva haciendo todo el día. —Repite eso.

—¿Qué parte? —Inclina la cabeza, haciéndose la inocente.

—La parte de «marido».

Ella sonríe. Esa sonrisa que sigue deteniéndome el corazón, incluso después de todo. —Mi marido.

—Tu marido —asiento, atrayéndola a mí una vez más—. Para siempre.

—Para siempre. —Lo dice como un voto, como si lo sintiera hasta en los huesos.

Volvemos a hurtadillas al banquete, de la mano, los dos intentando que no parezca que acabamos de liarnos en un

guardarropa. Ocupamos nuestros asientos. Escuchamos discursos que van desde lo emotivo (Mason) hasta lo hilarante (CeCe). Cortamos la tarta sin incidentes, aunque George definitivamente lo intenta. Bailamos nuestro primer baile con una canción lenta y romántica porque Poppy es una romántica y yo pierdo la cabeza por ella.

—No está mal, letrado —dice mientras le doy una vuelta y su vestido ondea a nuestro alrededor.

—He tenido una buena maestra. —Vuelvo a atraerla hacia mí, más cerca que antes.

—¿YouTube? —Sus ojos chispean de picardía.

—Mason, en realidad. —No puedo evitar sonreír ante el recuerdo de mi hermano intentando enseñarme a bailar el vals en su salón.

Ella se ríe, el sonido burbujeando. —Cómo no.

La canción termina. Empieza otra. Nuestra gente se une a nosotros en la pista. Nadine está haciendo algo que podría ser el «Electric Slide» con el padre Murphy. Gloria le está enseñando a Nate a bailar el tango. George está... comiéndose el centro de mesa de alguien.

—¿Deberíamos detenerlo? —pregunta Poppy, mirando al chivo con cariñosa exasperación.

—Qué va. —La pego más a mí, balanceándome con ella—. Deja que se divierta.

—Te has vuelto un blando. —Me mira con esa expresión de la que nunca me canso.

—Culpa tuya. —Le beso la frente.

—Culpable. —Apoya la cabeza en mi hombro, encajando conmigo a la perfección—. Oye, Dean.

—¿Mmm? —Estoy medio perdido en el momento, la música, la sensación de tenerla cerca.

—Lo hemos logrado.

—¿La boda? —Me aparto un poco para verle la cara.

—Todo. El conjunto completo. Construir una vida. Casarnos. No matarnos el uno al otro.

—Todavía. —No puedo evitarlo.

Me da un pellizco justo en la cintura. —Me estoy poniendo sentimental.

—Perdón. Continúa. —Me froto la zona del pellizco, sonriendo de oreja a oreja.

—Es solo que... —Me mira, con los ojos brillando bajo las guirnaldas de luces—. Soy muy feliz.

Algo se rompe en mi pecho. La última pieza de la armadura que no sabía que aún llevaba puesta.

—Yo también —admito, con la voz más ronca de lo que pretendía—. Soy aterradoramente feliz.

—¿Miedo del bueno o miedo del malo? —Su mano sube a tocarme la cara, con delicadeza.

—Del bueno. Definitivamente del bueno. —Le doy otra vuelta, solo para verla sonreír, para ver girar su vestido—. Miedo de que seas lo mejor que me ha pasado nunca.

Ella se ríe. Una risa luminosa, real y mía.

—Te quiero —dice, apretándome la mano—. Mi desastre. Mi marido. Mi hogar.

—Yo también te quiero —le digo, sintiendo cada palabra—. Mi caos. Mi mujer. Mi todo.

La música crece. Nuestra gente baila. George bala en algún lugar a lo lejos, probablemente destruyendo algo caro.

Y por primera vez en mi extremadamente controlada vida, todo está exactamente como debe estar.

Desordenado. Ruidoso. Complicado. Real.

Perfecto.

Absolutamente y puñeteramente perfecto.

Más tarde, mucho más tarde, cuando los invitados se han ido y estamos sentados en el porche del lugar de la celebración, viendo

ponerse el sol sobre el valle del Hudson, Poppy se apoya en mí.

—¿Sin arrepentimientos? —pregunta ella.

Pienso en el chico que lo tenía todo planeado. El plan. La trayectoria. La vida cuidadosamente controlada que tenía sentido.

Luego miro lo que tengo en su lugar.

Esta mujer que ve a través de mis tonterías. Esta familia que hemos construido desde cero. Esta vida que no se parece en nada a lo que imaginé y que es todo lo que no sabía que necesitaba.

—Sin arrepentimientos —confirmo—. ¿Y tú?

—Uno. —Sus ojos se encuentran con los míos.

—¿Qué?

Ella sonríe de medio lado. —Deberíamos haber cogido dos chivos.

Una risotada profunda escapa de mis labios. —Ni hablar.

—¿Tres?

—Poppy.

—Vale. Pero quiero un pavo real.

Uso mi voz severa de abogado. —No vamos a...

Ella me calla con un beso. Y, bueno, de acuerdo.

Quizá un pavo real.

Pero solo eso.

Probablemente.

FIN

(Es broma. ¿Con estos dos? Esto es solo el principio).

Epílogo
Dean

Publicado en r/AmItheAsshole
Nombre de usuario: RestingBriefFace
Título: Actualización final
Cuerpo:
Hace más o menos un año, vine aquí para quejarme de las cacas de cabra, las guirnaldas de luces, una mujer que reorganizó mi propiedad y una situación muy complicada con un pendiente.

Luego volví a publicar para preguntar si debería ir a buscarla a Italia. Vuestros comentarios fueron… brutales, pero justos.

Así que solo quería deciros: Teníais razón.

En todo.

Dije las palabras. (En voz alta. Con contacto visual. Sin metáforas).

Me perdonó.

Pasamos una semana en Italia sin apenas salir de la cama. Y cuando lo hacíamos, solo era para tomar café, comer pasta o deambular hasta encontrar un helado. Ha sido la semana más perfecta de mi vida. He reído más de lo que he hecho en una década.

Volví a casa y me casé con ella tan rápido como me dejó.

Estamos buscándole sentido a todo, poco a poco, con sinceridad y juntos. Ella prepara té todas las mañanas. Yo he aprendido a asar verduras. La cabra sigue viviendo en la propiedad. Se llama George. Ya no nos lo cuestionamos.

Muffin tiene ahora su propia cuenta de Instagram y más seguidores que yo. Me parece bien.
(Casi siempre).

En fin, quería daros las gracias.

Por los consejos. Por el sarcasmo. Por los GIFs de cabras no solicitados.

Y por recordarme que, a veces, ser vulnerable merece la pena a pesar del caos.

Especialmente cuando el caos lleva vestidos de lino y les canta a los animales.

Resumen:
Se quedó. La cabra también. Y por una vez en mi vida, no estoy buscando la puerta de salida.

[gayunclesrevenge]: LO SABÍA. Mi radar de *enemies-to-lovers* nunca falla. Orgulloso de ti, colega del ámbito legal emocionalmente reformado.

[goatgirl66]: ¡GEORGE SE QUEDA! ¡VICTORIA!

[CozyChaosQueen]: Esta es la mejor comedia romántica que he leído nunca.

[MuffinStan92]: Por favor, confirma si Muffin fue la perra de las flores en vuestra boda. La gente NECESITA SABERLO.

[passiveaggressiveduck]: Has recorrido un largo camino, tío. Estoy orgulloso de verdad.

Epílogo II

Cinco años después

Dean

Está llorando otra vez.

No es el llanto de enfado ni de hambre, sino ese suave y con hipo que significa que ha tenido una pesadilla. Salgo de la cama antes de que mi cerebro reaccione, con los pies descalzos sobre el frío parqué, guiado por la memoria muscular por el pasillo.

—Hola, pequeña.

Emma está sentada en su cuna, con lágrimas en las mejillas, aferrada a la cabra de peluche que le regaló Nadine. (Sí, una cabra. Sí, protesté. Sí, perdí).

—Papá.

Una sola palabra. Me desarma cada vez.

—Sí, cariño. Papá está aquí. —La cojo en brazos y ella se deshace contra mi pecho. Tiene dieciocho meses y ya me tiene comiendo de su manita. —¿Una pesadilla?

Asiente contra mi hombro, todavía sollozando, con el aliento cálido contra mi cuello.

—¿Quieres contármela?

—No. —Firme. Decidida. Ya sabe lo que quiere.

—Vale. —No presiono. Ya tendremos tiempo para eso más adelante.

La llevo hasta la mecedora en la que Poppy insistió. Dijo que todo cuarto de bebé necesitaba una. Yo discutí sobre el coste por uso; ella ganó por el hecho de estar embarazada.

Emma se acurruca contra mí, con el pulgar en la boca y la respiración aún temblorosa. Me mezo, tarareo algo sin melodía y espero.

Esta es mi parte favorita de la paternidad. No las cosas divertidas, aunque verla perseguir a Jorge III (no preguntéis) por el jardín es genial. Sino esto: el peso de su confianza, la forma en que

encaja perfectamente en el hueco de mi brazo, la absoluta certeza de que quemaría el mundo entero para mantenerla a salvo.

—¿Mejor?

Asiente pero no se mueve, hundiéndose más en mí. Tenemos tiempo.

A través de la ventana, veo la casita de invitados. La luz sigue encendida. Probablemente Poppy esté levantada planeando la boda de los Summers, el aniversario de los Dayton o cualquiera de la docena de eventos que conforman nuestra vida maravillosamente caótica.

—¿Mamá? —pregunta Emma, con voz pequeña y somnolienta.

—Trabajando. Pero vendrá a darte un beso pronto. —Ajusto su peso, manteniéndola segura.

—Vale. —Lo acepta con facilidad, confiada.

Se está quedando pesada de esa manera que indica que el sueño está ganando. Debería volver a dejarla en la cuna. Debería volver a la cama. Debería hacer muchas cosas.

En lugar de eso, sigo meciéndola.

—Te quiero, Emmy.

—Te quiero, papá.

Y, maldita sea. Ahí está. Lo que me rompe el corazón cada vez.

Veinte minutos después, Poppy nos encuentra. La oigo antes de verla: pies descalzos sobre la madera, ese pequeño suspiro que suelta cuando nos ve.

—Hola —susurra, apoyada en el marco de la puerta.

—Hola a ti también. —Sigo meciéndome, sin querer molestar a Emma.

Se arrodilla junto a la silla, pasando los dedos por los rizos de Emma con una suavidad infinita. —¿Se ha despertado?

—Pesadilla. —Mantengo la voz baja y tranquilizadora.

Me lanza esa mirada. La que dice que me he vuelto un blando, pero que me quiere de todos modos.

—Anda, ven. —Saca a Emma de mis brazos con una precisión experta. Nuestra niña ni se inmuta. —A la cama. Los dos.

Observo a Poppy arropando a Emma, alisando la manta, ajustando la cabra con esmero, besando su frente con una ternura

que me encoge el pecho.

Ya en nuestra habitación, Poppy me atrae a la cama, acurrucándose de inmediato a mi lado. Su lugar. Lo ha sido desde aquella primera noche en Italia cuando decidimos poner nuestras vidas patas arriba el uno por el otro.

—Te echaba de menos —murmura contra mi pecho.

—Me has visto hace tres horas. —Pero ya la estoy rodeando con mis brazos.

—Aun así, te echaba de menos. —Se pega más, buscando calor.

La acerco. Está fría; siempre lo está cuando trabaja hasta tarde. Le paso las manos por la espalda, intentando que entre en calor.

—¿Aniversario de los Dayton? —aventuro, sintiendo cómo se relaja contra mí.

—Mm. Quieren palomas. —Hay agotamiento en su voz.

—Cómo no. —Le beso la coronilla.

—Les he dicho que estudiaríamos alternativas. —Bosteza contra mi hombro.

—Buena chica.

Se ríe suavemente, y el sonido vibra a través de mí. —¿Recuerdas cuando intentaste prohibir todo tipo de ganado en los eventos?

—«Intenté» es la palabra clave. —Sonrío en la oscuridad.

Nos quedamos en silencio un minuto, simplemente respirando juntos. Estos son mis momentos favoritos: cuando el mundo se detiene y solo somos nosotros dos. Sin declaraciones judiciales. Sin horarios. Sin negociaciones con niños pequeños terroristas.

Solo nosotros.

—¿Dean?

—¿Sí? —Estoy ya medio dormido, su calor me amuerma.

—¿En qué pensabas? ¿En la mecedora con Emma?

Considero mentir, decir algo ingenioso. Pero es casi medianoche, la tengo en mis brazos y el mañana no está garantizado.

—En que nunca pensé que tendría esto.

Se incorpora sobre un codo, mirándome en la penumbra. —¿Esto?

—A ti. A ella. Todo... esto. —Hago un gesto vago hacia la habitación, hacia nuestra vida. —Una familia. De las de verdad. No el teatro que montaban mis padres.

—Dean... —empieza a decir, pero necesito terminar.

—Tenía tanto miedo cuando estabas embarazada. —La confesión sale ronca, atrapada en mi garganta. —No paraba de pensar que lo arruinaría. Que sería como mi padre. Frío. Distante. Más interesado en ganar que en... en estar presente.

—Pero no lo eres. —Su mano busca mi pecho, la palma plana sobre mi corazón.

—Gracias a ti. —Cubro su mano con la mía.

—No. —Su mano busca mi cara en la oscuridad, rodeando mi mejilla. —Gracias a ti. Porque tú elegiste algo distinto. Cada día, la eliges a ella. Nos eliges a nosotros.

—Elección fácil. —La más fácil que he tomado nunca.

Me besa: suave, dulce. Mi cuerpo reacciona.

—Necesitas dormir —le digo, a pesar de que la atraigo más hacia mí.

—En un minuto. —Se acomoda contra mí, encajando a la perfección.

—Poppy... —empiezo a protestar, pero ella me corta.

—Solo... déjame estar aquí un minuto. Contigo. Así.

Así que lo hago. La sostengo mientras su respiración se acompasa, mientras la casa se asienta a nuestro alrededor, mientras nuestra hija sueña cualquier sueño perfecto que tengan los niños pequeños.

—Te quiero —susurra, ya casi dormida.

—Yo también te quiero, desastre.

—Tu desastre. —Sus palabras salen pastosas por el sueño.

—El único que quiero.

Se queda frita entre un suspiro y el siguiente. Yo también debería dormir. Mañana es un gran día: declaración a las nueve, quedada para jugar de Emma a las dos, cena con Mason e Ivy.

Pero por ahora, solo la abrazo: a mi mujer, la madre de mi hija, la mujer que irrumpió en mi vida con una cabra y me reconstruyó desde los cimientos.

Merece la pena cada noche sin dormir.

Merece la pena todo.

Emma está despierta.

No llora. Simplemente... habla. Conversaciones enteras con su cabra sobre vete a saber qué.

—Te toca —masculla Poppy, con la cara hundida en la almohada.

—¿Cómo que me toca? Yo me he levantado a las tres de la mañana. —Ya estoy sentado, frotándome los ojos.

—Exacto. Yo me encargo de las mañanas después de que tú te encargues de las noches. —Ni siquiera abre los ojos.

—Ese no es el sistema. —Pero ya estoy sacando las piernas de la cama.

—Es exactamente el sistema. —Se echa la manta por encima de la cabeza.

—¿Desde cuándo? —Ya estoy de pie, buscando mis pantalones de chándal.

—Desde que yo estoy cansada y tú estás totalmente dominado. —Puedo oír la sonrisa en su voz.

No puedo rebatir esa lógica. Esbozo una sonrisa a pesar de la hora.

Encuentro a Emma de pie en su cuna, con la cabra en una mano y mis gafas de lectura en la otra. El pelo le apunta en una docena de direcciones salvajes, y tiene los ojos brillantes como si ya hubiera planeado la mitad del día.

—¿De dónde has sacado...? Da igual. —La saco de la cuna, sintiendo su peso firme en mis brazos. —Buenos días, criminal.

—¡Hola, papá! —Como si saliera el sol. Todas y cada una de las veces.

—¿Hambre? —La llevo hacia la cocina.

—¡Sí! —Ya está dando saltitos en mis brazos.

—¿Qué queremos? ¿Tortitas? ¿Huevos? ¿Las almas de nuestros enemigos? —Voy por el pasillo.

Ella suelta una risita, encantada con la rutina. —¡Plátanos!

—Plátanos serán. Pero primero, el pañal. —La dejo en el cambiador.

—No. —Inmediato. Decidido.

—Sí. —Cojo un pañal limpio.

—No, no, no. —Ya se está escabullendo.

—Emma Jane... —Uso mi voz de advertencia.

Sale corriendo, con un pañal que definitivamente necesita un cambio. Aferrada a mis gafas y riéndose como una pequeña villana. Sus pies golpean el suelo de madera, la cabra rebota a su lado y mi corazón ya no puede más de alegría.

Así es mi vida ahora: persiguiendo a una niña medio desnuda que es, al parecer, mitad atleta de élite, mitad cabra y cien por cien Poppy.

La alcanzo junto a la cocina. Lanza un chillido de risa cuando la levanto en vilo.

—Te pillé. —Estoy sin aliento, lo cual es vergonzoso.

—¡Otra vez! —Sonríe radiante, con el pelo aún más revuelto.

—Después del pañal. —La sostengo con los brazos extendidos, evaluando los daños.

Arruga la nariz de esa forma que es puro Poppy. —¡Pañal no!

—Pañal sí. —Le lanzo mi mejor mirada de abogado, lo que solo hace que su sonrisa burlona se ensanche.

—¡Negosiar! —anuncia con orgullo, como si hubiera descubierto el fuego.

Me detengo, parpadeo. —¿Qué?

Ella sonríe, pura travesura. —¡Ne-go-siar!

—¿Quién te ha enseñado...? —Me corto. Pregunta tonta. Casi puedo oír a Poppy riéndose a carcajadas desde el dormitorio. —Vale. ¿Condiciones?

—Dos plátanos. —Levanta dos dedos, segura de sí misma.

—Un plátano. —Levanto uno, imitando su energía.

Su manita se dispara al aire. —¡Dos!

—Uno y medio —contraataco, sabiendo de antemano que he perdido.

Se lo piensa, con el pequeño ceño fruncido por la concentración. —Trato.

Estoy negociando raciones de fruta con alguien que no sabe atarse los zapatos... y perdiendo.

—Buen trabajo, pequeña. Ahora el pañal. —La llevo de vuelta al cambiador.

—¿Papá? —Me mira con esos ojos.

—¿Qué? —Ya me estoy derritiendo, pañal en mano.

—Te quiero.

Y ahí está: la destrucción diaria de Dean Whitaker, abogado.

—Yo también te quiero, monstruito. Más que todos los plátanos del mundo. —Le beso la frente, aspirando su olor a champú para bebés.

Me da palmaditas en la cara con sus manos pegajosas. —Papá tonto.

Sí. El más tonto.

Y el más feliz.

¿Quién lo iba a decir?